

A través de las nieblas

Robert James Lees

(Recibido por el célebre médium,
Robert James Lees [1849-1931],
a finales del siglo XIX.

Título original: *Through the Mists*

Autor: *Fred*, también llamado *Aphraar*;

Fred es una persona que pasó al mundo espiritual en el siglo XIX.)

(Este es el primer libro de la trilogía que dio *Aphraar*.

Los otros títulos son: “*La vida elísea*”, y “*La puerta del Cielo*”)

—

Versión 3.08 - “unplandivino.net” (23-junio-2025)

(ya hechos algunos cambios menores en todos los capítulos; y de entre lo más reciente fue el cambio en mi introducción, así como algunas cosas en el capítulo 6; de vez en cuando iré añadiendo más. Esos cambios también están en las entradas web hechas para cada capítulo.)

Ver más información en:

unplandivino.net/transicion/

(o alternativamente, si esa web es censurada o hay algún problema:

serdelespacio.wordpress.com/)

—

(Traducción realizada con deepL, google, etc., y ayudada por diccionarios como wordreference, luego retocada y revisada) (No coloqué *numeración* de las páginas para no aumentar la cantidad de éstas)

Índice

Introducción del traductor-revisor.....	2
A través de las nieblas.....	5
AL LECTOR.....	5
NOTA DEL RECEPTOR A LA PRIMERA EDICIÓN (R. J. Lees - 1898).....	6
PREFACIO A LA TERCERA IMPRESIÓN.....	6
Capítulo 1 Más allá de las nieblas.....	7
Capítulo 2 La sala del juicio.....	12
Capítulo 3 Un paisaje prismático.....	19
Capítulo 4 El monte de Dios.....	26
Capítulo 5 El hogar del descanso.....	39
Capítulo 6 Una coral magnética.....	47
Capítulo 7 La puerta de la esperanza entreabierta.....	61
Capítulo 8 La esperanza florece en promesa.....	66
Capítulo 9 La cosecha de los celos.....	72
Capítulo 10 Una explicación.....	84
Capítulo 11 El hogar del asirio.....	88
Capítulo 12 Tras las nieblas.....	96
Capítulo 13 Dos ilustraciones.....	100
Capítulo 14 La relación del sueño con la muerte.....	107
Capítulo 15 La ciudad de la compensación.....	113
Capítulo 16 Sube más alto.....	118
Capítulo 17 Una poetisa en casa.....	122
Capítulo 18 La familia del cielo.....	131
Capítulo 19 El santuario del silencio.....	135
Capítulo 20 La tierra de Beulá.....	142
Capítulo 21 Hogar.....	145
Nota final del traductor-revisor.....	152

Introducción del traductor-revisor

Jesús y María Magdalena, en su “Segunda Venida”, también recomiendan tres textos del célebre médium Robert James Lees (1849-1931). (Para encontrar los audios y los textos con algunas notas añadidas, ver la web enlazada arriba.)

Esta trilogía relata el viaje o la vida de su protagonista, Fred, por las primeras esferas del mundo espiritual. Fred es el espíritu o desencarnado que entregó el material a Robert James Lees. Estos textos son recomendados por Jesús y María Magdalena, ya que ellos mismos los emplean entre otras cosas para "despertar recuerdos" de su vida de unos 2000 años de duración.

Aunque Fred entregara esta historia, de la que aquí vemos su primera entrega, resulta que durante sus peripecias, en su "ascenso", podríamos pensar que él no necesariamente estaba recibiendo amor de Dios, y que tampoco lo estaría recibiendo necesariamente en el momento de la entrega del material (al menos en el caso de los dos primeros libros, ya que éstos parecen narrar simplemente la vida en las esferas espirituales que hay hasta la sexta, en la cual, para estar en ella, todavía no se necesita el amor de Dios, y en la cual la gente realmente no está obligada a recibir dicho amor y a sentirse realmente eterna gracias a recibir ese amor de Dios transformador).

De hecho, literalmente Jesús cuenta a veces que estos libros son básicamente sobre el "amor natural", no sobre el amor divino. Es decir, que básicamente los libros ilustrarían en general el progreso en amor, sin una intervención directa del amor de Dios en nuestras almas.

Sin embargo, los libros fueron dados en un periodo de bastantes años, y el último de ellos ("La puerta del cielo") habla de la transición a lo que podríamos pensar que es una verdadera relación con Dios (una relación de amor donde recibimos su amor divino, su trato personal, que transforma el alma literalmente —y de ahí que en los libros se hable, y en general se hable, de un "segundo nacimiento"—).

Robert James Lees, el canal, en el momento de recibir el material, y durante muchos de los años posteriores, no estaba en relación con Dios. Esto lo sabemos porque en el año 2012 Jesús y María Magdalena canalizaron brevemente a Robert, que en ese momento estaba entre las esferas 5 y 6 (visitaba a menudo la 5, como si no estuviera del todo establecido en la 6, aunque en la conversación con Robert no profundizan sobre este aspecto).

Durante esa breve conversación con Jesús, Robert siente su arrogancia respecto a Dios (una arrogancia que solemos tener en un grado o en otro).

Robert comentó que en su vida terrestre tenía algunas adicciones y algunas actitudes equivocadas que parecían no ser tan espiritualmente importantes, pero que sí lo eran (no se daba cuenta de lo importantes que eran para su estado o evolución futura).

Estas adicciones y actitudes le mantuvieron atado a la Tierra durante bastante tiempo tras dejar su cuerpo físico (se trataba de cierta adicción al alcohol por las tardes, tabaco... y algunos problemas de actitud con compañeros de trabajo y en general con las mujeres). Él comenta que, en su caso, al final, en la balanza de su ley de compensación, por así decirlo, pesaron mucho algunas pequeñas cosas que en principio no parecen ser grandes errores o pecados.

Además, en la charla de esa canalización, invitaron a unos amigos celestiales con los que Robert no había vuelto a contactar desde su época de médium en la Tierra. Desde ese momento, él se da cuenta mejor de cómo no había comprendido con el corazón, con el alma, sino sólo "mentalmente", las cosas maravillosas que canalizó —por ejemplo en estos tres libros de la trilogía que empieza con "A través de las nieblas"—. Así, seguramente que en este encuentro con Jesús y María Magdalena, y con esos antiguos espíritus a los que llevaba mucho tiempo sin sentir, Robert pudo establecerse en la relación directa con Dios, ya que antes no lo estaba, pese a haber alcanzado ya la dimensión 6.

En la lectura de sus libros podemos preguntarnos cómo el camino del protagonista Fred —su devoción, su curiosidad, su generosidad, etc.— contrasta con nuestra vida y nuestro progreso, si es que tenemos alguna evolución personal positiva cuando estamos en la Tierra, desde el estado bajo que todos solemos alcanzar pronto en nuestras vidas.

Así pues, en los libros vemos reflejada la evolución "natural", básicamente. Esto es así ciertamente al menos al principio, es decir, en los primeros, aunque en general en el discurso siempre está, como en el horizonte, así como despuntando, el amanecer de un "segundo nacimiento", ya que la figura que guía este progreso es de todos modos Jesús.

Así, aquí vemos uno de los múltiples "estilos" de "evolucionar en el amor natural". De hecho, en los libros no vemos que Fred trate a Dios de manera personal, es decir, en una relación directa.

Y es que sucede que, en general, por defecto, siempre evolucionamos al menos en algún "camino del amor natural", pues solemos conservar o proteger el miedo a Dios, por mucho que lleguemos a "brillar".

En esa evolución simplemente estaremos viviendo —más o menos conscientemente— cierto tipo de lo que podemos llamar "cuidados": siendo cuidados por las compensaciones negativas (correcciones) y positivas (recompensas) de la ley de compensación, y en general por las leyes de Dios y por otros humanos desencarnados, pero sin incorporar el amor de Dios (sin la relación

personal con Ella/Él) —y esto es así por mucho que hablemos de Dios, por muy religiosos o espirituales que nos creamos, etc.—.

Evidentemente, podemos recordar estas cuestiones mientras leemos el texto, para sentir sobre nuestra condición actual de alma y cómo estamos alejados incluso de una evolución en el amor natural, pues en la lectura quizá podamos sentir muchas veces cómo parece que ni siquiera "estamos a la altura" de esa especie de compasión espontánea que vemos que Fred siente desde el principio del libro.

Así pues, los libros nos pueden servir eficazmente para sentir las verdades generales sobre el amor que nos son presentadas, y ver cómo esas verdades afectarían a nuestra vida ahora, cómo contrastan con lo que hacemos o dejamos de hacer —con nuestros actos, emociones, con la posibilidad de ser más humildes, e incluso, si lo llevamos más al "camino del amor divino", con la posibilidad creciente de sentir a Dios, o de "poner a Dios primero", y de distinguir entre Dios y la influencia de desencarnados para "apaciguar" nuestras heridas, etc.—.

En varios de los primeros audios que hice leyendo los capítulos, yo advertía de que los libros podrían no reflejar el camino donde tenemos una relación con Dios, pues quizá a menudo podríamos intuir que lo que se dice no se ajusta a lo que vamos conociendo de dicho camino (por el uso de ciertas palabras de la tradición, etc.).

De todos modos, aunque en algunos rasgos quizá no estéis convencidos sobre esta cuestión (ya que podríamos pensar algo como...: "estos libros de todos modos podrían ser usados para ir dándonos algunas claves acerca de lo que distingue el camino del amor divino del resto de caminos, ya que al fin y al cabo un gran protagonista en la sombra es Jesús"), sí que sucede que para la mayoría de nosotros supongo que los textos resultan impactantes, pues no estamos acostumbrados a la verdad del mundo espiritual, la verdad sobre la muerte, la verdad de la importancia del amor y de los efectos del amor —aunque aquí en general parece que "sólo" sería el amor natural—.

A veces quizá nosotros mismos distorsionamos o nos despistamos en la lectura debido a las metáforas que emplean, ya que podemos sobreinterpretarlas. Por ejemplo, usan mucho imágenes de la tradición bíblica, o emplean la palabra "Cristo" cuando no sentimos cómo y por qué lo hacen, o llaman "Señor" a Jesús, cuando Jesús mismo nos dice que siempre fue una persona normal, y que si le llaman "Señor", eso se puede malinterpretar, etc. (Esto último puede interpretarse como una clave que nos indica que es un reflejo de la evolución en amor natural "tipo cristiano", a lo "cristiano".)

Uno de estos casos o aspectos de lo que se dice, y que no se ajusta bien si lo malinterpretamos, se da por ejemplo cuando hablan del "reino de Dios", pues con ello podemos pensar que se refieren a lo que los espíritus experimentan en unas esferas que no son las "nuevas", sino sólo las que "siempre" han existido, y que son seis. (Recordemos que al parecer las "nuevas" sólo se abrieron —para todas las almas en general, de aquí y del mundo espiritual— hace unos 2000 años.)

En esta serie de libros, de hecho, aparecerá incluso un diagrama "del cielo y la tierra" donde se muestra esquemáticamente la disposición de las esferas de progresión, hasta poder llegar a "salirnos del diagrama", llegando al ámbito que llamarán intrínsecamente "espiritual" (o si queréis: el ámbito donde vivimos ya habiendo "espiritualizado" del todo el alma, pasando así a la siguiente fase del desarrollo —ya en "comunidad de amor con Dios"—).

El "afuera" del diagrama en forma de círculo que representa esto (en el tercer libro), no contiene nada. Así podríamos decir que consigue representar la infinitud del progreso eterno —por así decirlo—. Y el interior del diagrama, pues, se limita a representar muy esquemáticamente las esferas de "purificación". Éstas son las 7 esferas donde "nos quitamos el miedo a Dios", dicho rápidamente (aunque hay ciertos ámbitos que van como "en paralelo", y que son representados con

otro tipo de números, para entender que ciertas almas son cuidadas de forma diferente: por ejemplo, quizá algunas de las que apenas han tenido vida aquí por sufrir un aborto, etc.)

Como vimos, esas nuevas esferas son la octava y más allá, donde los espíritus están en relación directa con Dios, en comunión de amor con Dios (este estado será descrito en los demás libros como el posterior al "segundo nacimiento", un estado intrínsecamente espiritual, etc.; y, por cierto, acerca de las experiencias relatadas en este primer libro veremos más adelante a qué esfera corresponden, más o menos).

Entonces, en los ámbitos llamados "celestiales", más allá de la esfera 7, los espíritus no están solamente sintiendo amor fraternal entre ellos y teniendo una relación "indirecta" con Dios.

Esas esferas "nuevas" —más allá de lo que veremos que caracterizarán como el ámbito de lo "psíquico"— serían la octava y más allá, donde los espíritus están en relación directa con Dios, en comunión de amor con Dios, como dijimos.

En esos ámbitos, llamados "celestiales", los espíritus no sólo estarían sintiendo amor fraternal entre ellos, y teniendo una relación "indirecta" con Dios (esa relación, digamos "indirecta", sería la que más o menos a todos nos parece tener más "cerca", y con la que podemos ascender —a trancas y barrancas— hasta la esfera 6, pero no más allá).

La "relación con Dios indirecta" podríamos decir que sería una especie de "sentir y respetar" una parte de la verdad, sin reconocer del todo de forma pura y personal que la verdad es de Dios, es Dios, y es de un Dios personal e infinito, mientras aprendemos el amor natural entre nosotros —como personas— y el amor "hacia la creación". En esa "relación indirecta", nuestros potenciales en el alma no son despertados a esa nueva cualidad que se despierta en nosotros cuando el amor divino entra en el alma, ya que éste es una sustancia nueva para ella.

Así pues, de todos modos, un viaje así, por el mundo espiritual, es algo que todos vamos a hacer de una u otra manera, pues tarde o temprano:

— bien sea por el "camino" del amor divino, directo y "estrecho" (donde realmente nos sentiremos eternos, pues ese amor, esa relación de amor con Dios es eterna),

— o bien sea por los caminos del amor natural (en muchas tradiciones, "espiritualidades", o en la religión atea, etc.),

... sea como sea, todos vamos a ir viviendo en esferas o "condiciones de alma" "superiores", es decir, más armónicas con el amor en general.

(Son superiores a esta en la que solemos estar por ahora, al inicio de nuestra vida autoconsciente, y que es la condición álmica más baja, la número 1. Esta esfera 1 existe debido al estado caído de la Tierra, y en general debido a nuestro poco desarrollo del carácter a la hora afrontar este hecho, junto a las diversas influencias de personas desencarnadas en nuestras heridas emocionales.)

A través de las nieblas

AL LECTOR

Escuché, dentro de mi hogar espiritual, un lamento:

«Si tan sólo uno pudiera venir,

si pudiera contar la historia de su experiencia en ese otro lado,

si pudiera rasgar las nieblas,

*si pudiera abrir los portales de par en par,
para que pudiéramos ver, comprender y saber...».*
La agonía me perturbaba, pero mi corazón dijo: ¡Ve!
El amor me anima, pero la ignorancia se resiste
al poder por el que entrego este «A través de las nieblas».
EL AUTOR.

NOTA DEL RECEPTOR A LA PRIMERA EDICIÓN (R. J. Lees - 1898)

No deseo añadir a la siguiente historia nada más que una breve explicación de su origen y de mi relación con ella.

Era Nochebuena, y yo estaba ocupado con algunos anuarios que había sobre mi mesa, cuando un extraño, sin invitación ni previo aviso, entró en mi habitación «mientras la puerta estaba cerrada». Su presencia no me perturbó, pues ya había recibido visitas de este tipo en otras ocasiones; así que le di la bienvenida y le pregunté el motivo de su visita.

Entonces me expuso el deseo que él había acariciado durante mucho tiempo, y me preguntó si le ayudaría a consumarlo: Tan pronto como su mente comprendió el hecho de que había "traspasado la tumba", le poseyó el anhelo de encontrar algún medio de regresar a exponer cómo los hombres se equivocaban con su concepción acerca de la vida del más allá. Al principio, él temía no poder quebrar ese *silencio de la tumba*, pero con la experiencia llegó a conocer la omnipotencia del amor, mediante la cual se podría retirar *la venda que sellaba los labios de la muerte*, y cuya prueba le fue concedida en nuestra conversación. Él deseaba que yo escribiera lo que me dictara, para luego entregar su historia al mundo.

¿Cómo podía responderle que no? ¿Acaso no buscaba yo, como todo ser humano, el conocimiento que él podía dar? Por lo tanto, no dudé en tomar mi pluma.

Pronto descubrí que su recitado, aunque poco ortodoxo, arrojaba un torrente de luz sobre las enseñanzas bíblicas, despejando nubes de duda y reconciliando pasajes que antes yo no podía entender. Llegó a mí como un extraño, pero pronto aprendí a quererle, y esperaba su regreso con impaciencia cada mañana. Ahora, cuando por el momento ya ha cesado su registro, contemplo el asiento en el que tantas horas se sentaba, como si de alguna misteriosa manera estuviera a medio camino «a través de las nieblas».

Al enviar esto en obediencia a su deseo, permítanme adjuntar la oración que pronunció cuando me dejó por última vez: "*Que Dios, Padre de las almas de todos los hombres, bendiga este esfuerzo de un corazón anhelante por retirar una parte del peso de la ignorancia de los hombros de sus hermanos en la carne; y que la luz de Su verdad sea lámpara para sus pasos cuando vengan «a través de las nieblas»*". Y a esto yo añadido: ¡Amén!

Robert James Lees - Mayo de 1898

PREFACIO A LA TERCERA IMPRESIÓN

La necesidad de una tercera impresión de este libro me brinda una grata oportunidad de expresar mi sentimiento de gratitud por haber sido elegido como el instrumento a través del cual este evangelio de esperanza y consuelo ha sido revelado al mundo. No hablo solo por mí, sino que el autor, que está presente conmigo mientras escribo, también desea agregar una confesión similar por sí mismo.

Su esperanza y esfuerzo era alcanzar y consolar a unos pocos de los hijos e hijas heridos por el dolor, pero ya tenemos ante nosotros el testimonio del ministerio a una multitud, y ahora, en compañía de su continuación prometida –‘La vida elísea’– lo enviamos nuevamente para que continúe su misión sanadora en otras esferas.

En relación con esto, deseo responder a una pregunta que se repite a menudo, así como decir que mi nota a la edición original sobre cómo se originó el libro debe tomarse como un hecho literal. El volumen no es una novela, ni en ningún sentido un *tour de force* de la imaginación, sino —por formidable que pueda parecer la afirmación— en lo que a mí respecta, es el registro de experiencias que me dictó un visitante de ese "hogar del alma" al que todos nos apresuramos a dirigirnos.

Muchos otros, sin duda ansiosos de ser favorecidos por experiencias similares a las que yo he disfrutado durante tanto tiempo, han preguntado cómo se pueden lograr. Semejante pregunta no es fácil de responder. Sin embargo, después de una larga y devota consulta, mis amigos en el más allá, que entienden estas cosas mucho mejor que yo, llegaron a la conclusión de exponer el proceso de manera indicativa ante el mundo para el beneficio de quienes decidieran beneficiarse de él. Así se hizo, y puede leerse en el volumen titulado “*El hereje*” [*texto autobiográfico escrito por el canal, Robert J. Lees*], en el que, siguiendo el ejemplo de Charles Dickens en su “David Copperfield” (aunque el libro es una historia y en ningún sentido una biografía), se puede rastrear claramente la naturaleza de la conexión existente entre nosotros, con las sucesivas demandas hechas para probar mi lealtad y devoción, y luego la naturaleza de la recompensa con la que han más que recompensado mis humildes servicios.

Sin embargo, me resulta imposible prometer que otro que siga los mismos pasos se encontrará con experiencias idénticas. ‘*Dios da a cada uno individualmente tal como Él quiere*’. Como dice [Pablo a los corintios](#): ‘*Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de administraciones, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada hombre le es dada la manifestación del Espíritu para provecho propio*’.

Es indudable que los dones espirituales iban a ser la herencia de los seguidores de Cristo. La historia de los santos de todas las épocas, y las “invasiones”* de la actualidad, dan testimonio de que no se pretendía que se los quitara, sino que se los prometía ‘[a todos los que el Señor nuestro Dios llámase](#)’, porque ‘[Dios no hace acepción de personas](#)’ y ‘[todo lo que hace será para siempre](#)’. No puedo decir más. [* Con “invasiones” se referiría a “invasiones psíquicas”, que no tiene necesariamente un sentido malo. En el prefacio del siguiente volumen volverá a aparecer este tema.]

ROBT. JAS. LEES -- ENGELBERG, ILFRACOMBE, 1 de noviembre de 1905.

Capítulo 1

Más allá de las nieblas

En mi vida terrenal me llamaban misántropo. Esta es una extraña confesión con la que romper mi silencio, pero estando ahora más allá de las consecuencias que tal franqueza podría acarrear, no tendría motivo —aunque tenga la voluntad de ello— para hablar ahora con más reservas. Si se exige alguna disculpa por la agradable tarea que he emprendido, que se encuentre en el incesante lamento

al que me he referido en el prefacio de estas páginas. ¿Es cierta mi afirmación en ese sentido? Te pido que dirijas esa pregunta hacia tu interior. Pregúntale a tu propio corazón, y estaré satisfecho de recibir la respuesta, añadiendo simplemente que, tal como tú eres, así es toda la humanidad.

Perdonadme una o dos frases como necesaria explicación acerca de mí mismo, antes de llevaros a través de las fronteras del otro mundo. Mi vida se vio ensombrecida por las consecuencias de algún problema prenatal del cual no sabía nada, salvo como fantasma que me perseguía, y que me privó de la mano guía de una madre. Mi padre era un calvinista inflexible, con un modo de vida tan cuidadosamente organizado como si de una elevación arquitectónica se tratara, con un riguroso trato de los más mínimos detalles operativos. Era un anciano de la Iglesia Presbiteriana, con una cuenta bancaria de la magnitud suficiente como para permitirle llevar una vida de la más incuestionable fe. Pasó todos los años de su peregrinaje libre de la sombra del reproche.

Mi hermano y mi hermana no tenían una inclinación tan estricta, y su rebelión, casi abierta, a medida que crecían, no tendió en modo alguno a suavizar el carácter de mi padre. En cuanto a mí, yo no recibía ninguna simpatía de ningún miembro de la familia, ni tampoco se la extendía. Nadie me habló nunca de mi madre; de hecho, rara vez se mencionaba su nombre, pero siempre había sentido que, en caso de que hubiera existido, ella y yo habríamos estado siempre el uno para el otro. Pero ella se había ido y yo me había quedado solo. Los libros eran mi única compañía, y los poetas mis grandes favoritos. Mis primeros recuerdos son de la guardería religiosa a la que me habían confiado, cuyos guardianes aprendí a detestar por la duplicidad y la hipocresía que allí habitualmente practicaban. Con una mente naturalmente mórbida, la sombra de algún mal desconocido sobre mí, y un alma retraída ante las muestras de engaño, pronto aprendí a odiar a los que no vacilaban en mentir en acto y en oración, y a suplicar a Dios que concediera éxito a la infamia.

Por estas cosas fui gradualmente llevado a extraer todo mi consuelo de los libros, y a sentir una gran aversión a cualquier relación con los que me rodeaban.

Yo era naturalmente de mentalidad religiosa, pero prefería resolver estas cuestiones a la luz de mi propia razón y de las claras enseñanzas de la Biblia, tal como yo podía comprenderlas. Un conocimiento práctico del culto público de las diversas sectas no hizo más que confirmar mi idea original acerca de que, en todas ellas, había mucho más de forma y de moda que de culto y espíritu firmes. Y, por ello, respecto a esto, así como respecto a todo lo demás, aprendí a contar sólo conmigo mismo y a confiar en la clemencia y la justicia de un Dios recto con respecto a cualquier error que resultara de mi honesto esfuerzo por hacer Su voluntad, conforme a la luz dentro de mí.

Sin embargo, tuve compañía y dulce comunión en mi adoración, de esta manera: Guiado por alguna influencia, para mí nada menos que una inspiración, me encontraba en uno de esos patios y callejones tan numerosos en el este de Londres, donde más abundan el vicio, la pobreza y la miseria; donde la ayuda, aunque se necesita urgentemente, rara vez se encuentra; donde los habitantes no son eruditos en metafísica, sino hambrientos del pan de la simpatía práctica. Entre tales miembros desterrados y caídos de nuestra humanidad común, siempre encontré que tenía un sermón que predicar y que era comprendido por doquier, un evangelio que proclamar y que ellos oían con gusto, una semilla que sembrar que dio fruto sesenta o cien veces multiplicado.

Si la Iglesia tenía razón, y yo al final descubría que estaba equivocado, la gratitud que estos pobres desgraciados mostraban por el interés que me tomaba por ellos sería suficiente para hacer que las penas de mi castigo no sólo fueran soportables, sino bienvenidas. Ya habría en el Cielo muchas

buenas personas para asegurar la felicidad de todas las almas que se ganaran la entrada en aquellas calles de oro. Yo no tenía voz para cantar, y si la conversación religiosa en la Tierra era un ejemplo adecuado de lo que pudiera ser la norma allí, esa especie de santurronería no tendría entonces ningún encanto para mí. Forzado a tal sociedad, sin ningún trabajo agradable que hacer, el lugar no tendría ningún interés —ninguna atracción— para mí. No era mi idea del Cielo, por lo tanto no lo quería.

Sería muy diferente con los pobres, arrojados a la deriva en ese otro lugar, porque si la Iglesia estaba en lo cierto, la división se haría más en ese sentido que en cualquier otro. Los ricos construyen los templos, que libran de toda dificultad financiera, y son constantes en los medios de la gracia, modernizándolos y proporcionando todo lo necesario para adorar a Dios en la belleza de la arquitectura y del ritual, mientras que generosamente se suscriben para el salario del ministro; pagando pues en todos los sentidos por su salvación, es justo y honesto que reciban su recompensa. Pero los pobres, que tienen que trabajar largas horas, sin nada para dar, apenas con un traje que ponerse, desagradablemente sugerente por los olores del taller, con sus hábitos vulgares y sus cantos a voz en grito, con ese alojamiento encalado y mal iluminado del salón de la misión [*edificio religioso*], agitado por corrientes de aire, no tienen derecho a esperar una entrada tan abundante [*al cielo*] como aquellos que contribuyen mejor mientras viven, y pueden ser llevados en un coche fúnebre de cuatro caballos cuando parten.

Por esta razón, los pobres siempre contaron con mi simpatía. Cuando pensaba en el tema, a menudo sentía como si me alegrara de que se me cerrasen a cal y canto las perladadas puertas del Cielo, si por ese medio yo entonces pudiera servir como pequeño consuelo para las multitudes del infierno. Era perverso —blasfemo— sentirme de esta manera, tal como una vez me dijo el vicario; pero era algo constituyente en mí, formaba parte de mi desafortunada enfermedad, y le pareció inútil intentar hacerme cambiar de opinión.

Nunca pude entender qué tenía de justicia la pobreza de aquí y la condenación de allá, o la secuencia lógica de las riquezas de aquí y la salvación de allá. Eso no estaba de acuerdo con mi lectura de la Biblia, ni con la enseñanza de Jesús en la parábola del *rico* y *Lázaro*, tal como yo entendía la lengua inglesa. Puede haber sido por defecto de mi poder de analogía, pero si así era, me aferré a la ilusión.

Fue una tarde, cuando me dirigía a visitar a algunas de estas personas desatendidas, que me sobrevino el gran cambio. Caminaba por un sendero atestado de gente, absorto en la contemplación de las luces y sombras visibles en los rostros de los transeúntes, cuando oí un grito y vi a un niño en peligro mortal entre los caballos del camino. No estaba lejos, así que, corriendo hacia delante —sin pensar más que en su seguridad—, lo alcancé y lo saqué de su peligrosa posición, luego me volví y...

Algo me tocó. Agarré al niño con más fuerza y di un paso adelante. El ruido cesó, los vehículos y la calle se desvanecieron —como si algún gran mago hubiera agitado su varita— y la oscuridad había desaparecido; yo estaba tendido sobre una ladera cubierta de hierba en una tierra encantada.

Y no es que todos los cambios radicarán sólo en nuestro entorno. Pocas personas se habrían quedado prendadas del harapiento niño que me apresuré a salvar, con sus pies sin zapatos, su pelo enmarañado y su cara sin lavar; pero el *ángel* que encontré recostado sobre mi pecho habría arrebatado de éxtasis a cualquier pintor. En cuanto a mí, en aquel instante había cambiado mi traje de mañana por una túnica suelta que de algún modo parecía formar parte de mí mismo; y no obstante estaba plenamente seguro de mi propia individualidad. Tenía curiosidad por saber qué

había ocurrido, y por qué medios, en el lapso de un solo paso, se había efectuado una transformación tan completa.

El chiquillo, aunque evidentemente consciente de la alteración, me miró a la cara con ojos tranquilos y risueños, sin rastro de miedo; tal vez esperaba que le diera alguna explicación, pero era yo quien la necesitaba. Luego hundió la cabeza en mi hombro y se durmió. Me senté y lo cuidé, tratando de responder a la única pregunta que ocupaba mi mente: ¿Dónde estamos?

Estaba recostado sobre la hierba de algo que sólo podría describirse como el auditorio de un inmenso anfiteatro natural, con la arena ocupada por una multitud que parecía ocupada en la recepción de extraños, a los que daban la bienvenida y felicitaban. Si tan sólo hubiera podido comprenderla, la escena habría sido tan agradable como brillante, pero, dadas las circunstancias, mis sentimientos eran más de curiosidad que de aprecio. Parecía la representación de un elaborado cuadro teatral del que yo no tenía ningún programa descriptivo, pues ignoraba por igual el lugar, los actores y el propósito. Había dos clases de personas representadas: una, evidentemente los residentes, estaba ataviada con ropajes que abarcaban casi todos los matices de color con los que yo estaba familiarizado, y algunos que nunca había visto antes, y que por tanto no tengo medios para haceros comprender; la otra, que con mucho era la más pequeña de las dos, me dio la impresión de que se trataba de unos extraños que, recién llegados, necesitaban la ayuda y asistencia que tan gratuitamente se les ofrecía. Me preguntaba de dónde provendrían. Y a esta pregunta pude encontrar una respuesta un tanto satisfactoria. Ante mí se extendía una llanura, a través de la cual iba y venía gente continuamente; a su otro lado veía un pesado banco de niebla cuyos contornos se dibujaban nítidamente, como si estuviera confinado dentro de ciertos límites. La atmósfera era tan excepcionalmente clara que, aunque la niebla estaba quizás a unas dos millas de distancia de donde yo me encontraba, podía discernir fácilmente que entraban en la llanura desde esa dirección. Ahora me interesé intensamente por algo que desconcertaba mis facultades para determinar si era real o una ilusión óptica. Noté que se desvanecía gradualmente el color abigarrado de la vestimenta que llevaban las personas que se alejaban de nosotros hacia las nieblas, hasta que en la distancia ya no se veía más que un tono uniforme de gris; por el contrario, a medida que regresaban, se restablecían misteriosamente los tonos originales. Al final, me parecía como si aquel vapor ejerciera una influencia mágica, o que la llanura era tal que fuera legítimo llamarla encantada.

En el momento en que vi la niebla fui consciente de que un escalofrío me atravesaba, pero no debido a ningún cambio de temperatura, que era cálida y agradable, sino como el que se experimenta al pensar en abandonar un fuego acogedor para verse envuelto en la penetrante niebla del otoño o de principios de invierno. Lo que esto provocó es más de lo que puedo decir; tal vez fuera por mi empatía con aquellos que veía emerger de tal entorno, pues muchos se veían tan superados que apenas tenían fuerzas para llegar a la llanura abierta; mientras que para otros, los vigilantes se sumergían en la niebla y les ayudaban a atravesarla; otros eran cargados a costas todo el camino a través de la llanura antes de que tuvieran el poder de ponerse de pie.

No puedo decir cuánto tiempo estuve dedicado a esto, pero de repente mi atención se vio atraída por alguien que estaba a mi lado y me incorporé, dándome cuenta por primera vez de que la ladera en la que había estado sentado estaba ocupada por muchos como yo, evidentemente extraños. Esto, sin embargo, no me interesó tanto en ese momento como sí lo habría hecho antes, pues ahora toda mi mente estaba centrada en la persona a mi lado, con la esperanza de que pudiera resolver el problema que me tenía tan perplejo.

Adivinó mi propósito antes de que yo tuviera tiempo de formular una pregunta y, extendiendo las manos hacia el muchacho que aún dormía, dijo:

«Viene alguien que responderá a todas tus preguntas, mi deber es llevarme al niño».

«¿Llevarte al niño? -respondí, sin saber si debía entregarlo- ¿Adónde?
¿A casa?».

«¡Sí!»

«¿Pero cómo volveremos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Dónde estamos?»

«Debes tener un poco de paciencia -respondió él-, entonces lo sabrás y lo entenderás todo».

«Pero, dime, ¿esto es un delirio o un sueño?».

«¡No! Verás que has estado soñando; ahora estás despierto».

«Entonces, por favor, dime dónde estamos y cómo hemos llegado aquí; estoy tan perplejo por saberlo».

«Estás en una tierra de sorpresas, pero no debes temer, no te traerá más que descanso y compensación».

«Eso sólo aumenta mi dificultad -dije suplicante-; pero... hace un momento era de noche en Londres, donde salvé a ese chico de ser atropellado. Luego todo se desvaneció como un relámpago y hallé que nos encontrábamos aquí. ¿Dónde estamos, entonces, en este lugar -cómo lo llamas-?»

«¿La tierra de la inmortalidad?».

«¡Qué! ¿Muerto? ¿Cómo?».

Fui consciente de dar un paso atrás cuando el formidable anuncio cayó sobre mis oídos, pero había algo tan tranquilizador en su manera de ser que volví instintivamente, agarrando la mano que me tendía como bienvenida. Entre todas las teorías con las que había intentado resolver el misterio, esta nunca se me había planteado por sí misma; de haberlo hecho, no la habría considerado ni por un momento, mientras que el inesperado entorno me habría justificado el descartarla. Estaba asombrado por la fe incuestionable con que acepté su declaración, mientras que su comprensiva compostura vetaba absolutamente cualquier sensación de agitación a medida que comprendía plenamente la sorprendente verdad.

«No, no muerto -respondió, tras una breve pausa-; ¿Acaso has conocido alguna vez un muerto que hable y se sorprenda? Cuando un muchacho deja su casa para ir a la escuela, o la escuela para tomar parte en los acontecimientos más serios de la vida; o cuando una muchacha abandona la casa de su padre para ir a la de su marido, ¿solías decir entonces que habían muerto? Ciertamente no. Tampoco tienes razón en suponer que estás muerto desde que pasaste por el cambio que te ha sobrevenido».

«Pero he hecho una salida inequívoca de un mundo y una entrada en otro; por lo tanto, mientras estoy vivo para esta nueva vida, estoy muerto para la que he dejado atrás».

«Ahora serás llamado a ampliar tus concepciones e ideas. Así como vuestros hogares en la Tierra son moradas separadas, y las naciones conforman los dominios de diferentes reyes, así los diversos estados y mundos de esta vida se convierten en las [muchas mansiones](#) en el reino universal de nuestro Padre-Dios. Por lo tanto, sólo estás muerto para la Tierra de la misma manera que el escolar

muere como escolar pero obtiene un mayor poder como maestro; o tal como una niña deja de ser residente para convertirse en visitante».

«No te entiendo», repliqué.

«Permíteme darte el esbozo de una parábola sobre la que podrás reflexionar hasta que envíen a otra persona que te proporcione una información más clara. A los niños se les induce a dormir en la Tierra arrullándolos con canciones infantiles cuyos fabulosos héroes se convierten en personajes históricos en las mentes de los pequeños oyentes, hasta que las realidades de la vida disipan la ilusión. Así, los niños más crecidos, al entrar en esta vida, descubren que también ellos han sido adormecidos espiritualmente por las ficciones de las nodrizas de sus almas. Es el despertar a la verdad de este hecho lo que hace de esta una tierra de sorpresas, como descubrirás a medida que avances. Pero ahora debo dejarte y llevar a nuestro hermanito a la casa de los niños, donde volverás a encontrarte con él dentro de poco».

Con un amable saludo se marchó, y yo me quedé solo, pensando en todo lo que había dicho. Su parábola estaba preñada de revelaciones que sólo el futuro podría desvelar de manera inteligente, pero una cosa era evidente: yo había dado el paso irrevocable, había resuelto el gran secreto; sin embargo, ¿qué había aprendido? Me limitaba a esperar con la certeza de que el acto de morir se había realizado inconscientemente. ¿Cuál sería el resultado? Fuera cual fuese, ya no podía volver atrás; tenía que enfrentarme a mi sino. Una cosa me habían asegurado: no había por qué temer. Ni siquiera estaba ansioso: estaba contento. Así que esperé y reflexioné.

Capítulo 2

La sala del juicio

Mis reflexiones iban más o menos en el siguiente sentido:

Una tierra de sorpresas, ¿verdad? Sí. ¿Y por qué no dijo también tierra de revelaciones? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Una hora, un día, un mes? No lo sé. Según mi idea del tiempo, parece como si acabara de hacer aquel intento de salvar al niño; pero medido por la revelación, siento como si hubiera estado aquí durante años.

¡Qué extraño que no sepa cómo salí! No me caí, no sentí dolor, no tuve indicios de revivir de un desmayo, ¿cómo fue? ¿Cuántas personas enturbian su vida con el miedo que les inspira la muerte; cuántos maestros se deleitan en los terrores de esa hora en que el alma se encuentra cara a cara con la muerte? ¡Cuán diferente ha sido mi experiencia!

Me pregunto si entre todas las sorpresas de esta vida encontraré posible...

«¡Oh, Dios! No sé todavía dónde estás, ni quién eres; pero la revelación que se me ha dado está llena de amor y resplandece con promesas, por lo tanto siento que ha venido de Ti, y llena mi alma de esperanza. No sé todavía si estoy salvado o perdido; pero en Tu misericordia escúchame, y en Tu piedad por los hijos de los hombres, permíteme, si es posible por algún medio que no conozco —por algún método que Tu amor sea capaz de idear— una vez más hacer llegar mi voz al estado mortal, y ayudar a levantar el peso del error que yace sobre los hombros de mis semejantes. Tú conoces, oh mi Dios, la ceguera e ignorancia de aquellos que ahora profesan guiar a Tus hijos. Muchos no han probado tu gran amor; muchos no han sentido tu gracia; muchos andan a tientas en la oscuridad, cegados por las tradiciones de los hombres; muchos se han alejado del redil. Los cantos de Sión han sido olvidados por la codicia de fama, riqueza y poder; y cansados peregrinos recorren su camino de

regreso a casa, con suspiros, gemidos y lágrimas marcando el ritmo de su marcha. Si alguna alegría hay aquí para mí, oh Dios, Padre mío, estoy dispuesto ahora a renunciar a ella. Si la pena que debo pagar es la agonía del infierno, estoy dispuesto a soportarla si en Tu misericordia me envías de vuelta, con el poder de decir la verdad de Tu amor inmutable, y levantar la carga de la duda de aquellos que, buscando, no Te conocen».

¿Es un error por mi parte decir que no sé dónde está o quién es Dios? Tal vez sí. Pero es honesto, y no puedo dejar de pensar que la honestidad es lo correcto. Todo lo que me rodea es tan contrario a lo que esperaba, que siento miedo de confiar en cualquier cosa que haya sabido alguna vez; y el tormento de anhelar que mis semejantes conozcan la verdad hasta donde yo la contemplo, me obliga a elevar esa oración. Si alguna mano poderosa pudiera, aunque sólo fuera por un instante, rasgar el velo y hacer que las multitudes de la Tierra contemplen el futuro tal como es en realidad, ¡qué revelación sería! Cómo cambiaría sus suspiros en canciones, eliminaría todas las dudas del amor eterno de Dios y proclamaría un evangelio por el que todos los corazones claman. Sería para la Tierra lo que es para mí; yo, que más de una, o dos, o tres veces, había sido advertido de que la vida que llevaba sólo podía encontrar condenación en el tribunal de Dios; y sin embargo, encontré que las primeras palabras que se me dirigían eran de esperanza y aliento: «*No tengo por qué temer*». Cuán diferente es la declaración que se hace en la Tierra, donde el amor de Dios se limita para satisfacer los requisitos de cada secta, mientras que de ira y de retribución se tienen cantidades infinitas para conducir al pecador a la salvación. ¿Qué pueden pensar tales maestros cuando despiertan al conocimiento de la verdad tal como la he encontrado aquí?

«¡Aquí! ¿Pero dónde está "aquí"? Esa es una pregunta que aún no ha sido respondida satisfactoriamente. ¿Es el cielo? No; ¡seguro que no! O si lo es, qué extrañamente diferente de la multitud de arpas, cantos y coronas que la Iglesia espera encontrar. No es... No. Todos los alrededores son igualmente incapaces de ajustarse a tal interpretación. ¿Cuál puede ser entonces la condición de este lugar? ¿Es posible que haya un estado intermedio después de todo? Tal vez. Y sobre la cresta de estas colinas puede estar el trono del juicio al que seré convocado dentro de un tiempo. No había pensado en eso; pero la sugerencia llega sin rastro de temor, las palabras que he oído me llenan de una esperanza que estoy seguro nunca podrá ser traicionada. Sea cual sea el asunto, me conformo con saberlo en el curso habitual de los acontecimientos; mientras tanto, descansaré».

Es una idea popular que nuestra entrada en el mundo de los espíritus será saludada por amigos y parientes que nos han precedido, y que en cualquier caso es así; pero es extraño decir que, incluso después de conocer la naturaleza del cambio que me había sobrevenido, nunca se me ocurrió pensar en tal encuentro, hasta que sentí, más que oí, que alguien pronunciaba mi nombre. Me volví y vi a una joven, vestida con una delicadísima túnica rosa, que bajaba la colina hacia mí. No estaba seguro, pero me pareció que su rostro se parecía al de una mujer que conocí hace mucho tiempo, salvo que los viejos surcos de preocupación y necesidad se habían transformado en líneas y curvas de belleza. Hacía mucho tiempo que la había olvidado, pero ella se acordaba de mí, y con los ojos brillantes de bienvenida y las manos extendidas para estrechar las mías, fue la primera de todos los que conocía en saludarme.

«Mil bienvenidas -clamó, mientras me agarraba las manos-; Acabo de recibir la noticia de tu llegada; ¿soy la primera en encontrarme contigo?».

«Sí, Helen, la primera de entre todos mis conocidos».

«Me alegro por ello; siempre esperé que fuera así. He velado, rezado y esperado por ello; es todo lo que puedo hacer para agradecértelo».

«¿Darme las gracias por qué?», pregunté asombrado.

«No hace falta que te lo diga -respondió-; Nuestro Padre lo sabe, y Él te lo recompensará».

En ese momento descubrí que el cielo es tanto una condición del alma como una localidad, y la verdadera amistad es un gran factor para completar esa condición. Poco tiempo antes de la llegada de Helen, había casi llegado a la conclusión de que aún no estaba en el cielo, pero su aparición me hizo cambiar de opinión. Me había producido una sensación de alegría tan abrumadora, estaba tan satisfecho, que no concebía que pudiera haber más felicidad en el futuro; y esto era el resultado de la presencia de alguien a quien yo había conocido imperfectamente en la Tierra.

Su historia, por lo que yo sabía, no era larga. Su madre había muerto de pura inanición en su empeño por mantener a tres hijos y a un marido enfermo con su trabajo como limpiadora, complementado por el escaso salario de Helen en una fábrica de cerillas. La niña tenía sólo quince años cuando toda la carga de aquel hogar cayó sobre sus hombros, bajo la más pesada forma de unos medios muy disminuidos. Luchó valientemente, desviviéndose más allá de sus fuerzas para mantener a raya al lobo del hambre y salvar el hogar de la amenaza de destrucción. Pero el salario de la fábrica se cuenta más fácilmente en cobre que en oro, y lo poco que podía ganar de otras maneras no era más que una gota en el océano de sus necesidades, así que cayó en el fragor de la batalla, aplastada y con el corazón roto.

Me enteré de su historia justo antes de su muerte, y fui a verla al hospital donde yacía. Varios días permanecí sentado durante media hora, más o menos, tratando de consolarla con la seguridad de que cuidarían de los niños cuando se la llevaran, porque me di cuenta de que la incertidumbre sobre su bienestar era la espina más aguda en su almohada moribunda. Hizo oídos sordos a las súplicas del misionero para que preparara su alma para la muerte; pero ella no temía por ello; no se preocupaba por sí misma. Quería saber que los niños estarían a salvo, y cuando le hice una solemne promesa se tranquilizó y cerró los ojos en paz.

Yo ya había olvidado hacía mucho tiempo su conexión personal con aquellos niños, ya que nuestra amistad había sido muy breve; pero en los primeros momentos de aquel reencuentro sentí que había descubierto uno de los consuelos que había estado buscando durante tanto tiempo: el amor de una hermana.

«¿Te sorprende que yo sea la primera en encontrarme contigo?», me preguntó.

«Apenas puedo decirlo; las sorpresas se duplican tan rápidamente que empiezo a pensar que aquí son naturales».

«Si no sorprendido, ¿estás contento de haberme encontrado una vez más?».

«¡Sí, Helen! Más que contento -respondí-, tanto por ti como por mí. Has sido más feliz aquí de lo que esperabas, ¿verdad?».

«¡Sí! Mucho más feliz; y siempre ha parecido aumentar por tu certeza de que así sería. Una vez casi temí que te equivocaras; pero cuando descubrí que tenías razón, me alegraba cada vez más por ti».

«Siempre me pareció -respondí- que todo lo que se hiciera por amor no podía ser malo. Yo no profesaba saber mucho acerca de Dios, y ahora soy consciente de saber aún menos de lo que pensaba; aun así no he cambiado mi idea».

«Pues 'Dios es amor', Fred; eso es todo lo que sabemos de Él. 'Lo que nace del amor nace también de Dios'. Ven a casa conmigo y déjame contarte lo que he aprendido sobre Él desde que llegué aquí».

«Todavía no -contesté-; No debes olvidar que acabo de llegar y no sé adónde tengo que ir por el momento».

«Lo aprenderás todo a medida que avances -dijo, mientras se daba la vuelta para marchar-; ven conmigo ahora».

«Pero, ¿no tengo que ver a nadie? ¿No hay...?».

Ella vio la perplejidad y la incertidumbre, que debían de ser muy claramente visibles en mi rostro, ante lo cual sonrió y preguntó:

«¿Es el tribunal lo que buscas?».

«¡Sí! Porque de momento no sé nada de mi posición, ni adónde debo ir».

«Fred, quítate cuanto antes las ideas terrenales de la cabeza. Ya has pasado por el tribunal, y llevas su veredicto en el vestido que portas».

«¿Pasado? ¿Dónde? No lo sé».

«Tal vez no; pero se encuentra allí, en esas nieblas desde las que ves a tantos entrar en la llanura», y mientras hablaba señaló en la dirección en la que mi atención había sido llamada previamente.

«¿Es ese el camino por el que vine?», pregunté.

«Sí, es la única forma de entrar en esta vida».

«Yo no sabía nada de eso, no fui consciente de nada hasta que me encontré tendido aquí, donde estamos ahora».

«Eso es muy posible, ya que el tuyo fue uno de esos pasajes repentinos que te precipitan tan rápidamente en este estado que no queda ninguna consciencia del acontecimiento. A menudo pienso que es una gran bendición llegar de esa manera».

«¿Por qué? Pero... ¿te canso con mis preguntas?».

«No. Será un placer contarte todo lo posible aunque, como no llevo mucho tiempo aquí, tendrás muchas preguntas que hacer que yo no pueda responder, y tendrás que someterlas a otros que sepan más que yo».

«Siento que eres justo la maestra que necesito en este momento, ya que todo es muy diferente de lo que esperaba. Soy como un niño con todo por aprender».

«Estaré encantada de contarte lo que pueda; pero no debes hablar de cansancio, porque nadie que lleve nuestro color puede cansarse».

«Llevar nuestro color», repetí, sin saber a qué se refería.

«Sí. Pronto comprenderás que el color del vestido es un indicio de la condición de quien lo lleva; pero no podrás comprenderlo hasta que lo hayas visto por ti mismo».

«Pero dime, ¿por qué crees que es mejor entrar en esta vida de la manera en que vine?».

«Si consideras la entrada de un alma en esta vida como un nacimiento, más que como una muerte, y la enfermedad que la precede como un parto más o menos prolongado, con la correspondiente postración que le sigue, me comprenderás mejor. Mira -continuó, señalando hacia las nieblas- cuántos tienen que ser ayudados —algunos incluso llevados— a la vida; mira cómo algunos hacen una pausa para recobrar las fuerzas y seguir adelante, y dime, ¿no crees preferible llegar como tú lo has hecho?».

«Cuando lo consideras desde ese punto de vista, por supuesto que lo es; pero sabes que nos han enseñado a verlo desde el otro lado».

«Ese es un gran error, que hay que corregir aquí. El hombre considera prácticamente la vida terrestre como la condición principal y no subordinada de la existencia. Como ser espiritual, debería ser educado para verlo todo desde un punto de vista espiritual, de la misma manera que se anima a un escolar a considerar sus estudios a la luz de lo que le permitirán realizar más tarde. La Tierra no es todo, ni tampoco una finalidad del desarrollo, sino más bien la etapa elemental, sobre la cual este es el próximo avance, mientras que los errores del estado inferior tienen que ser desarraigados aquí antes de que podamos asumir las posiciones que deberíamos estar preparados para tomar a nuestra llegada; esto, sin embargo, te será ilustrado más convincentemente en breve».

«Estoy ansioso por oír algo sobre esa sala del juicio. Si pasé por ella inconscientemente, tal como debo de haber hecho, ¿cómo puede dictarse una sentencia justa sobre un hombre en tal condición?».

«La idea de la sala del juicio es otro malentendido debido a la interpretación literal de lo que sólo pretendía ser una metáfora parabólica».

«¿Quieres decir que no tengo conocimiento de ello, por la sencilla razón de que no existe tal lugar?», pregunté.

«En cuanto a que exista un juicio ordinario y una sentencia dictada por un juez personal, es una ficción; el veredicto del tribunal de Dios es más justo e infalible que eso, y no pide más pruebas que las que ofrece el acusado. El texto que colgaba sobre mi cama en el hospital es la ley sobre la cual se dicta esa sentencia, y de la cual no se pide ni se concede apelación: 'No os engaños; Dios no es burlado, porque todo lo que el hombre sembrare, eso también cosechará'. La justicia no puede errar, puesto que ningún hombre es llamado a declarar contra su prójimo. A medida que el alma entra en contacto con esas nieblas, se separa de la carne, y es despojada de cualquier carácter falso y aparente que pueda haber asumido, sin importar en qué circunstancias o con qué propósito. La función de las nieblas es disolver todo excepto lo espiritual. Allí se rompen todos los sellos de la vida, se revela todo lo que ha estado oculto, los libros se abren de par en par, ya sea para absolver o para condenar. Sería tan racional esperar que un constructor dijera, al dar los últimos toques a una casa de campo, "eso debería haber sido una catedral, y creo que lo es"; o que un agricultor dijera a sus hombres, "ese campo de coles debería haber sido trigo, y creo que lo es"; que un hombre, cuando siente el frío de la disolución sobre él, piense que por la aceptación de cualquier credo o sistema de creencias puede, en ese momento de temor, erradicar los males de toda una vida y recibir una abundante entrada a la alegría eterna. ¡No, Fred! A medida que lo mortal se retira, se desarrolla desde el espíritu una envoltura natural de acuerdo con su vida y su carácter, estando el color

determinado por los actos y motivos del pasado —no por los credos que ha sostenido o las profesiones que ha hecho— y ese color es la sentencia justa que el alma ha dictado sobre sí misma en virtud de la ley invariable de Dios».

«Entonces, ¿subordinas la fe a las obras?».

«Las obras son a la fe precisamente lo que el espíritu es al cuerpo: la vida. 'La fe sin obras está muerta', por lo tanto la fe sólo puede manifestarse por las obras. La enseñanza de Jesús es 'En cuanto lo hicisteis', no 'en cuanto lo creísteis', y nada más que el amor y las obras nobles son capaces de entrar en esta vida en compañía del alma; todas las formas de creencia se pierden en las brumas del más allá».

«¿Quién puede entonces salvarse?».

«Esperamos que cada hijo, individualmente, en última instancia, y creo que si uno es exceptuado lo será enteramente por su propia culpa».

«¿Por qué?».

«Porque esa sentencia no es definitiva, sólo determina qué posición debe asumir el alma al entrar en esta vida; ella todavía tiene el poder de elevarse a sí misma, así como la ayuda de otros que siempre están trabajando para elevar a los que están en condiciones inferiores a ellos. Así, la sentencia no es eterna y vengativa; es probatoria y reparadora».

«¿Cómo así, Helen, quieres decir que no existe el infierno?».

«De ninguna manera; tenemos infiernos de tormento mucho peores de lo que tu imaginación puede soñar, pero son sólo condiciones purificadoras y han sido provistas en la plenitud del amor de nuestro Padre, como se te hará comprender en breve».

«He sido afortunado al encontrar tal maestra para corregir mi ignorancia -dije-; Antes de verte me sentía como un niño en la escuela cuya educación había sido tristemente descuidada; pero ahora parece que todo lo que sé es erróneo, y tiene que ser desarraigado».

«Verás que se han hecho todas las provisiones para las correcciones necesarias a medida que avanzas -respondió-; Y el conocimiento es fácilmente adquirido por aquellos que desean aprender. Es una vida activa esta en la que entras; cada persona capaz de trabajar tiene una misión asignada, de modo que todos somos 'trabajadores junto a Dios'. Mi lugar por el momento está aquí, para reunirme con los que acaban de llegar, por lo que he sido especialmente instruida en los asuntos que primero se indagan».

«Si el veredicto se da sólo sobre las obras, ¿quiénes son los que reciben la abundante recepción prometida tan liberalmente a los creyentes?», pregunté.

«En ese juicio -respondió ella- cada acto, motivo y circunstancia concomitante en la vida de un hombre tiene su legítima consideración, y es apreciado en su justo valor, y la balanza se mueve en consecuencia. Los actos de caridad originados en la conveniencia se miden por el logro del objeto deseado, y no dejan ningún saldo en la cuenta de la vida; la filantropía munificente otorgada con fines políticos o egoístas se recompensa por la aprobación que recibió; la construcción y dotación de un hospital o iglesia por la riqueza amasada con la bebida o tráfico similar, se contrarresta con las vidas destrozadas y los hogares arruinados de sus muchas víctimas. El amor abnegado, para aliviar el dolor, la angustia y la necesidad, no hecho para ser visto por los hombres, sino por

simpatía con el hermano débil y desafortunado; el motivo que impulsa a un hombre a dar lo que él mismo puede necesitar, para disminuir los sufrimientos de otro; la paciente resistencia del mal hasta que el Padre determina vengar; la caridad que se levanta en defensa del débil contra el fuerte, a costa del oprobio y la vergüenza; el corazón que se niega a condenar cuando las apariencias son oscuras porque no se conocen todas las circunstancias; el hombre que, cuando es herido, interviene para romper el golpe de la justicia porque él también desearía ser perdonado; estos son los que, en ese juicio, levantan la cabeza y oyen "bien hecho". Esto hace a todos los hombres iguales en sus ventajas y añade una responsabilidad proporcional allí donde se ha confiado riqueza o poder».

«¿Enseñarías a los hombres a repudiar la riqueza?», pregunté.

«Ciertamente no; pero les enseñaríamos que todo don sólo se tiene como administrador, y que serán llamados a rendir cuentas en la noche de los tiempos. Nuestro Padre ha puesto en la Tierra lo suficiente para suplir las necesidades y dar algunas comodidades a cada uno de sus hijos; pero los fuertes han quitado la parte de los débiles, hasta que abunda el lujo y el hambre. ¿Es esto justo? No. Y en el juicio, el alegato de que la riqueza así poseída fue honorablemente adquirida no servirá de nada, ya que Dios quiere que también sea amorosamente dispensada. Tomemos a un hombre que, habiendo repartido sus bienes entre sus hijos, vio que el mayor se llevaba la parte del menor; ¿crees que el padre estaría dispuesto a permitir complacientemente el agravio? ¿Será Dios menos justo de lo que exigimos que sea un hombre? Por supuesto que no. El vínculo de la hermandad es más poderoso que el derecho legal a los ojos de Dios, y el veredicto de Su tribunal se da de acuerdo con la responsabilidad familiar, no con la ley mercantil».

«Supongamos que uno está ansioso por llevar a cabo una buena obra, pero la presión de las circunstancias se lo impide. ¿Cómo se consideraría eso?».

«Eso te lo explicarán otros más hábilmente en breve, pero mientras tanto puedo responderte parcialmente hablándote de una de las primeras recepciones a las que asistí tras mi llegada».

«¿Se celebran entonces recepciones en el cielo?».

«Sí, aunque son algo diferentes a las vuestras. Cuando algún amigo cruza la frontera para llevar a un peregrino a casa, lo llamamos recepción. Aquella a la que me refiero fue una de esas entradas abundantes a las que te refieres, y Omra fue a dar la bienvenida al hermano».

«¿Quién es Omra?».

«El gobernador de este estado, y el espíritu más elevado que he visto, excepto Jesús».

«¿Le has visto, Helen?».

«Sí, una vez; pero Él estaba a cierta distancia de mí, así que no hablé con Él. Pero para hablarte de este recibimiento: el hombre que fuimos a encontrar era un interno de un hospicio para pobres, pero había miles de espíritus presentes para recibirlo».

«¿De un hospicio?».

«¡Sí! Nunca olvidaré la escena. Cuando Omra se acercó a la cama, los ojos que se cerraban le vieron, y él, que devenía santo, gritaba a su amigo, que dormía en una silla a su lado: "¡John! Ya me voy; ¡alguien ha venido a buscarme! ¡John! ¿No ves lo iluminada que está la habitación? Mira, ¡mira los ángeles! Y... y... ¡No! ¡Jesús no! Para mí, no". Entonces, el pobre y débil cuerpo, que se

había medio levantado en su excitación, retrocedió; y el vigilante lo encontró frío cuando despertó, pues el espíritu había dejado caer su velo de carne».

«Cuando el alma se alejó, Omra lo rodeó con el brazo y le dio la bienvenida. Entonces, con una mirada desconcertada, casi asustada, el hombre contempló la hueste que se agolpaba a su alrededor y, volviéndose hacia Omra, balbuceó:

«Esto no es para mí. Es un error. ¿No habréis venido por mí, no?».

«Sí, lo hicimos, hermano mío -replicó Omra-; no cometemos errores; todos ya han quedado atrás».

«Pero, pero, no puede ser por mí. Yo no he sido un buen hombre. Señor mío, ¡debe de ser un error! ¿Qué he hecho?».

«Alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y atender a los enfermos», respondió Omra.

«Ahora sé que te equivocas. He estado casi toda mi vida trabajando. Nunca tuve dinero para hacerlo todo. Yo sabía que esto no sería para mí».

«Una vez diste tu cena a un muchacho hambriento -dijo Omra-; le diste un par de botas, de las que malamente podías prescindir, a un vagabundo errante; le diste tus gafas a una pobre anciana que no podía ver para leer, y te dejaste a ti mismo en la misma condición; te sentaste al lado de un viejo camarada cuando estaba enfermo y lo curaste; has sido paciente en tu pobreza forzada y has animado a otros a esperar lo mejor y a estar contentos, ¿no es así?».

«Bueno, sí, me senté al lado del viejo Bill, un poco; pero él habría hecho lo mismo por mí si yo hubiera querido. No sé mucho del resto».

«Pero nosotros sí; tales hechos nunca se olvidan entre nosotros, y hay muchas cosas que deseabas hacer si hubieras tenido el poder. Tal voluntad honesta es siempre aceptada por Dios como si el hecho se hubiera realizado con éxito, y así, como ves, no nos equivocamos».

«Para entonces había sido llevado a cierta distancia de su cuerpo, y había asumido sus nuevas vestiduras, en las que fue triunfalmente escoltado a una de las muchas mansiones preparadas para gente como él».

«Qué sorpresa para él -comenté, mientras ella concluía-; vaya, debe de haber sido tan grande como la mía. Pero, ¿dónde están esas casas de las que hablas? Todavía no he visto nada en forma de edificio».

«Están sobre la cresta de la colina; ¿no has estado en la cima?».

«No».

«Venga entonces, vamos; eso te permitirá dar la espalda a las nieblas, y te mostraré estas tierras hacia otra dirección».

Capítulo 3

Un paisaje prismático

No soy —o no era en la otra vida— un entusiasta. Ninguna persona, por imaginativa que fuese, habría usado esa palabra para describir mi carácter. Frío, aburrido, desapasionado, prosaico, flemático, incluso estúpido, habrían sido unos epítetos que muchos habrían considerados apropiados para mí; pero entusiasta, ¡nunca! Un espíritu así nace de una imaginación y un gusto vivos, pero yo

no tenía lo uno, y constantemente me aseguraban que no sabía nada de lo otro; ¿cómo, entonces, podía ser entusiasta? Esto era indudablemente cierto en la vida anterior, pero ¿me justifica eso decir que es igualmente cierto en esta? ¿Es tan leve el cambio de carácter y temperamento? ¿Somos tan de nuestro antiguo yo, simplemente trasladados a nuevos campos y entornos, que todo lo que era cierto en el pasado es igualmente cierto en el presente? Estas eran preguntas que surgían instintivamente en mi mente, pero no tenía el poder ni el conocimiento para responderlas. Era plenamente consciente de que se habían producido algunos cambios, aunque por el momento no tenía forma de determinar si eran permanentes o no; una experiencia posterior podría demostrar que en ese momento estaban provocados por las extrañas circunstancias que se agolpaban sobre mí. Por ejemplo, en el pasado no había sido en absoluto curioso, pero desde que me encontré aquí no había hecho nada más que preguntar: ¿cómo? ¿cuándo? ¿de dónde? o ¿por qué?, a mí mismo y a los únicos dos amigos con los que había tenido oportunidad de hablar.

Este tono de especulación recorría mi mente, mientras mis sentidos más activos se deleitaban con la magnificencia de la vista que contemplé al llegar a la cima de la pendiente. Como estaba muy feliz en mi posición original y tenía aún una multitud de preguntas que hacer, no tenía el menor deseo de moverme, aunque me habían hablado de las mayores bellezas del país al que podía llegar tan fácilmente. Cuando Helen hizo la sugerencia, si la elección hubiera estado en mis manos, habría aplazado nuestra partida o, lo que es más probable, habría ido en la otra dirección, hacia las nieblas. Ella pareció comprender perfectamente mi deseo y dijo:

«Es muy natural que desees ir por ese camino, pero no sería bueno para ti en este momento».

«¿Por qué?», pregunté.

«Las influencias son algo desagradables en este momento -respondió-, te resultaría difícil regresar. Cuando la atracción se rompa, no habrá objeción para que vayas a ver a los recién llegados».

«¿Qué atracción?», pregunté.

«La atracción de tu cuerpo. Cuando la disolución se produce tan repentinamente, como en tu caso, el vínculo magnético no se corta completamente durante un breve tiempo, y el alma siente un deseo casi irresistible de regresar al cuerpo. La misma experiencia es común a los amigos que todavía están en el cuerpo:

*Muchas veces dicen: ¡Adiós!
Sin embargo, todavía se demoran en la puerta,
y cuando se separan, desgarrados,
el amor grita: ¡Vuelve un momento más!*

Fue para romper esta influencia y liberarte que al principio te pedí que vinieras a casa conmigo; era muy fuerte para ti entonces, pero ahora puedes lograrlo, así que nos iremos».

«¿Todos los que están aquí acostados sienten esa atracción?» pregunté.

«Sí; pero se les induce a irse lo antes posible».

«Veo que algunos no se detienen en absoluto».

«No. Se han cansado del cuerpo y se desprenden de él con facilidad, por lo que nada les impide irse a sus hogares de inmediato».

«¿Cuánto dura generalmente la atracción?»

«Varía considerablemente, ya que con frecuencia se ejercen circunstancias sobre las que el alma no tiene control, que impiden la libertad deseada. Por ejemplo, muchos se ven retenidos por la aflicción de sus amigos mucho después de que la influencia del cuerpo haya sido superada».

«¿Cómo puede ser eso?»

«Te he dicho que el amor es el poder más grande que conocemos; el alma es consciente de ello tan pronto como abandona el cuerpo, y la perturbación de los amigos tiene, por lo tanto, una atracción empática demasiado fuerte para su resistencia; forma un ancla que ata el espíritu a la Tierra. A veces tenemos mucha dificultad para contrarrestar las influencias perniciosas de la aflicción, que el amor ciertamente impulsaría a los afligidos a contener si pudieran ser testigos del efecto que produce».

«¿Pero no se ve obligado el espíritu a irse?».

«¡No! No usamos la fuerza en esta vida bajo ninguna circunstancia. Cada persona conserva el uso de su libre albedrío, cuyo ejercicio invariablemente produce su propia recompensa o castigo».

«¡Bien! La antigua vida no tiene muchos atractivos para mí, y no tengo ningún deseo de renovarla en los mismos términos, así que haremos lo que desees: seguir adelante».

Llegamos a la cima de la pendiente y me quedé fascinado por la escena que se extendía ante mí. Desde los pies de una suave ladera, cubierta de una hierba del verde más rico y sedoso que jamás había visto, se extendía un paisaje por todos lados vestido con más matices de color de los que podía calcular. Había contemplado los cielos de Italia, hermosos y tranquilos, pero la grandeza sin nubes de sus glorias iluminadas por las estrellas era como la fría placidez de un sueño atado a la muerte, en contraste con la infinita y abovedada cúpula de energía eterna bajo la que me encontraba, inclinándome involuntariamente ante el bautismo de vida con el que me bañaba. Había visto la magnificencia de algunos paisajes orientales, con el resplandor de una legión de colores arrojados en ricos mosaicos por todas partes, pero sería una profanación comparar esos matices, tintes y tonalidades con lo que tenía ante mis ojos. Pulsaciones de vitalidad visible palpitaban y temblaban en las rocas, árboles y flores, cada una de las cuales derramaba su cuota rítmica en la proclamación armónica que sonaba por todos lados de que la muerte es devorada por la victoria, y sobre el umbral del futuro, alcanzando el horizonte de ambos polos, cantaba la leyenda: "Vida, vida, vida eterna".

Pero ¿por qué intentar lo imposible? Las palabras nunca han podido transmitir una idea adecuada de muchas escenas de la Tierra; ¿cómo pueden entonces usarse para contar las mayores glorias que el lenguaje del alma no tiene el poder de pintar, sino que deja que el espectador extasiado entienda mediante una comprensión silenciosa? ¡Oh corazones! Los hitos de cuya peregrinación están escritos alternativamente con batalla, derrota y fracaso; vosotros, caminantes excluidos, marginados de todo lo que una vez fue querido; vosotros que estáis hambrientos de una mirada de simpatía, sedientos de una palabra amable, andando a tientas por un rayo de esperanza; vosotros, aplastados y mutilados, desfigurados y torturados en el potro de la corrección social; vosotros, los proscritos y desterrados de una iglesia sin alma porque vuestros pies cansados han tropezado en el camino; vosotros, mártires de la codicia por la riqueza, la fama y el poder; vosotros, cansados de la lucha de la vida, todos, sí, quienquiera que se hunda en el sueño, y que, en el delirio salvaje de sus sueños, dé rienda suelta a todas sus fantasías... permitid que vuestra imaginación haga aparecer ante vosotros todo lo que desearíais u osarais anhelar; imaginaos todo lo que concebís del cielo; deleitaos con las anticipaciones de lo que allí encontraríais; y luego multiplicad el producto todavía mil veces, y captad el concepto, si podéis. Pero aunque alcanzarais la cima de este deseo, no habríais captado

más que un débil reflejo de la provisión hecha para el disfrute de los justos cuando sus pies manchados de sangre han alcanzado la meta del cielo.

Desde el pie de la colina en la que me encontraba, un centenar de caminos divergían hacia cada parte del paisaje, no los caminos monótonos y prosaicos a los que la Tierra está tan acostumbrada, sino que cada uno tenía, no un nombre, sino un color distintivo correspondiente a la ciudad o distrito al que conducía. Estaban dispuestos de modo que los tonos más oscuros se curvaban a ambos lados en primer plano, cada uno con un surco mayor o menor según su tono, hasta que los perdía de vista cuando se hundían bajo mis pies; los tonos más claros parecían tener una elevación correspondiente, hasta que en el centro de la perspectiva había una línea recta de blanco impecable que conducía a un arco de brillante pureza en la lejanía.

Helen me dejó por un momento para que pudiera contemplar la vista sin perturbaciones y, cuando regresó, le acompañaban varios amigos que yo conocía más o menos íntimamente. Nos sentamos y hablamos de los acontecimientos de nuestras vidas pasadas y especulamos sobre nuestras perspectivas futuras con un sentimiento de satisfacción y disfrute apacible que hasta entonces no había conocido. De alguna manera inexplicable, cada individuo parecía contribuir a mi sensación de alegría, e incluso ahora, cuando sé mucho más de la vida que entonces era nueva para mí, recuerdo esa reunión como uno de los más dulces recuerdos de la experiencia espiritual.

«Ahora puedes empezar a entender el significado de los vestidos de colores», dijo Helen durante una pausa en nuestra conversación.

«¡Sí! Percibo que cada persona toma el camino que corresponde en color al vestido que lleva. Pero ¿quiénes son los que llevan túnicas de varios colores, una combinación de rosa y azul eléctrico?».

«Son mensajeros o maestros; fue Eusemos, uno de ellos, quien te atendió en el momento de tu accidente y te trajo al lugar donde te encontré. ¡Mira, es él, que viene a llevarte y enseñarte más de lo que yo puedo!».

Era griego y hermoso como un Apolo. Aunque no tenía consciencia de haberlo visto antes, su sonrisa de bienvenida y reconocimiento me impidió albergar la idea de que éramos extraños. Cuando me levanté, me abrazó como un hermano y me estrechó contra él, sin una palabra que rompiera el sagrado silencio de su saludo.

«¿Ya estás descansado?», preguntó al fin.

«Sí -respondí-, pero muy desconcertado».

«Esa no es de ninguna manera una experiencia poco común; las revelaciones que esperan al alma al llegar aquí están calculadas para subyugar, hasta que se te haya enseñado la sencilla clave por la cual todo se resuelve».

«¿Quién me enseñará este gran arte de la solución?», pregunté.

«Yo lo haré, si deseas saberlo».

«¿Cuándo?».

«Ahora, si deseas».

«¿Quién no desearía aprender un secreto tan grande? Mi alma está hambrienta de tal conocimiento. ¿Cuál es el poderoso poder?».

«¡El amor! -respondió-; Esta vida en todas sus fases, sus desarrollos multiformes, sus alturas y profundidades, no es más que un gran comentario sobre esa única palabra. El amor es el único estudio que perseguimos, el alimento que comemos, la vida que vivimos; y es a participar en las alegrías de este conocimiento inagotable a lo que ahora estás invitado, y Myhanene me pide que te presente las características del mismo que sea capaz de trasladarte».

«¿Quién es Myhanene?», pregunté.

«Uno de los mensajeros o maestros entre esta y la siguiente etapa de la vida, que actúa como gobernante de varias ciudades o círculos en este estado».

«¿Pero no es Dios el gobernante?»

«Él es el Supremo, Rey de reyes y Señor de señores; Pero bajo Él hay muchos subordinados – querubines, serafines, arcángeles– que gobiernan los diferentes dominios y divisiones de esta vida, y Myhanene es una de las autoridades más bajas».

«Esa es otra pieza de información sorprendente», dije.

«Así lo esperaba -respondió-, aunque no debería ser así porque el hecho ha sido claramente revelado al hombre; pero *‘la oscuridad ha cubierto la Tierra, y densas tinieblas a los pueblos’*, quienes en su ignorancia se han desviado del camino y están perdidos en el desierto de la duda, la confusión y el error».

«¿Y dónde está la raíz de este error, tal como ello se comprende desde esta vida?».

«En la doctrina de que el alma tiene que hacer su elección eterna y final en la Tierra, en lugar de que ésta sea la etapa elemental de su desarrollo interminable. El deber legítimo de la Tierra es cimentar el alma en los principios prácticos del amor, a fin de prepararla para su ingreso a los deberes superiores de este estado. Las especulaciones abstractas en teología no son los estudios que el hombre está llamado a emprender, especialmente cuando sus maestros trabajan sobre teorías indefinidas y no tienen un conocimiento absoluto. Ni siquiera aquí somos competentes para hablar sobre muchos asuntos que nuestros hermanos en la carne han resuelto a su propia satisfacción; sino que hemos de esperar hasta alcanzar aquellas condiciones en las que se desarrollen las facultades necesarias para comprender los misterios actuales. No son aprendices de maestros quienes dan la instrucción avanzada en ciencia a los estudiantes de una clase infantil; y nuestro Padre conoce mejor las necesidades y capacidades de Sus hijos como para haber diseñado así el curso de su educación espiritual».

«Observo cómo apelas a la razón en todas tus ilustraciones», dije, ansioso por escuchar su opinión al respecto.

«Sin duda -respondió-; Todas las leyes tienen su raíz y centro en Dios, y por lo tanto son susceptibles de ser razonadas en la medida en que podamos comprenderlas. Las llamadas leyes naturales son leyes espirituales traducidas a expresiones necesarias para la existencia física y, si se las entiende correctamente, servirían como índice del progreso espiritual. La lucha por la supremacía del credo y por la influencia ha tenido como resultado, lamentablemente, la exaltación de la letra de la ley, mientras que se ha ignorado el espíritu de su revelación; de ahí el surgimiento del error y la concepción errónea. Tomemos como ejemplo la actual idea ortodoxa del cielo. Supongamos que en las nieblas se pusiera un arpa en cada mano inexperta, mientras que cada voz discordante comenzara a gritar sin cesar ‘Gloria, gloria, gloria’; Bueno, puede que ese fuera su ideal

del cielo, pero ¿cuál sería la opinión de personas como Händel, Mozart, Beethoven y los miles de otros que entienden las leyes de la armonía? Un momento de reflexión haría imposible que tal idea siguiera siendo cierta».

«Tal vez sí. Pero no puedo ver cómo sería posible para ellos formarse una concepción precisa de esta vida; es muy diferente de lo que esperaba encontrar, y yo no era amigo de la ortodoxia».

«¿Por qué es tan diferente? No porque sea irreal, sino porque te has formado una opinión antinatural de ella. El cambio de la mortalidad a la inmortalidad no es más que una etapa en el desarrollo del alma, similar a la que cambia la flor en fruto. La ley natural no se rompe ni se destruye en ninguno de los casos; se la lleva a otra etapa, hacia el objetivo que se ha de alcanzar. Nunca se encuentra que la flor del endrino sea la progenitora de un melocotonero, ni que el capullo de una margarita se abra para convertirse en una rosa. Así, en el traslado de la vida inferior a esta, opera precisamente la misma ley, siendo ésta el complemento y la continuación de aquella. Pero resulta tan desconcertante el hecho de que se le enseñe erróneamente al hombre a creer que, mediante un simple acto de fe, siquiera ejercido en la hora de la disolución, tiene el poder de lograr esa imposibilidad en el caso de su alma, esa imposibilidad que, como ves, sería una locura sugerir en relación al fruto o a la flor».

«No es que el hombre tenga el poder -sugerí-, sino que Dios es capaz de lograrlo en el ejercicio de su omnipotencia. Nunca he oído hablar de ninguna secta que pretendiera tener el poder; eso se atribuye universalmente sólo a Dios».

«En los preceptos tienes razón -respondió-, pero en la práctica se supone que el hombre tiene todo el poder, y Dios no tiene nada que ver con ello».

«Puede que sea mi ignorancia -respondí-, pero aun así no veo en qué tienes razón».

«Permíteme utilizar una ilustración nada poco común. Se representa a Dios como habiendo hecho ciertas provisiones para la salvación del hombre, sujetas a su arrepentimiento; este arrepentimiento debe ejercerse, o no, según lo determine el individuo, y es en cuanto árbitro de su propio destino que a él le es alegado». [*and it is as the arbiter of his own fate that he is pleaded with*]

«¿Y no es así?», pregunté.

«En el sentido de que no puede ser perdonado antes del arrepentimiento, sí; pero la enseñanza que repudio es que el ejercicio del arrepentimiento en el hombre sea capaz de obrar un cambio imposible en la naturaleza del individuo en el momento en que consiente. Escucha mi caso y dime si no tengo razón. Un hombre cuya vida está cargada de ultrajes, crueldad y asesinato, se enfrenta cara a cara con la disolución, encogiéndose ante el paso que está a punto de serle impuesto. En la celda de la prisión, mientras suena la campana de ejecución y el verdugo lo priva de todo poder para evitar o desviarse de su destino, el ministro le ruega que se arrepienta, asegurándole que no obstante todo va a estar bien, que Dios está dispuesto a perdonar, que Jesús está dispuesto a recibir, y que los ángeles están esperando para llevar a casa su espíritu lavado con sangre. Sus momentos son escasos, y un destino eterno está en juego en la balanza de su propia decisión. ¿Dónde, pregunto, queda algún poder en manos de Dios en tal doctrina? Y, sin embargo, sabes que lo que digo es verdad. A un hombre así se le asegura que nada, excepto él mismo, se interpone en el camino del perdón inmediato y absoluto, sin importar cómo haya sido su vida».

«Pero incluso el arrepentimiento es regalo de Dios», respondí.

«Lo sé; y no deseo subestimar tal acto, sino sólo protestar contra el poder que se le atribuye. Un hombre, al descuidar la precaución de sus amigos, puede sufrir la fractura de un miembro o meterse en dificultades, después de lo cual se arrepiente de su temeridad; pero ¿ese arrepentimiento lo salva de las consecuencias de su conducta temeraria? Por supuesto que no; y la misma ley se aplica en relación con el alma».

«A la luz de tu experiencia y conocimiento actuales, ¿cómo proclamarías la ley de Dios al hombre?», pregunté.

«Nadie puede hacer una declaración más sencilla o más perfecta de ella que Jesús, cuando dijo: 'Uno es vuestro padre, Dios, y todos vosotros sois hermanos'. En el ejercicio de sus deberes paternales, Dios no hace acepción de personas. De cada hijo se espera amor obediente, y después de eso, afecto fraternal hacia todos los miembros de la familia sin excepción. Esta es toda la ley de Dios, y se impone una observancia rigurosa de ella, con un castigo proporcional para cada violación. 'No os engañéis, Dios no puede ser burlado, pues todo lo que siembre el hombre, eso también cosechará'».

Estas palabras reavivaron el intenso deseo de volver a la Tierra, el que antes me poseyó y me impulsaba a orar en la ladera; parecieron fortalecer la esperanza de que, de alguna manera, mi anhelo pudiera ser gratificado, y pregunté:

«Si la relación familiar se observa tan de cerca, y la transición es sólo un desarrollo, no una ruptura, ¿no es posible que exista alguna provisión por la cual todavía podamos llegar a la Tierra y ayudar a corregir estos graves errores?». [*con “la relación familiar” (family relationship), por el contexto, vemos que se refiere a que todos somos hermanos en la familia de Dios, y esa relación es observada, respetada, cuidada al máximo.*]

«¡Sí! Tal cosa existe naturalmente, y todos los testimonios de la Tierra dan evidencia de ello; Pero, viendo que un ministerio como este sería fatal para todos los credos y sectas, ya que destruiría la profesión del sacerdote, ha sido por tanto anatematizado y declarado del infierno».

«Pero seguramente tenemos poder para vencer tal oposición y proclamar una verdad que apelará a la razón y al sentido común».

«Eso no es de ninguna manera tan fácil de lograr como anticipas. Se ha enseñado durante siglos que la Biblia, como Palabra de Dios, necesita una interpretación crítica y erudita para que sus enseñanzas puedan ser correctamente entendidas; esta es la base de todos los credos, y establece la necesidad de que hombres capacitados la lean de acuerdo con el espíritu sectario que se comprometen a fomentar».

«¿Entonces consideras que todo el error se encuentra en la formación y división de las sectas?».

«En parte, pero el origen está en hacer del libro un dictador infalible y en afirmar que contiene el mensaje completo y final de Dios al hombre. No hace tal pretensión por sí mismo, ni está en consonancia con los métodos del procedimiento de Dios que así sea. Él da la luz del sol día tras día; envía la lluvia cuando la ocasión lo requiere, y hace que cada año produzca su propia cosecha. Esta es la ley en todo el ámbito de la creación, y ¿es razonable suponer que Él la modifique o la abrogue en Su trato personal con Sus hijos, hablando una vez, y dejando la interpretación de Su mensaje a merced de quienquiera que decidiera hacer profesión de exponerlo? Incluso la rivalidad de los credos impide tal suposición; y suponer que Dios puede considerar a la ligera tales falsas pretensiones, impugna muy seriamente el carácter de Su amor hacia Sus hijos».

«Tus palabras están teñidas de una gloriosa esperanza para el futuro de la raza -dije-, al abrir las puertas de la misericordia sobre los goznes del amor infinito; pero dime algo sobre la condición en que se encuentran en esta vida quienes han seguido estas enseñanzas».

«En esta vida, cada hombre es responsable de sus propios actos y motivos deliberados, pero todo castigo consecuente es reparador, no vengativo. El don más noble con el que está dotado es el poder de razonar; siendo así, se espera que lo consulte y lo use en todo lo que hace. Si, entonces, posee este don sólo en segundo lugar en inferioridad a la Divinidad misma, ¿es coherente suponer que sólo se adapta a los detalles menores de la vida, mientras que se convierte en un consejero peligroso en los asuntos más importantes del alma? Tal idea es una difamación contra el Dador. Pero aquí surge una dificultad: la consecuencia natural del libre uso de la razón en la Tierra significaría la destrucción de los estrechos límites del credo y el dogma, de ahí su fuerte denuncia por parte de la Iglesia. Por otra parte, si un hombre, que está así dotado, se contenta con aceptar los dictados de su prójimo, en lugar de apoyarse en el sólido fundamento de la consistencia del Dios eterno, no debe sorprenderse si se le pide que asuma las consecuencias inevitables de su preferencia por la especulación del hombre a la revelación de Dios».

«No veo cómo puede saberlo -respondí-, si le quitas la Biblia».

«De ninguna manera lo estoy haciendo -dijo-; El registro de los métodos de Dios para tratar con sus hijos en diversas circunstancias es una guía invaluable para los hombres; Como Dios es siempre el mismo, los anales del pasado ofrecen indicaciones útiles, no necesariamente leyes arbitrarias, para el futuro. Los hombres que escribieron esos libros eran hombres que caminaron y hablaron con Dios, y sus encuentros [*sus "contactos": communings*] se relatan para comparación y ánimo de otros, y no para reemplazar o impedir esa compañía en el futuro. De ninguna manera quitaríamos el libro; pero decir que nuestro Padre ha dejado de hablar a los hombres es acusarlo de hacer acepción de personas en el sentido más estricto del término, pues ¿por qué habría hablado a Abraham, a Sócrates o a Buda y no al esforzado trabajador de la época actual? Su luz brilla en toda la Tierra, hace que llueva en los campos de los malos y de los buenos; los hombres pueden fallar, pero Dios es el mismo para siempre. Cuando la humanidad, por lo tanto, aprenda a usar la Biblia, no a abusar de ella; cuando razone sobre ella y busque su interpretación espiritual, no su interpretación a modo de credo; cuando busque la verdad en lugar de la sanción sacerdotal; cuando reconozca a los mensajeros del amor como ángeles del cielo, no emisarios del infierno; entonces, oirán nuestras voces detrás de ellos, diciendo en el lenguaje de la revelación aún futura: este es el camino, andad por él, y el reino de nuestro Padre se establecerá en la Tierra sobre la misma base que lo vemos aquí. Cuando llegue ese momento, nuestro mundo dejará de estar tan lleno de sorpresas para la multitud de peregrinos que se nos unen continuamente».

«¿A qué se asemejaría entonces el viejo mundo -pregunté-, pero con un sistema de gobierno como este?».

«Ven y ve».

Capítulo 4

El monte de Dios

EUSEMOS me condujo colina abajo hacia aquel punto del que partían los diferentes caminos y que era necesariamente un punto de encuentro común para las multitudes que iban y venían continuamente. No había ninguna razón visible para que esto fuera así, ninguna barrera o

impedimento para que pasaran directamente desde, o hacia, cualquier camino o punto particular al que quisieran llegar, ninguna puerta en la que tuvieran que ser admitidos o examinados para probar sus calificaciones, y sin embargo, de mutuo acuerdo, todas las personas gravitaban hacia ese centro común en su paso en cualquier dirección. Cada vez me interesaba más mi nuevo y sobrecogedor entorno, a medida que cada nuevo pensamiento y escena se grababan en mí. Fue mientras descendía en medio de esta multitud ajetreada, siempre cambiante y alegre, cuando por primera vez comprendí plenamente el hecho de que la muerte estaba fuera de nuestra vista, detrás de nosotros, y al hacerlo me detuve —me detuve para tratar de darme cuenta de todo lo que había dejado atrás, de aquello a lo que había llegado y del incomprensible cambio de circunstancias al que me había visto arrastrado, mientras yo seguía siendo el mismo—. Todos y cada uno de los incidentes que conocí parecían encerrar un cielo, y más de lo que yo había podido imaginar en la Tierra; sin embargo, cada uno de ellos estaba diseñado de tal manera que no era más que una parte, un fascículo [*instalment*], de nuestro hogar, donde se oiría la palabra exhalada por los labios de un Padre Infinito en el acorde perfecto del amor, cuyos ecos perdurarán para siempre en la vasta extensión de esa cúpula eterna bajo la cual encontraremos finalmente nuestro descanso.

La escena que tenía ante mí era uno de los elementos principales de la idea terrestre del Cielo, y puesto que habíamos dejado atrás tanto el tiempo como la muerte, no había razón para que no me quedase a estudiar la realización de aquello sobre lo que todas las almas habían meditado con tanta frecuencia. Mi compañero entendió mi deseo, y permaneciendo silenciosamente a mi lado, pareció sumarse con su simpatía al intenso goce que allí experimentaba. ¡Cuántas conquistas sobre la muerte presencié! El viejo enemigo del hombre habría sido derrotado mil veces si hubiera reunido allí sus fuerzas. Marido y mujer, padre e hijo, hermano y hermana, amigo y amiga se encontraban después de intervalos más o menos prolongados, con la plena consciencia de que ya estaban más allá de la separación; manos bruscamente separadas en el frío de la niebla reanudaban su apretón con la certeza de que la parálisis de la muerte era impotente para intervenir de nuevo; ojos, en la Tierra sin vista, ahora deleitaban su visión hambrienta con aquellos que los habían guiado en su oscuridad; oídos que se esforzaban por escuchar la voz de una madre, ahora estaban embelesados con la dulzura de esa música; lenguas largamente calladas derramaban su gratitud; y brazos, que habían sido impotentes, se cerraban en el arrebatado abrazo del amor. En todo aquel júbilo, nunca se me ocurrió pensar que yo era el único que estaba allí sin la bienvenida de aquellos a quienes conocía; ni una sola vez se apoderó de mí el anhelante deseo de alguien por quien mi vida hubiera sido un constante gemido; era tan feliz contemplando la dicha de los demás, que no se me ocurrió la idea de que yo era singular en mi condición.

¿No había sido yo más bendecido que muchos en la recepción que Helen me había dispensado, y en la reunión de amigos de los que acababa de separarme por un intervalo? No era en absoluto un extraño en tierra extraña, sino un hijo favorecido que se sentía libre de vagar a su antojo por los amplios dominios de su Padre.

Favorecido de verdad, pues pronto descubrí que el privilegio que me correspondía no era para todos. Todo cuadro tiene dos caras, y no tardé en encontrar el reverso de lo que tenía ante mí. No estaba solo, sino que pronto vi a alguno que otro que se esforzaba por pasar desapercibido entre aquella alegre muchedumbre, ansioso por evitar ser reconocido, lleno de miedo y aterrorizado por la aprensión de que su presencia fuera detectada por aquellos individuos de los que rehuía. En una mirada a esas pobres criaturas recibí una revelación y aprendí una verdad más enfática de lo que

cualquier argumento podría haber presentado a mi mente; las posiciones relativas del cielo y del infierno fueron prácticamente ilustradas, y me di cuenta de eso.

En ninguna geografía se encuentra el cielo,

*Sino en el océano de un alma justa
formando una isla, con su costa rocosa
y un puerto tranquilo, donde no hay tempestades.
Un soplo de pecado en el trono de Dios,
e iniciaría la conflagración de un infierno.*

Mi atención se había visto particularmente atraída por los saludos entre dos que evidentemente eran hermano y hermana, el primero de los cuales acababa de llegar; el ardor ferviente de sus abrazos juveniles, la feliz satisfacción en el rostro de la muchacha, la gratitud y satisfacción tan visibles en el muchacho, eran muy hermosos de contemplar. Mientras observaba su alegría, participando de su felicidad, era consciente de preguntarme cuándo alcanzaría mi capacidad de gozo su límite, y si no sería posible que me despertara y descubriera que todo había sido un sueño. Con esto, como para dar algún peso a tal sugerencia, mis ojos se posaron en una mujer, vestida con un traje marrón rojizo, que observaba a aquel chico y a aquella chica con miradas y sentimientos que nunca creí posible encontrar en aquel lugar. En sus ojos ardían los fuegos del terror; de su rostro brotaba la transpiración en gotas de miedo agonizante; sus miembros estaban paralizados por el miedo, y se encogía y empujaba para escapar antes de que reconocieran su presencia. Una y otra vez se alejaba del lugar en el que se encontraban, a medida que la ocasión le ofrecía la oportunidad de cumplir ese deseo, pero el destino inexorable le pisaba los talones y parecía destruir toda esperanza casi antes de nacer. Cada intento infructuoso no hacía más que acercarla a aquella feliz pareja, que no se percató de su presencia hasta que llegó la crisis, y la desdichada, presa del terror, se vio obligada a prestarles atención en sus frenéticos esfuerzos por escapar. Nadie en toda aquella muchedumbre mostraba signo alguno de compasión por ella en su angustia; ninguna mano se tendía para ayudarla a despejar un camino por el que aquel desagradable encuentro podría haberse evitado tan fácilmente; ella estaba, entre toda aquella muchedumbre, tan completamente sola, que yo sentí más de una vez como si debiera adelantarme y prestarle la ayuda que ella tanto necesitaba; sin embargo, algo me contenía, algo me dijo que las cosas estaban mejor como estaban y me ordenó observar y esperar.

La mujer, aterrorizada, permaneció muda e inmóvil, como un delincuente temeroso que espera la sentencia de la ley. El muchacho retrocedió, pero la muchacha, con una mirada de infinita piedad, dio un paso adelante e hizo lo que nadie había hecho: ella,

*que podría haberse aprovechado y tomar la mejor ventaja,
encontró el remedio,*

despejó el camino necesario, y si pronunció una palabra fue de piedad y compasión, mientras señalaba por dónde podía escapar la mujer. Con esto vino la fuerza para moverse, y cuando la culpable —porque estaba convencida de que lo era— se alejó, vi un brillante destello de luz salir del ojo de su benefactora, que golpeó y brilló sobre su atribulado pecho como una joya resplandeciente.

«¿Viste ese destello?» preguntó mi compañero, cuya atención había sido evidentemente atraída por el mismo incidente.

«¡Sí! -respondí-, ¿qué era?».

«El perdón de esa muchacha por algún gran mal que la mujer ha hecho. Esa luz permanecerá con ella hasta que haya pagado la pena de su pecado, cuando podrá darse cuenta de su significado, y tendrá una poderosa influencia para obrar su salvación».

«¡Pobre alma! -exclamé-; ¿Adónde irá? Qué triste parece que en toda esta multitud no haya nadie que salga a su encuentro, nadie que le dé consejo u ofrezca una palabra de consuelo».

«Sería una burla hacerlo en estos momentos -respondió Eusemos-, y aquí no encontrarás nada de eso. Sólo se recibe a quien se puede acoger. Pero si la observas, verás adónde va».

«¿No temes que se equivoque en su ignorancia?», le pregunté.

«¿Pueden los hombres vivir bajo las olas del océano, o los peces cohabitar con el águila en su vuelo hacia el sol? -respondió- Tampoco puede ella ocupar un lugar para el que no está capacitada. No necesitamos ángeles con espadas flamígeras que guarden nuestros caminos».

«¡Pero mira! -exclamé-, ¡va errada! Su vestido no es en absoluto del color del camino que está tomando».

«Obsérvala», respondió con calma.

Así lo hice.

En su afán por escapar de aquella temida presencia, al apartarse de la muchedumbre, se lanzó imprudentemente por el primer camino que se le presentaba, ejerciendo toda su fuerza en poner distancia entre ella y la muchacha a la que había agraviado. Su idea parecía ser que la seguridad residía en la huida, por lo que todas sus energías se emplearon a fondo para que ésta fuera lo más rápida posible. Su curso, sin embargo, no duró mucho. ¿Fueron sus fuerzas las que fallaron, o simplemente se detuvo para tomar aliento? Yo no lo sabía. Entonces la vi tambalearse como si se hubiera desmayado por el cansancio y la excitación —estiraba la mano en busca de algún apoyo, pero no había ninguno—; entonces se volvió y, aunque a tal distancia, en aquella atmósfera clara, pude ver una agonía añadida de dolor, escrita en su rostro, algo le obligaba a volver y a acercarse de nuevo a aquello de lo que había intentado huir. Hizo un segundo y un tercer intento, pero todo era en vano; por el mismo poder inexorable se vio obligada a volver, hasta que se metió por un camino que, por su color, pude ver que era el correcto; por él pasó sin rastro de esfuerzo, y pronto se perdió de vista bajo nuestros pies.

«Pobre alma -murmuré-, ¿adónde le llevará ese camino?».

«Abunda en cavernas subterráneas en las que apenas puede penetrar la luz. En estos lugares, otros como ella se apresuran a esconderse de la presencia de aquellos a quienes han herido, y de quienes temen que les seguirán para atormentarles. El terror hace su infierno. No saben quién o qué hay cerca de ellos, sienten que cada alma con la que entran en contacto ha venido a vengarse, y así, cada uno se convierte en fuente de terror para el otro. Allí debe permanecer ella, hasta que algún espíritu en una condición menos miserable pueda ganarse lo suficiente su confianza como para inducir la a dejar esas guaridas por una morada menos miserable, siendo este el primer paso hacia la felicidad que es posible que cada alma alcance. Pero vamos a seguir».

Durante algún tiempo nuestro avance no fue rápido, ya que mi compañero se encontraba con muchos de sus compañeros mensajeros y con otros, todos los cuales tenían una palabra de bienvenida para mí, y las muchas características interesantes de mi entorno me impulsaban a hacer frecuentes pausas para poder entenderlas mejor. Cuando, por fin, llegamos a las afueras de las

multitudes y emprendimos nuestra proyectada misión, me alegró oír a Eusemos referirse a aquel incidente que tanto me había interesado y, sin embargo, tan perplejo me había dejado.

«Veo -comenzó-, que eres incapaz de conciliar la presencia de esa mujer aquí con la simple ley del amor que rige esta vida».

«Sí, lo soy, -respondí-, y me alegraría me lo explicarás».

«Lo haré, y entonces verás que el Señor es bueno con todos y que sus tiernas misericordias están por encima de todas sus obras; y por mi parte no veo dónde podría encontrar una ilustración más contundente de ello que en un caso como el que ha llamado tu atención».

«¿Cómo es eso?».

«Cuando ella escapó -respondió-, viste que tomaba el camino por el que ahora vamos; notaste cómo cada persona con la que se cruzaba pasaba de largo sin hablar ni señalar que estaba equivocada. Ahora te pido que notes el ánimo, el regocijo, la felicidad y la paz que aumentan a cada paso que damos, y que digas, si puedes, por qué se apartó de ese camino por su propia voluntad».

«No puedo decirlo», respondí.

«Era simplemente porque lo que es una fuente de creciente placer para ti era causa de dolor para ella; se precipitaba en una condición antinatural tan pronunciada como la de un pez fuera del agua. Por su propia voluntad y acto deliberado, se ajustó a sí misma en la Tierra para ocupar un cierto lugar en esta vida, y no puede, aunque quisiera, ocupar otro lugar sin tener que soportar el dolor que naturalmente le sobrevendría. Ha hecho su elección, y el amor interviene para salvarla del tormento adicional que es el resultado legítimo de sus propios actos; esto se manifiesta plenamente en la disposición de ese lugar al que ahora ha ido. Ella no será abandonada y dejada totalmente a merced de aquellos que serán sus asociados; otros, en una condición más feliz, descienden a los que están como ella y les infunden esperanza, les animan a arrepentirse, se esfuerzan por inducirles a marcharse, y finalmente les conducen por el camino de la felicidad».

«Entonces, ¿no ha ido a ese infierno donde el fuego no se apaga?», pregunté.

«El fuego del infierno es una de esas frases metafóricas mal entendidas a causa de su interpretación literal», respondí.

«¿Me la explicarías, tal como tú la entiendes?».

«Con mucho gusto, y para ello utilizaré la ilustración con la que estás más familiarizado. Se dijo de Jesús: '[Él bautizará con el Espíritu Santo y con fuego](#)'; y él de sí mismo dijo: '[Yo vine a enviar fuego a la Tierra](#)'; y al hombre se le asegura que '[nuestro Dios es un fuego consumidor](#)'. ¿Entiendes por esto, que tales fuegos son tan literales como los del infierno?».

«Ciertamente, no», respondí.

«Pero por qué no; ¿qué autoridad hay para hacer algún discernimiento en eso?».

«No sé qué responderte -le contesté-, si no es que es una costumbre tradicional hacerlo así».

«Es una necesidad del credo -respondió-, y esta es la gran fuente de tanta confusión, contradicción e ignorancia espiritual. La palabra de Dios es espíritu y verdad, y debe interpretarse siempre por el espíritu, no por la letra, que no es más que la forma en que el espíritu se expresa, como el cuerpo mortal no es más que el órgano de expresión del alma. El fuego del espíritu es el amor. Por eso,

decir que Dios es fuego consumidor no es sino otra manera de declarar que Dios es amor. Ahora bien, el amor, en su forma degradada, se convierte en pasión, y si no se le pone freno, rompe rápidamente todos los lazos y deja al hombre presa de su propia lujuria devoradora, con toda la maldad de su naturaleza contribuyendo a alimentar las llamas. Cuando alguien así es separado del cuerpo y forzado a este estado de existencia, ¿adónde puede ir? Has visto un caso que no presenta nada parecido a semejantes aspectos de depravación, y, sin embargo, era una tortura para ella estar donde estamos ahora. ¿Cuánto más lo sería para un hombre como el que describo? Incluso el mismo lugar al que ha ido esa mujer sería intolerable para él, pero aun así no debe ser castigado en venganza. Por lo tanto, Dios ha creado una morada adecuada para esa naturaleza, donde, por el momento, en su loco frenesí, puede sumergirse en el océano de sus pasiones no dominadas, y ser atormentado recogiendo la cosecha de las semillas que ha sembrado, mientras el fuego inextinguible arde y obra su propósito. Mas en esa palabra, «inextinguible», se manifiesta de nuevo el amor de nuestro Padre, ya que el fuego sólo puede quemar la paja; o dicho de otro modo, llegará el momento en que la concupiscencia y la pasión se consuman, y entonces el trigo se recogerá en el granero y el alma saldrá de la prueba como oro bien refinado; pero el fuego santificado del amor seguirá ardiendo en esa alma que así se salvará del extremo».

«¿Sabes esto -pregunté con impaciencia-, o sólo esperas que sea así?».

«Lo sabemos; es la única gran ley de la vida que, como verás, funciona aquí en todas partes. Debería ser así en la Tierra, pero la multitud de las palabras de los hombres se ha convertido en la tumba del conocimiento, y la luz de la inspiración se ha desvanecido en la oscuridad de tal sepulcro. No encontraréis aquí mucha predicación tal como estás acostumbrado a entender esa palabra. Entre nosotros predicar es actuar, y toda acción tiene el amor por incentivo, puesto que prácticamente hemos aprendido que [quien habita en el amor habita en Dios, y Dios en él](#)».

«¡Oh! qué evangelio de amor proclamas -exclamé-, qué música sería para la Tierra. Con un mensaje así puedo entender que el amor nunca falla».

«El evangelio que declaramos es el que fue dado a los hombres, y está particularmente ajustado a la condición terrestre».

«Tengo ahora otra pregunta que hacer sobre un punto que, hasta ahora, parece estar en desacuerdo con vuestra ley universal del amor».

«Déjame oírla, hermano mío», respondió.

«¿Cómo concilias su aplicación con que a esa mujer se le permita entrar con estas personas, ver la alegría de las personas más felices?», pregunté.

«Tú imaginas que eso tiene la tendencia a aumentar su castigo», replicó.

«No veo cómo puede ser de otra manera».

«Eso estoy perfectamente dispuesto a admitirlo; pero en primer lugar debes recordar que el camino por el que has venido es el camino habitual de admisión, y que cualquier castigo que se sufra son las consecuencias naturales del pecado deliberado, ya que las cosas hechas por ignorancia o sin intención no exigen ninguna pena en el juicio de las nieblas. Pero aquellos que han pecado con intención deliberada, o negligencia culpable —siguiendo en muchos casos el mismo curso durante años, sofocando la voz de la conciencia [*conscience*], y aplastando su vida espiritual— reciben su

justa recompensa y castigo, y debe necesariamente ocurrir que su dolor aumente, al darse cuenta ellos de lo que podría haber sido en otras y mejores circunstancias».

«Pero, ¿no podría ahorrarse esa punzada adicional?», pregunté.

«¡No! Dios nunca se desvía para evitar las consecuencias de la locura de un hombre; pero, por otra parte, incluso esa punzada que tanto lamentas está permitida por esa misma ley del amor. Esa mujer, aunque en este momento no sea consciente de ello, ha obtenido un punto de información que le dará esperanza y consuelo en el presente, el cual no podría haber aprendido de no haber tenido esa desagradable experiencia».

«¿De qué se trata?», pregunté.

«Ella sabe que no hay ninguna puerta ante la cual se encuentre un ángel para apartarla del camino de la vida, y pronto comprenderá que el único obstáculo en el camino de su felicidad está dentro de ella misma. Cuando sea capaz de reconocer esto, se convertirá en un poderoso incentivo para mejorar su condición; le enseñará que su castigo ha sido para purificarla y no infligido vengativamente; será un texto sobre el que sus maestros construirán cientos de argumentos, hasta que aprenda que, incluso en su oscura condición, no ha sido abandonada, sino que, aunque no lo sabía, la mano de Dios le estaba guiando».

«Gracias -dije-; a medida que las expones puedo comprender cómo las tiernas misericordias de Dios están por encima de todas Sus obras, pero ahora tengo otra dificultad que me gustaría que me aclares. Nacen muchos niños que son moralmente incapaces de discernir el bien del mal; ¿cómo se considera esto a su llegada aquí?».

«En todos los casos, la justicia y la equidad se aplican de manera infalible -respondió-, y la pena de todo pecado recaerá sobre los hombros del pecador. En un tribunal terrenal un cleptómano o un idiota sería compadecido por su desgracia, no castigado, aunque hubiera quebrantado una ley. ¿Es el hombre más justo que nuestro Dios? Ese cuerpo mutilado o esa mente desequilibrada son el resultado del pecado con más frecuencia que del accidente, y alguien debe soportar su castigo: ¿quién será? Escucha esta terrible verdad: '[Cada uno dará cuenta de las obras hechas en el cuerpo](#)'; una de esas obras es el error mortal de propagar la vida sin consideración o referencia a un cuerpo sano y competente en el que pueda realizar las funciones requeridas para su progreso, lo cual deja al niño para que cargue con las consecuencias de los pecados de su padre o su madre en su propio organismo. Esto puede transferir la enfermedad [*infirmity*], pero no puede cambiar la responsabilidad. Los pecados son cargados por el niño, pero los errores cometidos en su incompetencia son considerados como pecados de ese padre todavía, y él será llamado a responder por ellos en el tribunal de Dios» [*este párrafo no está diciendo por ejemplo que haya que abortar (eso es un pecado enorme, que hiere las almas). Está diciendo que en los casos donde somos negligentes, el niño ya lleva en su alma los pecados, los efectos del pecado de sus padres (pues, como almas, muy pronto absorbemos e incluso somatizamos cosas de nuestras madres, padres, y otras personas que nos rodeen, aparte de que hay transmisión más básica, genética, de defectos). Entonces, el párrafo dice entre otras cosas que la responsabilidad álmica de los errores que cometa un niño recae sobre los padres, y esto incluso aunque el niño haya crecido ya mucho —por ejemplo en el caso de uno retrasado mental, o de uno con un problema físico que claramente se podría haber evitado—*].

«Es un pensamiento terrible», dije, mientras él concluía.

«Sin embargo, es cierto -replicó- que todo lo que un hombre siembra, eso también recoge».

Había estado demasiado absorto en el tema de nuestra conversación como para hacer algo más que fijarme mecánicamente en las escenas por las que pasábamos; pero, en este punto, mi atención fue detenida por un cambio que se estaba produciendo en el aspecto de mi compañero, que ahora estaba rodeado de un halo suave y momentáneamente creciente, del que tomé consciencia de extraer la fuerza necesaria para acompañarle. Nuestro curso transcurría a lo largo del camino más brillante, ocupando el centro y la corona del paisaje, pero su carácter había cambiado tanto desde que comenzamos nuestro viaje, que en su transparencia actual parecía un camino de rayos de sol por el que acelerábamos nuestro vuelo aéreo, en lugar de un camino regular —en un reino más sustancial que Grecia o Roma, porque tenía un derecho más legítimo a la designación de «Eterno», ya que su creador y constructor era Dios—. La atmósfera suave y perfumada parecía elevarnos en su abrazo más allá del alcance del cansancio; las brisas perfumadas de vida y descanso nos besaban y cortejaban con caricias amorosas; la penetrante luz del sol que bañaba el país nos atravesaba por dentro y por fuera, hasta que resplandecemos con aquella gloria, semejante a la que brillaba en el rostro de Moisés cuando había estado en presencia de Dios en el Sinaí.

Fue para mí como un sueño delicioso. Lo real y lo irreal se mezclaban en perfecta armonía, en la que no encontraba lugar ni siquiera para la sospecha de sorpresa. Recuerdo que en más de una ocasión razoné conmigo mismo que eso era más que probable: que con certeza era un sueño del que pronto despertaría para enfrentarme a las duras realidades de mi desilusionada vida, con una punzada adicional añadida por el recuerdo de su agradable ilusión. Y todavía soy consciente del escalofrío que me atravesaba al pensar cómo iba a poder soportar un golpe tan duro como el que tenía que sufrir. Mi compañero lo notó y me acercó un poco más a él, mientras respondía a mis pensamientos en uno de esos ensueños semiconscientes tan característicos de esta vida, y que tienen más de estímulo y sugerencia en su tono que de admonición. Capté más el espíritu de lo que dijo que la letra, y como todo fue improvisado, no pude pedirle que me lo repitiera, de modo que soy consciente de la injusticia que cometo al intentar reproducir las líneas que tanto me impresionaron en aquel momento; pero lo que sigue dará una idea aproximada de lo que dijo:

«Todos los sueños son tan reales como la vigilia;
¿Por qué despreciar sus delicias?
El alma escala alturas permisibles —
cuando el sueño le pide al corazón que detenga su dolor—
y mira con ojos brillantes y fuertes
al hogar prometido que dentro de poco alcanzará.

«El alma es el hombre, y es eterna;
El cuerpo sólo vive un día.
Es de la Tierra y debe necesariamente pasar.
Pero el alma, en sus visiones diurnas,
desde las montañas del sueño mira sobre el río,
y saluda al amado en la tierra del «para siempre».

El niño, y el hombre, y la doncella,
han soñado y soñarán por siempre.
Es el consuelo de todos los hombres con el corazón dolorido,
y el verdadero descanso para el alma cargada

hasta que en ese último sueño, el cuerpo abandona,
el alma entra en el cielo —ese sueño sin despertar».

No tuve oportunidad ni disposición para replicar, porque al terminar su rapsodia, hicimos una pausa, nos volvimos, y la escena que se extendía ante mí me hizo separarme de la corriente de pensamientos que había suscitado tan preñada lección, mientras me dejaba llevar cautivo por las indescriptibles glorias del panorama hacia el que él agitaba la mano.

Cuando nos hallábamos en la ladera de la colina de la que partimos, la única característica notable del paisaje, como ya he dicho, era la irradiación de los muchos caminos de colores que conducían a las numerosas ciudades ahora visibles, pero que entonces estaban ocultas a nuestra vista. A nuestros pies, corriendo a derecha e izquierda, había uno de los tonos más oscuros, negro-carmesí, que terminaba alrededor o debajo de la colina, y por el que yo había visto pasar a aquella desafortunada y aterrorizada mujer. Este camino sombrío y premonitorio formaba la base o fundamento de la escena; el siguiente y cada uno de los caminos sucesivos asumían un tinte más claro en gradaciones casi imperceptibles, hasta que el rayo de pureza por el que habíamos viajado formaba un clímax en el conjunto, rematando el doble prisma como una corona. Cuando recordaba aquella vista a la luz de las muchas explicaciones que había recibido desde entonces, pensaba que la disposición era un gran símbolo profético de esta vida más feliz, que mostraba el progreso natural e ininterrumpido que el alma estaba capacitada para hacer desde el extremo más lejano del pecado, hasta el descanso y la felicidad perfecta en el tiempo venidero. Y mi corazón se alegró.

En ese momento me vino a la memoria otro pensamiento: la pregunta que le había hecho a mi guía acerca del dolor que esa visión anterior se determinaba que provocase en los pechos de las personas más desafortunadas con las que me había encontrado, y me di cuenta de la misericordia y el amor indecibles que se habían ejercido en el designio que se mostraba ante mí. La perspectiva anterior no era sino el reverso del cuadro, que yo ahora había rodeado para contemplar glorias tales como esas que el ojo no había visto, ni podía entrar en el corazón del hombre concebir. Si esa visión sirviera para añadir una punzada a cualquier alma, al levantarse de nuevo ante el recuerdo, bien podía comprender cómo esto la abrumaría de desesperación. Verdaderamente, la misericordia de Dios está por encima de todas sus obras.

Lejos, muy lejos, sobre el horizonte occidental, suavizada y calentada por la amplia extensión que se extendía entre nosotros, se cernían las nieblas sobre los límites del país. Su aspecto ya no era negro y frío como la última vez que las contemplé, sino que un suave tono carmesí las cubría, haciéndolas parecer como los ricos tapices que el sol dibuja a través de las ventanas del cielo cuando el día de otoño se está cerrando, y el cansado trabajador se dirige a casa antes de que la tempestad, que oye retumbar en la distancia, le alcance. Detrás de nosotros, a una altitud que mi vista no podía calcular ni medir, sobre los picos de las montañas, fluían rayos de gloria que bañaban y nutrían toda aquella tierra. Era como si, mientras un sol invisible se ponía en el lejano oeste, de la aurora oriental surgiera otro -el Sol de la Rectitud, podría ser- del seno del mar de amor. Entre este amanecer y aquel ocaso, qué multitud de almas cansadas disfrutaban de aquel descanso en el que, como yo, tantos habían entrado recientemente.

A los efectos de nuestra visión, nos encontrábamos en la ladera de una majestuosa cadena montañosa, cuya altura desafiaba mi capacidad de cálculo. Si buscaba su cima, mis ojos quedaban cegados por el arco de luz que me iluminaba y frustraba mi búsqueda; mientras que a lo lejos, hasta que mi visión se volvía incierta en la distancia, podía ver la cordillera extenderse como la línea

fronteriza natural de dos naciones adyacentes. El sendero que me servía de campo de observación era como la cresta uniforme de una cordillera más pequeña que discurría desde la base hacia la cima de la colina coronada de gloria e inconmensurable que tenía a mis espaldas. A lo lejos se extendía una llanura de proporciones aparentemente ilimitadas, ondulante y pintoresca más allá de toda descripción, en la que colinas y valles, lagos y arroyos, terrazas y mesetas, parques y pastizales, arboledas y jardines, ciudades y granjas, palacios y mansiones, estaban organizados y dispuestos de tal manera que contribuían con sus características peculiares a la grandeza del conjunto. En todo aquel vasto dominio, cada arbusto y cada flor, cada casa y cada colina, cada arroyo y cada lago, tenían su legítimo equilibrio que mantener en la armonía general; y maravillosamente bello era el efecto producido en la realización del diseño.

En las horas de cansancio y desconsuelo de mi vida anterior, había intentado esbozar un ideal de lo que sería el cielo. ¿Quién no lo había hecho? Mi concepción más elevada tenía un trasfondo de decepción e irritación. Era como una fascinante pintura de una gloriosa puesta de sol, que cautivaba por su belleza al contemplarla por primera vez, pero que al detenerse a mirarla, extraños, sobrenaturales fantasmas se alzaban del lienzo proyectando sus grises sombras como mantos cadavéricos sobre el genio que al principio nos había encantado —fantasmas de insatisfacción, pesar e irrealdad—. Ahora todo en el lienzo es rígido, frío, sin vida; el drama se habría detenido cuando el pintor captara alguna situación más agradable, y ya de su poesía no llegará nada más al oído del hombre que ese irritante monótono tono de los labios cuando se da la orden de ponerse de pie. ¿Cómo podemos reconocer la puesta de sol en una presentación tan inadecuada? La concepción momentánea y enana puede ser fiel, sí, perfecta en su color y situación en el instante en que fue captada, pero necesita la rápida sucesión de los tintes cambiantes, el rodar y curvarse de las nubes, las rápidas entradas y salidas del héroe moribundo, el Día, acompañadas por los suaves sollozos y suspiros de las brisas. Exige la presencia indicada y el poder creciente representado, a medida que paso a paso la sombría Noche logra su oscura ventaja, hasta que finalmente ahoga al sol en la sangre vital de su víctima, y el telón negro cae sobre la trágica escena mientras el Crepúsculo, incapaz de sostener por más tiempo el conflicto desigual, cierra sus ojos en la muerte. Todo esto, y más, necesitamos para que el pintor pueda representar su puesta de sol fielmente en el lienzo; y del cielo necesitamos aún más innumerables complicaciones e imposibilidades antes de poder concebir un débil ideal de lo que nos espera. Mis concepciones anteriores se quedaron cortas ante la realidad de la escena que se extendía ante mí mientras estaba en la ladera de esa montaña. Sin embargo, esto no era el cielo en sí, sino sólo uno de los primeros lugares de parada dentro de la hacienda de la infinitud de Dios, donde las almas que regresaban al hogar podían descansar y refrescarse en su migración desde la Tierra hacia la casa de su Padre de muchas moradas.

Me detendría aquí, sin intentar más lo imposible, si no fuera por mi anhelo por el bienestar de mis hermanos, que todavía están detrás de mí, y acarician los muchos errores de la carne en su ignorancia de la vida en que he entrado. La consciencia de los poderes inadecuados que poseo para transmitir cierto conocimiento de la verdad que he encontrado, casi me veta el continuar, pero estaré contento si tan sólo puedo en alguna pequeña medida dar a conocer que esta existencia no es un estado vago y vaporoso, con nada más sustancial que una nube en la que poner los cimientos de nuestras habitaciones. Para nosotros es tan real y tangible como la Tierra lo es para vosotros, y, por lo tanto, cuando uso las designaciones de belleza y grandeza que son familiares para la Tierra, no es que quiera indicar que esta vida sea tan cruda y grosera como la que está detrás de mí, sino más bien que no tengo los medios disponibles para transmitir una concepción justa de sus realidades, así como el pintor no tiene poder para reproducir la puesta de sol en toda su sublimidad y totalidad.

En aquellos primeros momentos de contemplación, me di cuenta de que mi vista había aumentado enormemente, pues, así como las palabras me son insuficientes para expresar la calidad de la escena que se desplegaba ante mis ojos, tampoco puedo dar una indicación del área sobre la que se desplegaba ese panorama celestial. Pero desde el primer plano hasta el horizonte lejano, podía ver claramente, en esa atmósfera de eternidad sin neblina, no sólo los efectos en conjunto, sino también las partes componentes de cada rasgo que, a su vez, atraían mi atención. ¿Dije que tenía sus llanuras y sus ríos? Sería mucho más cierto decir que mi mirada vagaba por vastos continentes, fructíferos y pintorescos, cada uno de ellos delimitado por mares y océanos proporcionados, de cuyas poéticas olas se había desprendido el aguijón de toda destrucción. Las mansiones y los palacios resplandecían bajo la luz del sol sin sombras, sin estar limitados ni circunscritos en detalles o diseños para satisfacer las exigencias del espacio o de la limitación; no estaban despojados de gracia o belleza por el uso de materiales burdos que tuvieran el poder de resistir la tormenta y la tempestad con la misma eficacia con la que pueden destruir el sueño arquitectónico; ¿qué necesidad había de tales restricciones en el dominio del infinito, ese reino donde se niegan a comerciar con la mercancía de la tempestad o la decadencia? Cada vivienda tenía sus terrazas y sus medialunas, sus jardines y sus cuadrángulos, todos ellos apropiados, en proporciones tan nobles y magníficas que su visión pudo haber hecho que el durmiente Nimrod pensara en la Babilonia real y majestuosa. Las canteras espirituales de las que se habían extraído coral y mármol, pórfido y alabastro, malaquita y jaspe, por ser toscos y sin valor, proporcionaban la sustancia para cada edificio, mientras que la ornamentación estaba trabajada en mosaicos multiformes de diamante y zafiro, carbunclo y berilo, perla y rubí, amatista y esmeralda, realzados por gemas de un tinte y un brillo que la Tierra nunca ha visto. Las tallas eran obra de escultores que llevaban el rico manto de la inspiración perfecta, del que un sólo hilo solitario habría encendido la idealidad de Fidias y Miguel Ángel. Egipto puede haberse glorificado con justicia en la magnificencia de su Tebas de cien puertas; haberse sentido orgulloso de los lujos incomparables que encontraron su hogar en la principesca Menfis; haber ensalzado los perfumes inigualables compuestos en la real Zoán, pero en su mayor gloria nunca había vislumbrado palacios como estos. Los jardines de la antigua Babilonia eran olvidados ante la contemplación de tales logros hortícolas; las estatuas de Apolo, Venus y Atenea, en la admiración con la que los griegos agotaban su entusiasmo, eran ficciones que no se podían recordar en presencia de tanta gracia y belleza; la rosa de Sarón palidecía sus mejillas ante tan ricas flores; y el aroma del dulce incienso de Jerusalén sólo se convertía en un tipo del perfume que transportaban las brisas de esos árboles que se visten de un verde vivo sin la experiencia de un tinte otoñal.

La escena estaba animada por la multitud de personas que se movían de un lado a otro, no con el paso apresurado de quien corre a la apuesta del mercado de valores, o con el miedo escrito en el rostro de otro que se apresura a conseguir esa habilidad que pueda salvar la vida que está en juego; no había aprensión visible de que cada arbusto o árbol escondiera un enemigo, ni temor tembloroso de la frente fruncida de algún tirano vigilante. Por el contrario, una serenidad y un ocio que no hacían caso del tiempo ni de la necesidad parecían imponerse como regla universal, mientras que una tranquila satisfacción desafiaba todo poder para introducir disturbios. Gentes de todas las nacionalidades se mezclaban sin distinción; no se veía entre ellos ninguna formalidad fría, condescendencia o patrocínio, sino más bien el reconocimiento de que cada uno poseía algún poder para aumentar la felicidad de su prójimo, y que la sociedad de todos era necesaria para que la alegría alcanzara su ideal pleno. Era un espectáculo santo, sagrado para contemplar, y una y otra vez me preguntaba cuál era el poder mágico que difundía el sentimiento sagrado a nuestro alrededor. No pude responder a esto hasta que los suaves vientos pasaron a mi lado y parecieron susurrar:

*Hoy descansan de su trabajo.
Es la calma cuando la tormenta apenas ha terminado;
se están reuniendo con los amigos que habían extrañado,
a quienes creían perdidos para siempre.*

*Es la paz de la reunión la que los corona,
mientras sus ojos apenas están secos por la pena,
se han encontrado y descansan hoy,
y nunca puede llegar un mañana.*

Se me humedecieron los ojos e incliné la cabeza en señal de gratitud al recibir la revelación y, volviéndome hacia mi compañero, pregunté:

«¿Qué es este lugar?».

«El Monte de Dios; uno de los vestíbulos del cielo», respondió.

«Si esto no es más que un vestíbulo, ¿cuál será la gloria del templo interior?».

«No lo sé», fue su modesta respuesta, pero estaba tan llena de la música de un anhelo tan intenso, que despertó ecos en mi alma, cuyas cadencias aún vibran dentro de mí.

«¿Hay otras entradas desde la Tierra aparte de esta?», pregunté.

«Sí; muchas».

«¿Y son todas iguales a esta?».

«Sí».

«Podrían llamarse con razón vestíbulos del éxtasis -continué-, pero hay una cosa que me sorprende mucho».

«¿Y qué es eso, hermano mío?», preguntó.

«Ver que aquí se conservan el color y los rasgos distintivos de cada nacionalidad».

«La idea errónea de que esto no será así es muy común en la Tierra; y sin embargo no debería ser así, especialmente entre aquellos que hacen un estudio de la Biblia como el que tu país profesa hacer. ¿No os dice Juan que en una de sus visiones vio: ‘Una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas’? Ahora bien, viendo que el color y los rasgos podían ser sus únicas marcas distintivas, ¿por qué debería sorprenderte encontrar que su visión se cumplió?».

Sonrió al ver mi confusión, ya que la verdad de su interpretación más amplia y literal de la visión me hizo reconocer una fase de la revelación de la que mis ojos hasta entonces habían estado apartados; y luego continuó: «Todas estas ideas erróneas se deben a los métodos inconsistentes que los hombres aplican a la lectura de sus libros sagrados; los hechos y las metáforas, las parábolas y la historia se confunden tan continuamente con el propósito de establecer algún punto muy poco importante, que en las mentes de muchas personas se vuelve al final una absoluta imposibilidad distinguir uno del otro. Mientras tanto, el énfasis indebido que se pone en algunas frases, independientemente de su conexión, impide que la gran mayoría de la humanidad conozca realmente cuáles son las enseñanzas claras de los libros que tienen en tan supersticiosa reverencia.

Noté tu asombro hace un momento cuando te dije que Myhanene es un gobernante aquí. Fue una mirada de incredulidad, como si pensaras que yo había dicho una blasfemia».

«Eso era porque no tenía idea de que hubiera otro poder aquí además de Dios».

«No lo hay; pero ese poder se ejerce a través de ministros debidamente designados. El mismo pensamiento aplicado a la lectura de tu Biblia, como has estado acostumbrado a darle a cualquier otro libro, te habría preparado para esto. Jesús, en la parábola de los talentos, claramente te dio a entender que los siervos prudentes debieran ser nombrados gobernantes sobre dos, cinco o diez ciudades; prometió a Sus discípulos que se sentarían como jueces, y Sus seguidores esperan con ansias el momento en que reinarán con Él; ¿Por qué, entonces, debería sorprenderte descubrir que lo que Él dijo era verdad, y que tales oficios realmente existen aquí? Otro error común se refiere al carácter y naturaleza de esta tierra, y a nuestros métodos de vida. Jesús asegura a Sus discípulos que había [muchas mansiones en la casa de Su Padre. Ezequiel](#) y Juan vieron una ciudad, y a los peregrinos se les recuerda que en la Tierra no tienen una ciudad permanente, sino que deben buscar [una que aún está por venir, cuyo arquitecto y constructor es Dios](#). Las congregaciones cantan con frecuencia acerca de Jerusalén:

*¿Cuándo contemplarán estos ojos Tus muros de cielo,
y tus puertas de perla,
tus baluartes de sólida salvación,
y tus calles de oro brillante?*

Hacen acuerdos para encontrarse unos con otros en la fuente; anticipan sus dulces comuniones cuando se reclinan en nuestras verdes y floridas orillas, o descansan bajo la sombra del árbol de la vida; se deleitan en la gloria que será suya cuando se reúnan en el río; especulan sobre lo que harán cuando estén entre esa compañía que nadie puede contar, cada miembro de la cual llevará una corona de oro mientras sus manos sostendrán la palma de la victoria o tocarán las cuerdas de un arpa más dulce que la que David jamás tocó; sin embargo, se sorprenderían seriamente si alguien les dijera que todas estas cosas existen realmente aquí, y a esa persona le acusarían de blasfemia, tratando de hacer del cielo un lugar tan burdo y material como la Tierra. Su única concepción de nuestro estado actual de ser no llega más allá de que estamos continuamente volando en un éter sin nubes cantando '¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!', y que no tenemos mucho más que una sola nube fuera sobre la cual encontrar reposo; y que este vuelo y canto incesantes son nuestro descanso eterno. Sin embargo, debo dejarte en esta arboleda hasta que llegue nuestro amigo Cushna, quien te mostrará muchos puntos de interés e instrucción».

Mientras él hablaba habíamos vuelto atrás sobre nuestros pasos, y ahora habíamos llegado a una magnífica avenida de árboles hacia la cual hizo un gesto con la mano, como si se esperara que mi nuevo guía estuviera en esa dirección.

«Estoy muy agradecido por toda la información que me has dado -exclamé, mientras me estrechaba en un abrazo fraternal, preparándose para partir-; pero ¿puedo hacerte una pregunta más antes de que te vayas?».

«Con mucho gusto», respondió.

«¿Me explicarías por qué he podido ascender tan por encima de mi propia condición como para obtener la vista que me has mostrado, mientras que esa pobre mujer se vio obligada a regresar hasta que encontró la suya?».

«¡Sí! Los mensajeros o maestros tienen el poder de prestar, y se les permite prestar su fuerza a aquellos a quienes ministran, ayudándolos así a alcanzar alturas superiores, para que de vez en cuando vean las cosas que les esperan en el futuro. Esto estimula nuevas aspiraciones e incita a un mayor progreso. El límite al que pude llevarte fue alcanzado en el punto en que giramos, pero eso fue lo suficientemente alto como para hacerte entender algo más del poder del amor que opera en otra dirección con el propósito de elevar continuamente a toda la comunidad hacia Dios».

Con esto me deseó que Dios me acompañara hasta que nos volviéramos a encontrar, y, al girarse, me dejó como un relámpago y una vez más quedé solo, pero mi corazón estaba contento.

Capítulo 5

El hogar del descanso

Uno de los grandes encantos de esta vida es la singular adecuación de cada acontecimiento al momento y lugar en que se produce; los deseos y anhelos están estrechamente entrelazados con la oportunidad de satisfacerlos. Casi la primera comunicación que se me dio tras mi llegada fue que encontraría que esta era una tierra de sorpresas. Ahora que tenía tiempo para pensar y reflexionar un poco, una de las principales cosas a considerar era la condición perfectamente natural de todo —física, intelectual y espiritual—. Esto no se notaba en nada más enfáticamente que en mi inclinación y entorno en el momento de haber perdido a mi guía y compañero. Mientras él estuvo presente, todas mis facultades estaban en el *qui vive [listas para ponerse en marcha]*, tanto para ver como para oír las lecciones que él se esforzaba en desplegar; y éstas, sucediéndose unas a otras con una rapidez tan asombrosa, no me dejaban tiempo para nada más que una burda apropiación, mientras que mi memoria era llamada a almacenarlas apresuradamente para una consideración y reflexión más maduras más adelante. Ni siquiera tuve tiempo de pensar cuánto alimento para una digestión tranquila había adquirido de este modo, aunque sin duda mi instructor lo sabía perfectamente, y su partida se debió a la necesidad de que me detuviera para ver cuánto había viajado en la peregrinación del conocimiento desde el punto en que lo conocí por primera vez. En todo caso, mi primera idea al quedarme solo fue que nada podía ser tan grato para mí como la oportunidad única que tenía ahora a mi alcance.

En los viejos tiempos, cuando mi alma deseaba arrojarse ante la majestad del Infinito y la tranquilidad del campo estaba fuera de mi alcance, me dirigía a la Abadía de Westminster y, rodeado por la incomparable belleza de su nave, donde la piedra y la armonía, la poesía y la arquitectura, la simetría y la historia se funden en un diseño sin parangón, lanzaba la restricción a los vientos y me elevaba en las alas de las sagradas asociaciones que bañaban la Abadía como una bendición. A ningún predicador le pedía que dirigiera mis pensamientos, ya que los recuerdos de mil años discurrían en el púlpito de mi pecho; no buscaba coro ni órgano, porque en los arcos y el triforio permanecían las cadencias resonantes del *Jubilate* y el *Miserere* cantados por piadosos monjes en siglos pasados. No deseaba unirme a ninguna congregación, salvo la de aquellos grandes y nobles ejemplos cuyos cuerpos yacían bajo mis pies. A solas en tan silenciosa grandeza, en presencia de la paz de la muerte, donde los rayos del sol que caían a través de las ventanas del claustro parecían escaleras dejadas caer por los ángeles desde donde las almas de los santos podían subir al cielo, mi corazón era libre de hacer su confesión completa y escuchar la absolución susurrada en el silencio de aquella casa de oración.

Puede ser que en algunas de esas temporadas de ensueño y renunciación Eusemos hubiera encontrado un lugar entre los ángeles y espíritus ministradores que me rodeaban invisiblemente; o

tal vez, cuando yo meditaba sobre las muchas cosas que no lograba comprender, con el manto de la noche a mi alrededor y un dosel de estrellas por encima, él pudo haber llevado hacia arriba una de mis muchas oraciones por luz y guía, y haber instruido así el hábito de mi comunión-álmica mediante los complementos más favorables para ese estado mental. ¿Quién podría saberlo? Podría ser así; o, por otra parte, podría deberse a esa adaptación natural de todo entre sí, a la que me he referido. Sea lo que fuere, una cosa es cierta: el deseo de contemplación y el descubrimiento del lugar mejor calculado para aumentar mi deseo fueron revelaciones simultáneas, porque el escenario de mi reflexión era una combinación de mis dos lugares favoritos.

He dicho que se trataba de una avenida que salía en ángulo recto del sendero por el que habíamos estado caminando; un suave descenso de una milla o más de longitud, formado por árboles majestuosos, plantados de tal manera que sus ramas se sujetaban unas a otras en amables abrazos. Por encima, un tejado de una belleza arquitectónica más exquisita incluso que la del de Westminster; las hojas, como de cristal transparente, prestaban una suavidad añadida al sol cuando éste hacía pasar sus rayos hacia el santuario que me rodeaba de encanto. La alfombra esmeralda reflejaba la gloria que parecía articular la invitación a entrar y recoger la cosecha de la esperanza aplazada, para cosechar el céntuplo de todos los suspiros y oraciones que no encontraron respuesta en la Tierra.

Esta invitación me pareció demasiado grata para rechazarla en aquel momento, así que me alejé del sendero abierto y me adentré en aquel suave retiro de melodía y reposo. Por encima de mi cabeza, las hojas susurraban en rítmicas canciones de cuna; a mis pies, las flores encontraban voz y cortejaban mi alma en canciones de amor perfumadas; a lo lejos, podía oír las cascadas de agua que añadían su música suave y refrescante a la armonía, mientras que las notas de los cantores alados me hacían consciente por primera vez del hecho de que las aves, al igual que los hombres, encuentran en el paraíso una continuación de su existencia terrenal.

La avenida atravesaba el centro de lo que podría llamarse un parque ajardinado, bien provisto de árboles grandes y frondosos, de crecimiento algo inferior al de la propia avenida, pero con brazos de gran alcance, como los robles o los castaños, bajo los cuales había hermosos macizos de flores o musgos, en los que se recostaban numerosas personas. Muchas otras caminaban de un lado a otro con ese andar lánguido y cauteloso que se adopta naturalmente en los primeros días de ejercicio después de la enfermedad; y aun otras descansaban en los numerosos asientos que salpicaban la hierba, como si fuera que, aunque sus fuerzas no estuvieran aún tan recuperadas como para permitirles caminar, sin embargo, así reposadas, recibían una primera vigorización del aroma vivificante de las brisas que las abanicaban. Todo el aspecto del lugar era el de un hogar de convalecencia, y no pude percibir ninguna incongruencia en la idea de que tales lugares pudieran servir a un propósito útil para las almas cansadas y cargadas de la Tierra, para descansar y recuperarse después de la postración de las tribulaciones de la vida. La posibilidad de esto me alegró, además de ofrecerme más alimento para la reflexión; y al ver una parcela vacía de musgo bajo las ramas de un extenso árbol, me arrojé sobre ella, sin dudar de lo correcto y apropiado de hacerlo, y me entregué a la contemplación.

No puedo decir cuánto tiempo duró mi ensueño, ni que el curso que siguieron mis pensamientos fuera muy definido y consecutivo. Era muy consciente del hecho de que estaba descansando; no sólo disfrutando de una de esas breves pausas que la fuerza sobreexcitada exigía para recuperarse, y que con tanta frecuencia me eran impuestas en la otra vida, sino que me invadía una sensación de vigor y juventud que regresaban, y que al principio llevaba consigo la sugerencia, y luego la certeza

cada vez mayor, de que el carrete de la vida estaba retrocediendo rápidamente, por así decirlo, y que yo estaba recuperando la robusta salud de esos tantos años que se desvanecían. Fue una experiencia sorprendente, deliciosa, y me entregué a ella de buena gana y con gratitud. Yacía en un estado de semientamamiento; cada momento me traía una nueva sensación, y mil capacidades parecían estar a punto de desplegarse dentro de mí, de las que había sido inconsciente, y con las que antes nunca había soñado. Sobrevenían extrañas sensaciones, como si vendas se rompieran, como si las restricciones cedieran; y mi alma se agrandaba, se expandía y se regocijaba en su recién descubierta libertad.

Ya no me sentía víctima de las circunstancias, porque todas las influencias en pugna se habían retirado, y algo me susurraba que su ausencia no era un cese temporal de la lucha, sino que me había asegurado una victoria final y completa. El estado de ánimo engendrado por todas estas revelaciones no puede ser descrito ni apreciado por aquellos que no han pasado por la dichosa experiencia. Cada célula de mi alma se esforzaba por absorber la sobrecogedora revelación; cada rama de mi ser bebía, y bebiendo, seguía sedienta de la corriente vivificante que me desbordaba; cada fibra de mi cuerpo se estremecía y temblaba bajo las dulces nuevas funciones que estaba llamada a desempeñar. Mientras estaba así, medio intoxicado con los exquisitos placeres en los que me bañaba, el mismo aire que jugaba a mi alrededor parecía estar poblado de cien voces hechizadas que gritaban: «¡Ríndete, ríndete!» y, nada reacio, me arrojé en intrépido abandono a sus abrazos y perdí la consciencia en el rejuvenecedor sueño del paraíso.

No tengo ni idea de cuánto duró ese sueño, ya que en esta nueva vida el tiempo se mide por el resultado obtenido y no por las revoluciones del sol o del reloj. Todo lo que puedo decir es que cuando desperté encontré que todas las transformaciones que había inducido el sueño en su comienzo se habían completado. Los surcos se habían borrado de mi rostro, los hilos de plata de mi cabello habían sido eliminados; la fuente del cansancio se había secado en mi interior, mientras que todos los nuevos poderes y capacidades se habían mezclado y encajado de tal modo en mi ser, que aunque seguía teniendo la misma consciencia y los mismos recuerdos de siempre; la misma individualidad, con sus amores, sus esperanzas y sus aspiraciones, era igualmente consciente de que aquellas misteriosas influencias que actuaban sobre mí habían añadido una nueva y más amplia naturaleza, una naturaleza invulnerable tanto al cansancio como a la decepción.

Tal vez una de mis experiencias más extrañas de esta vida ocurrió en ese momento. Apenas me había despertado del poder de aquel sueño cuando sentí que me abandonaba para no volver jamás. No puedo decir cómo lo supe, pero la certeza del hecho no podía negarse. El dolor, la duda, la desilusión y las cien otras sensaciones de la Tierra con las que estamos familiarizados por ser peculiares del cuerpo, es fácil arrancarlas de uno mismo, y la separación trae consigo cierto grado de satisfacción. Pero con el Sueño es diferente. Es el amigo más probado [*tried*] y, con mucho, el más constante que la pobre humanidad puede poseer. Su pecho es una almohada sobre la que todas las cabezas pueden recostarse con seguridad cuando están cansadas; sus brazos nunca están llenos, y todos los vagabundos marginados están siempre seguros de su caricia.

Al no hacer acepción de personas, se acerca más al carácter de Dios que cualquier otro atributo de la Tierra: el santo y el pecador, el pródigo y el ahorrativo, el despilfarrador y el prudente reciben del sueño un saludo igual. No tiene poder para juzgar, y fiel a la tarea que le ha sido asignada, acoge en su casa por igual al asesino y a su juez, a los ejércitos rivales de naciones contendientes, al cazado y al cazador, y les permite descansar bajo su segura protección sin que sientan temor alguno. Algunos lo llaman voluble e incierto, y tratan de encontrar en él esa medida de perfección imposible de

alcanzar por la Tierra, de la que es hijo; que recaiga sobre ellos toda la culpa de sus deficiencias, ya que el error es suyo por levantar un estandarte que nada que sea mortal tiene el poder de alcanzar. ¿Quién se atreve a alzarse y decir que él tiene sus favoritos en la familia del hombre? Si alguien habla y trata de traer tal evidencia, se encontrará que en su aparente elección [*elección del Sueño*] la gran nobleza de su alma brillará más hermosamente. ¿Dónde se encontraría tal cosa? No en el palacio ni en la mansión donde los cortesanos aduladores o los quejumbrosos genuflexos suelen buscar un lugar o poder, sino en el cuchitril o en la guarida, donde tal vez se entretenga en una empatía más tierna, mientras busca cerrar los párpados con un sello más seguro.

Aquí, con sus divinas garras, refrena las ansias del estómago hambriento, y con sus visiones hace posible la resistencia hasta que el alivio tardío traiga provisiones; o bien, en concierto con su hermana Caridad, permanece junto al lecho de dolor, para que su encanto anestésico pueda adormecer las punzantes astillas que hacen que la víctima anhele el alivio o la muerte. En la sala de audiencias de su casa se han unido corazones rotos, se ha persuadido a pródigos para que regresen y se han explicado malentendidos. Sí, ¿y acaso no ha hecho aún más que esto, pues cuando la madre, el padre, el amigo afligidos han caído desmayados en sus brazos, con el corazón roto por la pérdida de alguien a quien la muerte ha asesinado, acaso no ha salido el Sueño, una y otra vez, a defender la causa de los afligidos, y de pie ante la puerta de la muerte, ha ejercido el poder que hizo ceder los crueles cerrojos, y ha mantenido la puerta entreabierta mientras muertos y vivos se reunían de nuevo en una comunión santificada por la despedida? Esto, y mucho más que esto, había sido él para mí; de todos mis amigos terrenales, el más querido; y en el momento de mi despertar fui consciente de que retiraba su mano de la mía y de que nunca más volvería a estrecharla. A través de todas las vicisitudes de la vida había sido mi fiel compañero, el único, que yo recuerde, que nunca me había abandonado.

Sin que él partiera a ningún lado, había llegado al límite de su dominio, pero mi camino seguía adelante a través de un futuro sin horizonte, sin atardecer ni amanecer. En una vida así no había necesidad de Sueño. ¿Es extraño o maravilloso que cortejara la sensación de desvanecimiento para quedarme en su adiós? Sin embargo, no lamenté separarme de una compañía tan probada y agradable; marcaba una etapa en el ascenso por la escalera de la vida. Estaba agradecido por el servicio que me había prestado, pero los poderes recién adquiridos se estaban apoderando de mí, y estaba ansioso por asegurar las posibilidades que ponían a mi alcance. Por lo tanto, nos despedimos con el ferviente deseo de que todas las almas necesitadas le encontraran tan fiel y consolador como lo había sido conmigo, y cuando a su vez ellas también se separaran de su agradable compañía, que lo hicieran con los fragantes recuerdos que yo seguiría atesorando.

Apenas me había recuperado, atrajo mi atención un hombre que podría ser el médico del imaginario sanatorio en cuyos terrenos había estado descansando. Estaba a cierta distancia de mí cuando lo vi por primera vez, y a medida que se acercaba, hacía frecuentes paradas con uno y otro de los convalecientes, como preguntando por su bienestar y estado. Esto me dio la oportunidad de observarlo antes de que llegara a mí, pues estaba seguro de que ese era su destino.

Al contrario que Eusemos, era más bien bajo de estatura, pero al ser de complexión delgada no se le notaba tanto como en otras circunstancias. Su rostro y su tez eran egipcios, con unos ojos negros, líquidos y brillantes, rebosantes de amabilidad y buen humor, cuya primera lectura fisonómica lo proclamaba como la encarnación de la empatía y la ternura. En edad podría ser joven, pero había algo en sus acciones y movimientos que me hacía pensar que era viejo, muy viejo, y que su vigor ágil y juvenil era necesario para soportar el peso de esa experiencia tan obviamente manifiesta en

todo lo que hacía. No había en él ni el nerviosismo ni la excitación que uno busca naturalmente en los hombres jóvenes que están revestidos con el manto de la autoridad; ni impaciencia por verse entorpecido ni renuencia a cumplir un deber inesperado. Por el contrario, todas y cada una de las transacciones que debía realizar, por triviales que fuesen, eran atendidas con una minuciosidad que sugería que eran el principal objeto de su atención o solicitud. Era evidente que el tiempo no tenía importancia para él, porque estaba dispuesto a alisar un diván, ayudar a un paciente a colocarse en un lugar más deseable o rodear con su brazo a otro que deseaba dar un paseo. No podía oír su voz, pero estaba seguro, por su comportamiento, de que no poco del éxito logrado se debía a su alegre conversación, que parecía impartir la fuerza que tanto necesitaban. Cuando prestaba alguno de estos servicios, o muchos otros, se quedaba un rato y luego, con un amable gesto de la mano, se alejaba y buscaba la oportunidad de prestar alguna otra ayuda allí donde se la pidieran o donde él, con su aguda percepción, lo considerara beneficioso.

Sucedió que tuve tiempo de observarlo mucho antes de que llegara hasta mí, y toda idea de que fuera un extraño para mí, o yo para él, se había desvanecido de mi mente. Me había levantado del diván, pero la mirada medio divertida, medio reprobatoria, que brillaba en sus ojos cuando vino a mi encuentro, me hizo olvidar mi intención anterior de disculparme por si yo había cometido algún error al utilizar el diván de flores en el que había dormido, pues me sentía consciente de que sólo tenía que tratar con un amigo indulgente, o diría un padre. Cuando se acercó, alargó la mano para tomar la mía, que estrechó y agitó en un verdadero saludo fraternal, encogió los hombros de un modo muy peculiar y significativo, inclinó la cabeza hacia su lado izquierdo y me miró con humor a los ojos, mientras preguntaba,

«¿Puedo felicitarte esta vez?».

«¿Esta vez?», repetí, poniendo a prueba mi memoria en cuanto a dónde podría haberle visto antes.

«¡Ya, ya!», dijo, moviendo la cabeza y un dedo de forma humorísticamente amenazadora.

«Has estado durmiendo la siesta y te he pillado haciéndolo».

«Sí, he estado durmiendo -le contesté-, pero lamento si te he causado algún problema o molestia al hacerlo».

«¡Calla, calla, calla, calla! No te disculpes -me dijo-; lo que es natural está bien y nunca hay que arrepentirse de ello. En cuanto a los problemas e inconvenientes, te separaste de ellos al atravesar las brumas, y si deseas volver a conocerlos, me temo que te decepcionarán, pues no podrían existir en esta vida».

«Espero entonces que al dormir no haya interferido en tus preparativos, pues presumo que eres el amigo que esperaba que se reuniera conmigo aquí».

«Sí, soy Cushna; y en cuanto a tu sueño, vaya, era más una parte [*item*] del programa que una perturbación del mismo».

«Me alegra oír eso. Pero, dime, ¿he estado durmiendo mucho tiempo, pues no tengo la menor idea?».

«Yo tampoco», respondió, con otro de esos significativos encogimientos de hombros que me parecían indicar que una vena de humor pasaba por su mente. Luego continuó:

«Verás, puede ser que estemos en desventaja en ese aspecto; o, por otra parte, puede ser una suerte que no tengamos idea del tiempo, ya que, en primer lugar, aquí no tenemos relojes, y luego, si los tuviéramos, no andarían».

«¿Por qué no?».

«Permíteme explicar. Este lugar tan agradable es el Hogar del Descanso, y todos los que están aquí vienen con ese propósito. Ahora comprenderás que no hubo nada extraordinario en que te encontrara dormido. Pues bien, hace mucho, mucho tiempo —no tengo idea de cuánto, pero probablemente en los primeros años de la historia de la Tierra— se dice que el Tiempo visitó este hogar y quedó tan encantado con las facilidades para el descanso y el reposo que se detuvo, y nadie lo ha inducido a moverse desde entonces. Es por eso que no puedo decir cuánto tiempo dormiste, y también la razón por la que los relojes no se moverían si los tuviéramos ¿No está bien?»

«¡Excelente! Pero me sorprende».

«Eso es muy probable -replicó, antes de que yo pudiera terminar mi frase-. Sorpresa es una nativa de esta vida, y siempre que la veas encontrarás su brillante cara de sonrisas agradables, y es una compañera muy deliciosa de conocer. Cuando visita la Tierra, a menudo se disfraza con un velo de desilusión, y hace sus visitas en las sombras de la penumbra, de modo que muy pocas personas tienen idea de que ella es uno de los ángeles favoritos de Dios. Pero aquí pronto aprenderás a amarla, y te encontrarás escuchando su plateada voz en cada hondonada, y buscando el resplandor de su llegada desde la cima de cada colina. Ninguno de los ángeles contribuye tanto a nuestro gozo en esta vida como ella, y sus visitas son siempre bienvenidas y cortejadas».

«En tales circunstancias, comprendo muy bien que las sorpresas sean agradables; pero no creí posible dormir aquí».

«¿Y por qué no? -preguntó él-; El sueño es la novia del cansancio, y tan ejemplar es su apego mutuo, que la maledicencia se ha desarmado ante ellos, y ninguna sospecha ha empañado jamás su vínculo nupcial. El sueño a veces es tímido, pero como el resto de la humanidad femenina [*le da aquí en inglés un género femenino, pero como en castellano es masculino...*], hace su papel para excitar el cortejo de su amante; y aquel que busca ganarse sus mejores saludos, sólo puede conseguir su propósito atendiendo a los requerimientos de su esposa [*el Sueño, tratado de forma femenina, como vimos*]. Por lo tanto, allá donde esté el cansancio, vendrá el sueño; y donde se encuentra el uno, no hay necesidad del otro. Cuando se ha estado trabajando bajo el peso de una pesada carga, ésta se puede dejar, pero la fatiga que ha ocasionado no se puede abandonar tan fácilmente a su lado; cuando se ha luchado contra una enfermedad y se la ha vencido, la consiguiente postración tiene todavía que ser superada; pero si esa enfermedad resulta ser la vencedora, y asegura el divorcio del alma del cuerpo, ¿piensas que se ha obrado algún milagro para superar el cansancio de la lucha? Todo en la naturaleza —animal, vegetal y mineral— tiene su estación de reposo. Después de todo trabajo viene el descanso. ¿Por qué habríamos de esperar una excepción en el caso del alma fatigada? Terminado el conflicto y la batalla, ¿no necesita todavía recuperarse y dormir para recobrar su vigor saludable? Y en ese sueño se traspasa el límite en el que el cansancio se ve obligado a decir adiós».

«¿Todas las personas duermen al entrar en esta vida?».

«¡No necesariamente! El sueño divide dos estados del desarrollo del alma, como la noche divide dos días. Algunas personas, cuando llegan a esta vida, no han alcanzado un nivel tal que les permita

prescindir de él, y su condición sigue siendo muy parecida a la anterior, hasta que son capaces de alcanzar uno de los muchos hogares similares a este, donde pasan la línea fronteriza y, entonces, estando fuera del alcance del cansancio, no necesitan dormir nunca más. Aun otras, traspasan el estándar espiritual antes de dejar la Tierra, y así, sólo realizan una estancia temporal aquí, mientras se acostumbran a su nuevo entorno; pasando después a hogares más elevados».

«Siento como si nunca pudiera familiarizarme con una vida así. Es tan extraña o, mejor dicho, tan diferente de lo que esperaba..., tiene tantas revelaciones, tantas cosas que necesito que me expliquen, que puedo imaginar que la eternidad apenas será suficiente para que lo entienda todo».

«Nunca podremos comprenderlo todo, hermano mío -respondió, con una profundidad de patetismo que no había oído antes en él-; Yo apenas estoy empezando a comprender, y otros, que han alcanzado glorias mucho más altas que las mías, dicen lo mismo. El alma más elevada que conocemos dice que no está más que de pie, en la orilla, mirando hacia fuera y a través del mar del infinito, sobre el cual necesita una eternidad para navegar, pero que no sabe qué hay más allá que deba resolver y explorar antes de poder discernir toda la plenitud de gloria y desarrollo que Dios ha preparado para nuestro disfrute futuro. Todo lo que podemos hacer es tratar de conocer lo que está aquí a nuestro alrededor; cuando hayamos comprendido eso, la ley de esta existencia nos elevará a campos de contemplación más amplios y elevados, y así subiremos por la escalera cuya cima descansa sobre el trono de Dios».

«Es una ocupación muy agradable, y más aún porque todo conduce al conocimiento, hasta donde he podido comprender, tan diferente de lo que me enseñaron o me hicieron esperar. Pero cuando miro hacia dentro y veo mis poderes limitados, luego miro hacia fuera y descubro que cada pregunta que hago da origen a otras cien en la respuesta que recibe, y casi temo pensar en el tiempo que debe transcurrir antes de que pueda comenzar a ascender. Lo que ya he visto es más cielo de lo que jamás había soñado, más de lo que siento que alguna vez tendré el poder de comprender. ¿Cómo puedo esperar avanzar?».

«Puedo apreciar plenamente el sentimiento que te embarga -dijo-. Lo que eres, yo lo fui una vez; y con un vivo recuerdo de mi propia experiencia, me da mucha alegría ayudarte en el comienzo de tu viaje. En cuanto al tiempo que debes dedicar a estos estudios, no te preocupes. Te dije que el tiempo se había detenido, así que lo que sea necesario para el cumplimiento del diseño de Dios en ti, no disminuirá en modo alguno el resto. En esto la aritmética de la eternidad varía de la del tiempo: cuando hayas restado todas las edades necesarias para perfeccionar tu educación, la cantidad infinita restante será siempre la misma. Siempre que veas algo que no entiendas, pregunta; y cuando preguntes, quédate quieto y no dudes en esperar hasta que hayas dominado tus indagaciones. De esta manera aprenderás pronto, y ayudar en tal explicación será una fuente de placer para cualquier alma que encuentres».

«Eso ya lo he descubierto, porque desde mi llegada no he hecho más que preguntar a todos los amigos que he conocido».

«Continúa haciéndolo; y entonces descubrirás que el conocimiento se adquiere más fácilmente de lo que imaginas ahora».

«No olvidaré tu consejo. Pero, dime, ¿es habitual que las personas recién llegadas viajen como lo he hecho yo?».

«La ley del amor, por la cual sólo nos regimos, es muy flexible -respondió-, y se adapta a cada necesidad individual; el sistema de administración está orientado a asegurar los mayores resultados en todas las direcciones. Por lo tanto, los vigilantes de las nieblas examinan cada alma que llega, no para juzgar (eso no forma parte de su deber), sino para ayudar en la medida de sus posibilidades. Son expertos en leer el carácter, conocen los gustos y la disposición de todos los que pasan por su lado y envían sus comunicaciones a las estaciones centrales para la ayuda particular que requiere cada individuo; en menos tiempo del que me lleva explicarlo, se toman las medidas más adecuadas y se envía a uno o más ayudantes a recibir al amigo, en la arena o en las laderas, que es el lugar de encuentro designado».

«¿Cómo reconocen al extraño en particular al que se les ha encomendado ayudar entre toda la multitud que viene y va?».

«Por las vestiduras que portan».

«Pero, donde tantos son del mismo color, ¿no cometen errores con frecuencia?».

«Nunca. Los mensajeros que se dedican a esa tarea están demasiado bien iniciados en sus deberes como para cometer ningún error. Los colores te pueden parecer iguales a ti, pero para ellos hay matices distintivos, cada uno de los cuales indica una característica correspondiente de la mente, y tiene también ciertas peculiaridades a las que se asignan ministros individuales. No hay posibilidad de error alguno».

«¿Es esto estrictamente infalible como guía?».

«Sí. Eso es producido por la química espiritual de la vida que han vivido, y nada es capaz de cambiarlo o falsificarlo; es un testimonio que no puede mentir. En cuanto vemos tu vestido, con la mezcla de rosa y azul, sabemos que tienes un deseo de aprender la verdad y una mente abierta para recibirla, ya que el azul denota verdad y el rosa caridad. Hay otras indicaciones que en la actualidad no podrías entender, que hablan de tu búsqueda de la verdad y de tu decepción en el pasado, por lo tanto, quien te vea estará ansioso de brindarte toda la ayuda disponible para rectificar los errores pasados. Es por eso que estás invitado a viajar, para que puedas satisfacer tu sed de verdad viéndola tal como es».

«Aprecio tu bondad -respondí-, y espero que no me consideres un estudiante demasiado problemático».

«No tenemos miedo de eso; y ahora, si estás lo suficientemente descansado, déjame darte una idea de algunos de los servicios que estamos llamados a prestar a los diferentes amigos que hemos confiado a nuestro cuidado en este hogar».

Dicho esto, se levantó del diván donde había estado sentado a mi lado durante nuestra conversación y, entrecruzando su brazo con el mío, me condujo en la dirección por la que vino cuando lo vi por primera vez.

«¿Me equivoqué al pensar que estos son los terrenos de un hogar de convalecientes o un sanatorio?», pregunté mientras caminábamos.

«No mucho -respondió-, y quiero pedirte que prestes atención a los medios que empleamos para administrar la rehabilitación de algunos que están débiles e indefensos».

Capítulo 6

Una coral magnética

Mientras caminábamos, me llamó la atención el tañido de unas campanas a lo lejos, y al mismo tiempo se apoderó de mí una irresistible fascinación que fue aumentando poco a poco hasta que, al final, sentí que una influencia invisible pero tangible me impulsaba a aceptar la invitación que esas lenguas rítmicas lanzaban a lo lejos. No podía decir cuál era esa influencia ni cómo había logrado tal dominio sobre mí, e incluso ahora, con mi experiencia más amplia de esta vida, soy incapaz de explicarlo. La sensación que me produjo era nueva, fascinante e indescriptible. Su efecto parecía impregnar todo mi ser y ejercerse tanto desde dentro como desde fuera. Tampoco se debía enteramente a mi reciente llegada, pues percibí que tenía el mismo efecto sobre mi guía que sobre mí. Mediante algún proceso que podría ser explicado [*accountable*], traduje la voz de aquellas campanas en una petición de ayuda y asistencia que sólo yo tenía el poder de prestar, y aunque no tenía ninguna inclinación a apresurarme al obedecer la llamada, estaba seguro de que no sería correcto demorarme. Pero ¿por qué debería ser yo?, me preguntaba una y otra vez. Ignoraba por completo todo lo que me rodeaba. ¿Por qué no sería una llamada a muchos otros que caminaban en la misma dirección, y que se reunían, por así decirlo, desde todos los puntos cardinales visibles? Y mientras me preguntaba esto, escudriñé los rostros de los que estaban más cerca de mí y me convencí de que también ellos se movían bajo el impulso de ese mismo poder misterioso. Este descubrimiento sirvió para aumentar aún más mi interés y excitar mi imaginación en cuanto a cuál sería el resultado y la explicación.

Mi compañero vio, y sin duda comprendió por completo, la perplejidad que estaba soportando, pero cuando me volví y quise buscar la interpretación, él simplemente sonrió y mi lengua se quedó callada. Así que avanzamos obedeciendo al único impulso que nos atraía a ambos con su extraño poder magnético.

En ese momento se me proporcionó otra fuente de gratificación, ya que a través de los árboles comencé a ver en la distancia destellos fragmentarios de una majestuosa pila de edificios a la que nos acercábamos constantemente. Hasta entonces, sólo había visto cosas así mientras contemplaba aquel paisaje infinito bajo la dirección de Eusemos, pero ahora era evidente que iba a tener la oportunidad de inspeccionar de cerca una de las casas del paraíso. En ese momento, un agradable espasmo de excitación se apoderó de mí y me pregunté involuntariamente: “¿Será esta mi casa?”, pregunta a la que respondí al mismo tiempo que no, pero no sé cómo, a menos que fuera por el poder de la revelación, que es tan natural que forma parte infaliblemente de nuestra personalidad en esta vida. Por lo tanto, dejé de especular sobre la propiedad de la casa y me preparé para examinar sus características tan pronto como las circunstancias me lo permitieran.

Inmediatamente llegamos a la llanura abierta, cuyo centro y corona ocupaba [*la casa/s*], y supe intuitivamente que estaba contemplando el Hogar del Descanso, o sanatorio, en cuyos terrenos había disfrutado de mi sueño reparador y rejuvenecedor. Así como la fisonomía de un hombre proporciona un cierto indicio de su carácter y disposición, el contorno de este hogar declaraba de inmediato su naturaleza y propósito. De un vistazo vi que era una ciudadela de reposo, una fortaleza de descanso, una emboscada de alegría para toda alma que pasara por allí. Majestuosa y grandiosa en su modesta magnificencia, como si sus cimientos estuvieran colocados en lo profundo de la eterna calma de la omnipotencia de Dios; pura e inmaculada en su estructura como el amor infinito e inmutable de su diseñador divino, cada piedra y rasgo aparentemente palpitaba con el espíritu de misericordia y perdón que flotaba a su alrededor; y sentí, al contemplarla, que de alguna manera

había resuelto el misterio de esa profunda atracción por la que me había sentido llevado hacia tan deseable centro. Reverencia, gratitud, adoración y admiración parecían ser los porteros que estaban de guardia en las cuatro torres que se alzaban en los puntos finales de sus señoriales pórticos.

La mayor parte del edificio que se veía desde donde estábamos, para que yo me maravillara y admirara sus bellezas, era sin duda un salón de enormes proporciones; su forma era la de un anfiteatro. Tres lados estaban flanqueados por amplias plazas de igual longitud, llevando el diseño a un cuadrado perfecto; las esquinas estaban ocupadas por cuatro torres que servían como entradas al salón. El estilo de la arquitectura era compuesto, las columnas que sostenían el techo de los pórticos eran corintias, su material se parecía más al marfil que al mármol; los pedestales sobre los que descansaban eran de alabastro rosado y lo suficientemente macizos como para formar las piedras angulares de las pirámides, pero mientras que los egipcios habrían dejado un vacío a modo de esfinge en sus caras, éstos estaban revestidos con exquisitos bajorrelieves como los que a los griegos les encantaba tallar. Los frontones servían de galerías para grupos de estatuas, en cuya contemplación los convalecientes podían aprender lecciones progresivas de la vida a la que habían sido llamados. En esa atmósfera autoiluminada que no ofrecía ninguna facilidad para el surgimiento de sombras, desde la distancia a la que me encontraba, las paredes del salón parecían estar construidas con piedra de un delicado y variable tono de verde. Más tarde descubrí que este efecto se producía mediante una magnífica pantalla de mármol elaboradamente tallado y perforado, que envolvía el salón en pliegues tan exquisitos y suaves como el encaje, a través de los cuales se veía el follaje de una noble parra. Las torres se elevaban a una altura considerable, terminando en minaretes como de plata pulida, desde donde las campanas emitían su música; y coronando el salón se alzaba una majestuosa cúpula que cumplía el doble propósito de completar el diseño e iluminar el interior.

La maravillosa adecuación de cada elemento de la escena entre sí me impresionó de nuevo; el arte y la naturaleza se mezclaban de tal manera que enriquecían la armonía. Esa llanura, que parecía un jardín tan artísticamente salpicado de flores y arbustos, habría estado medio desprovista de su belleza si esa noble estructura no hubiera estado allí; y en cuanto al salón, necesitaba ese manto de césped adornado con flores como marco adecuado para exhibir su perfección incomparable. Combinadas, las bellezas de cada uno se enfatizaban, mientras que los movimientos de la multitud mantenían el equilibrio de la armonía oscilando.

Cushna avanzó; y yo, embelesado con la escena y preguntándome cuál sería su siguiente desarrollo, le seguí mecánicamente, hasta que me di cuenta de que no era su intención entrar por ninguno de los accesos visibles para mí. Entonces, por un momento, vacilé, ya que toda mi alma me llamaba a entrar en ese lugar y dudé de si no me estaba llevando a otra parte. En un instante, adiviné mi dificultad y no pareció disgustarse en absoluto por ello, sino que, asegurándome que estaba a punto de entrar, me condujo a la parte principal del edificio, antes oculta a mi vista, y que formaba la morada temporal de quienes se quedaban en este hogar para descansar y recuperarse. En ese momento las campanas dejaron de sonar y me alegré cuando, sin intentar mostrarme las numerosas habitaciones que se abrían por todos lados, me hizo señas para que lo siguiera por un corredor que conducía a la sala. Al final, apartando una cortina ricamente bordada, me hizo pasar de inmediato a lo que legítimamente puedo llamar la arena.

¿Debo describir la escena que se presentó ante mis ojos? Era una montaña de rostros por todos lados y, por encima y alrededor de nosotros, una atmósfera de paz ininterrumpida. Era consciente de que había alcanzado una meta; un período de incertidumbre yacía detrás de mí. Durante un tiempo

me sentí satisfecho y respiré profundamente aliviado por haber logrado algo, no sabía qué, pero mi corazón estaba contento.

El suelo alfombrado de flores de aquella espaciosa arena contenía una serie de divanes compuestos de diversos musgos aromáticos, suaves como el aire, cada uno diseñado para producir su propio efecto magnético peculiar. Cushna me llamó la atención sobre los diferentes olores que exhalaban y me invitó a arrojarme sobre ellos para comprobar su confort y, mientras obedecía, me explicó brevemente que el magnetismo es la fuerza y el alimento del cuerpo espiritual. Luego me condujo a un asiento vacío y me dejó a cargo de un amigo, quien, según dijo, me interpretaría la coral.

Rápidamente, aquel espacioso auditorio se llenaba de asientos. Grada tras grada, elevándose una sobre otra, contribuían a ese mar de rostros, en cada uno de los cuales la felicidad había grabado su nombre en caracteres vivos. De cada una de las cuatro entradas entraba un flujo constante hasta que la sala se llenó, cesando cuando sólo quedaba un asiento para el último que entraba. Los vestidos que se usaban eran de muchos colores, pero sólo de los tonos más claros; todos contribuían a que las agrupaciones fueran tan pintorescas como variadas. Los asientos inferiores estaban ocupados por niños que vestían túnicas de un blanco inmaculado, o de tonos de la más delicada naturaleza imaginable; algunos de ellos eran de tan tierna edad que me preguntaba cómo eran mantenidos dentro del orden tranquilo que reinaba en todas partes.

Tras ellos, miles de jóvenes y doncellas estaban dispuestos según un método que no entendí. Por encima de ellos, nuevamente había mujeres en mayor proporción aún; y finalmente, fila tras fila de hombres hasta el borde exterior de ese amplio círculo. Cada nación sobre la Tierra tenía su legítima representación en esa multitud, y todas estaban dispuestas de tal manera que cada compleción añadía su propia influencia al equilibrio del cuadro. Pero el pensamiento más agradable de todos era que cada voz diría "Padre Nuestro", al mismísimo Dios, y sentiría en el corazón que eran miembros de una sola familia. El judío no era consciente de la elección [*referencia al tema "pueblo elegido"*], el gentil había perdido su odio, la restricción de casta del brahmán se había roto, la mano del árabe ya no estaba en contra de su prójimo. La mujer hindú se había quitado el velo, el musulmán había perdido su intolerancia, los griegos y los romanos no pensaban en peleas mortales, la mano del zulú no sostenía azagaya, el indio no tenía hacha [*indio en el sentido americano*], mientras que el cristiano había envainado su espada. Los católicos y los protestantes se daban preferencia mutuamente, los [episcopalianos](#) presumían de no tener sucesión apostólica, y el sectario de mente estrecha se sentaba al lado del ateo de antaño, al que antes había condenado al fuego eterno. En medio de semejante multitud, con semejante vínculo que los unía, podía imaginar que no estaba muy lejos del santuario interior del cielo.

¿Fue la asociación en la que me encontraba lo que desencadenó semejante serie de reflexiones en mi mente? No lo sé, tal vez nunca lo sabré; pero después se resolvió en una sinfonía improvisada, que introdujo esa coral inolvidable. Apenas había llegado a su final cuando sonó la nota clave.

Al igual que los que me rodeaban, levanté la vista hacia la cúpula, donde una paloma de brillantez eléctrica sin matices se posó con las alas extendidas, como para acallar el estremecimiento de su rápido vuelo. En su pico sostenía algo que brillaba y centelleaba con una gloria que palidecía el brillo de su portadora, y se sumaba perceptiblemente a la luz sagrada que bañaba la sala. Con un solo impulso, pero sin sonido, aquellos miles se levantaron e inclinaron sus cabezas en reverente adoración; y cuando el silencio se hubo convertido en una imponente calma que el sentido avivado

del alma casi podía escuchar, esa joya temblaba en el aire, y, como luz de relámpago que desaparece de nuestra vista, la paloma había desaparecido.

Despacio, y constante como burbuja en el aire en calma, ese glóbulo brillante flotaba, cayendo gradualmente en el centro de esa vasta concurrencia de adoradores. Hacia abajo, lentamente hacia abajo, agrandándose a medida que caía, ganó aún más brillo por expansión. La observaba con la respiración contenida, preguntándome cuándo deberíamos hacer resonar la profundidad del asombro que inspiraba, hasta que, finalmente, estallando con un repique suavemente detonante, arrojó una parte de su rocío cristalino sobre cada cabeza de la audiencia, que permaneció durante todo el servicio como una joya enviada para hacer destellar la bendición de Dios sobre sus hijos allí reunidos.

Los ecos de esa suave percusión permanecieron mientras esa vasta concurrencia ocupaba sus asientos, portando la brillante insignia de la presencia de su Padre, que esperaba para escuchar y responder a las oraciones.

Siete compases de silencio intervinieron, y luego llegaron a mis oídos los primeros acordes del primer coro. El tema comenzaba con un número *pianissimo* al unísono de magnetismos masculinos, pues en toda esa coral no había un solo sonido articulado en solitario. Miré, y de las cabezas de los hombres se desprendían rayos carmesí que, lanzándose hacia el centro de la cúpula, se mezclaban entre sí, formaban círculos de diversos tamaños y comenzaban a girar en la habitación. Los movimientos causaban vibraciones de tonos más graves o más agudos, según el tamaño de cada círculo y la velocidad con la que se movía. El efecto de esta mezcla de bajo y tenor era como la música apagada del oleaje del océano cuando se escucha desde alguna colina lejana del interior. La melodía era demasiado dulce como para ponerle palabras sin hacer desmerecer su cadencia; y sin embargo, mientras escuchaba su santa inspiración, cuyo mayor encanto era la perfecta unión de tan diversas naciones, religiones y lenguas, sentí que el cielo había logrado un triunfo al ponerle música al poema inmortal del más dulce cantor de Israel, y que estaba escuchando un desafío a la Tierra y al cielo: ‘¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en armonía!’.

Una vez hecha la invitación y agotada la gama de sus variaciones, los círculos cesaron su vuelo, se encontraron, se abrazaron y finalmente se extendieron como un dosel a lo largo de la cúpula. Luego siguió un canal con las ofrendas azules y ambarinas de los jóvenes y doncellas, que fue aumentando gradualmente el volumen de su crescendo, con los arcos azules de la soprano y las curvas ambarinas de la contralto despertando dulces ecos con la declaración: *‘Es como el ungüento precioso sobre la cabeza, que baja hasta la barba —incluso hasta la barba de Aarón—, que baja hasta los bordes de su manto’*.

En este punto, las mujeres unieron sus latidos rosados de una segunda soprano para engrosar el trío: *‘Como el rocío de Hermón, y como el rocío que descendió sobre los montes de Sión’*. Luego, el coro completo repicaba, mil niños aportando el brillo de su música sin tintes, mientras el dosel de círculos se reorganizaba y se movía para prestar su profunda base a esta sección [*de la coral*].

Sonaba como un coro de ángeles cantando, con la voz de truenos lejanos, y el propio *bourdon* [*bajo de fondo*] del cielo sirviendo como contrabajo a la orquesta del oleaje oceánico. Todas las armonías, arriba, abajo, alrededor, con todos los acordes y voces que la naturaleza pueda ordenar, se representaban en la confirmación universal: *‘Porque allí el Señor ordenó Su bendición, incluso vida eterna’*.

El coro crecía a nuestro alrededor con tal fuerza e intensidad majestuosas que cada color destellaba su eco para realzar la gloria, hasta que la sala se bañó con el perfume de la acción de gracias; luego, al reunirse sobre la arena, cuando se llegó al último compás, se formó una armonía de matices tan dulces como la del sonido, y la nube ascendió como una ofrenda de gratitud por el amor de nuestro Padre.

La cúpula aún no estaba libre de esa nube prismática cuando un acorde de música aún más dulce cayó sobre nuestros oídos, y percibí que las joyas en nuestras cabezas estaban repicando la aceptación y el 'Amén' de Dios.

Hasta ese momento, Cushna había asumido la dirección desde el centro de la arena, rodeado de varios hombres y mujeres jóvenes que se movían en un orden elegante al ritmo de la música, como si estuvieran realizando alguna figura en una danza mística. Al preguntar, me informaron que este coro no era más que una introducción a la ceremonia, cantada para ayudar a esos ayudantes especiales a producir una condición magnética adecuada en la que introducir a los pacientes; y mirando atentamente, en obediencia al deseo de mi instructor, vi que no todos los magnetismos habían ascendido; algunos se habían destilado —¿debería decir "eterificado"?— y llenaban la arena con mínimos trazos de nube; y, sin embargo, no era una nube, ya que tal designación transmite la idea de un vapor insustancial que podría haber sido transportado en brazos del movimiento; esto tenía peso y cuerpo, a través de lo cual los ayudantes se movían de un lado a otro como los bañistas se mueven en aguas poco profundas, a excepción de que este algo, apenas visible, parecía no ofrecer resistencia. He aquí una metáfora que dará la idea de lo que parecía ser: era como el espectro de un lago, que en su vagar inquieto hubiera sido conjurado para detenerse por un tiempo, para que los espíritus de algunos hijos de la mortalidad pudieran bañarse en él y lavar los últimos rastros de tierra [*earth*].

En ese momento me llamó la atención un hombre que entró en la sala desde el corredor por el que yo había llegado. Su figura alta y robusta estaba vestida con una túnica de color gris eléctrico, sobre la que llevaba un manto azul suelto, forrado de ámbar y magníficamente bordado desde la cintura hasta abajo. Su rostro, complexión y porte general recordaban a un jeque árabe, salvo que la altivez había sido reemplazada por una tranquila humildad. Alrededor de su cabeza, cintura, muñecas y tobillos llevaba círculos de una extraña amalgama, engastados con gemas que emitían rayos de luz, formando así seis círculos de halo, que lo investían de un misterioso poder.

Cuando entró en la arena, un destello de bienvenida lo recibió desde aquella inmensa asamblea. Echó un vistazo a la sala, como un director experto inspecciona su orquesta para ver si todo está listo para el movimiento de la batuta; al llegar al punto donde Cushna lo esperaba, simplemente inclinó la cabeza, ante lo cual los ayudantes se dieron la vuelta y abandonaron la sala por el pasillo por el que él había entrado.

Aproveché la oportunidad para preguntar:

«¿Quién es?».

«Siamedes, el experto magnético que dirigirá la coral».

«¿Un oriental, supongo?».

«Asirio».

No tuvimos tiempo para seguir conversando. Apenas había pronunciado esa única palabra cuando el asirio levantó la mano, como para llamar la atención de su público; por un instante permaneció en suspenso, mientras una luminosa nube verde mar le envolvía, y luego, con un movimiento majestuoso, trazó un círculo, arrojando el halo en el aire sobre él. Una pausa, y luego otro movimiento repetido una y otra vez, cada uno agregando otro círculo para expandirse y seguir a su predecesor. Sólo un latido de pulsación es lo que marcaba el intervalo entre cada golpe, pero lo suficientemente largo como para cambiar el color, ya que él deseaba cambiar la nota para formar ese toque de corneta con el que convocar a su ejército a marchar hacia la victoria.

El desafío no había desaparecido cuando una respuesta jubilosa flotaba en el aire. Era un ritmo marcial, y casi se podía imaginar que se oía el paso firme y medido de los batallones que se acercaban, con la fuerza y la confianza de su causa, hacia un triunfo seguro. El suave crescendo crecía en fuerza y volumen a medida que cada ola sucesiva de magnetismo se extendía por la extensión que había sobre nosotros. Su forma ya no era círculo, curva y destello, como en el coro inicial, sino que, siguiendo el ejemplo del asirio, cada contribución llegaba en secciones vaporosas para formar las nuevas armonías de ese tema.

Olas de prímula [*color de algunas prímulas, o flor primavera, quizá rosado*] y azul se encontraban y se besaban entre sí en el acorde de vida para el que habían nacido, para luego mezclarse en su siguiente desarrollo para formar el verde glorioso de la esperanza; nubes de fuerza carmesí de los hombres acogían en su abrazo la pureza blanca del amor de los niños, y los mimaban hasta convertirse en tonos de simpatía; luego, cada uno se rindió al otro, unidos en el rosa de la caridad. Marrón y rosa, malva y cereza, castaño rojizo y gris, verde y dorado se bañaban uno en otro, se abrazaban y se arremolinaban, mientras cada uno producía la nota deseada; y habiendo logrado así el primer propósito de la existencia, añadieron a su música el perfume del deber cumplido fielmente, hasta que el aire se cargó de sonidos fragantes, que cambiaban de volumen y de tipo con cada acorde y combinación.

Al final, la sala se llenó; el perfume comprimía el color, y el color abrumaba el sonido, pero esa gran marcha de vida parecía estar sólo a medio terminar. Nuevamente, el maestro levantó y agitó su mano, esta vez arrojando a las nubes transparentes que nos rodeaban chispas abigarradas que brillaban con un resplandor eléctrico, cual joyas reluciendo al sol. Hubo una pausa de un instante, durante la cual el magnetismo de esa multitud cambió la forma de su apariencia, y luego el perfume, el sonido y el color se complementaron con una miríada de gemas que dieron aún mayor belleza a la escena feérica [*de "hadas"*]. Al final, de la cabeza de Siamedes surgió una señal de arco iris y la música se fue apagando gradualmente, pero la fragancia, la luz y el color aún permanecían.

Mientras esto sucedía, los ayudantes llevaron a los pacientes adentro. El servicio se prestó con mucha ternura, pues Cushna fue cuidadoso en la asignación y disposición de cada diván, en el que cada uno era colocado como si hubiera estado sujeto a un dolor insoportable —en lugar de yacer en un estado de inconsciencia—. Estaba ansioso por agotar sus recursos para mitigar su sufrimiento. Cuando el último diván hubo recibido a su ocupante, se dio una señal y la música cesó.

En ese momento, el salón era como un mar de colores abigarrados, un mar mágico, incomparable, con sus profundidades ahora inmóviles iluminadas por un millón de lámparas de hadas; un mar en el que yacía sumergida una poderosa multitud, abrumada de alegría y tranquila satisfacción. Bien podía ser así; porque, ¡oh!, ¡la vida, la vida en aumento, que encontró su nacimiento allí! Sus aguas pudieron reposar, para que pudieran bañar suavemente a los durmientes con la plenitud de la vida y

reinjertar la existencia que parecía vacilar en los desastres y catástrofes por los que su pasado los había llevado. El ojo experto del asirio observaba atentamente el progreso de cada paciente a medida que los poderes energizantes que los rodeaban eran absorbidos y asimilados, hasta que la fuerza que regresaba comenzó a manifestarse y la inoculación había producido el cambio necesario.

Cuando estuvo satisfecho, se echó el manto sobre los hombros con un gesto regio, levantó los brazos y los agitó de un lado a otro como un monarca balancearía su cetro, confiando en que alguna orden previa sería obedecida. El efecto fue talismánico. Esas fuerzas misteriosas asumieron inmediatamente inteligencia, entendieron su señal y se apresuraron a obedecer.

Por la operación de alguna ley mística, cada color se separó del resto, algunos se transformaron en formas de frutas o flores; otros, tejidos en semejanzas de brocados de seda, felpa y satén, fueron plegados en elegantes dobleces como tapices decorativos en las paredes, adornados y bordados con una multitud de gemas, que destellaban su lustre desde los bordes. Otros, a su vez, fueron tejidos en estandartes o emblemas triunfales, con los que se vistieron la cúpula, la arena y los asientos; mientras que la ofrenda de los niños, tejida en encaje de pureza inmaculada, fue recogida en festones y cenefas para terminar las decoraciones. Así, por el simple acto de la voluntad del asirio, el salón se transformó y se adornó, como si fuera una acción de gracias o una bienvenida a casa, cuando una nación se reúne para honrar el regreso de un jefe o rey exiliado.

Conforme extendió sus manos al cielo, todas las rodillas a su alrededor se doblaron en adoración. Lo supe, aunque mis ojos estaban fijos en aquel que, frente a mí, parecía un gladiador preparándose para la contienda, confiando en la victoria, aunque la muerte misma fuera su adversaria. Sin embargo, no estaba orgulloso ni arrogante. Toda su majestuosidad de semblante, la gloria de su fuerza, la perfección de su forma, parecían serle desconocidas o, más bien, por el momento quedaron en el olvido, y nada más que el corazón infantil permanecía, mientras se dirigía a su Dios. Sus pensamientos volaron hacia arriba, como espasmos de relámpagos engendrados por la Tierra volando hacia el sol, puros y sin ningún matiz de color. Se dirigían al Gran Supremo, y nada más que la pureza inmaculada puede ganar acceso a esa presencia sagrada.

¿Hubo temblor en su temprano vuelo? No lo sé; pero si así fue, fue debido a la intensa entrega del alma que derramaba sus libaciones. Todavía no había palabras; pero en la música plateada pensé que podía comprender la carga de su corazón: *‘Tuya, oh Señor, es la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria, y la majestad; todo lo que está en los cielos y en la Tierra es tuyo; tuyos son todos los reinos, oh Señor, y tú eres exaltado como cabeza sobre todo. Tanto las riquezas como la honra vienen de ti; y en tu mano está el poder y la fortaleza, y en tu mano está el hacer grande y dar fuerza a todo. Ahora, pues, oh Padre, te damos gracias y alabamos tu glorioso nombre’*.

Su oración estaba terminada. No hubo súplica. Su confianza y fe declararon que eso era innecesario. La presencia de esa multitud a su alrededor era una súplica más elocuente y aceptable de lo que él podría formular. Dios no requiere superfluidades. Él no era más que el representante de muchos que deseaban obtener una victoria sobre un mal que hasta entonces había triunfado, y él no era más que el campeón elegido para el combate. Desnudo para la refriega, se detuvo para poner sus armas a los pies de Aquel por cuya gloria estaba a punto de luchar, para agradecer a su Rey el uso de armas tan victoriosas y luego para esperar la señal real para atacar. Estaba allí para romper las ataduras del cautiverio, para dar libertad al esclavo, y en sus ojos brillaba la seguridad del triunfo. Su victoria ya estaba ganada en la confianza que poseía.

Su mirada firme todavía descansaba en esa cúpula abovedada. Sabía que la respuesta no tardaría, y que cuando llegara lo encontraría esperando para recibirla. Un silencio más profundo cayó sobre nosotros, y luego una nube de gloria, como manto solar, descendió, haciéndolo irradiar [*al maestro*] con el poder y la presencia de Dios.

No había necesidad de esperar más cuando se estaba revestido de tal autoridad y [sanción](#). Se acercó a un diván sobre el que yacía una joven deformada casi hasta el punto de no poderse reconocer su forma humana. Tenía aparatosos apliques [*appliances*] en casi todas las partes de su cuerpo, que no eran para ayudarla ni servirle de apoyo, sino para torturarla y obligarla a adoptar formas enanas y antinaturales. Los ojos habían sido girados a propósito para que su vista fuera incierta, mientras que sus miembros estaban comprimidos y deformados para evitar la posibilidad de movimiento sin ayuda.

Recordemos aquí claramente que esta deformidad era espiritual, pero para mi asombro en ese momento —confirmado por una experiencia posterior y considerablemente más extensa— descubrí que en las personas de estos recién llegados de la Tierra, para cuyo beneficio y asistencia se celebran especialmente las corales, las restricciones espirituales impuestas arbitrariamente a una mente inquisitiva con el fin de evitar que sobrepase los límites dogmáticos, producen en el alma una desfiguración en el crecimiento tan tangible y real como si fueran aparatos quirúrgicos diseñados a propósito para producir formas tan horribles. Y el Gran Padre, en Su provisión que todo lo abarca, ha diseñado este proceso de restauración para que esas almas oprimidas y luchadoras sean restauradas de inmediato a su condición normal y entren en la vida inmortal libres de las discapacidades bajo las que han operado hasta ahora. Además, que no se suponga que estoy tratando de crear una ficción poética, para lo cual dejo que mi imaginación vague en busca de novedades o situaciones; la verdad es mucho más extraña que cualquier ideal de ese tipo que la mente pueda formular, y en este relato me conformo con exponer los simples hechos de la ley eterna de Dios, tal como he descubierto, y como tú descubrirás más adelante.

Mis descripciones pueden sacudir tus sentidos por su materialidad aparentemente vulgar; incluso pueden causar una conmoción por lo que parece ser una descripción burda y antagónica respecto a tu apreciada concepción de la naturaleza de esta vida. No me puedo responsabilizar de ello. Mi intento es traducir al vocabulario prosaico de la Tierra, en la medida en que las circunstancias y los medios lo permitan, alguna ligera idea de las realidades y verdades que se encuentran en el poema y la música de esta vida futura. Si el resultado no es más que una jerga espesa y gutural, carente de melodía y decepcionante para tus esperanzas, no me culpes. La extensión de mi deseo es tan sólo la de indicar un breve esbozo de lo que podría ser el panorama si tuviera las capacidades e instrumentos a mi disposición; pero ese esbozo es fiel a la escala, como tú mismo comprobarás algún día por experiencia. Si intentas retraducir mi relato de lo físico a lo espiritual, para que puedas comprender la verdad tal como la veo, permíteme ofrecerte una sugerencia, que, si le prestas atención, se habrán despejado al menos la mitad de tus dificultades. La muerte produce un cambio, y es este:

En el proceso de disolución todo se altera excepto tú mismo; las cosas viejas pasan y todas se vuelven nuevas, pero tú permanecerás inmutable, sin cambios, mientras un mundo hace su salida y otro su entrada en el teatro de tu vida. Esta transformación se efectúa en un abrir y cerrar de ojos cuando se agita la varita del Mago de la Muerte. Lo material se desvanecerá "[como el tejido sin base de una visión](#)" para aparecer para siempre como una sustancia vaga y sombría que debe buscarse y que solo será vagamente visible para el estado recién adquirido; mientras que ese mundo

sobre cuyas orillas eternas descansarán tus pies, saltará del reino de la visión a una realidad sólida y sorprendente, con cimientos que nunca se pueden remover, ya que están ahí en lo profundo del seno de la infinitud, cuyos habitantes han resuelto los dolores del parto de la inmortalidad. Ten esto en cuenta y lee las siguientes páginas a la luz de esta sugerencia; entonces comprenderás por qué no he dudado en utilizar ese lenguaje, por indigno que sea por otras razones, que te transmite la idea de que los escenarios entre los que me muevo son, al menos para mí, tan reales y sólidos como la Tierra que aparece ante ti en la actualidad.

Otro pensamiento que ofrece material para la meditación y la reflexión, y puede ayudar a eliminar la impresión de que mi afirmación de deformidad espiritual es errónea e imaginativa: La promiscuidad de los padres, la inmoralidad, la ignorancia, los accidentes y otras cien influencias prenatales producen distorsiones físicas y mentales en un niño. ¿Por qué, entonces, debería ser ilógico afirmar que, de la misma manera, los errores espirituales, las ideas antinaturales y las restricciones intolerantes generan malformaciones y desfiguraciones correspondientes en el alma, cuando se la libera de la carne en la que se han moldeado su forma y sus rasgos? Sea que puedas convencerte de la razonabilidad de este punto o no, el hecho sigue siendo el mismo, y no está lejos el tiempo en que reconocerás su verdad y apreciarás la justicia de la ley por la que se rige. No te engañes, las enfermedades del alma resultantes del pecado personal sólo se eliminan y curan mediante procesos lentos y dolorosos; pero los defectos inevitables causados por el pecado de otros o por la fuerza de las circunstancias, tienen una rectificación rápida en corales como esta, a la que quiero llevar tu atención.

Pero salgamos de mi digresión.

Observé muy de cerca al asirio mientras se dedicaba a eliminar esas restricciones torturantes. Al principio, debo confesar, parecía un trabajo inútil de amor en el que estaba involucrado, ya que apenas había indicación de que quedara vida en la víctima. Sin embargo, pronto dio signos evidentes de que era todavía sensible al dolor que le causaban, pero incluso entonces pensé que sería una mayor bondad dejarla morir en paz en lugar de molestarla cuando ya era demasiado tarde para salvarla. En ese momento de compasión, me olvidé de que ya no podía morir, porque la muerte misma había muerto. Con más tierno cuidado del que una madre podría haber mostrado a un hijo enfermo, las suaves y tiernas manos de ese médico soltaron y tiraron de cada atadura, hasta que finalmente se quitó la última y ella quedó en perfecta libertad. Sintió la libertad y, contenta de hacer un esfuerzo para emplearla, intentó, con considerable éxito, darse la vuelta, bostezó y estiró los brazos; luego, al ver que toda restricción había desaparecido, finalmente se enderezó en el diván y, dándose la vuelta, cayó de inmediato en un sueño fácil y reparador. Todo el movimiento fue la acción espontánea de una persona que, despertando de un sueño inquieto, antes de haber obtenido el suficiente descanso, y sintiendo como el terror de una pesadilla que se hubiera desvanecido de golpe, se vuelve a dormir de inmediato sin despertar por completo la consciencia.

Es mejor imaginar que describir con qué interés y simpatía Siamedes observaba su progreso, hasta que ella se quedó en ese reposo tranquilo y cómodo que hasta entonces le había sido ajeno. Luego se sintió satisfecho y se volvió para prestar atención al siguiente caso.

Todos mis poderes de observación se centraron en ese individuo; el trabajo de liberación posterior sería más o menos una repetición de lo que ya se había logrado, y como había mucho que no podía entender, juzgué que había llegado la oportunidad adecuada para buscar alguna explicación; por lo tanto, volviéndome hacia mi compañero, pregunté:

«¿Podrías explicarme qué son estas ataduras y cómo son posibles aquí tales deformidades?».

«No tengo ninguna duda -respondió- de que este servicio está lleno de asombro y maravilla para ti. Debe ser necesariamente así, hasta que te familiarices con nuestra ley y modo de existencia, hasta que aprendas cuán escrupulosamente esta vida es un corolario de la que dejas atrás. La hipocresía, la farsa y la palabrería son máscaras que se rasgan a medida que atraviesas las nieblas, y el hombre real, ya sea vil o noble, aparece sin disfraz, capaz de leer y ser leído por todos los hombres. Con nosotros no hay subterfugio disponible para ocultar deformidades desagradables, no importa si surgen de tu propio pecado o de la negligencia y criminalidad de otro. Todo es conocido.

»Ante ojos expertos como los de Siamedes, Cushna y miles de ministros así, comprometidos con su noble trabajo, el verdadero autor y fuente de cada una de esas malformaciones se puede distinguir de un vistazo, y, por una ley inexorable e imposible de evadir, la pena y el castigo de cada mal recae sobre el ofensor. En esto verás que hay un equilibrio de cuentas y una justa retribución por las acciones realizadas en el cuerpo [*las acciones realizadas cuando "estamos en el cuerpo físico"*]. Es un triste error decir que la muerte nivela a todos los hombres, y que esta vida es nueva, mientras que el registro de la anterior ha sido borrado con la esponja de la muerte. Toda vida es una continuación de lo que había sucedido antes; y al entrar aquí, no has hecho más que pasar la página para comenzar otro capítulo, pero la historia y la trama son las mismas.

»En esto vers que se rectifican los errores del pasado, se deben saldar las cuentas pendientes y se debe conceder una compensación a quienes han sufrido injustamente. Aquí, los hombres son pesados en la balanza de Dios, evaluados por un tasador cuyo juicio es justo y contra cuyo veredicto no hay más apelación que la del arrepentimiento. No encontrarás soborno ni corrupción; todo es rigurosamente real; todos los hombres y las cosas son exactamente lo que parecen ser.

»Las restricciones que atan a estos amigos [*los pacientes*] han sido usadas en violencia contra su mejor juicio, pero al carecer de poder para vencer las fuerzas que se les oponen, se han convertido en víctimas de las circunstancias y han pasado sus vidas en una esclavitud molesta, siendo dominados por voluntades y usos a los que no podían resistirse con éxito. Si hubieran dado su consentimiento activo a la costumbre y al dogma, si hubieran seguido con fe incuestionable lo que otros les indicaban y se hubieran contentado con aplastar el derecho a pensar, habrían desarrollado la pequeñez de alma requerida, sin necesidad de aplicar restricciones. Pero reconocieron al Dios que había en su interior y se negaron a acallar la voz que los llamaba a deberes más nuevos, más nobles y más elevados, para el bienestar de su especie.

»Sus declaraciones proféticas eran peligrosas para un oficio, por lo que había que ponerles la mordaza; sus ojos veían visiones de gloria venidera para los cansados y oprimidos, por lo tanto, había que distorsionar su vista, para que no se pusieran en peligro los intereses de una clase; el vigor inteligente del niño proclamaba un líder en el hombre, y la iglesia y el dogma emitían cartas para inutilizar su poder y forzar la noble estatura del gigante a las contorsiones del enano. Puedes ver que era una batalla a muerte: se impedía que las vidas nobles trabajaran, y cosas peores, porque mientras que estaban destinados a la construcción y la liberación, al ser manipulados a la fuerza, fueron pervertidos por la intolerancia partidista y obligados a luchar por la existencia en lugar de esparcir las bendiciones que estaban destinados a llevar a sus semejantes. El resultado se puede ver en los naufragios que yacen ante nosotros: oportunidades desperdiciadas, intelectos desperdiciados, vidas desperdiciadas. Por todas estas cosas, los responsables deben ser llevados ante el juicio.

»La culpa debe ser castigada justamente, mientras que el exceso de dolor que la víctima ha soportado debe recibir su legítima compensación. Con el castigo no tenemos nada que ver, la ley natural de esta vida es plenamente adecuada a eso, y cada alma culpable recogerá la justa cosecha de la semilla que ha sembrado. Es para que podamos participar en la compensación por lo que estamos aquí. La justicia exige que se dé una liberación instantánea de esas ataduras, y la vida debe ser prodigada a los que sufren hasta que hayamos ayudado a reforzar y vigorizar sus almas, y entonces cada uno alcanzará el pleno desarrollo para el cual fue diseñado y por el cual lloró y luchó, pero fue impedido por la acción de los opresores».

«Pero ¿dónde encontramos misericordia y perdón en la administración de tan inexorable justicia?», pregunté.

«Todo atributo de Dios tiene su esfera legítima de operación -respondió-, y el mantenimiento inviolable de cada uno en su orden designado es esencial para la continuidad de la perfección todopoderosa y omnisapiente de nuestro Padre, pero es imposible que cualquiera de ellos usurpe la jurisdicción de otro. Supongamos, por un momento, que se permitiera que la misericordia se opusiera a la justicia y prevaleciera en un solo caso; el resultado inmediato sería una injusticia, ya que mostrar misericordia al ofensor sería una injusticia para el ofendido, a menos que, a su vez, le mostremos misericordia también. Llevemos esto a su secuencia lógica y nos veremos obligados a abolir la justicia en favor de la misericordia, en cuyo caso el castigo y la retribución se volverían una imposibilidad; la ley sería letra muerta, y el pecado, libre de temor o restricción, se deleitaría en su licencia. Pero cuando vemos el funcionamiento de los atributos de Dios de acuerdo con Su plan divinamente designado, descubrimos cuán infinitamente sabia ha sido la adaptación a las necesidades de la familia humana en su desarrollo.

»Tomemos las que has mencionado: Misericordia, Justicia y Perdón. La Misericordia opera en la Tierra, donde la paciencia, la tolerancia y la [longanimidad](#) son tan necesarias durante las primeras etapas de la existencia consciente del alma. Imagina la catástrofe y el desastre que se producirían si la justicia infalible fuera entronizada en una crisis como esta en la historia de la vida: ¿habría alguna inmortalidad posterior que registrar? Inconsciente, prácticamente, de su "de dónde" y "hacia dónde", un experimentador sin guía en cuanto a sus poderes y capacidades, sin guía en cuanto al fracaso y al error, sin guía sobre la ley por la cual se desarrollará y aprenderá a comprenderse a sí mismo, inseguro de si es correcto satisfacer incluso el más ardiente de sus anhelos, lleno de miedo y temblor ante las fuerzas que lo rodean, ante un volumen de naturaleza, de una naturaleza de cuyos jeroglíficos es ignorante aunque se le pide que lea, siendo él mismo el misterio más profundo entre el millón de otros problemas. Bajo tales circunstancias, ¿cuántas veces la Tierra le sería arrebatada al hombre [*o de sus pies, el suelo se le quitaría de sus pies... la Tierra prácticamente se le quitaría de su campo de actividad*] si la justicia se aplicara a cada transgresión de la ley —esa justicia que es perfecta como lo es su Artífice—?

»¡No! Este atributo no podría aplicarse a una condición tan subdesarrollada; ¿qué hombre podría ser lo suficientemente salvaje como para imaginar que sí? ¿No es más bien la ausencia de justicia, tan manifiesta, lo que se utiliza como argumento contra la existencia de un Dios, mientras que se ha convertido en un proverbio entre las naciones que “la [Villanía](#) es heredera de la Fortuna, pero la Honestidad se casa con la Falta/Perdida/Señorita [*"Miss": creo que quiere decir que la honestidad se casa con la carencia, con los desheredados, por así decir; es decir, por ejemplo, puede estar más cerca potencialmente de los que no están destinados a ser ricos, etc., tal como puede ser el caso una mujer, que por ejemplo sea la hermana de un primogénito, y que, si ella no se casa y es*

"señorita", estaría como perdida para las cosas y las "causas" del matrimonio (la obligación social, funesta, de casarse obligatoriamente y tener hijos por obligación, por aburrimiento, por ser normal, etc.). Esa señorita es sin embargo más "cortejada" por la honestidad —digamos—]. La opresión, la tiranía y la persecución son rampantes; que "la fuerza es el derecho" es el lema universal prácticamente tanto de la política como de la religión; los ricos y adinerados son los honrados por las naciones; los pobres y necesitados, son la maldición y la perdición [*bane*]. ¿Es esto correcto?, me preguntarás, y yo responderé, ¡mil veces no! Pero incluso la injusticia del hombre no es lo suficientemente fuerte como para hacer que Dios cambie la acción de Sus atributos y sustituya la misericordia por justicia, en la Tierra.

»Esta costumbre universal es errónea, y el hombre ha adquirido suficiente conocimiento para saber que es así; pero Dios es paciente para que el opresor pueda redimirse antes de ser llevado a juicio. La misericordia implora mientras quede la esperanza de restitución; pero una vez que la ley se apodere del ofensor, el asunto pasa del tribunal de la Misericordia al de la justicia. Las nieblas, que marcan la línea divisoria entre ese estado y este, también forman el vestíbulo de la sala del juicio, y cada alma debe pasar por allí y recibir su justo veredicto antes de entrar aquí. La misericordia no tiene poder para cruzar ese umbral; el alma se encuentra sola ante ese tribunal inescrutable como su propio testigo, su propio juez, y por lo tanto, sus actos de vida dictan una sentencia que no admite apelación alguna».

«Pero del perdón... ¿qué hay de eso?», pregunté.

«Eso viene después -respondió-; Las penas impuestas por esa justicia son por las faltas cometidas contra el prójimo; esos pecados deben ser redimidos, nunca son perdonados, porque nadie, ni siquiera Dios, tiene poder para perdonar una ofensa contra alguien que no sea Él mismo, por ser ello contrario a Su propia ley. Cuando la penalización por los pecados cometidos contra el prójimo ha sido justamente saldada, entonces, el alma arrepentida tiene poder para pedir perdón por su pecado contra Dios, que siempre es gratuitamente concedido; pero es necesario que primero se reconcilie con su hermano, porque sólo 'el que tiene las manos limpias y el corazón puro' puede ascender a la presencia de Dios, donde Cristo asegurará su remisión completa [*la condición "Cristo": estar en unidad de amor con Dios*].

Me quedé callado ante la inesperada aclaración de una dificultad que siempre me había desconcertado, pues sabía que mi instructor no estaba exponiendo sus opiniones, sino hechos reales que se oponían ampliamente a todas las ideas y enseñanzas que había oído en la Tierra, y sin embargo estaban cargados del más trascendental interés para cualquier alma que tuviera que atravesar las nieblas, y en lo más profundo de mi ser anhelaba de nuevo descubrir algún medio por el cual pudiera llegar a la Tierra y hacer la revelación para beneficio de los ciegos y los ignorantes. Sin embargo, mi amigo no me dejó mucho tiempo solo, sino que llamó mi atención sobre lo que estaba sucediendo en la arena.

Se habían quitado todos los vendajes y restricciones, y todos los pacientes estaban libres de las ataduras con las que la Tierra los había amordazado. El orden del procedimiento había sido tomar primero el caso más grave, y así sucesivamente, hasta que la reanimación de todos pudiera lograrse lo más simultáneamente posible. Con gran atención observé la absorción gradual de ese misterioso "espectro de lago" al que habían sido llevados; los miembros marchitos y los cuerpos contorsionados se expandieron y crecieron a medida que se alimentaban de ese extraño alimento, hasta que todo rastro de color había sido extraído de la atmósfera en las proximidades de los lechos

en los que yacían. Entonces, rayos de magnetismo fueron atraídos desde individuos designados, según lo exigía el asirio, para formar alguna combinación especialmente adaptada a cada caso, y estos a su vez se quebraban en el momento en que los primeros rastros de color parecían emanar desde los durmientes. Esto, me informaron, proporcionaba la indicación natural de la condición de cada alma.

Mediante el ejercicio de ese poder místico con el que tejió las decoraciones únicas de ese salón, Siamedes dispuso ahora las flores, frutas y estandartes alrededor de la arena y de los asientos, y los convocó para bañar a los durmientes con las delicadas influencias producidas por las combinaciones que habían formado. El magnetismo que emanaba de cada individuo ejercía una atracción simpática por el correspondiente color llamado al servicio, y se extendía en nubes ondulantes alrededor de los divanes, sobre los que rodaban de un lado a otro al compás rítmico de la música que nacía del movimiento de retorno [*rodaban, suponemos, estas nubes de confluencias*]. La canción de cuna que cantaban era dulce y relajante, y el silencio de los miles de asistentes era un acompañamiento adecuado al agradecido salmo.

Sin señal o movimiento del director, que observaba tranquilamente la escena, la melodía concluyó, cada alma sedienta había bebido hasta saciarse, y las olas de vida que aún quedaban se elevaron sobre nuestras cabezas, dejando a los durmientes "*hermosos en toda la expansión del alma*" y esperando nada más que un beso que los despertara a una vida de la que aún no eran conscientes.

La Obra estaba hecha, la victoria consumada; pero el vencedor no revelaba tener ningún orgullo por la conquista, en su profunda humildad. No necesitaba que me dijeran que el número final de esa coral dadora de vida estaba cerca; pero ¿qué nuevos poderes desarrollaría? ¿Quedaban aún fases de maravillas magnéticas por revelar? ¿Otros misterios por mostrar? La consideración del milagro obrado en la condición de aquellos durmientes me llenó de esperanza de haber entendido mal el significado de mi instructor respecto a la exclusión de la misericordia de su vida; y, volviéndome hacia él, señalé los divanes y pregunté:

«¿No es misericordia lo que se ha mostrado hacia ellos, al liberarlos de su condición de sufrimiento?».

«De ninguna manera», respondió.

«¿Con qué nombre lo llamáis entonces?».

«Justicia. Hasta ahora han sido víctimas de una injusticia que no podían resistir; nosotros sólo hemos sido los instrumentos para ayudar a poner fin a los efectos del mal y a introducirlos en una compensación proporcional. Juzgas la justicia a la luz de tus impresiones terrenales; permíteme aconsejarte que te deshagas de esa idea. La justicia correctamente administrada es equidad, y así la encontrarás siempre entre nosotros; es la cualidad de ser justo llevada a la perfección, teniendo en cuenta todas las circunstancias concomitantes; piensa en ella como tal, y amarás su rectitud, en la que no hay sombra de inconstancia, favoritismo o parcialidad».

«¿No la llamarías justicia atemperada con misericordia?».

«¡No! La justicia estricta no se necesita atemperar. Has tenido la costumbre de pensar en la justicia como necesariamente aliada de la opresión. Así es en la Tierra, pero no lo encontrarás así aquí; por lo tanto, tienes que aprender que con nosotros significa estricta rectitud, y si a eso le agregas alguna misericordia en favor de cualquiera de las partes, la adulteración produce injusticia».

Pude ver que el error había sido mío, debido a una concepción errónea y una mala interpretación de la palabra según las impresiones terrenales; la sombra que había pasado por un tiempo a través del firmamento de mi cielo se disolvió con su explicación, y mi corazón volvió a alegrarse.

La obra estaba completa. Siamedes extendió sus manos para dar gracias a Dios, mientras todas las rodillas se doblaban nuevamente, conforme los alegres destellos alzaban el vuelo. Luego, desmontando reverentemente ese halo de sus hombros, lo extendió en el aire para recibir latidos de alabanza y adoración que repicaron como un gran Amén, con lo cual ello ascendió al Padre [*sería el halo o el Amén lo que habría ascendido al Padre ("with which it ascended to the Father")*].

Aun así, esa audiencia permaneció, el silencio se hizo cada vez más profundo; pero yo sabía que estaban esperando la bendición que despertaría a aquellos durmientes a la consciencia de la vida en la que habían entrado sin saberlo, al reconocimiento de la restauración que había tenido lugar, a la comprensión del hecho de que la muerte los había tocado, y en ese toque habían caído los grilletes, cuyo peso, antes, había agotado sus energías en una lucha dolorosa pero infructuosa.

¡Qué revelación! Sería una sorpresa mayor de la que yo mismo había experimentado. ¿Qué los rodearía cuando la marea de la consciencia se desvaneciera, y la nube del olvido cayera sobre ellos? ¡Qué abismo había entre ese sueño y la vigilia! ¿Cómo se darían cuenta de su certeza? ¿Cómo se convencerían de su hecho? ¿No sería el despertar un sueño, un sueño de hadas, más encantador que cualquier imaginación evocada previamente? Fue un momento de supremo suspense para mí el observar ese advenimiento hacia el conocimiento y la comprensión de la inmortalidad, y todos mis sentidos estaban alerta para seguir su desarrollo.

No tardó mucho. Las paredes que tenía delante se abrieron y, desde aquel arco de luz que coronaba el cenit del sendero en el que me encontraba para contemplar el paisaje celestial, un torrente de gloria cayó sobre el salón, como un presagio y precursor de una presencia aún más resplandeciente. Miré y, por el viaducto-halo, vi un carro como de plata bruñida, volando, tirado por cuatro corceles de una blancura cremosa transparente, dotados de la velocidad de los vientos de un huracán. El tiempo no tuvo oportunidad de nacer antes de que el carruaje estuviera en medio de nosotros; y entonces, deteniéndose un momento mientras uno de sus jinetes entraba en el salón, dio media vuelta y desapareció. El camino de gloria se retiró entonces, las paredes se cerraron y mi atención se fijó en el extraño.

Era un hombre joven, apenas más que un muchacho; elegante y noble. La primera impresión que me causó fue la extraña combinación de la inocencia del niño con la sabiduría del sabio, que formaba un rasgo muy llamativo en su persona. Lo amé en el instante en que lo vi. Su presencia inspiraba confianza, impedía que el miedo se acercara, pero también susurraba una advertencia contra toda presunción insolente. En él se mezclaban fuerza y dulzura como un lecho de plumas sobre una roca de granito, mientras que se destacaban todas las cualidades que un hombre desearía encontrar en un amigo querido. De sus ojos fluían amor y paciencia en un flujo constante y sin remolinos, su boca exhalaba la fragancia de la fidelidad y el afecto, sobre sus hombros descansaba el manto de la indulgencia, y su cintura estaba ceñida con el cinturón de la constancia. Era un monarca, pero su realeza era de servicio y su destreza se había ganado levantando a los caídos.

Por un breve momento se detuvo para recibir y devolver el gesto que le saludaba, luego procedió a ejecutar su misión otorgando el beso que rompería el sello de ese sueño final y conduciría a los durmientes hacia el día que no conoce atardecer. Incluyó su cuerpo radiante sobre uno y luego sobre otro, perdiendo éstos la influencia del hechizo refrescante que aún los acariciaba, y cuando sus ojos

se abrieron ante la desconcertante escena que los rodeaba, atrapó a cada alma recién nacida en su fuerte abrazo, la levantó a sus pies y le dio la bienvenida a una vida de simpatía y compensación. La revelación y el reconocimiento de la verdad fueron simultáneos. Consistió simplemente en una mirada de asombro inquisitivo, seguida de una sonrisa de alegría inexpressable, y todo terminó.

Con un impulso aunado, el público se levantó y cantó otro coro; esta vez una bienvenida a casa, respondida por una patética [doxología](#) [*breve himno de alabanza a Dios ("patético" valdría por emocionante, etc.)*] de corazones agradecidos, cuyo tema, palabras y música, he tratado en vano de aprender, y entonces, la Coral Magnética se había completado. Mientras la congregación se dispersaba, el recién llegado se quedó en el salón conversando con el asirio, y le pregunté a mi compañero:

«¿Quién es él?».

«¡Myhanene!», respondió.

Capítulo 7

La puerta de la esperanza entreabierta

La multitud se había marchado, la sala estaba casi vacía, los todavía desconcertados iniciados habían recibido las felicitaciones de sus amigos personales y se habían retirado al hogar del que habían sido tan recientemente sacados, quedando los tres jefes como los únicos ocupantes de la arena; pero yo permanecía en mi asiento, abrigando una esperanza que no expresaría a mi compañero a causa de su audacia, pero pensando desenfrenadamente que podría ser gratificada por alguna circunstancia fortuita o coincidencia inimaginable. No podía considerarme responsable de su presencia, ya que vino a mí sin haber sido solicitada, inesperada y sin estar preparada, una de esas súbitas incursiones del deseo que, llegando como una inundación, se lleva el corazón en su torrente antes de que la resistencia sea posible, incluso si fuera aconsejable; pero cuando llegó, y me di cuenta del placer de su anticipación, no tenía ningún deseo de pensar en oponerme, sino más bien de aferrarme tenazmente a la idea, como si fuera el secreto y la llave de la vida. También se parecía a una inundación de una manera secundaria: su fuerza se gastó en su primer torrente salvaje; pero a medida que pasaban los momentos su corriente disminuía, bajaba, bajaba y bajaba, hasta que la pequeña corriente tembló a punto de estancarse, y el remolino de la reacción susurró que todo había terminado. Me levanté para marcharme a regañadientes, cuando una lengua de luz se dirigió hacia nosotros desde el pequeño grupo, y mi compañero dijo:

«Myhanene estará encantado de hablar contigo».

Mi esperanza que expiraba, mi desenfrenado deseo, fue concedido.

Me alegré de haberme levantado cuando el mensaje llegaba: disminuyó la demora con que respondí. Vino a mi encuentro al instante, y uno al lado del otro, rodeándome con su brazo y apoyando afectuosamente su mano en mi hombro, nos acercamos a Cushna y al asirio. Cuando nos encontramos y me rodeó con sus brazos, sólo pronunció dos palabras: «¡Hermano mío!», pero cuando hubo terminado no había nada más que decir: el lenguaje se había agotado y la comprensión era incapaz de abarcar una extensión mayor.

¿Había habido una discordia en mi experiencia pasada? Si así fue, la música de su voz la borró de mi memoria; si había sufrido una pena, fue erradicada, y la herida cicatrizó bajo la influencia de aquel bálsamo de saludo; si mis esperanzas habían sufrido una helada desilusión, una rica cosecha

de frutos brotó bajo el calor de aquel abrazo. Las palabras no son nuevas para la Tierra, pero los hombres las pronuncian con un agudo sonido metálico. La resonante plenitud sólo puede estimarse cuando se oye en conjunción con la perfecta interpretación de la música que yo escuchaba. Era un acorde que, una vez tocado, nunca puede extinguirse. Cayó en mi alma como una plomada en el océano, despertando en su primera zambullida un único tono profundo y persistente, pero a medida que se hundía surgía un tañido de melodía cuya canción virgen debe resonar y repetirse hasta que cada braza en ese mar sin orillas de la vida se llene de la armonía que ha nacido de la simpatía. Myhanene guardó silencio, como si estuviera escuchando las reverberaciones que circulaban a nuestro alrededor. Yo estaba abrumado por las estupendas vistas de la posibilidad de sentir, cuyas compuertas él abrió de par en par al pronunciar aquellas dos palabras.

Si hubiera tenido el poder, no me hubiera atrevido a hablar, matando así una melodía como la que producía su voz. Tan breve en su exposición, fue sin embargo el discurso más largo y elocuente que jamás había escuchado. Incluso ahora soy apenas capaz de comprender sus líneas generales; asimilarlo por completo será el estudio de la eternidad. Sus ecos resuenan aún en los corredores de mi ser, haciendo resonar la nota clave de cada una de mis alegrías, y así continuarán hasta que escuche la música aún más dulce de la voz de Aquel en cuya expresión se encuentra el coro completo del salmo eterno, cuyo murmullo en la Tierra dio forma a tales sonidos que ningún otro ha tenido el poder de imitar, y que en el cielo tiene la habilidad de despertar los acordes divinos.

El asirio puso fin a mi contemplación preguntándome si había disfrutado de la coral.

«Apenas estoy en condiciones de expresar una opinión inteligente sobre nada —respondí—. Estoy sumido en un laberinto de desconcierto, al que contribuyen todos los rasgos y el desarrollo de esta vida, haciéndome incapaz de encontrar palabras, pensamientos o emociones capaces de expresar adecuadamente mis sentimientos».

«Comprendo perfectamente tu posición -respondió-; Afortunadamente, por el momento no se espera que captes sistemáticamente todo lo que ves, pero adquirirás la capacidad de hacerlo a medida que avances. Esta ceremonia ofrece una ilustración en cuanto a los métodos que empleamos para corregir una de las injusticias de la Tierra, así como la compensación que resulta para aquellos que han intentado noblemente cumplir con su deber, aun cuando sus efectos se han visto frustrados».

«El deber sería una tarea fácil -dije-, si una breve visión de tal consumación pudiera ser concedida en una pausa de la batalla o durante el tiempo del llanto del guerrero decepcionado. Pero quisiera preguntarte si en esta vida recibes generalmente respuestas tan visibles a tus plegarias como esa nube que cayó sobre ti después de la invocación».

«¡Hermano mío! -era Myhanene quien contestó-; Ninguna oración ferviente debería ser posible ni aquí ni en la Tierra sin su respuesta definida y visible. Cuando en la otra vida proferías una petición a tu padre o a un amigo, ¿no esperabas tal respuesta?».

«Sin duda, de nuestros semejantes; pero entonces cada uno de nosotros ocupaba una condición semejante; siendo Dios un espíritu, hemos buscado su respuesta en un sentido espiritual».

«Olvidas que vuestra petición fue ofrecida en vuestro beneficio, y que vuestro ser material necesitaba una respuesta material. Por ejemplo, cuando rogaste por alimentos para aliviar un distrito asolado por el hambre, requerías de pan de trigo para el sustento del cuerpo, no de alimento espiritual para fortalecer el alma».

«¡Ciertamente! Y Dios respondería a esa oración poniendo en el corazón de su pueblo el contribuir a la compra de tales alimentos».

«¿Crees que honras a Dios considerando como su pueblo a quienes se abstienen de hacer un simple acto de humanidad hasta que Él les presiona? ¿No debería haberlo impulsado un sentimiento de compañerismo sin apelar a Dios para ayudar en el asunto?».

«Estoy de acuerdo contigo en eso, pero como todo don bueno procede de Él, tal resultado se consideraría una respuesta a nuestra petición».

«Pero no tienes pruebas directas de que tu oración se elevara más alto que el techo de la habitación en la que fue exhalada. Lo que consideras una respuesta de Dios no fue más que un acto de humanidad por parte de vuestros semejantes. Los judíos no habrían quedado satisfechos sin una respuesta oral autorizada e inequívoca».

«Eso era en los días del oráculo, pero debes ser consciente del hecho de que hace mucho tiempo que han cesado, y su resurgimiento sería considerado como antinatural y contrario al actual método divino de procedimiento.»

«¡No es así! Di más bien que ha cesado debido a las enseñanzas antinaturales y erróneas que han ganado influencia. Dios es 'el mismo ayer, hoy y siempre', y mientras Él sea Dios, 'lo que ha sido, es lo que será'. La posición que debe ocupar la Iglesia en cada época es la de demostrar esta verdad, mostrando que los hechos registrados del pasado son presuntamente verdaderos por la evidencia de los poderes correspondientes manifestados hoy; y esto porque Dios vive y es inmutable, cuyas obras no son para un pueblo, tiempo y lugar especiales, sino que, como Él mismo, son para todos y para siempre. Una posición contraria es falsa e ilógica, y expone al hombre que la sostiene, mientras defiende a un Dios inmutable, al ridículo y al desprecio de su adversario».

«Pero, ¿dónde está la necesidad de tales signos visibles desde que la revelación completa fue hecha por Jesús? No lo pregunto por controversia, sino con el deseo de conocer la verdad tal como la veis desde vuestra condición superior y larga experiencia».

«No temas por insistir en tus preguntas, hermano mío; siempre es un placer disipar una duda o exponer un error. En cuanto a la necesidad de signos visibles en la Tierra, no estamos llamados a decidir; nos basta con que fueron ordenados en el principio y nunca han sido abrogados. En la revelación hecha por Jesús —por el momento debemos contentarnos con renunciar a tratar la cuestión de su integridad—, los signos visibles constituyeron una característica prominente a la que apeló para confirmar su misión. Prometió también que seguirían [*los signos*] a los que creyeran, para una atestación similar. Su promesa fue cumplida en la historia de la Iglesia primitiva; tales signos visibles estaban previstos, y deberían ser el testimonio de lo mismo hoy en día».

«¿Dónde está la raíz de estas ideas erróneas y conceptos equivocados hasta donde tú lo entiendes?».

«Tienen varios orígenes, el primero de los cuales se debe a la falsa posición que se ha forzado que la Biblia asuma, al pretender que es la Palabra de Dios, una revelación acabada y perfecta, en lugar de tomarla en su propio valor: como conteniendo la Palabra de Dios para un pueblo específico, diseñada para guiar bajo ciertas condiciones, y sólo un fragmento de esa revelación que comenzó en el principio de la existencia del hombre, y que se llevará a cabo hasta su final. Jesús no escribió ninguna ley que fuera entregada a sus discípulos con la orden de cumplirla, ni encargó a nadie que lo hiciera después de su partida. Su mandato fue predicar, y eso sólo cuando el Espíritu les diera la

palabra, siendo esa voz del Espíritu la continuación de la revelación hasta que el tiempo cesara, guiando a Sus seguidores a todos los misterios.

»Otra fuente de error surge de la interpretación y reinterpretación de esta autoridad tan insatisfactoria, que puede hacerse para satisfacer las dificultades a menudo recurrentes debidas al avance científico e intelectual. La verdad, tal como fue percibida en un siglo, ha sido naturalmente superada, y se ha convertido en un error en el siguiente, mientras que la lucha por mantener la autoridad del libro y adaptar sus interpretaciones a las nuevas condiciones, causó innumerables divisiones y disensiones, cada una de las cuales ha expulsado el error y ha injertado su propia idea de la verdad, propagada a partir de un énfasis indebido en algún pasaje en el que se basa, sin referencia a los muchos que otros interpretan como una afirmación totalmente opuesta. Gradualmente, estos innumerables dogmas han recibido una sanción más amplia —al mismo tiempo que la idea de que los signos y las profecías han cesado ha sido enseñada como una necesidad—, hasta que finalmente la tradición y la autoridad de la Iglesia han usurpado la palabra viva y los oráculos vivientes de Dios, con el inevitable resultado de error y confusión».

«Admitiendo tu posición en aras del argumento, y permitiendo la probabilidad de que maestros interesados promulguen el error, ocultando ciertos aspectos de la verdad por motivos bajos e indignos, ¿puedes dudar de que hay muchos fieles en el pueblo —corazones fervientes que buscan y esperan el consuelo del Señor—, o explicar por qué se les ocultan señales visibles de una presencia Divina?».

«Dios nunca se ha quedado sin testigos; fieles vigilantes en el templo siempre han mantenido encendida la lámpara de la revelación y vivo el oráculo. La historia y la biografía están bien ilustradas por tales ejemplos: la sal de la tierra que mantiene el estándar y muestra las posibilidades desde las cuales la Iglesia muestra degeneración; estos ejemplos no hacen sino resaltar la verdad que os estoy declarando, ya que sus experiencias son capaces de extensión universal.

»Pero, ¿dónde se encuentran esas excepciones a la regla general? Son hombres y mujeres que piensan por sí mismos, que, al vislumbrar visiones celestiales, no se apartan para consultar la opinión de ningún maestro sobre la legitimidad o la no legitimidad de escuchar la voz que les llama desde la nube de gloria, sino que, siguiendo los dictados de sus propias almas, responden: *‘Habla, Señor, que tu siervo escucha’*, y así, son atraídos a esa comunión de los santos que no necesita mediador, no busca la ayuda de ningún sacerdote, y es recompensada por una visión de la verdadera shejiná [*presencia*] de la que se rasga el roído velo de la duda, llevándolos a la sagrada presencia del Señor.

»Entre la gran masa de religiosos, tales santos son considerados imaginativos, supersticiosos, víctimas de delirios satánicos, o ligeramente deficientes en responsabilidad mental. Algunos de los más caritativos de la Iglesia se compadecen bondadosamente de su credulidad y tratan amablemente de persuadirlos de que abandonen su locura, pero la mayoría de la gente, y los maestros, se mantienen al margen de la blasfemia que pronuncian, y hacen tronar las armas de advertencia desde las fortalezas de la tradición contra todos los que prestan oídos al evangelio que tales oráculos proclaman. La fe de la Iglesia está puesta en estas tradiciones de los hombres, no en el Dios vivo y que siempre habla, por lo que no es de extrañar que los días de los milagros hayan pasado, y los hombres se rían de la idea de remover montículos, y mucho menos montañas».

«¿Seguro que no crees en el cumplimiento literal de esa promesa?».

«Hay montañas físicas, mentales y espirituales -respondió-, y estas últimas son tan difíciles de remover como las primeras, tal vez incluso más, y requieren igualmente del poder de Dios, pero puede hacerse. ¿No acabas de ser testigo de la eliminación de montañas de deformidad?».

«Así es».

«¿Cómo se logró? -preguntó-; No reuniendo a la gran congregación y cantando: '¡no podemos hacer nada, nada!', como se enseña a hacer a nuestros hermanos en la Tierra. Vinieron a trabajar, y el resultado atestiguó que cada alma hizo todo lo que pudo. Antes de que Siamedes ofreciera la invocación, que aseguró esa respuesta visible, se había asegurado de que sus fuerzas y las de ellos sin ayuda se habían desplegado y agotado; y estando seguro de que por sí mismo no podía hacer más, invocó la fuerza que estaba más allá y por encima; y Dios habría roto la tropa si no hubiera honrado tal fe. Él no tuvo que detallar sus deseos, ni elaborar su voluntad, ni hablar de los beneficios y la gloria que obtendría; su clamor fue una profética acción de gracias por la fuerza que él y todas las almas sabían que les sería dada; era consciente del hecho de que sus necesidades ya eran conocidas. Todo lo que se podía hacer en esta sala se había completado, y hubo una pausa en el servicio —un intervalo para ser únicamente completado por la acción Divina—, y la fe expectante de la multitud atrapó esa acción por asalto. Dios no tenía poder para demorarse cuando fue asaltado por semejante fuerza, por lo que descendió aquella señal y con ella la energía necesaria para continuar la obra que tan confiadamente habían emprendido. Así podría y debería ser en la Tierra, pero en lugar de curar, infligen las heridas más graves y luego envían a los que las sufren aquí para que las remedien».

«No tienen la oportunidad, aunque tuvieran el poder, de hacer lo que he presenciado aquí», me aventuré a comentar.

«Dios es demasiado sabio y justo -respondió- como para exigir o esperar que un hombre realice algo imposible. Pero en aquellas cosas que están dentro de su capacidad, ¿obran los hombres de acuerdo con esa regla de fe que has visto ejemplificada? No, ciertamente. Más bien, olvidando que han sido llamados al alto privilegio de ser obreros junto a Dios, como has visto ilustrado, han sido educados en la práctica de no hacer nada sino pedirle a Dios que lo haga todo. Cuando Dios trabaja para el hombre es siempre en conjunción con el hombre; no es un canon de la ley divina que el amo haga todo el trabajo mientras el siervo da las órdenes. Cuando le pides a Dios que ponga la piedra angular, puedes estar seguro de que Él esperará a que tengas listos los cimientos. Pero la idea terrenal del asunto es que un hombre no tiene nada que hacer sino decirle a Dios lo que quiere y luego esperar a que se haga, y la referencia que ya he hecho a la oración por alimentos en caso de hambruna, me permitirá mostrarte cuántas dificultades ponen en el camino, aun cuando Dios se determinara hacerlo todo.

»Supongamos que se solicitan 10.000 libras esterlinas para aliviar una emergencia local. No tenemos oro aquí. Es evidente, por lo tanto, que debe ser adquirido por una providencia imperiosa en relación con la vida comercial de uno de los peticionarios. Pues bien, la interposición [*intervención, mediación*] divina tiene lugar: un plan abandonado o una transacción fracasada se reanuda con mejores perspectivas, y se obtienen 10.000 libras más de lo previsto originalmente. ¿Cuál es el resultado? En su círculo comercial, el agente elegido es felicitado como un «suertudo», un «tipo notablemente astuto», o algo por el estilo; el dinero es depositado en el banco, el beneficiario se da palmaditas en el hombro, y cuando se le ocurre pensar en el fondo para el hambre, consulta consigo mismo, y finalmente decide contribuir con 20 libras esterlinas. Es muy

evidente que tanto Dios como los pobres serán robados por cualquier sistema de respuesta en esa dirección.

«Ahora permíteme sugerir otro. Supongamos que nuestro Padre determina que el dinero llegue directamente a los pobres, y para ello encarga a algún mensajero de esta vida que lleve el oro al tesorero *in propria persona*; si, al preguntarle por el nombre del donante, dijera la verdad, no tardarían en estar dispuestos a repetir la tragedia del Calvario por su blasfemia. Así, ves que Dios es impotente para intervenir y revelarse a las multitudes, debido a las ideas erróneas que han sido fomentadas y promulgadas por maestros cuya autoridad depende de la interrupción de los signos visibles».

«Siento decir que tu argumento es demasiado cierto; pero viendo que este error es la acumulación gradual de edades, ¿hasta qué punto se hace responsables a los individuos?».

«Toda circunstancia que influye en un individuo, ya sea en un sentido o en otro, es justamente tomada en consideración en el juicio de las nieblas; pero cada hombre es considerado responsable del uso pleno y correcto de la inteligencia de que está dotado. Cuando uno declara su creencia en un Dios inmutable que recompensará a cada hombre según las obras hechas en el cuerpo, se espera que ordene su conducta de acuerdo con esa regla, no que diga que la fe o la creencia lo es todo y que las obras no tienen influencia en la salvación; o, de nuevo, que afirme que Dios se comunicó en un tiempo con los hombres por signos visibles y orales, pero que ahora ha dejado de hacerlo porque ha completado Sus revelaciones... tales contradicciones en la palabra y en la práctica no son halagadoras para la inteligencia, y de ninguna manera útiles en el tiempo del juicio. La madurez espiritual sólo puede alcanzarse mediante un trabajo que honre a Dios y beneficie al prójimo, y sólo esa religión es la que se reconoce como merecedora del elogio: "Hizo lo que pudo".

«Todas las creencias y formas de credo han sido dejadas atrás antes de que llegues al juicio, y a ningún hombre se le hará jamás una pregunta respecto a ellas, pero el registro de tu vida debe mostrar que tu amor a Dios ha sido manifestado por tu amor y devoción al hombre antes de que tengas el derecho o el poder de entrar en el descanso que permanece. Siamedes y Cushna te mostrarán algunos ejemplos de cosechas que han de ser recogidas aquí. Y después me complacerá acompañarte a algunos de los hogares de paz. Que las ricas bendiciones de nuestro Padre descansen sobre ti en tus esfuerzos por adquirir la verdad. Hasta que nos encontremos de nuevo, Paz».

Habíamos llegado ya al exterior de la sala, donde este noble mensajero impartió su bendición a cada uno de nosotros y luego partió para continuar su misión en otros escenarios. El asirio también se despidió al mismo tiempo, invitándonos primero a visitar su casa cuando Cushna encontrara una oportunidad conveniente.

Myhanene había contribuido considerablemente a mi acervo de información; su acusación era pesada —pero cierta— en lo que se refería a la Tierra, mientras que el énfasis que le daba me entristecía salvo por un hecho: la posición asumida en su argumento abría ante mí una puerta de esperanza, y ahora que se había ido podía ver que la puerta seguía entreabierta.

Capítulo 8

La esperanza florece en promesa

Me sorprendió ver que Cushna estaba tan dispuesto a marcharse como lo habían estado sus dos compañeros, pues el hecho de que pudiera celebrarse una ceremonia o servicio tan gigantesco sin dejar ningún detalle por arreglar después, estaba en total desacuerdo con toda mi experiencia

anterior. El orden con que se separó aquel público fue tan perfecto como el que había caracterizado cada rasgo de la Coral, y contrastaba más que favorablemente en todos los aspectos con las escenas a las que estamos tan acostumbrados en la Tierra. No había esfuerzos indecorosos, por la voz o el gesto, para atraer la atención de un amigo; no había interrupciones descorteses en aras de una palabra casual; no había carreras de un lado a otro en la multitud para encontrar a alguien que faltaba; ni toscos empujones en un vano intento de llegar a tomar un tren.

Los amigos se encontraban, sin preguntas multitudinarias sobre la salud del ausente, ni miradas inquietas y ansiosas, como si temieran que la respuesta fuera inoportuna; sin despedidas ni apretones de manos, que se quedarán en la impresión de que era la última. Pero la experiencia más extraña de todas fue la de mantener una conversación tan larga con los tres directores de aquel servicio, sin una sola interrupción o intento de interferir en nuestra comunión. Con ese estallido de bienvenida al hogar, con que concluyó la Coral, todo lo concerniente a ésta llegó a su fin; ningún individuo tenía positivamente nada más que hacer que irse. Aquellos que habían recibido tan maravillosos beneficios fueron acompañados y llevados por sus amigos, y toda la concurrencia se separó, perfectamente conscientes de que podían reunirse de nuevo individualmente o en grupo cuando lo desearan, sin necesidad de insertar ningún «si» en el acuerdo. Fuimos los últimos en abandonar la sala, y mientras escuchaba las revelaciones que Myhanene me hacía, fui consciente —por ese dual poder de observación que todos poseemos— de admirar el aspecto imperturbable del lugar, que no presentaba indicio alguno de la presencia de aquella gran multitud que se había marchado.

La misma falta de conmoción fue igualmente perceptible cuando llegamos al aire libre, donde Myhanene y Siamedes se marcharon. Todo a mi alrededor se hallaba en la misma quietud y reposo que cuando me pregunté por primera vez sobre la naturaleza del edificio, antes de quedarme dormido o de oír el magnético tañido de aquellas campanas plateadas.

«Ahora -dijo Cushna- me complacerá llevarte a ver a una hermana en cuyo bienestar estoy profundamente interesado, y cuya historia encontrarás llena de provecho e instrucción».

«Entonces, ¿no es esta tu casa?» pregunté, mientras me conducía en dirección contraria a la que habíamos tomado al llegar al vestíbulo.

«De ninguna manera -respondió-; Mi casa está llena de niños, entre los que encuentro mi principal complacencia y empleo. Esto no es más que un lugar de descanso temporal para aquellos a quienes hemos estado atendiendo; una especie de hogar a medio camino, para la restauración y la recuperación».

«¿Vamos a tu casa ahora?».

«No. Tienes mucho que ver y aprender antes de ser capaz de comprender su naturaleza y disposición. Pero lo harás pronto, cuando puedas volver a reconocer al pequeñuelo que llevaste a través de la niebla cuando llegaste».

«¿Está contigo? ¿Cómo está?» pregunté ansiosamente, al recordar su existencia.

«¡Con cuidado, con cuidado! -interpuso mi compañero, lo cual me impidió formular otra media docena de preguntas que se agolpaban en la punta de mi lengua-; Una pregunta cada vez es un método mucho mejor, especialmente aquí, donde una muy simple abre con frecuencia un volumen de información, que siempre deseamos transmitir tan clara y definitivamente como sea posible. Él está conmigo, como te digo, y también, por necesidad, está bien».

«Me pregunto qué pensarán sus amigos de su muerte. Es extraño que nunca haya pensado en eso antes, pero...».

«Con cuidado, o no podré responderte. Trata de recordar que no hay necesidad de hilvanar tus preguntas; hay tiempo suficiente para hacer cada una por separado y recibir respuestas completas a todas ellas. Sus amigos no se inquietaron mucho tras la primera indicación. Pertenecía a una familia numerosa, no demasiado generosamente provista, con todas las energías empleadas para obtener honradamente una mera existencia, y poco tiempo para desarrollar las cualidades superiores del alma. Por lo tanto, fue más un alivio que otra cosa después de la primera conmoción, porque había uno menos que mantener».

«¿Cómo estás al tanto de todo esto?», pregunté.

«Hay otro estudio que se abre ante ti. Ahora verás que es prudente hacer sólo una pregunta cada vez. No nos resulta nada difícil averiguar toda la información que necesitamos en un caso, ya que, como se te explicará oportunamente, hay un delicado hilo que forma una conexión entre el niño y su cuerpo, y siguiendo este hilo podemos hacer todas las averiguaciones necesarias».

«¡Cómo, Cushna! ¿Cómo?», grité, y mi corazón latió con una excitación febril engendrada por sus palabras, un pensamiento atrevido e impulsivo de que era posible abrir de par en par esa puerta de mi esperanza, y de que mi oración en las laderas fuera literalmente respondida. Al momento siguiente, horrorizado de mi propia audacia, la fuerza a la hora de moverme me abandonó, y esperé a oír su respuesta con un sentimiento parecido al que siente un criminal cuando ha llegado el terrible momento del veredicto y su vida tiembla en la balanza. Desde luego, Cushna no parecía comprender la situación empáticamente; al contrario, una sonrisa de tranquilo divertimento se dibujó en su rostro cuando respondió en voz baja:

«Ahora, ¿cómo crees que podríamos hacerlo sino enviando para tal efecto?».

«¡Qué! ¿Enviando a alguien de aquí?» exclamé.

«¡Claro que sí! ¿Crees que alguien en la Tierra lo haría e informaría correctamente?».

«¿Pero es realmente posible algo así?», y la realización de mi sueño se hizo momentáneamente más tangible.

«¿Por qué no?», preguntó tentadoramente como respuesta, en lugar de darme una seguridad directa.

«No lo sé, Cushna -exclamé-, pero mi corazón se deshace en pedazos entre la esperanza y el miedo. Dime definitivamente si es así o no».

«Ciertamente es así, amigo mío -respondió-, por mucho que te cueste darte cuenta del hecho. Myhanene te ha hablado de un Dios inmutable, lo que implica una comunión inmutable. Los hombres de antaño disfrutaban del intercambio entre los dos mundos, y necesariamente debe ocurrir lo mismo ahora que entonces».

«No dudo de tu palabra; pero lo que me dices está tan lejos de lo que yo soñaba posible —aunque muchas veces he dado rienda suelta a la esperanza desde que cambié de estado— que dudo de mis sentidos cuando me transmiten semejante inteligencia. Ayúdame a superar mi dificultad, y dime si lo sabes por experiencia práctica».

«¡Sí! Fue durante una de mis misiones de parte de Myhanene a la Tierra cuando vi por primera vez a la hermana que vamos a visitar».

«Háblame de ella, y tal vez tu relato me ayude a captar esta gloriosa noticia tan superior a mi capacidad de comprensión».

«Un amigo, y compañero de trabajo, que todavía está en la carne, había hecho una petición a Myhanene, y fui enviado con la respuesta. Durante nuestra entrevista, cuya naturaleza y modo te explicaré más adelante, me fijé en una joven que estaba de pie, tras uno de los presentes, y que, según pude ver, tenía gran necesidad de ayuda y empatía; le hablé, pero no me oyó, no pudo oírme, y otros medios por los que traté de atraer su atención fracasaron. No podía dejarla sin intentar hacer algo para mitigar su terrible agonía, pero era incapaz de ayudarla sin conocer la causa que producía sus sufrimientos. Para conseguirlo, describí a la compañía cómo era ella y su estado, tal como yo lo veía —por un medio que conoceréis más adelante—, y fue reconocida y bien conocida por alguien de quien aprendí todo lo necesario, y le prometí que haría todo lo posible por ayudarla, con un resultado del cual podrás formarte una opinión cuando oigas su historia y veas su estado actual».

«Cushna, ¿quieres hacerme creer que la muerte no es un obstáculo para que continúe la comunión entre los dos mundos?».

«De ninguna manera, pues tal idea sería muy errónea; pero, al mismo tiempo, quiero que comprendas que las dificultades no son insuperables. Como ya has descubierto, la línea fronteriza está marcada por una cortina de niebla, y los obstáculos que experimentamos se deben enteramente a esa condición de las cosas; varían continuamente según las influencias determinantes que se mantienen en el lado terrestre y regulan el estado de la niebla. No puedes comprender esto por el momento, pero cuando se te presente la oportunidad de estudiar el fenómeno podrás apreciar lo que digo. Mientras tanto, te basta con saber que todos los obstáculos pueden ser superados, y que la comunión entre nosotros y la Tierra no está enteramente suspendida».

«A ti se te ha permitido tomar parte en esa interrelación; y que yo pudiera hacerlo —si tal cosa fuera posible— fue mi primer deseo consciente tras darme cuenta de mi entrada en esta vida. Dime, ¿podré alguna vez satisfacer ese deseo?».

«Ciertamente, podrás, si lo deseas; y no puedo concebir una obra más gloriosa que la de ayudar a disipar las dudas y temores bajo los cuales trabajan nuestros hermanos en la Tierra. Doy gracias al Padre por su favor al permitirme participar en la gran obra de reabrir esta comunión que ha sido confiada a los maestros más poderosos de su amor. La obra es lenta en su progreso y difícil de proseguir, pero lo poco que ya se ha logrado está obrando con una levadura maravillosa, y, siendo la verdad poderosa para derribar las fortalezas del error, así debe continuar hasta que la oscuridad de la ignorancia sea ahuyentada, y el pacífico y armonioso reino de Dios se establezca sobre la Tierra con una base firme como la que contemplamos aquí».

«¿Cuán pronto podré comenzar? Tal vocación cambiaría el sueño de mi vida en una gloriosa realidad. Estaba convencido de la presencia del error, pero aunque buscaba no podía encontrar la verdad que mi corazón ansiaba —la que multitudes de otros buscan, cansados y descorazonados—. Ahora que la he encontrado, no puede haber mayor alegría que llevar el conocimiento de nuevo para su consuelo e instrucción».

«Cuando estés preparado, no te faltará oportunidad para empezar, pero hasta entonces debes ser paciente. Una experiencia muy limitada te convencerá de que se requiere una gran habilidad para desarraigar con éxito el error y plantar la verdad en su lugar. La competencia para tal trabajo sólo puede adquirirse por medio de un entrenamiento cuidadoso, un estudio diligente y un amplio conocimiento de las leyes y requisitos de la vida espiritual, tal como los verás desplegados aquí. Es

mucho mejor dejar que el viejo error permanezca que arrancarlo sólo para plantar uno nuevo en su lugar. Pero siento decir que esto es lo que se está haciendo en la actualidad en muchísimos casos por personas incompetentes que se han precipitado en esta comunión antes de estar cualificadas para hacer nada más allá del simple hecho de demostrar la inmortalidad del alma».

«¿Es posible -pregunté asombrado- que los amigos puedan volver a la Tierra y enseñar el error?».

«No sólo posible -respondió-, sino que lamento decir que es un hecho real, aunque es totalmente justo añadir que —excepto en el caso de mensajeros deliberadamente falsos, hombres y mujeres terrenales malvados— el error en todos los casos se debe a la ignorancia más que al designio. Permíteme explicar cómo surge. Todas las almas que entran en esta vida se ven embargadas por el deseo que has mencionado, el de volver a la Tierra y dar a conocer cuán enormemente diferente es todo de lo que se les había enseñado a creer; al mismo tiempo, comparativamente pocas tienen el deseo de aprender la naturaleza y las condiciones de nuestra vida tal como tú las estás estudiando. La gran mayoría, satisfecha con las cosas tal como las encuentra durante un período considerable, no intenta aumentar sus conocimientos. Con la mente en gran parte desocupada, se enteran en seguida de la posibilidad de llegar a la Tierra, y llenos del deseo de dar a conocer su existencia continuada, rompen el silencio de la muerte para encontrarse llamados a responder a mil preguntas sobre temas respecto de los cuales no han logrado reunir información, y el resultado es el error que he referido.

»Piensa por un instante en qué posición te encontrarías, suponiendo que —en este momento presente— hubieras abierto esta comunión, y se te hiciera la pregunta: «¿Crecen los niños en el mundo de los Espíritus?» o también: «¿Cuáles son los métodos empleados para enseñar a los niños en la otra vida?», o, una tercera: «¿Cómo procedéis cuando queréis elevar a un espíritu de condición inferior a la vuestra?». A la primera responderías a la luz de tu experiencia —habiendo visto niños en la Coral— y dirías «no», lo que sería un error; a la segunda pregunta no podrías responder nada; y a la tercera tendrías que contentarte con una simple expresión de opinión; tus amigos aceptarían esto inmediatamente como una afirmación definitiva, siendo inducidos, por su educación terrestre, a creer que se adquiere una especie de omnisciencia en el proceso de la muerte. Puedo además ilustrar y subrayar esto si te pido que supongas que tu deseo de volver a la Tierra hubiera sido concedido en el momento de su concepción, o antes de que hubieras sido instruido en las cosas que ahora se te dan a conocer, y que durante tu entrevista se te preguntara respecto a estos asuntos, ¿acaso tus respuestas habrían transmitido alguna idea adecuada de la verdad, tal como la enseñarías en este momento presente?».

«Por supuesto que no», me vi obligado a responder».

«Igualmente, a otros que estén en una condición similar, tampoco les resulta posible hacer justicia a las preguntas que se les plantean, y por lo tanto digo que es mejor permitir que el viejo error permanezca, que arrancarlo y plantar uno nuevo en su lugar. El corolario necesario de esta ignorancia es la contradicción, la cual proporciona una fuerte evidencia plausible acerca de la falta de fiabilidad de esta interrelación [*entre los dos mundos*] a los que más se oponen a ella, y todo el asunto se cree y se enseña como una estratagema de espíritus perversos y maliciosos para engañar a los incautos».

«Aprecio plenamente la sabiduría de tu consejo de esperar, y te prometo que —siempre que se me presente la oportunidad de romper mi silencio— no ofreceré ninguna opinión más allá del alcance de

mis conocimientos reales. Pero, ya que conocéis estas cosas, ¿no os resulta posible anticiparos a tales afirmaciones ignorantes y evitar así su maldad?».

«A veces, pero no muy frecuentemente. Sin embargo, en estos casos, estamos dejando caer semillas de la verdad que están brotando y dando ya buenos frutos. Pero en la gran mayoría de los casos, se nos impide hacer lo que quisiéramos por la operación de una ley espiritual muy poderosa».

«¿Cuál es?», pregunté.

«Ya has visto que nos atraemos mutuamente por la ley de la armonía y aptitud espiritual. Las almas afines tienen sentimientos mutuos, y la plena reciprocidad de éstos hace que nuestra felicidad sea más completa».

«Sí, lo comprendo».

«Esa misma ley de atracción y repulsión existe y regula el trato entre los dos mundos. Permíteme que te cuente mi propia experiencia siempre que he intentado abrir esta comunicación. Por lo general, he encontrado a las personas a quienes deseaba hablar intolerantemente dogmáticas a favor de algún credo aceptado, lo que les impedía indagar honesta y libremente sobre cualquier nueva verdad espiritual. Tal actitud mental no era en absoluto agradable para mí, y siendo mi presencia igualmente repugnante para ellos, se engendraba una sospecha que yo era incapaz de superar; por lo tanto no tenía más remedio que retirarme y dejar a tales indagadores a merced de aquellos que, en su ignorancia, afirmarían la verdad infalible del credo aceptado».

«¿No pudiste exponer la ignorancia de tales maestros, y así acabar con su autoridad?».

«No muy fácilmente, por la sencilla razón de que su baja condición espiritual se insertaba más estrechamente en la ignorancia favorecida por el credo. Mis enseñanzas, siendo más espirituales, no recibieron ninguna simpatía, fueron declaradas como falsas y engañosas; se me ordenó retirarme, sin más intentos de perturbar su fe, y dejar así el trabajo a aquellos que habían sido probados y considerados como verdaderos, porque confirmaban aquellas ideas que habían sido previamente enseñadas y profesadas».

«¿Y les dejaste?».

«¡Sin duda! No tenía derecho a imponer mi presencia a ninguna persona a la que le resultara objetable. Estaban buscando, y encontraron justo lo que buscaban: no la verdad, sino una confirmación de su credo. Están satisfechos; y aunque somos conscientes del hecho de que su interrelación sirve para cimentar su error más profundamente, mientras que está diseñada para promulgar la verdad, tenemos que contentarnos con esperar, en la esperanza de alguna oportunidad favorable para corregir el error, y cuando ocurra, hacer todo lo posible para remediar el mal».

«¿Qué perspectivas tienes de hacer realidad esa esperanza?», pregunté, con cierta inquietud, pues el arco de la promesa parecía desvanecerse de mi cielo, mientras escuchaba su enumeración de las dificultades que se interponían en el camino.

«Estoy seguro de ello -respondió con una serena confianza que me devolvió la fe-; Los hombres están descubriendo ahora que la verdad es infinita, mientras que los credos son finitos; y que, así como es imposible reducir lo ilimitado a un atlas geográfico, es inútil esforzarse por abarcar toda la verdad en la confesión de fe más elástica. Las migajas de pan espiritual están faltando en la Tierra, y —estando llenas de satisfacción para las almas hambrientas— los hombres están empezando a apreciar ese alimento natural que se prepara en el cielo. Ellos, por todas partes, están buscando,

encontrando, asimilando, y creciendo en una estatura espiritual visible. Son capaces de comprender como nunca antes, levantando sus ojos a las colinas, orando, suplicando por un suministro más abundante de este pan vivo; y el maná está cayendo sobre ellos día tras día, a pesar de la prohibición de la Iglesia, o el anatema de los sacerdotes. El alba de nuestra esperanza está amaneciendo, las nubes están huyendo; y cuando clamamos a los centinelas en las torres de Sión, sus respuestas están llenas de alentador consuelo, ordenándonos prepararnos para la victoria que está cerca. La Verdad debe vencer, pues es esa hija a la que Dios apellidó Omnipotente; pero las amonestaciones maternas de la Naturaleza le aconsejan que perfeccione su victoria con paciencia. Las unidades de sus seguidores se multiplican sin cesar en decenas, que se reunirán rápidamente en centenas, y las centenas en millares; y así crecerán los ejércitos, y serán provistos por las huestes del cielo [*and be officered from the hosts of heaven*]; entonces los dos mundos se unirán en un esfuerzo final que marcará el comienzo del establecimiento —en una forma práctica— del reino de nuestro Señor y de su Cristo, en el que la verdad reinará por los siglos de los siglos».

Capítulo 9

La cosecha de los celos

No tengo ni la más remota idea de la distancia que recorrimos durante nuestra conversación, pero si el cambio de aspecto del país constituyó algún criterio de la distancia, no fue en absoluto desdeñable. Cuando tuve la libertad de fijarme en lo que nos rodeaba, descubrí que atravesábamos una comarca que tenía como característica principal una multitud de parajes solitarios y retiros tranquilos, pero sin ninguna indicación de camino que guiara a un forastero, y por lo tanto era un laberinto interminable para cualquiera que no conociera perfectamente sus claves; pero al mismo tiempo un asilo seguro para el cansado y el atormentado que se hallara necesitado de tal refugio. La atmósfera era pesada en comparación a la que yo había estado acostumbrado recientemente; el viento, aunque no frío, tenía una cualidad destemplada que no había experimentado antes; los árboles tenían un aspecto más sombrío, con sombras oscuras que persistían bajo ellos; las flores habían perdido el brillo y la fragancia que tanto me habían impresionado en el Hogar del Descanso, mientras que la influencia del lugar parecía susurrar que la severidad de la tristeza se estaba marchando, aunque todavía era una cuestión de duda si la paz podría ser inducida a aceptar la vacante así creada.

De pronto, mi compañero se apartó y me ordenó que le siguiera, abriéndose paso mientras hablaba, a través de las ramas bajas de los árboles, que amenazaban con ocultarle por completo de mi vista, a menos que yo acelerara el paso y observara diligentemente la dirección que tomaba. Una docena de pasos más atrás, nuestro rastro quedaba borrado, y no dejaba de preguntarme por qué señal o poder Cushna avanzaba con tanta confianza. Mi atención también fue atraída por una cierta humedad que aparentemente exhalaban las hojas y que estaba convencido de que nos empaparía rápidamente siuviéramos que viajar lejos en tales condiciones; además, fui consciente de algo más que curiosidad —casi alarma— al ver que el color se desvanecía gradualmente, primero de las ropas de mi conductor, y luego de las mías, a medida que avanzábamos. Pero como me ocupaba de despejar el camino, me vi obligado a abstenerme de hacer preguntas por el momento. Cuando emergimos de entre los árboles, nuestras ropas ya no tenían sus delicadas tonalidades azules y rosadas, sino que habían cambiado a gris oscuro; y lo que me sorprendió igualmente fue el hecho de que estuvieran perfectamente secas a pesar de las lluvias de rocío que tan copiosamente habían caído sobre nosotros. Cuando Cushna se detuvo para que le alcanzara, sonrió ante mi perplejidad y, sin esperar a que le preguntara, procedió a dar la explicación de tan asombroso fenómeno:

«Esta -dijo- es quizá una de las disposiciones más tiernas y benéficas de nuestro Padre. Quienquiera que venga a visitar o ministrar a uno de los amigos que se encuentran aquí, experimenta esta transformación al acercarse al final de su viaje. El objeto es permitirnos encontrarnos en términos aparentemente iguales, impidiéndoles conocer la diferencia de nuestra condición, y así permitirnos darles la mayor asistencia. Como pronto descubrirás en el caso de Marie, el estado de todos, en este punto del desarrollo, es tal que requiere del tratamiento más cuidadoso y comprensivo, y los amigos empleados en la misión son especialmente designados por Myhanene de entre los más estrechamente asociados con él.

»El estado de todos los que encontraréis aquí es de reposo, que sucede a un período de agonía indescriptible —el silencio de la incertidumbre, que sigue a la tormenta del infierno—, y el alma está indispuesta a despertarse del adormecimiento soñador en el que encuentra su alivio actual, su alivio de ese sufrimiento que, apenas terminado, está tan vívidamente impreso en su memoria. La esperanza no es todavía bastante fuerte como para contrarrestar el miedo a que cualquier esfuerzo pueda resultar en un retorno del pasado temido; la confianza no es capaz de reemplazar a la desconfianza, y el único medio por el cual pueden ser despertados de este estado de letargo es por asociación con los mensajeros de las Colinas de la Sabiduría, que inspiran la débil confianza de estos necesitados en la seguridad de la realización de esa esperanza que han ganado».

«¿Este cambio en nuestra apariencia, entonces, no es sino otra variación de la gran ley del amor?», le pregunté.

«Precisamente así -respondió-, nada más que amor».

Nuestro camino descendía ahora por un suave declive entre las colinas, pero antes de llegar al nivel del valle, nos desviamos, como si quisiéramos rodear un grupo de árboles con una notable riqueza de follaje y ramas que barrían el suelo; al llegar al otro lado, sin embargo, descubrí que servían para ocultar la entrada a una agradable hondonada en la que estaba situada una casa solitaria, la primera que había visto en toda la comarca. El pequeño dominio era un acogedor refugio para quien deseaba vivir una vida de soledad. Se habían levantado cien salvaguardas —naturales e insospechadas— contra la intrusión; y sin rastro de camino, o indicación de presencia alguna en los alrededores, estaba casi fuera del alcance de la posibilidad de que un visitante hiciera su aparición en aquella apacible hondonada, excepto aquellos que por su conocimiento de la casa dieran evidencia de su interés por el bienestar de su solitario residente. El jardín, los terrenos y la disposición general ofrecían todos los alicientes para el ejercicio y el desarrollo de la mente, con abundantes posibilidades de destetar el corazón de la tristeza, en un empleo agradable y siempre variado. La casa no era un gran edificio —tal cosa habría estado fuera de lugar en este entorno—, pero era muy alegre y pintoresca; una casa de montaña, destinada al reposo y la restauración, con todo lo necesario para olvidar el pasado y despreocuparse del futuro, pero de ningún modo una morada permanente, al estar desprovista de esa sociedad que la mente sana busca y se resiste a encontrar inaccesible.

Cuando salimos del estrecho paso por el que habíamos entrado, dos damas caminaban tranquilamente por el terreno alejándose de nosotros, con los brazos afectuosamente entrelazados. Parecían almas gemelas cuyos pensamientos, demasiado profundos para las palabras, extraían del pozo del silencio una bocanada de refrescante simpatía.

Su preocupación me dio la oportunidad de observarlas antes de que se percataran de nuestra presencia. Desde el momento en que las vi, tuve la certeza de que la más baja de las dos estaba

presente en calidad de ministra —o quizá deba usar el apelativo más familiar, ángel—, siguiendo el ejemplo del Gran Maestro al dejar de lado su legítimo estado, de modo que ella, con su sacrificio, pudiera ser la más poderosamente competente para ayudar a su desafortunada hermana. La más alta de las dos mostraba muy visiblemente la evidencia de la debilidad y el cansancio, y estaba muy contenta de valerse de la fuerza de su compañera, tan humildemente puesta a su disposición.

«Azena ha estado aquí casi constantemente desde que llegó Marie», dijo Cushna, mientras las observábamos.

No respondí. Preferiría que él no hubiera hablado, un deseo que mi amigo no tardó en apreciar, y me quedé tranquilo para presenciar una lección práctica de cuidados y simpatía que me asombró por su ternura angelical y su devoción sin límites. Tal visión de la salvación no necesitaba intérprete; mi corazón se detuvo en su sagrada presencia, mientras me hacía consciente de un contacto más estrecho con Dios del que jamás había sentido. Mi alma temblaba por la santa tensión que se ejercía sobre ella; mis pies se detuvieron en una negativa directa a cruzar el umbral del templo mientras ascendía el fragante incienso de tal adoración, y de no ser por la interferencia de Cushna, probablemente habría cedido a mi fuerte deseo de abandonar aquel lugar sagrado. Pero estando así resolví un problema de matemáticas espirituales, al ver las antítesis de la vida: el cielo y el infierno curvados por el poder del amor, hasta que se tocaban, se superponían y se mezclaban para formar el círculo de la divinidad. En esa ilustración capté la formidable seguridad de que será imposible que una sola alma resista en última instancia esa gravitación que opera en la vida superior con el propósito de elevar a los caídos o rescatar a los perdidos; y las palabras de Jesús —‘hasta que Él los encuentre’— vinieron a mí en ese momento con una fuerza y un significado que no había visto nunca antes.

No había signos externos que indicaran los extremos que estaban reunidos por los brazos que rodeaban a aquellas dos mujeres, pero las percepciones de mi alma se agudizaron para discernir que una legión de fantasmas de cada una de las dos condiciones poblaba aquel lugar, y luchaban con terrible vigor por la victoria. Los vientos se detenían a su paso para observar el resultado del conflicto; las flores temblaban alternativamente de esperanza y de temor; los árboles se cruzaban de brazos con estatuaría imperturbabilidad; y hasta la hierba detenía su pulsación para que, al absorber el alimento, el movimiento de su expansión no diera ventaja al enemigo de la vida. Sin embargo, en este silencio audible no temí ni dudé del resultado; no puedo decir por qué, excepto porque Cushna me dotó de su confianza, por la cual comprendí que sólo la verdad y el amor tienen una inmortalidad inherente; la muerte, el dolor y el infierno son mortales, y una vez derribados, nunca pueden levantarse de nuevo. La omnipotencia de lo recto [*right*] nos rodeó y envolvió, su influencia mística me estremeció con su poder, ordenándome quedarme quieto —como el Profeta del Sinaí ordenó una vez a los israelitas que se quedaran quietos ante tal presencia—, y ver la salvación de nuestro Dios.

Aún inconscientes de que nos acercábamos, su comunión continuó sin interrupción, hasta que llegaron a un punto de los jardines donde algún objeto distante se puso a su vista, cuya visión despertó a Marie de su ensueño, provocando un grado de animación e interés que contrastaba fuertemente con su tranquilidad anterior. El cambio no me desagradó, ya que rompió el prolongado hechizo que me había cautivado, y volví a estar ansioso por entrar en contacto más estrecho y conocer la historia de aquella mujer por la que mi director manifestaba un interés tan profundo. Sin embargo, tenía curiosidad por saber qué había provocado tal cambio en su actitud, y le pedí una explicación.

«Desde aquel punto se obtenía una magnífica vista del país -respondió-, que se extendía hasta la región del salón de la cual venimos. Esto trajo a la memoria de Marie un recuerdo algo indefinido de un hogar en el que durmió su primer agotamiento, después de que la indujeran a abandonar el lugar de su tormento. El recuerdo de ese breve período —entre el momento en que despertó y su venida aquí— sirve a Azena para inspirarle la esperanza y el deseo de escaparse y volver a mezclarse en esas escenas, y con ese propósito permanecerán el mayor tiempo posible donde están. Nosotros, sin embargo, podemos ser de igual ayuda de otra manera, y por eso creo que es bueno hacerles saber de nuestra presencia ahora».

Con esto fue proyectado un pequeño pero brillante destello que captó inmediatamente su atención. El rostro de Marie resplandeció de placer al reconocer quién la llamaba y, dejando de abrazar a Azena, corrió hacia nosotros y saludó a Cushna con todo el afecto de una hija. Mi presencia fue olvidada en aquellos primeros momentos de reencuentro, al no ser en absoluto necesaria para su felicidad, y, como en esta vida no se exigen formalidades de presentación, me uní a Azena y dejé que Cushna diera todas las explicaciones necesarias y luego me llamara cuando deseara mi compañía. Me sorprendió comprobar lo libre y sin restricciones que fue nuestra relación desde el momento en que nos conocimos. Apartándonos de nuestros amigos nos dirigimos de común acuerdo hacia el punto en el que se encontraban cuando Cushna las llamó. Mientras lo hacíamos pregunté:

«¿Te parece este lugar aburrido y sombrío en comparación con tu propia casa?».

«Aburrido -exclamó ella, con el rostro impregnado del brillo de su sonrisa-; No, no, ¡todo menos eso! El cielo consiste en la condición más que en la localidad, y participar en alejar las nubes de la vida de la pobre Marie es suficiente para convertir cualquier lugar en un cielo».

Me quedé callado, pues no era en absoluto difícil concebir que el cielo se encontraría siempre muy cerca de una compañera así, y podía apreciar los beneficios que se derivarían de una comunicación silenciosa como la que Marie se permitía cuando las vimos por primera vez. La música de su risa pronto resultaría fatal para la melancolía, y ante el brillo de sus ojos las nubes de la tristeza se verían obligadas a desaparecer. Con el escaso conocimiento que yo poseía de la ley del procedimiento aquí, podía comprender fácilmente su asistencia y ministerio sobre Marie; era otro ejemplo de la invariable y perfecta adecuación de cada detalle de esta vida a su requerimiento y necesidad. Qué podría ser más apropiado que esta pobre, herida y aplastada alma —que fuera ocasionada por su propio pecado no altera el hecho— fuera confiada al tierno y paciente cuidado de una enfermera a quien un pintor solicitaría de la galería de los sueños para sentarse como modelo de caridad. Si a lo largo de la eternidad el cielo no hiciera más que unir esos corazones en el estrecho afecto que yo había presenciado, eso... bueno, eso lo convertiría en el cielo.

«Estoy impaciente por ver la vista que, según Cushna, puede contemplarse desde el fondo del terreno».

«¡Sí! Tienes que verla -respondió-; Es lo propio de ese querido *Abuelo-Doctor* encontrar este lugar para Marie».

«No creo que tenga mucho aspecto de abuelo -dije-, aunque cada centímetro de él es un doctor». Sin embargo, había algo en él, a pesar de su aspecto juvenil, que me decía que ese doble epíteto era el más completo y correcto que podía aplicársele. Había sido un enigma sin resolver desde el momento en que lo conocí, y la idea de obtener una visión más profunda del carácter que tanto me había dejado perplejo era muy bienvenida.

«No -respondió ella-; Apenas aparenta edad, ¿verdad? Pero eso no se debe en absoluto a su falta de años, sino más bien a la eterna juventud de que disfrutamos. Cuando vino a esta vida era a la vez Abuelo y Doctor, y aunque se ha vuelto tan juvenil en su forma y porte, nos vemos obligados a darle su doble apodo o sólo nos referiríamos a la mitad de lo que es incluso ahora».

«¿Lleva mucho tiempo aquí?».

«¡Sí! Vivió en los primeros tiempos de Egipto. Creo que fue antes de la construcción de las pirámides».

«¿Y recuerda él su vida terrenal?».

«No creo que haya olvidado ni un solo incidente de su vida terrenal ni de la actual, si se da un momento para recordarlo. Una de las cosas que le hace parecer todavía un abuelo es el placer que encuentra en reunirnos a varios de nosotros y contarnos episodios de su propia experiencia para nuestra instrucción y diversión. Creo que es el hombre más desinteresado que he conocido, que no piensa en sí mismo, sino que sólo existe para aumentar la felicidad de todos aquellos con los que entra en contacto. Siempre planificando nuevos placeres y sorpresas, y cuando los introduce lo hace en una especie de tono de disculpa, como si hubiera cometido alguna ofensa y estuviera a punto de pedir perdón; y cuando ve la felicidad adicional que invariablemente resulta de sus trabajos, él mismo se siente muy feliz, primero en simpatía con aquellos a quienes ha hecho tan felices, y luego, de nuevo, por haber sido el medio de tal disfrute. Ahora, permíteme decirte cómo es que Marie está aquí. Él la conoció al otro lado de la niebla. ¿Te lo ha contado?».

«Sí, me contó cómo y dónde la conoció».

«Pero no te ha dicho lo largo y difícil que fue su trabajo antes de que pudiera inducirla a escucharle; del conflicto que tuvo con espíritus malignos que se deleitaban en su tortura y trataban de frustrar todos sus esfuerzos; no sabes nada de sus muchos fracasos para hacerla salir de tan horrible entorno, aunque sólo fuera por un momento, para demostrar que nadie más que ella misma se interponía en el camino de su paz, ya que la legítima penalización de su pecado había sido pagada. Nadie más que ella conoce el alcance de esto, y nadie lo conocerá jamás, porque está enterrado con los mil secretos similares en el olvido de su propio pecho, para no volver a querer ser recordado ni pensado de nuevo. He oído algo de esto a Marie; pero, pobre niña, su memoria de aquel período está felizmente nublada, aunque me ha contado lo suficiente como para mostrar que la lucha fue feroz, y que la recompensa de ella no será, dentro de poco, la menor de las brillantes joyas que centellearán en su diadema. Cuando por fin él logró su objetivo, obtuvo permiso para llevarla a su propia casa, donde pudo observarla mientras dormía durante la postración que siguió a su sufrimiento, y mientras ella dormía, él apenas podía persuadirse de apartarse de su lado, no fuera que incluso en su sueño ella sintiera su ausencia y se sintiera sola. Tal devoción tuvo su recompensa, y fue poderosa para quitarle gran parte del peso de sus problemas. Su determinación de hacerla feliz le ganó primero su confianza, luego su amor, y finalmente fue el medio que le permitió ser el ministro de su salvación.

»Es muy patético oír a Marie hablar de su despertar y del anuncio tierno pero obligatorio de Cushna de que la llevaría a una casa propia [*de ella*], donde durante un tiempo estaría mejor incluso que donde estaba. Ella temía que si él la dejaba volvería a la agonía del pasado, y suplicó largamente y con lágrimas en los ojos que le permitiera quedarse. Eso no podía ser, así que él hizo lo más parecido a eso; sabiendo que ella debía estar aquí por un tiempo, buscó por el distrito hasta que encontró esta casa, que ofrece desde este punto la vista de la que hablaba. Este hermoso valle es un incesante tema de admiración para ella, y en la ladera de la colina, a lo lejos, pero sin embargo

claramente visible en la luz de la gloria que juega sobre ella, se encuentra la casa de Cushna —su otro hogar, como ella siempre la llama—, y le encanta estar aquí hablando de él, y esperando su llegada directa, como lo hace generalmente».

El hermoso panorama que se desplegaba ante mí, las circunstancias que estábamos tratando, y la proximidad de dos de los principales actores del emocionante drama, me llenaban demasiado para hablar; sólo podía contemplar cómo cada incidente sucesivo en mi carrera daba testimonio cada vez más fuerte de esa ley del amor que es el resorte principal de esta vida.

«En el momento en que Cushna nos llamó -continuó, tras un momento de pausa- estábamos mirando su casa, que Marie considera el elemento central del paisaje, y ella se preguntaba...».

«Cuánto tiempo piensa él hacerla esperar». Nos volvimos [*Cushna es quien dice, completando la conversación, la anterior frase entrecomillada*] y vimos que Cushna nos había sorprendido. No teníamos ni idea de cuánto se había oído de nuestra conversación, pero su siguiente frase expresaba que él sabía muy bien cuál había sido su deriva. «Azena -dijo-, me temo que eres un poco delatora y me veré obligado a corregirte».

«Eres un abuelo bueno y querido, y mereces que te bese por escuchar... así... y así», clamó ella, mientras lo rodeaba con sus brazos y lo saludaba en ambas mejillas.

«¡Oh, estos niños! -replicó él, mientras sacudía la cabeza con fingida gravedad; y luego, volviéndose hacia mí, dijo- Creo que será mejor que vayas a hacerle compañía a Marie mientras le doy una reprimenda a esta niña».

«Vaya, querido, no sabrías por dónde empezar aunque lo intentaras», fueron las últimas palabras que oí mientras me daba la vuelta.

Me alegré de poder escuchar la historia de Marie de sus propios labios, pero cuando me acerqué a ella y vi que su rostro se ensombrecía por la sombra de una agonía inminente —tan distinta de su brillo cuando saludó a Cushna—, habría renunciado de buena gana al recital, si por ese medio hubiera podido presenciar el retorno de su antigua felicidad. Pero de nuevo me sentí impulsado por esa misteriosa influencia que opera para llevarnos sobre puntos de dificultad e incertidumbre, siempre en la dirección correcta, aunque opuesta a la inclinación y entendimiento del momento. A pesar de las consecuencias, sabía que lo mejor era seguir adelante y dejar a la futura explicación de Cushna lo que pudiera ocurrir de naturaleza incomprensible.

Ya había aprendido tanto sobre el desarrollo de las bendiciones a partir de las más aparentes improbabilidades como para sentirme seguro de que todas las cosas trabajaban juntas para bien, y comencé a observar la manifestación de toda clase de sorpresas en cada nuevo rasgo de la vida que se me presentaba. Cuando Marie se acercó a mí, fui consciente del esfuerzo que hizo para sobreponerse a la premonición que tan visiblemente la envolvía, y del intento infructuoso que hizo de saludarme con una sonrisa que murió en su nacimiento; pero yo sabía que mi propio rostro representaba con demasiada fidelidad mis sentimientos en aquel momento, de modo que nuestra entrevista comenzó con un saludo que presagiaba su trágico final.

Cushna había dado todas las explicaciones necesarias sobre el objeto de mi visita, y así, con muy pocos preliminares, Marie procedió a contarme sus experiencias de la siguiente manera:

«Soy una estadounidense, hija única de un millonario sureño, idolatrada por mis padres, y mimada, orgullosa y tozuda desde mi infancia. Cuando deseaba algo, sólo tenía que hablar y lo conseguía.

Mi educación, tanto por la práctica como por el precepto, me enseñó que el dinero era todopoderoso, y como su suministro para nosotros era prácticamente ilimitado, crecí con la idea de que debía ser obedecida, y ningún deseo que yo acariciara o expresara podía ser frustrado. Por supuesto, esto tendía a hacerme muy exigente —incluso autoritaria—, pero no era en absoluto cruel o malvada como el mundo juzgaría. Teniendo dinero tenía derecho a todo el placer que me proporcionara, y si por desgracia mi disfrute era causa de dolor para otra persona, no debía culparme por ello; era su desgracia, y no tenía derecho a esperar que renunciara a mi deseo por consideración a sus sentimientos. Tal era mi filosofía, y actué de acuerdo con ella.

»Éramos gente de iglesia, y mi padre siempre contribuyó generosamente a los diversos organismos promovidos por ella; éramos puntillosos en nuestra asistencia a los servicios, y mi nombre fue debidamente inscrito como miembro al alcanzar la edad señalada. Siempre que me sentía inclinada a romper un compromiso molesto o deseaba una excusa para ello, tomaba una clase en la escuela dominical, o encontraba necesario hacer una visita caritativa. No era frecuente, lo reconozco, pero como yo consideraba un acto de condescendencia por mi parte el hacer ese tipo de trabajo, no era de esperar que fuera nada regular en mi atención a esos deberes.

»Nunca hubo más que una chica a la que pudiera llamar amiga: Sadie Norton. Nuestra posición social era bastante similar, pero como yo era un poco mayor que ella, tenía derecho a ocupar el primer lugar. Por otra parte, Sadie no era precisamente una muchacha que mandara o dirigiera, de modo que no interfirió en modo alguno en mi ascensión del liderazgo, y por esa razón nuestro compañerismo llegó a ser muy estrecho. Una rivalidad amistosa existente entre nuestros padres se reflejaba en cierta medida en nosotras, pero sin disminuir el sentimiento fraternal que se había engendrado, y que más que nada se había reforzado con los años. Siempre estábamos juntas, y ningún festival, o reunión de sociedad, o de casa, o fiesta sorpresa se consideraba completa a menos que estuviéramos presentes; en cada plan propuesto en la iglesia éramos consultadas; cada objetivo filantrópico buscaba nuestro patrocinio, y antes de que saliéramos de la adolescencia todos los compañeros elegibles en la ciudad y el país estaban pescando para atraparnos. Este último hecho abrió una vía para aumentar nuestra diversión; no es que pensáramos en casarnos, ni por un momento, pero interferimos muy seriamente con muchos otros que sí pensaban en eso, y durante un año o dos estuvimos perfectamente embelesadas con el número de enlaces que pudimos romper. Al poco tiempo llegó un joven muy apuesto, con credenciales muy satisfactorias para mi padre y los demás, y todas las chicas de la ciudad se fijaban en él. Sadie y yo decidimos ir también a por él y, jugando con él alternativamente, mantenerlo alejado de las demás, además de darle una oportunidad... Pero él se tomó las cosas muy en serio, y antes de que pasara un mes me hizo una proposición formal. Debo confesar que yo también me sentía muy seria al respecto, y lo habría aceptado si eso no hubiera puesto fin al romance que habíamos decidido disfrutar. Así que me reí de él, y cuando pidió la ayuda de mi madre, me mantuve firme en mi dignidad y le dije con mucha caballerosidad que yo no era de las que se casan. Se marchó muy cabizbajo, pero yo me reía.

»Mi experiencia con los hombres no había sido larga, pero sabía que su nube sólo duraría hasta el amanecer [*"su nube": "su" de él*]. Todo hombre entra en la estación de abril de su vida cuando se enamora, y la forma en que sea tratado y educado por la mujer a la que corteja, en ese momento, tendrá mucho que ver con la formación de su carácter permanente. Así lo pensaba, y por ello decidí darle una educación que lo convirtiera en el héroe a cuyo cuidado me encomendaría, en la medida en que yo lo considerara prudente. Cometí un error. Y llegó el día siguiente, pero no con Charlie. Me intrigaba. Intentaba hacerse con el dominio, pero encontraría su encaje. Pasó una semana y no

lo vi. Tampoco Sadie, pues yo la había preparado por si él intentaba el efecto del flirteo. Pasó un mes sin rastro de él; las circunstancias también me habían impedido ver mucho a mi amiga. Entonces nos encontramos. Fue en la fiesta de cumpleaños de Sadie; y lo primero que me dijo fue que Charlie se le había declarado; mi rostro se iluminó con la anticipación de la diversión que tendríamos en ese momento. Continuó diciendo que lo había aceptado. La sangre volvió a mi corazón y me quedé muda como una estatua. En un momento mi sangre hirvió y corrió por mis venas en cataratas de furia enloquecida. Los celos y el amor defraudado me devoraron; mi cerebro se tambaleó bajo la tensión; caí, y no recuerdo nada más.

»El día que se casaron me balanceaba entre la vida y la muerte, por la fiebre cerebral. A lo largo de mi delirio, rara vez dejé de pronunciar sus nombres, suplicándoles, rogándoles o maldiciéndoles, según me impulsara el frenesí; pero cuando recobré la razón, tuve la fortaleza de ánimo para no volver a mencionarlos. La mágica potencia de la riqueza se puso a mi servicio en todas las formas imaginables para desviar mis pensamientos de mi dolor, y tan hábilmente interpreté el papel que había preparado en los primeros días de mi convalecencia, que al poco tiempo todo el mundo se felicitaba de que las cosas no fueran tan graves como se había imaginado al principio. Poco se imaginaban que mi compostura no era más que una máscara, y que en mi interior estaba tramando y planeando la mejor manera de obtener la venganza que me aseguraría, o moriría en el intento. Sadie había sido falsa; se había aprovechado de nuestro distanciamiento temporal para llevar a buen puerto su vil designio, y lo había conseguido con un efecto fatal. Había engañado a Charlie tan perversamente como me había herido a mí, pues era imposible que ella pudiera ser la esposa que yo hubiera sido para él. Él no tenía tanta culpa, ya que había sido convertido en el instrumento de su astuta doblez. Pero ella debería sentir el peso de mi venganza. Los encontraría aunque tuviera que recorrer el mundo en mi búsqueda; le devolvería su perfidia por cuadruplicado, y se lo arrebataría aunque muriera en la hora de mi triunfo.

»Durante cinco años continué con mis investigaciones secretas aunque infructuosas, pero nunca vacilé ni olvidé mi promesa. Oculté tan perfectamente mis celos que mis conocidos empezaron a pensar que realmente era feliz otra vez. ¡Qué poco sabemos del hombre, mientras aplaudimos efusivamente al actor! El escenario y el hogar no pocas veces tienen un abismo entre ellos tan impasible como la división entre el rico y Lázaro; y nosotros, pobres mortales risueños, nos reímos de las líneas memorizadas, pero no tenemos ojos ni oídos para la sangre vital que gorgotea del corazón mientras tanto. Yo era sorda y ciega a todo excepto al único objetivo de mi vida; ellos creían que yo era feliz, mientras que no había nada en la tierra o en el cielo que pudiera hacerme feliz excepto el hombre que había perdido, y que me había sido arrebatado por la vil ingratitud de mi aparente amiga.

»La casualidad descubrió su paradero: un pequeño párrafo en un periódico viejo, del que estaba recortando un patrón. Vi su nombre, supe todo lo que era necesario y de inmediato comencé a formular un plan para llegar a él. Desde ese momento, la vida asumió un tono esperanzador, pero mi excitación casi lo arruina todo. Ojalá hubiera sido así. Una vez que lo encontré, fue fácil ir a verlo, ya que una vieja amiga de la universidad vivía en el mismo lugar, y organizar una visita para ir a verla era sólo cuestión de días. Mi siguiente paso fue más difícil, ya que todo dependía de nuestra primera entrevista.

»Un movimiento precipitado o en falso y todo estaría perdido. Pero incluso en esto la fortuna —o, como lo sé ahora, la desgracia— me favoreció. Lo encontré por casualidad y solo. Me reconoció y habló antes de que me diera cuenta de su presencia. Vi su agitación, supe que su antiguo amor no

había muerto, pero mediante un esfuerzo casi sobrehumano mantuve una calma aparentemente indiferente incluso cuando le pregunté por su esposa. Leí volúmenes en su respuesta; había descubierto su error, no estaba feliz, y la certeza de ello me volvió frenética de alegría. Él era mío, lo sabía, si actuaba con cautela, mantenía mi mano oculta y esperaba una oportunidad apropiada. Nos encontramos varias veces de la misma manera, pero él nunca me visitó ni me invitó a su casa. En un momento dado me pidió que mantuviera una cita clandestina. Me negué. Él me insistió en que lo hiciera por el bien de los "viejos tiempos"; finalmente accedí. Estaba perdida, pero ese era el precio que había calculado pagar si podía conquistarlo, y lo había hecho. En menos de un mes su esposa e hijos fueron abandonados, y volamos hacia el este.

»Ahora estaba feliz de haber pagado el engaño de Sadie con su propia moneda. Nunca podría ser la esposa de Charlie, pero eso no era nada; yo era suya, él mío, y mi cuenta con mi rival estaba saldada. Estábamos juntos y solos; eso era todo lo que había ansiado, y mi plegaria vengativa había sido escuchada. En mi rebelión, Dios se hizo a un lado y me permitió reunir todo lo necesario para un cielo diseñado por mí misma, y cuando la obra estuvo terminada, me invitó a entrar. Entonces, ¡he aquí!, descubrí que mi cielo era el exquisito y perfecto infierno de Dios.

»Habiendo cumplido mi deseo, y habiéndose terminado la tensión bajo la que había vivido durante tanto tiempo, sobrevino un colapso rápido. Nunca me había recuperado realmente de mi primer golpe, pero mi ansia de venganza me había dado la fuerza que sólo se obtenía a costa de fuertes golpes sobre mi constitución. Tan pronto se había logrado mi deseo, y habiéndose terminado la necesidad de duplicidad, fue cuando el impuesto sobre mi vitalidad hizo su demanda, y se hizo evidente que tenía un futuro muy breve por delante. En menos de dos años era inválida confirmada, incapaz de moverme, mientras nos veíamos obligados a afrontar el terrible hecho de que me estaba muriendo. En ese momento mi padre me encontró y, reprochándome la deshonra que había atraído hacia su nombre, juró que si alguna vez Charlie se cruzaba en su camino lo mataría como a un perro. Le supliqué, pero se mostró inexorable; me dijo que Charlie me había abandonado como había abandonado a su esposa, que había abandonado la ciudad, que se había ido a un lugar desconocido y que era imposible que volviera a verlo. Ante esto, volvió a apoderarse de mí toda la antigua furia celosa, seguida de fiebre cerebral, luego delirio y, finalmente... de un vacío.

»Cuando desperté estaba oscuro, terriblemente oscuro; casi podía tocar la negrura, y estaba tendida en el suelo desnudo, frío como un bloque de hielo. Llamé a Charlie, a mi padre, a mi cuidadora. Pero no hubo respuesta salvo el eco de mi propia voz, que parecía burlarse y regocijarse por el terror que sentía que se apoderaba de mí. ¿Dónde estaba? ¡Dios mío! ¿Era posible que me hubiera vuelto loca o que me hubieran puesto bajo control para evitar que siguiera a Charlie? Me levanté para inspeccionar lo que me rodeaba, dadas las circunstancias, pero en el arrebato de mi miedo caí, caí sin fuerzas para levantarme. Todos mis sentidos se convirtieron en poder de sentir; se aceleraron e intensificaron cien veces de modo que yo pudiera contemplar con horror el proceso de mi propia petrificación: sin voz, sin vista, sin sueño.

»Cómo recé para que la fiebre y el delirio regresaran y vencieran al terror helado que se arrastraba tan lenta y agonizantemente sobre mí. ¡Oración en vano! Yo era prisionera en el rígido dominio de la desesperación, más allá del alcance de cualquier ayuda, descanso o piedad; el juguete de todas las implacables maquinaciones que son las propias de tal estado. Poco a poco me iba convirtiendo en un bloque de carne congelada, pero viva, y mi anormal sensación de emoción se agudizaba a medida que continuaba la transformación infernal. ¿Por qué? ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran mis implacables perseguidores? ¿Cuánto tiempo faltaba para que amaneciera? ¿El día me traería alivio o

me despertaría del agonizante sueño? Estas y otras mil preguntas proponían sus interminables enigmas para mi castigo adicional, hasta el punto de que gustosamente me habría arrojado a los brazos de la locura para descansar; pero ¡ay!, me habían privado incluso de ese consuelo. Al fin, mis pies, mis manos, mi cabeza, mis ojos, mi lengua, mi corazón, mi cerebro, se congelaron; entonces las furias hervían en mi sangre y, convirtiéndola en espuma furiosa por su excesivo calor, la enviaban en cataratas enloquecidas por mis venas para terminar el exquisito sufrimiento, con el que necesariamente debía permanecer inmóvil y soportar.

«No recuerdo cuándo terminó ese período. Si sufrí hasta que el dolor se agotó en la embriaguez de sus propios excesos, o si la intensidad de mi tortura se convirtió en un anestésico y me adormeció en el sueño de la agonía, sigue siendo un misterio. Sólo sé que durante un tiempo mi existencia permaneció en el olvido, pero no puedo decir nada sobre su duración y naturaleza.

»Cuando mi memoria volvió a retomar el hilo de la vida, todavía estaba en el mismo estado de negrura semipalpable en medio de un silencio que me aterrorizaba escuchar. Pero la aguda agonía de mi sufrimiento había terminado, o, mejor dicho, se me había concedido un respiro mientras la naturaleza de mi tormento cambiaba a otra, si era posible, de una descripción más agonizante. Todavía ignoraba dónde estaba, o el carácter del gran cambio que realmente se había producido en mi vida, aunque era muy consciente de que había ganado fuerzas, estaba libre del dolor efectivo, y había adquirido el poder de moverme si lo deseaba. También reconocí rápidamente cuán incalculablemente había mejorado mi condición desde la que precedió inmediatamente a mi período de inconsciencia, pero anhelaba algún grado de luz, ya fuera natural o artificial, para poder descubrir mi entorno y hacer algunas conjeturas sobre lo que había sucedido, así como para estimar las dificultades con las que tenía que luchar.

»La duración de esta incertidumbre, en la que mis únicos compañeros eran las fantásticas sombras de la penumbra subterránea, fue demasiado larga como para que yo pudiera calcularla; me pareció que fuese de siglos, pero ahora sé que no podía ser así; pero al final, ¡oh!, con tal duración, vi parcialmente satisfecho mi deseo. Vi una luz, pero era tan pequeña y lejana que no servía para mi propósito. Apenas la observé, cuando me di cuenta de un movimiento involuntario, como si me atrajera irresistiblemente en esa dirección. Al principio experimenté una sensación de deslizamiento casi imperceptible, que fue aumentando gradualmente en velocidad hasta que fui levantada del suelo y llevada a toda velocidad por el espacio como sobre las alas de un huracán... y así, legua tras legua, con un impulso cada vez mayor hacia ese faro magnético que, a medida que yo viajaba, parecía estar tan lejos como siempre.

»¡Oh, el miedo y la incertidumbre que me llenaron durante ese viaje aéreo! No fue el dolor de mi castigo anterior, sino el temor a las consecuencias que podrían derivarse de él, y que yo no podía evitar, lo que tuvo efectos casi tan terribles. De pronto, la fuerza que me había atraído o impulsado pareció agotarse y caí, asustada pero ilesa, en el umbral de esa luz para descubrir que irradiaba alrededor de la única persona por cuya presencia suspiraba, lloraba y gemía. ¡Era Charlie! Lo había encontrado, estaba con él de nuevo. Algo me decía que la fuerza que me había llevado hasta allí, a regañadientes y en mi ignorancia, estaba relacionada de algún modo con su intenso deseo de verme y con mi nueva felicidad por nuestro reencuentro. Lloré y me reproché los duros pensamientos que había albergado tan voluntariamente contra el benefactor desconocido que había venido en mi ayuda, me había liberado de mi prisión y nos había reunido de nuevo a pesar de la estrategia y la oposición de mi padre.

»Entonces, algo más desbarató mis esperanzas al sugerirme que lo que veía era sólo una alucinación, los crueles caprichos de un sueño, y que pronto despertaría para encontrar a mi padre tan inexorable como siempre, y a Charlie desaparecido, no sabía dónde. La idea de que tal suceso pudiera realizarse era insoportable; no podía permitir que la sombra de tal sospecha se posara sobre mí ni un momento; tomaría medidas para resolver la duda de inmediato.

»Pasé al círculo de luz que lo envolvía. ¡Cuánto había cambiado desde que nos separamos! Su cabello negro azabache estaba profusamente surcado de plata, el rostro antaño sereno estaba arrugado, el brillo de sus ojos se había atenuado y su figura robusta estaba encorvada. En ese momento estaba pensando en mí, y me di cuenta de que había pasado por una prueba casi tan feroz como la que yo me había visto obligada a soportar. Cuando llegué a su lado, murmuró mi nombre mientras movía la mano como si quisiera tomar la mía, pero, perdido en la profundidad de su ensoñación, tal vez sin sospechar que yo estaba tan cerca, no levantó los ojos para encontrarse con mi mirada hambrienta, que se deleitaba con la visión de su presencia. ¡Oh, qué feliz me sentí! Su tono y sus modales me revelaron que me amaba tanto como siempre y me hicieron temer poner en práctica mi proyecto, por temor a que el resultado resultara desfavorable.

»Él no había regresado a Sadie, sino que, expulsado de mi lado, había encontrado este refugio —que de ninguna manera me preocupaba ni despertaba mi curiosidad—, donde había perfeccionado un plan para mi liberación; y ¿acaso no estaba perdido en la abstracción, mientras esperaba nerviosamente el resultado? Tan perdido que poco sabía qué éxito se había logrado. Levanté la cabeza y vi que la mirada distante no se había desvanecido de sus ojos, en los que noté que brillaba una luz extrañamente sospechosa. Me levanté de un salto horrorizada y lo sacudí, temiendo que la alegría de nuestro reencuentro hubiera resultado demasiado y que su razón lo hubiera abandonado. Se estremeció como si la habitación se hubiera enfriado. Entonces cuestioné mi propia cordura. ¿Sería posible que mi misterioso viaje hubiera sido el delirio de una loca? "¡Oh, Dios! —grité—, revélame este misterio o me matará. ¡Charlie, Charlie! ¿No me conoces? Di una sola palabra y contesta. He estado enferma, pero nunca he cambiado en mi amor por ti. Si crees que he obrado mal, ¡oh, amor mío!, perdóname y déjame cuidarte hasta que recuperes la salud. Seremos felices todavía. Ven, vámonos. Di que me conoces y estaré contenta. ¡Charlie! Sólo una palabra, querido: ¡di que me conoces!".

»En ese momento se levantó bruscamente, cogió un libro y empezó a leer sin decir ni una palabra, ni una mirada, ni una señal de que reconociera mi presencia. Retrocedí asombrada, atónita. No estaba loco, pero ¿cómo podía justificarse que yo fuera objeto de ese trato? ¿Por qué no hablaba? Seguramente, si mi presencia no era bienvenida, me lo diría; si temía que me descubrieran, tomaría medidas para ocultarme; si yo seguía siendo la misma que antes para él, me estrecharía en sus brazos y me saludaría. De todos modos, no podía justificar la recepción que me hizo excepto sobre la base de esa cruel sugerencia de que sólo era víctima de un sueño. Dios sabe que mi sufrimiento era real; si algo más lo fuera a corroborar, lo determinaría en breve, porque yo observaría y esperaría. Poco más tarde le reproché su conducta, para ver si eso podía obtener una respuesta; pero él se limitaba a sonreír y, cansinamente, dejó a un lado su libro, se volvió hacia alguien a quien yo no podía ver y dijo: "¿Le dirás a tu mamá que deseo hablar con ella?".

»¿Qué quería decir? ¿Qué era cualquier otra mujer para él cuando yo estaba presente? ¿Era posible que, después de todo, hubiera vuelto con Sadie y quisiera que ella estuviera cerca para presenciar mi humillación? Todos mis viejos celos se despertaron ante el pensamiento, y un frenesí repentino me llevó más allá de toda restricción, anticipando la escena que se avecinaba. Sentí que entraba un

extraño, pero no podía ver ni oír quién era, un hecho que se sumó considerablemente al misterio y al terror que me poseía. ¿Era yo igualmente invisible e inaudible para ella? Así parecía, porque aunque oía cada palabra que pronunciaba Charlie, veía cada movimiento que hacía, y podía entender que la conversación no hacía la más mínima referencia a mí, yo seguía siendo ignorada tan completamente como si no hubiera existido.

«¿Era posible que estuvieran representando un papel arreglado para volverme loca? ¿Quién era esa mujer? ¡Oh, Dios! ¡Ojalá haber estado tan sorda y ciega a la conducta de Charlie como yo lo estaba para con ella! No era Sadie, pero le oí llamarla por un nombre que nunca podría haberme dado. Entonces supe de su bajeza y traición, encontré una explicación completa de la conducta que había recibido. Simplemente se estaba burlando de mí. Tanto si ella era consciente de mi proximidad como si no, él lo sabía; había conseguido mi presencia para que yo pudiera presenciar su felicidad con una rival que me había suplantado, tal como yo se lo había arrebatado a Sadie, para así poder reírse al ver cómo el conocimiento de ello me torturaría. Esto era demasiado. La certeza de su deserción me enloquecía; pero presenciar sus intercambios amorosos con mi rival me incitaba a un frenesí diabólico, y decidí matarlo ante los ojos de ella. ¡Ay! Antes de que tuviera tiempo de moverme, la luz que lo rodeaba se apagó y quedé de nuevo en esa oscuridad egipcia, temerosa de moverme a causa del terror que regresó con mi ceguera.

»Todavía podía oírlo; peor aún, podía oírla a ella; escuchaba sin el poder de taparme los oídos o impedir darme cuenta de lo que ella le decía y cómo lo llamaba. La rabia y los celos atormentaban y se burlaban de mi impotencia, hasta que me preparé para seguir el sonido y ejecutar mi venganza dejándolos muertos uno al lado del otro. ¡Horror! Cuando quise matarlos, descubrí que era tan incapaz de moverme como de ver, y me vi obligada a permanecer de pie y escuchar su perfidia, incapaz de emitir un sonido que ahogara los ecos de sus caricias.

»Mil veces hubiera elegido la petrificación gradual de mi estado anterior; las torturas del infierno aumentaban; ¿era posible que pudiera contener [*el infierno*] algo más insoportable que mi castigo actual? Recé para volverme loca, para que en mi locura pudiera encontrar alivio de tan agudo dolor; pero mi oración volvió como un chorro de plomo fundido que cayó sobre mi cabeza y quemó canales de fuego en mi cerebro, aumentando mi agonía cien veces más y haciéndome consciente de que mi retribución real apenas estaba comenzando; que continuaría aumentando y que me vería obligada a soportarla, ya que no había escapatoria posible. Estaba encadenada a él, y durante períodos de tiempo, que parecían largos como la eternidad, tuve que soportar este indescriptible desarrollo de un castigo atroz, con cada nervio acelerado en una sensación de sentimiento que desafiaba la descripción, mientras que la propia memoria no es lo suficientemente fuerte para captar su intensidad. La locura no podía venir en mi ayuda; la muerte no podía escuchar mis súplicas; la insensibilidad estaba paralizada y no podía acercarse a mí; la piedad estaba más allá del alcance de mis lamentos, y la misericordia no tenía poder para entrar en el dominio en el que estaba prisionera.

»¿Qué podía hacer? ¡Sólo sufrir! ¿Por qué nadie me despertaba de tan horrible pesadilla? Gritaba, pero nadie me respondía. Estaba en todas las agonías del infierno sin siquiera el pobre consuelo de estar sufriendo en compañía. No podía soportarlo; pero tampoco podía escapar. ¿No había límite posible para la resistencia humana, ningún punto culminante de venganza, por el cual, una vez alcanzado, pudiera saber que mi pecado había sido expiado? Necesitaba ayuda de alguna parte, de cualquier parte, siempre que rompiera la monotonía infernal de mi dolor cada vez mayor.

»Tenía una percepción tan viva y ágil de las exquisitas torturas que se acumulaban a mi alrededor, que gustosamente me habría sometido con obediencia servil a cualquier poder que se manifestara para cambiar mi condición, aunque sólo fuera para variar el castigo. Si el cese era imposible, me contentaría con aceptar el resto del cambio, y para ello hice una última súplica, aunque mi oración regresara, como en el caso de la que inició mi estado de furia, y grité: "¡Oh, Dios o diablo! ¡Cualquier ser de piedad o de crueldad despiadada, escúchame y termina con mis tormentos! Tómame, desgarrame o destrúyeme; ahoga mi razón más allá de toda esperanza de restitución, o, con una ráfaga huracanada de tortura, pon fin a los sentimientos y termina con esta agonía. ¡Infierno! ¡Infierno! Por misericordia, ten piedad de mi condición; abre tus puertas y déjame bañar mis sufrimientos en tu lago de fuego. ¡Infierno! ¡Infierno! Digo, por misericordia, ábreme y déjame entrar!"».

Mientras ella continuaba con su historia, percibí que el presente se desvanecía de su mente y que regresaba, por el momento, sintiendo y soportando un recuerdo del horrible pasado. Gradualmente se transformó en la mujer que había sido una vez hasta que grandes abalorios de sudor aparecieron en su rostro; sus ojos se dilataron con un brillo maníaco y se retorció en los sufrimientos que habían sido una realidad tan terrible. Cuando su fuerza cedió con la intensidad de su último esfuerzo, cayó exhausta a mis pies. Yo también me había dejado llevar tanto por su dramático relato que no me di cuenta en el momento de dónde estábamos; y mientras caía, miré nerviosamente a mi alrededor, casi esperando ver esas puertas míticas abriéndose ante mí en respuesta a su súplica. Fue con un largo suspiro de alivio que reconocí a Cushna y Azena apresurándose hacia nosotros.

«¡Silencio! -dijo con calma, como si la visión le proporcionara una intensa satisfacción-; déjala dormir, pronto estará mejor».

«¡Cushna! -clamé yo- ¿puede ser verdad?».

«Sí, pobre niña, es verdad; y hay mucho más que ella no puede decirte. Llevaba más de veinte años recogiendo esa cosecha de sus celos cuando la vi por primera vez».

«Y tú la salvaste. Puedo entender bien por qué su mayor placer es esperar tu llegada».

Pero él estaba demasiado ocupado con Marie como para ofrecer una respuesta.

Capítulo 10

Una explicación

Tengo un vívido recuerdo de la temerosa diversión y la nerviosa valentía con que, de niño, buscaba curiosidades arrastradas por la marea, chapoteando con los pies desnudos en las fluctuantes aguas de la playa. No me cabe duda de que en mis aventuras llevé a cabo toda la gama de heroicidades infantiles; y estoy seguro de que hubo interludios de sorprendentes y rápidas recesiones cuando mi ojo vigilante divisaba alguna ola que avanzaba, calculada para extender sus brazos unos centímetros más allá de su predecesora. La esperanza y el miedo, el éxito y el fracaso, el placer y la decepción se alternaban irregularmente en mi experiencia hasta que, empapado por el agua y el frío, mi guardián me sacaba de la escena de mis hazañas, con apenas suficiente tesoro en mi posesión para condenarme por hurto menor.

Fue una experiencia análoga la que pasé en esta etapa de mi nueva vida. Me encontraba de nuevo junto al mar, el mar infinito de la vida espiritual. Ola tras ola de revelaciones se sucedían, rompiendo contra las rocas de mi ignorancia y empapándome con un cegador rocío de

conocimiento. La poderosa fuerza, la rápida sucesión, el desconcertante despliegue, no me dejaban tiempo para apropiarme de los tesoros que continuamente, y sólo por un momento, se abrían ante mi vista. Objetos extraños e inesperados se presentaban ante mí casi incesantemente; revelaciones de la vista, el tacto y el oído llegaban a mí como un torrente, y yo tan sólo podía permanecer confuso, desorientado y perplejo ante la poderosa fuerza que me rodeaba, que me envolvía.

Me habían dicho que se trataba de amor, todo amor, y que pronto podría comprenderlo y apreciarlo; pero ahora era como un muchacho arrojado al agua, incapaz de nadar; la fuerza de las olas y la marea estaban en mi contra. Trataba de sacar provecho de la instrucción que había recibido, pero en mi inexperiencia y falta de poder de apropiación inmediata, encontré más natural revolverme y luchar sin rumbo con la tormenta que amenazaba con engullirme, alternativamente entre la espera y la casi duda sobre el resultado.

Tal era cándidamente mi actitud durante un breve período, en el momento del que estoy hablando. Sin oportunidad de reflexionar, acontecimientos de carácter tan inesperado, y antes considerados imposibles, se desplegaban tan rápidamente ante mí, que con una naturaleza propensa a la duda y llena de funestos presentimientos como era la mía, estaba demasiado lejos de mí aproximarme al ideal perfecto de ser capaz de contemplar la evolución de mi instrucción con sentimientos de ecuanimidad y serena confianza.

Hay una idea general en la humanidad de que por el simple proceso de morir somos trasladados a una condición de omnisciencia, y resolvemos todos los problemas «en un abrir y cerrar de ojos». Fue con un sentimiento de profunda gratitud que descubrí la falacia de tales enseñanzas, y cuanto más amplia es mi experiencia, más asombrado estoy de que esta absurda suposición pueda haberse originado, o encontrado una sanción en las mentes de seres humanos inteligentes. Cada pregunta que hacía, cada escena que contemplaba, cada sonido que oía, tenía su propia revelación especial que hacer, y la rapidez con la que cada ola sucesiva de información me arrollaba, no me dejaba tiempo para recuperarme de la grandeza de su poder y alcance, ante los cuales me tambaleaba de asombro y maravilla; y lo mismo es igualmente cierto del presente como del pasado.

¿Qué habría sido de mí si todo el caudal de conocimientos que he adquirido —y, permíteme asegurártelo, sólo he sido capaz de rozar el más mínimo fleco de los que aún me quedan por alcanzar— hubiera irrumpido sobre mí como un rayo en el momento en que abrí mis desconcertados ojos sobre la ladera en la que tan infructuosamente trataba de responder a la simple pregunta: "¿Dónde estoy"? No te engañes, "*Dios da el frío conforme a la ropa*". Él conoce nuestra condición, y ha ordenado que la expansión de nuestra alma se lleve a cabo en las condiciones más adecuadas a nuestro estado, y que tiendan también a magnificar Su Majestad y Su amor.

El conocimiento sólo se puede adquirir en la medida en que tenemos poder para asimilar cada fase sucesiva de la verdad; no tiene fuerza, ni vida, ni energía, a menos que se aplique; y el hombre que trata de acumularlo sin la correspondiente fuerza necesaria para utilizarlo, si tiene éxito, sólo encontraría que habría reunido y construido un edificio que, por falta de apoyo, caería y lo aplastaría en su ruina. Esta fuerza para manejar el peso del conocimiento sólo puede venir por el crecimiento constante, y por lo tanto, si fuera factible comprobar el principio instantáneo y explosivo —«en un abrir y cerrar de ojos»— en su expansión, nunca podría dar a lo finito la fuerza suficiente para captar lo infinito; esto debe ser alcanzado por la transformación gradual de nuestras vidas en la vida crística [*Christ-life*], que a su vez debe ser convertida en lo infinito a medida que nos expandimos más en la semejanza y el carácter de Dios.

Cuando nos encontramos muy cerca de una sorpresa abrumadora, no me cabe duda de que es la perturbación causada y de la que no hemos tenido tiempo de recuperarnos, lo que nos lleva a suponer que este último acontecimiento es el más trascendental de nuestra carrera. Alguna idea como esta se apoderó de mí mientras contemplaba la forma inanimada que yacía a mis pies, y que ni Cushna ni Azena parecían ansiosos por perturbar por un tiempo. Intenté, pero en vano, conciliar el doloroso episodio que había presenciado con la única ley del amor que, según me habían asegurado, imperaba universalmente en esta vida. El problema era demasiado profundo y complejo para mí, y al final me vi obligado a dejarlo de lado hasta que pudiera adquirir una experiencia más amplia que la mía para dilucidar el misterio.

Mientras yo estaba así perturbado y perplejo, mis dos compañeros observaban tranquilamente a la inconsciente Marie. Evidentemente, algo tendrían que hacer, pero aún no había llegado el momento de actuar. Ahora era el momento de esperar, y esto lo hicieron con paciencia, esperando y observando tranquilamente, estando perfectamente preparados para el ministerio cuando fuera necesario. Cuando llegó ese momento, con muy tierna atención y simpatía, realizaron el servicio tan bien comprendido, y antes de que los ojos empañados por las lágrimas se abrieran de nuevo, habíamos reanudado nuestro viaje, dejando a la convaleciente espiritual a cargo exclusivo de aquella amiga en quien había aprendido a reposar.

A mi regreso, había tenido la intención de pedirle a Cushna que me diera tiempo para estudiar la acción de aquellos misteriosos rocíos en el cambio de color de nuestros vestidos, y buscar alguna explicación de su poder para encontrar el camino tan infaliblemente a través de un país sin huellas, y una veintena de otros asuntos que se habían sugerido a mi mente; pero todos fueron olvidados, y ahora sólo tenía un deseo, que expuse ante él lo más pronto.

«Cushnal, dime -clamé-, ¿cómo puedes conciliar tu única ley de amor con la terrible escena que acabo de presenciar?».

«Comprendo perfectamente tu dificultad -respondió-, y trataré de explicártela. No olvides nunca que toda la vida es un crecimiento, una transición gradual desde lo que somos a lo que seremos, asimilando la influencia de cada experiencia por la que pasamos. Los cambios repentinos lo son sólo en apariencia; una inspección más atenta mostrará que todos son efectos de causas que han estado trabajando, silenciosa e imperceptiblemente, y preparando desarrollos que escapan a nuestra atención hasta que son forzados por algún despliegue exterior. Toda expansión va de la vida interior a la exterior, pero somos naturalmente incapaces de admitir la realidad de algo que se encuentra más allá del alcance de la observación.

»En la naturaleza no solemos encontrar líneas divisorias nítidas; la noche más oscura se eleva por un gradiente imperceptible hacia la gloria de la mañana sin nubes; mientras que es muy difícil para un ojo inexperto decidir en qué momento la marea deja de refluir y comienza a fluir; no se puede ver el movimiento por el cual una flor despliega sus pétalos, y sin embargo, la acción se está llevando a cabo mientras tus ojos están observando diligentemente. Lo mismo sucede con la vida espiritual; se despliega, nunca salta; fluye como un arroyo, nunca brinca como un antílope; su progreso es un avance silencioso y constante que sólo se nos vuelve evidente a medida que se alcanzan las etapas.

»Tal ha sido la carrera de Marie. Me es imposible relatarte o hacerte comprender cómo, o por qué medios, ha sido destetada gradualmente de la terrible agonía en que la encontré por primera vez, un remanente de la cual acabas de presenciar; te familiarizarás con ello de una forma más práctica

cuando encuentres tarea en una misión similar. Permíteme que me contente por el momento con indicarte que no hay nada incompatible con la ley del amor en pedirle que ella cuente su historia. La conservación de la individualidad exige que el recuerdo del pasado no se borre nunca; la cicatriz de todo mal que hayamos cometido permanecerá para siempre, hasta que, cuando hayamos pagado su pena, deje de ser una fuente de dolor; la herida cicatriza lentamente; el malestar desaparece, pero la cicatriz perdura.

»Marie ha llegado ya a esta fase de curación, y cada vez que cuenta su historia es como si le pusieran otra venda en la herida: dolorosa por el momento, pero beneficiosa por el resultado. Cada recital es menos angustioso que el anterior, y el agotamiento que le causa le induce a un sueño del que obtiene fuerzas adicionales, muy necesarias para su progreso. Sin esto se contentaría con permanecer como está, en la calma del descanso después de la angustia conmovedora, sin la energía suficiente para impulsarla a un mayor progreso; por lo tanto, lo que has visto no es más que una sabia disposición para borrar el pasado, en lo que respecta al dolor, y empujarla a una condición más feliz de la que disfruta en la actualidad».

«¿Pero no podría lograrse eso hablándole del pasado a Azena?».

«¡No! No con tanta eficacia. Además, tal proceder sería un derroche de energía, que aquí nunca encontrarás. Todo está hecho para servir a algún propósito útil, y así has aprendido lo que será una valiosa lección por la presente repetición; ha sido útil para otros en el pasado, y todavía lo será cuando su historia sea contada de nuevo. De esta manera ella [*Marie*] se convierte en una poderosa ministra para el bien, mientras otros trabajan por su salvación. Una vez más, hasta ahora se ha limitado a su única compañera, y no se le debe permitir que se limite exclusivamente a Azena, o nunca sentirá la necesidad de otras amistades. Cada visita que recibe tiende a despertarle nuevos intereses, de modo que cuando Azena la abandone —como sucederá cuando la narración de su historia no le provoque un sueño profundo por su agotamiento— se sentirá tan oprimida por su soledad que se verá obligada a salir de su retiro y encontrar una sociedad agradable entre aquellos que se encuentran en una condición algo más feliz que la de su actual hogar».

«¿Y cuánto tiempo pasará antes de que todo esto pueda lograrse?».

«Eso varía muy considerablemente; es por lo general alrededor de la misma cantidad de tiempo que el aprisionamiento anterior».

«¿Tienes idea de cuánto fue?».

«¡Sí! Como te he dicho, unos veinte años».

«¡Veinte años! ¡Oh! ¡Qué infierno! ¡Qué experiencia! ¡Cómo me gustaría poder predicar un sermón así en los oídos de la Tierra! Mi alma está llena de anhelo de regresar de nuevo y grabar a fuego estas revelaciones en mis semejantes. Me resulta terrible pensar lo ciegos que están ante estas terribles realidades. Quiero que sepan, que se den cuenta de que nada más que vidas —nobles vidas que se sacrifican a sí mismas— y obras pueden entrar aquí para ayudar en la determinación de su futuro. Quiero decirles que todo mal debe ser expiado, y que debe serlo por quien lo comete. Que no hay ayuda, ni escapatoria, sino que cada alma debe trabajar en su propia salvación y servir así en contribución a la realización de una reforma cuyo resultado será el cumplimiento de la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo».

Mi compañero no hizo ningún intento de interrumpirme, pero mientras caminaba a mi lado pude ver que en su rostro se dibujaba una sonrisa mitad divertida, mitad pesarosa, y cuando hube terminado replicó en su tono gravemente tranquilo:

«Hay aquí miles, millones de amigos que han sido animados y movidos por los sentimientos que ahora te mueven a ti; pero cuando ha llegado la oportunidad y han procedido a llevar a cabo sus nobles deseos, han encontrado lo que todavía será tu propia experiencia. En primer lugar, no se te creerá en cuanto a tu identidad, y serás llamado a librar una batalla larga y en modo alguno halagüeña para probar que eres un mensajero de esta vida. A continuación, una vez obtenido este punto en presencia de unos pocos, comenzarán a exigirte innumerables signos y prodigios para reforzar esta prueba y gratificar su curiosidad. Cuando hayas tenido éxito en esto, y tu corazón esté ardiendo por comenzar tu trabajo, traerán a alguien más, y te exigirán que vuelvas a pasar por el inoportuno proceso, para gratificación del recién llegado tardío. De hecho, esta es la condición normal en que desean circunscribir nuestro trabajo, y es necesario el mayor cuidado para no alejarlos antes de que hayamos intentado sembrar algún grano de verdad.

»Cuando alcances este esfuerzo, verás que ellos afirmarán saber aún más sobre esta vida que tú mismo, y deberás estar preparado para la contradicción y la corrección en todo lo que digas; mientras que muchos de ellos os dirán generosa y frecuentemente que el error que tratáis de enseñar sabe mucho a los reinos de las tinieblas porque se opone a sus enseñanzas y creencias. Permíteme aconsejarte que no te entusiasmes demasiado con tu misión anticipada en la Tierra; la gran mayoría de la humanidad prefiere actualmente posponer cualquier conocimiento definitivo de esta vida hasta que lleguen aquí. Pero ahora deseo llamar tu atención sobre otras experiencias».

Capítulo 11

El hogar del asirio

Las observaciones de mi amigo arrojaron una sombra de depresión sobre mi recién nacido entusiasmo, e iniciaron en mi mente un repaso de probabilidades que me volvió indiferente, por el momento, a su intento de cambiar de tema. Pero su segunda tentativa me hizo tomar consciencia del panorama que se presentaba ante mí y consiguió, al menos por el momento, poner fin a todo sentimiento de pesadumbre.

He dicho que mi primera impresión de la casa de Marie fue que ofrecía todas las facilidades, por sus siempre diversos empleos, para destetar un corazón de la tristeza; pero la idea era sólo abstracta, ya que ni aquellos alrededores ni los más hermosos terrenos en los que había conocido a Cushna, en el Hogar del Descanso, habían traído a mi mente, conscientemente, la cuestión del trabajo manual en esta nueva vida. Pero había llegado el momento de hacerlo, y una nueva sorpresa llevó mi mente y mis preguntas en otra dirección.

Estábamos en la cima de una montaña, una de las cadenas que se curvaban alrededor de un valle lo bastante pintoresco como para inspirar a un poeta o a un artista un sueño del Edén. De entre las colinas, en el extremo más alejado, un arroyo de plata caía en una serie de elevadas cascadas en la llanura, que así dividida en porciones casi iguales, se realizaba en belleza por la presencia cristalina del majestuoso río. Un rasgo que se presentaba aquí atrajo particularmente mi atención, y me llevó a preguntarme si no se había recurrido al arte en ayuda de la Naturaleza para producir el agradable resultado. Cerca del centro del valle, el curso del río se desviaba repentinamente a derecha e izquierda con el propósito de formar una isla, quizá de una milla de extensión, que constituía una

espléndida plataforma o cimiento para el extenso palacio o mansión que era el principal objeto de atracción.

«Tienes razón -dijo Cushna en respuesta a mis preguntas-, la corriente fue desviada en algún momento para formar la isla».

«Pero, ¿no me dirás que en el cielo existe el trabajo manual? ¿No es un lugar perfecto en lo que a estas cosas se refiere?».

«Para responder primero a tu última pregunta -dijo-: el cielo no es, por el momento, un lugar perfecto. Sé que tal es la idea terrestre, pero no es bíblica, y no tiene ni sombra de justificación en la enseñanza de Jesús, que dijo a sus discípulos: *'Os voy a preparar un lugar'*, lo cual implica en verdad imperfección, porque no está preparado. Por otra parte, esta vida es una en la que *'todo poder encuentra pleno empleo'*; el poeta es capaz de recibir inspiraciones superiores, pero ¿de qué sirve si no puede escribirlas? ¿Acaso los talentos de Rafael, Fra Angelico o Turner sólo se desplegaron durante el lapso momentáneo de un desapacible día de la Tierra? ¿Piensas que los sueños de belleza y gracia que aquí se engendraron del genio de Fidias o Miguel Ángel han de ser condenados a yacer prisioneros en el santuario de su propia concepción?

»¿Dónde están los poderosos arquitectos que construyeron Tebas y Babilonia, Jerusalén, Atenas y Roma? ¿No tienen esas mentes inspiraciones cuando contemplan los lugares, las capacidades y los recursos de la inmortalidad? ¿Acaso Händel, Mozart y Beethoven están cansados de la armonía, o han agotado la fuente de la música? Uno retrocede ante la idea de lo que sería el cielo sin el empleo activo de mentes tan grandes como estas.

»Permíteme que te pregunte también, ¿no tiene el jardinero algún ideal que consumir, y acaso se le disuadirá de dar aplicación a su genio, donde pueda desplegarse libre de las influencias poco propicias contra las que tuvo que luchar en la Tierra? La música y la pintura, la escultura y la arquitectura han tenido sus trabajadores, que han vivido y muerto sin éxito y sin ser apreciados, tanto como los obreros del pico y la pala. Amaban su arte, y la compensación del cielo se encuentra en la realización de sus esperanzas. Sí, amigo mío, aquí hay lugar para el trabajo; pero lo que marca la diferencia es que no hay fatiga ni trabajos arduos. Nuestro único incentivo para trabajar es el amor, no para ganarnos una existencia, sino para producir una apariencia externa de aquello que nace dentro, y que impulsa y forma el resorte principal de nuestra actividad».

Permanecí en silencio, pero mi mente se volvía pesada con los pensamientos que transportaba.

El objeto que atrajo mi atención más que ningún otro fue el palacio o mansión que ocupaba la isla y que, según me informaron, era el hogar del asirio, anuncio que me causó cierta diversión al principio, ya que la idea de que fuera una residencia de cualquier tipo habría sido la última que se me hubiera pasado por la cabeza.

Mi primera e instintiva concepción de ella fue la de una vasta pirámide floral construida y dispuesta como efecto central y final en un valle encantador. La base del edificio tenía, tal vez, más de un cuarto de milla de extensión, pero la elevación gradual del terreno desde la orilla del agua le daba la apariencia, desde el punto en que lo contemplé por primera vez, de ser de proporciones considerablemente mayores de lo que en realidad era. Solamente tras haber cruzado uno de los pintorescos puentes que formaban la aproximación, es que pude desprenderme por completo de mi idea original, pues la presencia del número de personas que se veían era tan coherente con una explicación como con la otra. Pero al ascender desde el río, mi vista empezó a penetrar en el follaje.

Pude entonces discernir la disposición arquitectónica que producía el agradable y novedoso efecto. Cada piso, de los cuales había diez, estaba construido de tal manera que dejaba una terraza de unos treinta pies de ancho alrededor de todo el edificio; los bordes exteriores estaban plantados con macizos de flores, luego arbustos y finalmente palmeras y otros árboles, cuyas ramas formaban un majestuoso paseo.

Sin embargo, no pude dedicar toda mi atención al edificio, porque Cushna ya había comunicado nuestra llegada a Siamedes, que vino a nuestro encuentro y nos dio la bienvenida al cruzar el puente. También fuimos objeto de curiosidad para muchos otros, que, según me informaron, estaban ansiosos por saber quién podía ser el recién llegado, y si era posible que yo fuera el portador de noticias de amigos que aún estaban en la Tierra. Descubrí que esta era una de las muchas casas donde las almas de los que se han cansado de hacer el bien, y han luchado y salido '[más que vencedores](#)', podían descansar un poco y ser atendidas, para que pudieran entrar en las alegrías del cielo con todas sus energías reavivadas y fortalecidas, para poder apreciar plenamente las glorias que les esperaban. Aquí se fortalecían, mientras las vibraciones del conflicto pasaban; experimentaban la paz del eterno silencio después de la tormenta, disfrutaban del alivio de despojarse de la armadura, y entraban en la libertad del reposo, que nunca más se rompería. Me dijeron que la condición de los individuos varía considerablemente en tales momentos, pero que, por lo general, están limitados en su conocimiento de lo que ocurre en la Tierra, y por esta razón, observan a los recién llegados en busca de información.

Siamedes no iba vestido como lo vi en la Coral, sino con una túnica suelta de color gris eléctrico, sobre la que alternaban rubores rosas y azules que parecían latidos pulsátiles, pero su aspecto no era menos regio. La primera vez que lo vi estaba vestido con túnica de estado; ahora era el monarca en su casa. Pero, ¡oh! ¡qué concepto de la realeza me formé mientras observaba a este gobernante subsidiario del Rey de reyes! La diadema que llevaba era de servicio, mientras que el cetro que blandía irradiaba una influencia en cuya presencia la revuelta y la traición habrían sido aniquiladas; las gemas con que estaba engastado no excitaban codicia ni avaricia, mientras que era blandido no con un mandato de destrucción, sino con una orden de vida. La mano del tirano o del opresor no podría asirlo, ni la mancha de sangre podría jamás tocarlo, porque ese emblema de gobierno Divino ha salido de las manos de Dios, donde Él mismo había grabado el nombre de: Amor.

Al contemplarlo, me sentí involuntariamente atraído hacia él, cuando me rodeó tiernamente con sus brazos y caminamos hacia adelante —yo, al menos, perfectamente feliz y contento, pues ¿cómo podría ser de otro modo?—. Empezaba a acostumbrarme a las grandes ventajas que había heredado en esta nueva vida, que carecía de límite de tiempo; y a medida que pasaba página tras página, veía cómo se me proporcionaban actividades en las que ocupar mi alma durante las largas eternidades que me aguardaban. El antiguo cielo visionario e inane había desaparecido, y en su lugar se había descubierto un descanso que sería un empleo, un culto que era un despliegue, una apoteosis que sólo podía alcanzarse mediante la expansión de la divinidad que, aunque desconocida, siempre había permanecido enterrada dentro de mí.

Seguimos paseando. ¿Por qué no? Estaba a orillas del mar eterno, y cada paso tenía su miríada de granos, cada uno con su revelación especial que hacer. Cada persona que conocíamos tenía una historia de vida diferente que contar, y yo no tenía otra cosa que hacer que aprender. Hablamos con alguien que acababa de despertar para comprender el cambio que se había producido, y pude estudiar en otro el mismo desconcierto que yo experimenté en circunstancias algo similares. Luego observamos a una, cuyo descanso probatorio había terminado, que miraba en dirección a donde la

esperaban los amigos que la escoltarían al «lugar preparado» para ella. Cada incidente tenía su interés y encanto peculiares, pues descubría los métodos de Dios al tratar con los hijos de los hombres en la Tierra, al guiar a los ciegos por un camino que no conocen.

«Nuestra conversación con estos amigos -comenté finalmente a Siamedes- me da la impresión de que no celebráis corales aquí. ¿Es eso cierto?».

«Sí, mis visitantes son todo lo contrario de los que viste en el Hogar del Descanso, y necesitan atenciones muy diferentes. Aquellos [*los de ese Hogar*] fueron víctimas que sucumbieron, en contra de su naturaleza, a la intolerancia de credo; fueron dominados mientras luchaban por liberarse. Estos otros [*en casa del asirio*] son conquistadores que, siguiendo las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, han labrado su propia salvación a pesar del credo».

«Entonces, ¿quizá puedas responderme a una pregunta que me desconcertó muchas veces en la vida anterior?».

«Lo haré, si es posible», respondió amablemente.

«¿Cuál de todas las denominaciones, o religiones si lo prefieres, aporta el mayor porcentaje de redimidos?».

«Aquí no reconocemos más que una religión, que es el Amor; y todos sus discípulos no tienen más que una denominación: amantes de la humanidad. Ninguna de las religiones creadas por el hombre tiene el monopolio de este atributo. Pero en todas se pueden encontrar seguidores sinceros y concienzudos. Su culto es el servicio a la humanidad; su letanía, las acciones nobles; sus oraciones, las lágrimas de simpatía; sus sermones, las vidas sencillas, conocidas y leídas por todos los hombres; sus canciones son canciones de cuna para calmar a los corazones rotos; su fe, la inmolación del yo; y su esperanza, el Cielo. Esta es la única religión que puede sellar los pasaportes del cielo para los peregrinos de la Tierra. Los sistemas de teología no tienen más encanto para nosotros aquí que el que tenían en la Tierra; pero en cada corazón hay un ideal latente hacia el cual toda la humanidad se extiende ciegamente, una esperanza vaga e indefinida a la cual todas las naciones aspiran ignorantemente, una solución de los problemas políticos que está a un solo paso del alcance de los estadistas, un método de arbitraje internacional por el cual la paz reinará en la Tierra; todo esto se está generando en el vientre del porvenir. Y ¡oh! cuán cercano está ese futuro; cuán pronto podría lograrse todo, si tan sólo la teología sistemática pudiera ser apartada, y las almas de mente sencilla pudieran levantar el verdadero estandarte de la cruz para que todo el mundo pudiera ver y reconocer que toda dificultad sería superada, todo problema resuelto y todo ideal alcanzado en Jesús».

En aquel momento atravesábamos un magnífico vestíbulo que, evidentemente, conducía al patio o jardín que podía ver a lo lejos. A ambos lados de nosotros se extendían unos corredores, desde los que se abrían, al parecer, innumerables apartamentos; y aquí tuve una espléndida oportunidad de observar la atmósfera autoluminosa a la que he aludido antes. En el centro mismo de un vestíbulo tan vasto, uno esperaría encontrar una penumbra casi de medianoche; sin embargo, ni aquí ni en los pasillos adyacentes podía detectarse el menor indicio de sombra. Escaleras de proporciones majestuosas se elevaban a intervalos hasta las terrazas superiores, en todas las cuales, siempre que había facilidad, se encontraban árboles, plantas y flores, en una exuberancia más que oriental, entremezclados con estatuas y tapices que desconciertan cualquier intento de descripción.

Al llegar al patio descubrí enseguida la razón por la que había sido elegido como punto de partida de mi inspección del palacio. En el centro se alzaba, o tocaba, o jugaba —apenas sé cómo describirlo— una maravilla acuático-botánica única que era a la vez árbol y fuente. Desde una cuenca de color coral se elevaba una enorme masa de agua de unos cuatro o cinco pies de diámetro, como si pasara a través de un conducto transparente. A los cuatro metros de altura, sus ramas comenzaban a extenderse en todas direcciones, cada una de ellas exuberante con su triple carga de hojas, flores y frutos siempre cambiantes. Digo siempre cambiantes, porque tan pronto como la hoja, la flor o el fruto alcanzaban su pleno desarrollo, por algún misterioso poder eran arrancados del árbol, como recogidos por manos invisibles, y llevados a uno u otro de la multitud de apartamentos que nos rodeaban por completo. Era una lección objetiva del proceso de la naturaleza, cuyas poderosas fuerzas operaban visiblemente ante mis ojos. Contemplé el espectáculo con asombro, casi con admiración, y al mismo tiempo me maravillé del uso que se daba a los productos de este maravilloso árbol.

Como para responderme, Siamedes se inclinó y recogió dos o tres de las hojas que habían caído a nuestros pies; su color era de un verde pálido, brillante, casi esmeralda, mientras que al tacto eran suaves y aterciopeladas. Cuando las hube examinado a fondo, mi compañero cerró la mano sobre ellas, y al apretarlas fui consciente de un olor muy suave y delicado, que me produjo un efecto marcado y estimulante. Luego abrió la mano, en la que sólo quedaba un rastro de humedad, pero ni rastro de las hojas. Una sonrisa se dibujó en sus facciones al ver mi asombro, y procedió a explicarme tan singular fenómeno.

«Esto -dijo- es el árbol, y también el agua de la vida, tan necesaria para restaurar el cansancio y recuperar el agotamiento de los que vienen aquí a descansar. Constituye un método de revigorización que equivale a la Coral. La corriente que alimenta y da energía a este árbol, así como a muchos otros en hogares similares, es la más fuerte y rica de la que tenemos idea; se nos dice que nace en la vecindad del trono de Dios, pues nunca varía en la constancia de su flujo. Para nosotros, que la conocemos mejor y observamos su funcionamiento, la cualidad más maravillosa que posee es su notable adaptación a los requisitos particulares de cada caso al que ministra. No nos deja nada más que hacer que mirar y esperar mientras obra una restauración completa. Cuando su refrescante rocío cae en los ojos, los cimientos de la fuente de las lágrimas se enjugan por completo; permanece sobre la frente gastada por la preocupación hasta que cada surco ha desaparecido; deja caer su semilla dentro del corazón roto, y luego lo lava con melodía hasta que la canción de la victoria ha florecido. Pero ven a ver a algunos de los amigos que yacen bajo la bendición de sus aguas hasta que se recuperan de los efectos de la «fiebre irregular» de la Tierra».

No intentaré describir los apartamentos en los que estos cansados hijos de la Tierra dormían las sombras. Si las palabras me sirvieran para el propósito, ninguna mente aprisionada en las limitaciones de la mortalidad tiene poder para comprenderlo. Baste decir que el amor había contribuido con la obra de su devoción; el afecto había prodigado sus tesoros más selectos; las gemas de alivio de cada suelo habían sido mejoradas; la simpatía y la habilidad habían agotado sus almacenes, hasta que el Gran Diseñador de los cielos había hecho que ese lugar de descanso para sus hijos alcanzara la pauta de su propio deseo, y luego lo declaró bueno.

Al llegar a la segunda terraza, Siamedes se detuvo cuando nos acercábamos a la entrada de un apartamento, para explicarme las circunstancias del caso. Allí yacía una madre cuyo despertar estaba siendo velado por tres de sus hijos. Era hija de un comerciante ignorante pero extremadamente ortodoxo, que había recibido su religión como una especie de herencia. Se casó

con un hombre que había sido apartado por su familia para el púlpito, pero él mismo era demasiado concienzudo como para predicar lo que para él no era más que la mitad de la verdad, y a pesar de las urgentes persuasiones de ambas partes, persistió en seguir su oficio de impresor. Con la llegada de las responsabilidades familiares, sus recién nacidos sentimientos paternos ampliaron aún más el abismo que lo separaba de la ortodoxia, y renunció a la última idea de convertirse en predicador. Su esposa estaba temerosa, pero su amor era verdadero. En la iglesia empezaron a oírse rumores sobre su estado de ánimo y, por el bien de los demás, le pidieron que dimitiera. Su mujer se fue con él. Entonces los desilusionados padres del hombre, viendo que sus esperanzas se desvanecían rápidamente en el olvido, se unieron para tratar de restaurar a la oveja descarriada, y después de mucha oración llegaron a la conclusión de que Dios había ordenado una pequeña prueba como medio de asegurar el regreso del descarriado. Acto seguido, visitaron a su patrón y, con unas cuantas insinuaciones calumniosas, consiguieron que lo despidieran. Siguieron nueve meses de privaciones gradualmente crecientes, durante los cuales los tres hijos aumentaron con un cuarto, aunque los padres justos no se atrevían a ayudarles a resistir los castigos de Dios, proporcionándoles algún alivio. Pero la esposa nunca permitió que se apagara el fuego de su amor; nunca salió de sus labios una murmuración; ninguna pregunta ansiosa sobre si él había tenido éxito —cuando sus cansados pasos sonaban en sus oídos como música nocturna—, para que su pregunta no aumentara su decepción.

Uno a uno fue desprendiéndose de cada pequeño tesoro que desde niña había aprendido a valorar, para poder ingeniárselas y encontrar algo para aquellos tesoros aún más preciosos que Dios había confiado a su educación. Aun así, resistieron las súplicas de la iglesia, pues no veían que su desgracia fuera la voluntad de Dios, y medio sospechaban que tenía más que ver con la voluntad de un padre mucho menos generoso. Fue una dura batalla que tuvieron que librar durante años; a lo sumo, el éxito del marido no aseguraba más que una mera subsistencia, y los niños siguieron llegando hasta ser trece. Ella asumió su parte con valentía, haciendo esfuerzos casi sobrehumanos para llegar a fin de mes. "Dios sabía lo que era mejor, y al final todo saldría bien si ella cumplía con su deber". Así fue como las horas de medianoche la veían remendando, parcheando, zurciendo; la mañana la encontraba cansada, planeando, esperando.

En las horas solitarias del día, cuando los niños estaban en la escuela y su marido en el trabajo, lloraba, rezaba y anhelaba el descanso que nunca llegaba. Una tras otra, tres tumbas se habían abierto ante ella, y el cielo había recibido a tres queridos por los que el corazón de su madre suspiraba con un amor cada vez más fuerte. Sin embargo, para el mundo ella tenía sus sonrisas, y pocas personas pudieron siquiera imaginarse la lucha con la que tuvo que lidiar. No era consciente de la sobrecarga que sufría; sólo sabía cuánto más necesitaba de lo que tenía tiempo o fuerzas para llevar a cabo. Pero el descanso llega. La ferocidad de la batalla, la agitación incesante, la lucha interminable, la esperanza aplazada se hicieron demasiado pesadas para sus hombros, y cuando aún era relativamente joven se hundió bajo la carga».

Cuando terminó su recital, se acercó y apartó las ricas colgaduras que cubrían la entrada, y nos encontramos en el apartamento donde dormía esta heroína de la batalla de la vida, custodiada con el mayor cariño —puedo decir, paciencia— por aquellos tres que tenían derecho a llamarla por el nombre más dulce que conoce una mujer. El mayor era un joven a punto de llegar a la edad adulta, la siguiente una muchacha no mucho menor que él, y el tercero un muchacho que acababa de entrar en la adolescencia. Con sus vestiduras de una blancura casi inmaculada, parecían ángeles esperando allí, no brillantes y resplandecientes en sus personas, sino con un halo suave y tenue que se

desprendía de ellos, suficiente para mostrar que no eran moradores de la Tierra. Había allí otros dos amigos, pero Siamedes me hizo saber que se trataba de ministros que Myhanene había dejado a su cuidado cuando la recibió desde el cuerpo, y la llevó allí.

Los únicos sonidos que rompían el silencio eran los suaves besos que los niños le daban en los labios, las mejillas y la frente, como si estuvieran impacientes por que terminara aquel sueño para poder oír de nuevo su voz. De vez en cuando veía surgir el rubor de la excitación en cada rostro ansioso cuando ella se daba la vuelta o se movía en el diván, y me di cuenta de que me habían traído aquí para verla despertar. Al cabo de un momento dio un suspiro, se estiró, se volvió y se estiró de nuevo. Los sirvientes retiraron a los niños; Siamedes me dejó y ocupó su lugar junto al diván. Lentamente agitó la mano sobre el rostro de la durmiente, que yo ahora no podía ver, pero por los movimientos de su cuerpo pensé que su sueño había terminado, o estaba a punto.

Otro estiramiento, un momento de silencio, luego un largo suspiro, seguido de: «¿Dónde estoy?».

«¡Mamá!», gritaron a coro todos los niños, que se abalanzaron sobre ella para abrazarla.

Pero yo estaba fuera. Aquel encuentro era demasiado sagrado como para quedarme a contemplarlo.

Poco después se descorrieron de nuevo las cortinas y la llevaron a echar su primera ojeada al cielo. ¿Qué otra cosa podía parecerle? Fuera lo que hubiese sido antes, ahora era sin duda el cielo para los niños que se aferraban tan estrechamente a ella.

¡Qué hermosa se veía en su fuerza y paz recién encontradas, que la vestían como un manto de dulce reposo, mientras se apoderaba de ella el reconocimiento de que nunca más llegaría a saber de cansancio y debilidad!

Cuando se detuvieron en el borde de la terraza, entre las flores, para que ella observara los alrededores, me sorprendió ver que Myhanene estaba a su lado. Al concentrar mi atención en ella, no me había dado cuenta de que era él quien la sacaba de la habitación. ¿Dónde y cómo había llegado? Cuando me apresuré a salir no estaba allí —no había entrado desde la terraza—, ¿cómo había llegado? Siamedes se unió a mí en ese momento, y le planteé mi pregunta.

«Myhanene la trajo de la Tierra -respondió- y por lo tanto le correspondía a él ser el primero, después de sus hijos, en darle la bienvenida».

«No tenía ni idea de que estuviera aquí».

«No estaba. Cuando la vi despertarse mandé a buscarlo».

«¿Vive cerca, entonces?».

«Lo cercano y lo lejano sólo existe espiritualmente aquí -respondió-; pero veo que aún no conoces nuestros métodos de comunicación y viaje».

«No».

«¿Recuerdas -continuó- que cuando estabas en la Coral, Myhanene proyectó un destello de luz cuando quiso hablarte?».

«¡Sí!».

«Tú no entendiste eso, pero tu amigo leyó el mensaje que él transmitió, y le dio interpretación. Esos destellos vuelan con la rapidez del pensamiento, y encuentran su destino instantáneamente, y cuando la ocasión lo requiere, tenemos el poder de viajar con igual celeridad; así que ya ves, la

oración es contestada mientras aún estamos hablando, y la idea del tiempo y el espacio aniquilada en la ministración espiritual».

«Entonces, ¿no vais siempre a pie o a caballo?».

«De ninguna manera. Mira, en las visitas que has estado haciendo, tu caminar ha sido por el aire con frecuencia, sólo que aquí eso es tan natural que no lo has notado».

Cualquier adicional comentario posible fue interrumpido por Myhanene, que nos llamaba para felicitar a nuestra hermana, después de lo cual los niños hicieron una larga explicación sobre quién era Siamedes, y todo lo que él había hecho por ellos mientras esperaban; entonces, suavemente atrayéndola hacia el borde de la terraza, Myhanene la rodeó con su brazo y en feliz grupo comenzaron su viaje aéreo hacia ese descanso que era la legítima compensación de esa alma una vez oprimida.

Hicimos varias visitas más, con unas historias de vidas contadas para mi instrucción, pero debo contentarme con registrar la última, que llamó de inmediato mi atención por la presencia de un número de brillantes líneas de cabello púrpura que, emanando del cuerpo de la durmiente, atravesaban y salían de la habitación, no sabía a dónde. Mi amigo me informó de que se trataba de cordones de amor que existían a causa del dolor incontrolable de los amigos que quedaban atrás. Explicó que a menudo se experimentan grandes dificultades al tratar con estas atracciones terrestres, y que si los amigos supieran cómo su dolor desenfrenado encuentra una respuesta en aquellos por quienes se lamentan, perturbando y rompiendo su descanso, sería de gran ayuda para remediar el mal del que son involuntariamente causa. Si el durmiente se despierta antes de que la fuerza de estos cordones pueda debilitarse, lo que no sucede con poca frecuencia, el alma es atraída de nuevo a la Tierra, y naturalmente participa de la agonía de sus amigos, que también aumenta al descubrir que el alma es impotente tanto como para dar a conocer su presencia, como para de alguna manera servir de alivio al doliente.

En el caso que nos ocupa, se habían enviado mensajeros continuamente y se había empleado toda la influencia posible para intentar detener el torrente de estos amigos afligidos. Ahora ella estaba despertando y Siamedes pudo ver que lo inevitable debía suceder. Esto me recordó mi conversación con Cushna sobre cruzar las nieblas. Pero él estaba lejos, me había dejado tan pronto como pasamos el puente a nuestra llegada. Mencioné el asunto a Siamedes y me atreví a aventurar la esperanza de que si ella se sentía atraída de vuelta, y alguien la seguía, se me permitiría hacerles compañía.

«Enviaré a buscar a Cushna -respondió-; tal vez él asuma la misión y te lleve con él».

Vi el mensaje de luz volar con su recado, luego su respuesta, y casi inmediatamente Cushna mismo estaba a nuestro lado.

Ahora iba a presenciar un segundo despertar, que podría haber sido tan hermoso y pacífico como el otro; pero, ¡oh, qué diferente!

Lector mío, piensa en estas experiencias mías como quieras, clasifícalas en la categoría de ficción si quieres, pero por amor a Dios, escúchame cuando te pido que te controles cuando lamentas la ausencia de un ser amado que se ha ido. Dios sabe que el llanto de un corazón quebrantado es amargo, pero recuerda, si el primer deber de un seguidor de Cristo es el amor, el segundo es la abnegación. Tu pérdida es la ganancia de ellos, entonces te pido que te alegres, porque grande es su recompensa. Si realmente los amas, calma tu dolor, porque el descarte del cuerpo no ha perturbado la sede del amor y tu agonía vibra en sus cordones tanto como siempre, y al llegar a ellos donde

están, perturba su descanso y pospone su felicidad. Recuerda que mientras están aquí, su alegría está en correspondencia con tu participación en ella; ¿crees que han cambiado tan inmediatamente que podrían contemplar en éxtasis el rostro del Salvador, perfectamente conscientes de tu agonía, pero indiferentes a ella? Si te afliges por amor, tranquilízate; Si lloras por sentimentalismo y moda, puedes continuar, eso nunca los alcanzará donde están. El amor, el amor puro y desinteresado tiene este poder, y es a esto a lo que ahora apelo. No llorarías si pudieras permanecer un breve momento donde yo he estado y ver las cosas que yo he visto; entonces estarías contento de dejar que los seres amados descansan en paz en el seno de su Dios; y por lo tanto, te suplico, seca tus lágrimas y déjalas reposar hasta que amanezca y tus sombras se hayan ido.

En ese momento no había la menor duda de que el sueño había terminado, y podía ver que con cada nueva señal de consciencia las líneas ejercían una influencia creciente sobre ella. En su duermevela musitaba varios nombres, como si alguien la estuviera llamando, pero estaba demasiado cansada para despertar en ese momento; después se despertó de mala gana en un estado aturdido, medio irritable; luego, un recuerdo confuso pareció apoderarse de ella. Temblando, se volvió en la dirección en que corrían los cordones, al mismo tiempo que respondía distraídamente: “Ya voy, querida”. Luego se levantó del sofá, los cordones aumentaron momentáneamente su poder sobre ella; al principio se movía lentamente, pero a cada paso aumentaba su fuerza y velocidad; marcas de ansiedad comenzaron a aparecer en su rostro cuando apartó las cortinas y pisó la terraza. Su excitación ahora se volvió intensa, se apresuró hacia adelante, y yo me habría interpuesto para evitar que se arrojara, pero Cushna me retuvo. El amor equivocado la estaba llevando a una agonía como yo no podía imaginar en aquel entonces; y nadie tenía derecho a usar la fuerza para contenerla. Todo lo que podíamos hacer era seguirla y salvarla. Llegó al borde de la terraza, pero no dudó ni vaciló. Se arrojó y se fue.

Cushna me agarró de la mano y me pidió que cruzara las nieblas en una misión de salvación.

Capítulo 12

Tras las nieblas

Por primera vez, quizá debido a lo que Siamedes me había dicho, me di cuenta de que no caminábamos; y mi rápido paso por el aire era tan agradable como novedoso. No había ningún esfuerzo en mi vuelo, de hecho no era consciente de ejercer ningún poder de locomoción. Cushna me tomó de la mano y tal vez ejerció la fuerza necesaria para llevarnos por el camino. Durante un tiempo considerable no habló ni dio la menor indicación de que fuera consciente de mi presencia.

Nuestro tránsito no fue ciertamente instantáneo; tal vez yo no era todavía capaz de hacerlo, o pudo deberse a otras causas, no puedo decirlo, pero cuando vi las nieblas a poca distancia delante de nosotros, mil preguntas se agolparon en mi mente, mientras un estremecimiento de excitación se apoderaba de mí. En mis condiciones cambiadas, ¿se ofrecería la Tierra como una sorpresa, o no? ¿A qué distancia estaría? ¿Iba a reconocer el primer lugar que avistara? ¿A cuál de mis conocidos iba a ver primero? ¿Vería Londres?

Nos acercamos a las nieblas, pero no hicimos además de descender para atravesarlas, lo cual me sorprendió un poco, hasta que recordé que Helen había dicho que, al volver a la Tierra, cruzábamos por encima de ellas. Sí, ¡estábamos por encima de ellas! Ahora, en cuanto al gran secreto del reverso de la vida, ¿cuál sería? ¿Qué revelaría? ¡Vaya!

Las habíamos pasado. Estaba oscuro y me sentí decepcionado. Hubiera preferido cruzar a la luz del día en mi primer regreso. Además, hacía mucho frío; sentí que me recorría un escalofrío y por un momento dudé en seguir adelante. No tenía ni idea de a qué distancia o en qué dirección se hallaba la Tierra; en toda la penumbra, lejana o cercana, no había ningún faro que atrajera mi atención. Cushna me apremió durante un rato, y luego, deteniéndose todavía en la oscuridad, me preguntó juguetonamente qué pensaba de mi visión de la Tierra desde el lado inmortal.

«Todavía no la he visto- le contesté- ni percibo señal alguna de ella, a menos que de ella surjan estos sonidos indistintos y confusos».

«Eso es justo lo que esperaba. Has caído en el gran error de la humanidad de no comprender la relación que existe entre los aspectos físicos y espirituales de la vida. Esto surge de la falta de pensamiento, y constituye el mayor obstáculo en el camino de la comunicación entre nosotros y los que se quedan atrás; y el tratarlo abre la totalidad de esta cuestión. En el cuerpo no comprenden la verdadera diferencia que existe entre la condición espiritual y la física, imaginando erróneamente que esta última es la superior de las dos. Sostienen que desprenderse del cuerpo es renunciar a todas las ventajas, a todos los poderes y a todos los logros. El trabajo, el progreso y el desarrollo cesan, y el alma se vuelve visionaria e intangible, incapaz de seguir ninguna de las actividades para las que la Tierra le proporcionaba todas las ventajas.

»La muerte da un golpe sobre la mesa y dice, a las poderosas influencias de la mente: «Hasta aquí, pero no más allá»; la tumba abre sus fauces y grita al océano creciente de la capacidad humana: «Aquí se detendrán tus orgullosas olas». En el cuerpo son capaces de atacar y superar las dificultades, pero hemos perdido el poder de hacerlo, habiéndolo depositado en la tumba. Tal es la ilusión que abriga un sector de la humanidad; nuestros amigos de la iglesia forman otro. Suponen, y con mucha razón, que si se abriera la comunicación continuaría la corriente de la revelación, pero se imaginan, crédula e inadvertidamente, que Dios ha dicho su última palabra a ese respecto, por lo que sostienen que cualquier intento de romper el silencio de la tumba es un artificio del diablo para destruir sus almas. Ahora bien, un poco de razonamiento sosegado e imparcial pronto perturbaría los fundamentos de ambas objeciones y abriría la puerta a más luz sobre el tema.

»En primer lugar, el cerebro no es la mente, sino simplemente el instrumento conveniente por el cual opera bajo ciertas circunstancias. Entre los dos existe un abismo infranqueable, tan profundo y oscuro que el hombre más sabio no ha descubierto por qué medios están conectados. Basar una suposición en esta ignorancia es el colmo de la locura, y equivale a declarar que el violinista está muerto porque las cuerdas de su violín están rotas. La segunda, o la parte eclesiástica de la objeción, es, si cabe, la más incoherente de las dos. Adoran a Dios como inmutable '*sin mudanza ni sombra de variación*', y cuyo conocimiento se deriva de la inmutabilidad de sus leyes. La Biblia está entretejida en su urdimbre y trama con el ministerio de los ángeles. La reaparición de Cristo después de la muerte es la piedra angular de su fe, sin la cual sería vana, y sin embargo niegan la posibilidad de una comunión abierta y declaran que este Dios inmutable ha cambiado, o al menos lo ha hecho esta única ley, y que el ministerio angélico ha cesado».

«Tienes mucha razón en tus acusaciones -dije-, pero no veo qué relación tiene esto con que yo no pueda ver la Tierra, es decir, si estamos a la vista de ella».

«Lo que te desconcierta puede tener una explicación muy sencilla, y entonces verás que las dos ilustraciones se basan en una misma verdad. Nuestros amigos teólogos no creen en el ministerio de los ángeles, porque somos insensibles a su vista; tú también eres incapaz de apreciar nuestra

efectiva contigüidad a la Tierra por la misma razón. ¿A qué se debe esto? Sencillamente a que has cambiado el punto de vista de tu observación, y al hacerlo te has vuelto invisible para la Tierra y lo físico, mientras que ellos, al mismo tiempo, se han vuelto igualmente imperceptibles para tu sentido espiritual. Para cada uno de los lados, las personas son tan reales y tangibles como siempre, pero un lado respecto al otro es tan irreal como te han enseñado a considerarnos. Así que ahora tienes que indagar la Tierra, para ti, como mundo visionario, intangible y casi inmaterial, y, tal como te indicaré, tú, como ser espiritual, seguirás siendo lo sustancial y real. ¿No es esto contrario a todas tus ideas?».

«Ciertamente; pero como pasa con la mayoría de la gente, mis ideas eran nebulosas e insatisfactorias».

«¿Pero pensabas en nosotros como criaturas invisibles, inmateriales, impalpables?».

«Supongo que sí, siempre que pensaba en el tema».

«Así somos para ellos en general, y así son ellos para nosotros; esto se debe a que el punto de sensación de la resistencia es diferente [*el punto de resistencia, en lo físico —y emocional e intelectualmente hablando— sería el resistirme al mundo espiritual, que se vuelve vago y nebuloso; y a la inversa, el punto de resistencia desde el mundo espiritual es la vaguedad de la Tierra ahora ("point of sensation of resistance")*]. Ahora estarás en condiciones de comprender lo que ha sido un misterio. Tú sigues siendo tan real y tangible como siempre, pero todo lo demás está alterado. El mundo espiritual se ha convertido en lo objetivo y natural, mientras que la Tierra ha cambiado a lo invisible, en gran medida. Lo que antes era sólido y te obstruía, ahora ya no lo es: los edificios, los árboles e incluso los cuerpos físicos de los hombres no son para nosotros más que la púrpura neblina que se ciñe alrededor de los hombros de una montaña, y ya no ofrecen resistencia».

«¡Vaya, Cushna! -dije entrecortadamente, a medida que la revelación se desplegaba, y siguiendo el movimiento de su mano, percibí gradualmente los contornos visionarios de los objetos que nos rodeaban-; ¡esta es la mayor sorpresa de todas! ¿Cómo puedo entenderlo?».

«Debes tener paciencia -respondió-. Un estudiante no comprende un idioma tan pronto como domina el alfabeto; pero eso no le impide continuar su estudio, si es sabio. Nadie sabe cómo es que es capaz de pensar, pero todo buscador de conocimiento se alegra de poder utilizar su cerebro, a pesar de que la explicación esté fuera de su alcance. Así debemos actuar en nuestro desarrollo. Cada etapa sucesiva por la que pasemos tendrá su misterio, pero cada una a su vez será resuelta, y dará lugar a problemas mayores, hasta que habiendo desplegado todas nuestras facultades, veremos a Dios. Si nuestros amigos de la Tierra reconocieran esto, cumplirían mejor su misión».

«Empiezo a ver ahora la dificultad de llegar a ellos; pero ¿no es posible hacer algo para corregir estos errores?».

«¡Sí! El amor vence a la muerte, y esa gran ley que rige y controla todo con nosotros, es también el medio por el cual podemos alcanzar y salvar a la humanidad. La simpatía, ya sea pura o impura, baja o noble, santa o profana, tiene una atracción natural por lo que es semejante a sí misma, y su poder no es destruido por la tumba, como has visto en la causa de nuestra presente misión. El amor une alma con alma, y tiene el poder de salvar cualquier abismo tan sólo con que sea fuerte y verdadero. Esto se admite parcialmente en la Tierra. Por ejemplo, se admite que una madre que está con nosotros puede ser consciente del bienestar continuo de su hijo, entonces ¿por qué negar la posibilidad de que la información se lleve en la otra dirección? Las experiencias del hijo no pueden

ser de ninguna ayuda para la madre, pero las de la madre o el padre supondrían una diferencia inestimable para el hijo. ¿Por qué, entonces, el conocimiento inútil debe ser ordenado, y el que sería útil negado? ¿Es éste el método habitual de proceder de Dios? ¿Por qué, entonces, si el amor puede atravesar las nieblas de la Tierra y gritar «vuelve», no podría viajar con la misma fuerza en la otra dirección y gritar «ven»?».

«Aun así, hay dificultades en el camino».

«Sí, pero de ninguna manera insuperables, porque no son naturales. Surgen enteramente del concepto erróneo al que me he referido. Danos en el lado terrestre una base de operaciones, que existiría si se siguieran las sencillas enseñanzas de Jesús, y el resto se lograría muy fácilmente».

«Desearía haber regresado primero a la luz del día. Creo que la oscuridad me causa más confusión de la que experimentaría de otro modo».

«¡Otro error! -replicó mi compañero con evidente diversión-; todavía no eres capaz de comprender la situación en su totalidad. Todo lo que ves que es real es espiritual, pero las cosas no son tan negras como parecen naturalmente en contraste con la vida sin sombras a la que te has acostumbrado últimamente. Hay signos del amanecer a nuestro alrededor, y no hay duda de que el sol está saliendo».

«¿Te refieres al Sol espiritual?».

«¡Sí! El Sol de la Rectitud [*Righteousness*], que ahuyentará la noche del egoísmo, la ignorancia, el fanatismo y la superstición, y establecerá en la Tierra la paz y la buena voluntad para con el hombre».

«¿Qué indica el aire frío y penetrante?».

«El grado de caridad registrado por el termómetro espiritual».

«Mira esa sombra que se mueve, Cushna, ¿qué es?».

«Un hombre -respondió- en el que no hay espiritualidad, por eso lo vemos como una sombra oscura. A medida que uno se hace más semejante a Cristo, el cuerpo se ilumina con una gloria centelleante que corresponde a la luz sin sombra del paraíso».

«¿Es así siempre?».

«Siempre. La cantidad y la calidad de la luz que irradia un hombre, declara su verdadera condición. No hace falta que nos lo digan, es imposible engañarnos, porque es imposible alterar el testigo».

Qué torrente de luz arrojó este sencillo incidente sobre toda una serie de pasajes bíblicos que se precipitaron en mi mente con la rapidez del pensamiento; la profecía de Isaías: '[tinieblas cubrirán la Tierra, y una espesa oscuridad cubrirá a las gentes](#)'; el postulado de San Juan, de que '[la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden](#)'; y la declaración terriblemente clara del Salvador: '[Este es el juicio: que la luz ha venido al mundo, y los hombres aman más las tinieblas que la luz, porque sus obras son malas](#)'. Entonces pasaron involuntariamente por mi mente otras palabras que dieron énfasis a la vívida ilustración que me ofrecían sus observaciones: '[Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder](#)'. Qué otra revelación se abría ante mí de la terrible sublimidad y realidad de la vida.

Mi compañero no me dejó mucho tiempo pensando en estas cosas antes de recordarme el motivo particular de nuestra visita, y me indicó su deseo de dirigir su atención en esa dirección. Mientras le seguía, mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra en que nos movíamos, y aunque todo seguía siendo indistinto y sombrío, me fue posible trazar mejor sus contornos y comprender qué era lo que estábamos atravesando.

Capítulo 13

Dos ilustraciones

Entramos en el recinto de un cementerio. Pude ver los vaporosos monumentos que, como fantasmas vestidos de gris, custodiaban los lechos donde dormían los muertos. A poca distancia de nosotros había una mujer que, a primera vista, identifiqué como el objeto de nuestra solicitud. Estaba de pie junto a una tumba recién hecha, sobre cuyo túmulo distinguí en seguida a otra mujer joven, sentada con la cabeza entre las manos, llorando. No fue necesaria ninguna explicación para saber que se trataba de una de las amigas cuyo dolor incontrolable había arrastrado a esta alma de hermana desde la paz y la felicidad a una experiencia de cuya naturaleza, por el momento, no tenía la menor idea. Estaba más que interesado. Era mi primera lección objetiva sobre el poder del amor para vencer a la muerte. Aquellas finas líneas púrpuras, a las que he aludido antes, eran ahora más brillantes y más fuertes, uniendo sus almas en una unión más estrecha, mientras yo veía continuos destellos de simpatía que iban y venían, leídos y comprendidos completamente por la una, pero por la otra, desgraciadamente, ignorados y desconocidos, tan ajena estaba ella al deseo de su corazón. Cómo anhelaba poder derribar los últimos vestigios de aquella barrera y ver caer a cada una en brazos de la otra, salvado el abismo de sus lágrimas y destruida la brecha. En mi compasión, me sentí tan ansioso por intentar conseguirlo, que Cushna me hizo retroceder, para que mi impaciencia no destruyera lo que, de otro modo, estaría dentro de los límites de lo posible. Él estaba tan tranquilo e impasible como las lápidas que nos rodeaban, sin el menor rastro de sentimiento o emoción, hasta que empecé a preguntarme si podía ser realmente el mismo hombre que reveló tener un sentimiento tan profundo hacia Marie. Más tarde descubrí que su calma no era más que la placidez de la confianza; cada poder que poseía estaba en alerta, esperando y vigilando para poder prestar el servicio más sustancial cuando llegara el momento de hacerlo.

Era un espectáculo patético ver el amor de la llorosa hermana entrelazarse alrededor de la forma de aquel espíritu, a pesar de la evidente renuencia de aquélla a ceder a la influencia de la profunda pena. Pobre niña [*se refiere a la espíritu*], ¡qué diferente habría sido su suerte en aquel momento de no ser por el torrente de aquella pena desencaminada! Que ella se daba cuenta de esto era demasiado evidente. Su amor no había cambiado, pero ¡oh, si hubiera descansado un poco más! Si hubiera ganado un poco de fuerza, o hubiera sabido de qué manera podía servir a la doliente; pero ahora estaba indefensa; la habían hecho sufrir presenciando la agonía, sin poder atender esa agonía. El triunfo de la pena se hizo momentáneamente evidente, los cordones, continuamente contrayéndose, habían atraído a una al lado de la otra, y el brazo de la inmortal pasó sin sentirse alrededor de la forma temblorosa de su hermana menos afortunada; labios —demasiado de cielo para que la carne los sintiera— apretaron sus besos sobre aquella frente palpitante en vano intento de aliviar y calmar, hasta que me pregunté si era posible que un velo pudiera suspenderse entre ellas.

Parecía que había llegado el momento de que Cushna actuara, y en seguida dio a conocer nuestra presencia, animando al mismo tiempo a nuestra amiga a que hablara con su hermana, cosa que, por extraño que parezca, no había intentado todavía desde nuestra llegada. Al oír su voz, ella se volvió

con una mirada medio inquieta, medio incrédula, como preguntando «si no puede verme, ¿cómo va a oírme?». Pero él la persuadió y le prometió su ayuda, mediante la cual sería posible, al menos, causar alguna pequeña impresión, hasta que vi que ella empezaba a tener esperanzas incluso aunque temblara de miedo.

Retirándole suavemente el brazo, se levantó, se arrodilló ante la llorosa muchacha, la miró fijamente a la cara y murmuró:

«¡Sarah! ¡Querida! ¡Sarah!».

El sonido fue suave y musical como un céfiro de verano, y tuvo éxito, creo que incluso más allá de las expectativas de Cushna. La muchacha levantó la cabeza y las lágrimas dejaron de brotar por un momento. Miró a su alrededor como si no estuviera segura de si el eco de su propio dolor la había engañado o si realmente había oído una voz. El amor luchó con el miedo, y la duda con el fuerte deseo, hasta que el miedo y la duda prevalecieron y la pena volvió a dominar.

El éxito, sin embargo, superó todas las expectativas. Algo se había hecho, y la oradora no se amilanó en absoluto ante el resultado final. ¿Acaso no había detenido las lágrimas por un momento?

«Habla otra vez», dijo Cushna alentadoramente.

De nuevo sonó la suave voz, pero esta vez iba acompañada de tal intensidad de amor y patetismo, que seguramente debía destruir toda duda en la mente de la hermana.

«¡Sarah, querida! No llores; soy yo, Lizzie. He sentido tu pena y me ha traído de vuelta del cielo».

Esta vez la voz se oyó más claramente; su cabeza se levantó antes de que el mensaje estuviera a medio completar, y los ojos, todavía nadando en lágrimas, se volvían ansiosamente en todas direcciones. No se veía a nadie; ¿de dónde podría venir el sonido? No había duda; los viejos y familiares tonos le resultaban demasiado conocidos, aunque llegaban tan suavemente que apenas se distinguían de sus propios pensamientos. Ah, ahí podía estar la solución. Era justo lo que Lizzie habría dicho, y la memoria la habría engañado hasta imaginar que había vuelto a oír su voz. Para ahorrarse esta segunda decepción, Cushna se acercó ahora y extendió toda su influencia sobre la muchacha cuya mente estaba tan dividida, diciéndole al mismo tiempo a Lizzie que la llamara una vez más. Ahora prevalecieron la esperanza y la certeza. No había la menor duda; era su hermana quien le había hablado, aunque fuera invisible. Con un grito de alegría se puso de pie y corrió hacia su casa con la feliz noticia.

Nosotros la seguimos. Lizzie estaba eufórica ante la plenitud de su inesperado éxito. Cushna había recuperado la calma y su consideración; yo me encontraba en un estado de desconcierto indescriptible. Si lo que acababa de presenciar era todo lo que parecía —es decir, si era real y no un sueño—, la muerte era una quimera que pronto desaparecería, y la declaración de Cristo a Marta: «[el que vive y cree en mí no morirá jamás](#)», se convertiría en un hecho literal, en lugar de una ilustración espiritual. La distancia que ahora nos separaba de la Tierra era ya tan pequeña que un leve susurro podía atravesarla y oírse claramente al otro lado; pronto no sería más que un velo, tal vez lo bastante delgado y transparente para que nuestras formas se hicieran visibles; entonces se rompería... y todo quedaría restablecido.

Pero me precipitaba.

La alegre noticia de la que era portadora dio celeridad a los pasos de Sarah cuando se apresuró a regresar a casa, como la Magdalena, con la noticia de que la piedra había sido removida de la tumba y su hermana no estaba muerta.

«Me habló mientras estaba sentada sobre su tumba -exclamó, muy emocionada-; al principio no me lo podía creer, pero ella volvió a hablar, me llamó por mi nombre y me dijo que estaba aquí. Entonces, por tercera vez, la oí, y no pude dudar. No está muerta, sino que sigue con nosotros, aunque no podamos verla. ¡Está aquí! ¡Escuchad! Escuchad y la oiréis como yo».

¡Pobre alma! La exuberancia de su alegría fue atribuida a una mente desquiciada, y padres y amigos se lamentaron aún más de que la muerte de una hija hubiera ahogado la razón de otra.

En vano trataba Lizzie de hacer notar su presencia; era imposible que su voz suave y apacible se oyera en medio del clamor de tan autoritarios prejuicios. Esperó un momento de silencio al lado de su hermana, cuando volvió a hablarle, pero si su voz fue oída, ya no encendió la recién descubierta alegría; las frías aguas de la intolerancia la habían apagado con demasiada eficacia como para volver a encenderla, al menos por el momento. Ante este descubrimiento, ella también comenzó a llorar; la Tierra se alejó del cielo; la brecha que por un breve momento había sido salvada, y que parecía tan brillante de esperanza, se había convertido de nuevo en un abismo negro e infranqueable, y la ignorante suposición de los amigos en la Tierra adquirió el poder de oscurecer las alegrías del paraíso.

Las atenciones de Cushna se dirigieron ahora a alejar a Lizzie de la casa, donde las influencias de la atracción habían cesado por completo de operar, habiendo sido suplantado el amor por una superstición intolerante. En estas circunstancias, la devoción pura y desinteresada de Cushna tuvo la mayor fuerza, ella correspondió a esa simpatía, y como en el caso de Marie, su pena dio lugar al agotamiento. Cushna acudió ahora en su ayuda, entregándola a cargo de unos amigos para que la llevaran de vuelta a Siamedes, donde dormiría de nuevo.

«¿Cuánto tiempo dormiré esta vez?», pregunté, mientras nos dejaban.

«No puedo decirlo; probablemente tanto como antes; el tiempo varía según las circunstancias».

«¿Volveré aquí otra vez?»

«Es muy posible -respondió-; he conocido a algunos amigos que han vuelto tres o cuatro veces. Otros están tan fascinados por esta pena equivocada que quedan prisioneros de ella, y casi desafían cualquier poder que los aleje».

«Qué diferente habría sido si su hermana hubiera podido verla además de oírla».

«En absoluto; sólo se habría tomado como una prueba más de la locura de la pobre muchacha».

«Cuando salimos de la tumba pensé que todo terminaría tan felizmente».

«De ninguna manera tenía esperanzas de tal resultado; la experiencia me enseña lo contrario. Me volvería más optimista si pudiera ver una disposición por parte de los mortales a admitir la posibilidad de que hayamos alcanzado algún conocimiento que actualmente esté más allá de ellos. Pero no podemos esperar demasiado de su parte mientras se imaginan que nuestras únicas ocupaciones son cantar «Gloria, gloria, gloria» o retorcernos en tormentos indecibles. Ellos luchan la batalla, nosotros llevamos la corona; ellos perfeccionan la razón y el conocimiento, nosotros descansamos de nuestros trabajos. Nos tienen en la relativa estima de volúmenes anticuados en los

estantes de la biblioteca de la vida, obsoletos, como guías no fiables para ser seguidas, y ciertamente, como extremadamente peligrosas de consultar».

«¿No os desanima esto en vuestro trabajo?».

«¡No! Nuestro conocimiento del gobierno de Dios nos muestra que, en última instancia, todas las ideas erróneas de los hombres sólo pueden retrasar, no impedir, el éxito de la verdad. Conceden una importancia indebida a la vida terrestre, y cuando hacen eso transfieren las grandes ventajas, que son las características peculiares de este estado [*el espiritual*], a la condición terrestre. Con ellos todo está determinado por tres veintenas de años más diez [*una vida de 70 años, física*]; lo temporal gobierna lo eterno; lo finito controla lo infinito; las cosas que no son, se colocan en jurisdicción sobre las que son. Nosotros lo entendemos bien y, por lo tanto, podemos esperar, si es necesario; al mismo tiempo, no somos inconscientes de la ventaja de un comienzo correcto».

«¿No es esa una doctrina algo peligrosa de predicar?», pregunté.

«¿Por qué? Es la verdad; y no temo las consecuencias cuando se dice la verdad. Si la declaración del amor de Dios no es lo suficientemente fuerte como para atraer a todos los hombres hacia Él, la represión de esa verdad, o la fundación de cualquier sistema de terror, nunca conducirá a los hombres hacia Él. Cuando Dios ha formulado un plan de salvación, todo ello sólo muestra cómo el hombre se arroga todo el conocimiento cuando se atreve a intervenir para revisarlo y corregirlo».

«Casi me estremecería pensar en la forma en que vivirían algunos hombres -repliqué- si tuvieran la seguridad de que los males de la vida podrían ser rectificadas después».

«Eso es porque sólo estás viendo un lado de la verdad. Veamos cómo resultaría si se contara todo. Supongamos por un momento que la comunicación entre los dos mundos fuera un hecho reconocido, y que Marie pudiera contar en la Tierra la historia de sus experiencias en ambos, tal como tú la has oído, ¿crees que muchos de sus oyentes se preocuparían por cultivar sus celos?».

«¡No! -respondí-; si pudieran oírla como yo la oí, nadie se atrevería a afrontar las consecuencias».

«Entonces, ¿por qué temer la proclamación de toda la verdad, viendo que no es más que la aplicación de una secuencia justa? '[*Todo lo que el hombre siembra, eso también recogerá*](#)', pero la cosecha será natural y no vengativa».

«Tienes razón, Cushna -me vi obligado a reconocer-, mi idea era injusta, por ignorante».

«Ahora -dijo mi compañero- te daré un atisbo de un lado más brillante de nuestro trabajo, donde verás un motivo de esperanza, y todos esos resultados obtenidos que esperabas entre Lizzie y su hermana».

Mi agradecimiento apenas tuvo tiempo de expresarse antes de que entráramos en una habitación casi tan tangible como nosotros. Este hecho me desconcertó considerablemente en aquel momento, pero después descubrí que se debía a la espiritualidad del hombre que la utilizaba como estudio. La casa era una de esas modestas viviendas artesanas que abundan en las afueras del sur de Londres, construida para ser ocupada por dos familias, y la habitación en particular era la destinada a cocina en el piso superior. El estante de platos hacía las veces de estantería de una modestísima biblioteca, mientras que el mobiliario consistía en un sillón, un sofá y una mesa, en la que estaba sentado un hombre que apenas había alcanzado la flor de la vida, evidentemente muy interesado en un libro. Cushna me ordenó que observara el efecto diferente de su discurso, respecto al que acompañó a las primeras palabras de Lizzie a su hermana.

«¡James!», dijo en voz apenas superior a un susurro.

Al instante el lector levantó la cabeza, nos miró con una sonrisa de bienvenida y respondió:

«¡Oh! Cushna; ¿eres tú?».

«¡Sí! ¿Estás ocupado?».

«No si me necesitas», fue la respuesta.

«Deseo mostrarle a este hermano con qué facilidad podemos hablar contigo, así que me gustaría que escribieras un mensaje para nosotros».

El libro fue dejado a un lado, papel y pluma estuvieron dispuestos a mano en un instante, y él estaba esperando para comenzar. En el deleite de esta nueva revelación, todo lo demás quedó, por el momento, fuera de mi mente. Todo era tan natural, que casi olvidé que había pasado al mundo de los espíritus. Ya no había ni una sombra entre los dos estados; ya no eran dos, sino sólo dos aspectos de uno.

«¿Quizás te gustaría a ti dar el mensaje?», me sugirió Cushna.

«Me gustaría, pero esta revelación sobrepasa completamente mis poderes», respondí.

«Entonces lo haré yo. A ver, ¿qué digo?».

«Esta es una buena oportunidad para uno de tus impromptus», dijo el escriba que esperaba.

«Muy bien. Puedes llamarlo...

EL PASAJE DE LA MUERTE

*Oh, hermanos de la Tierra —
donde el alma tiene su nacimiento—
que tiemblan al pensar en el Jordán;
cuando me dormí, encontré que la profundidad
era la onda de una nube, no un río.*

*Los hombres dicen que la tumba
yace oculta en la penumbra,
de donde salen demonios y diablos;
yo atravesé el lugar,
en mi carrera,
y os digo que no hay valle.
Dicen que, cual guardián,
en una puerta atrancada,
hay un ángel de pie, en posición;
yo pasé por encima del terreno,
pero ningún obstáculo encontré,
así que os digo, ¡no hay puerta alguna!*

*No hay puerta donde los hombres se estremezcan,
ningún valle oscuro y plomizo,
ningún río que se resista a tu curso;
Sólo sentí un escalofrío...*

*luego quietud... y todo estaba calmo,
Y me quedé en las laderas, más allá de las nieblas.*

No hubo ningún desliz, duda o incertidumbre desde el principio hasta el final del mensaje; ningún asombro o extrañeza por parte del amanuense, que escribía tan tranquilamente como un oficinista que recibe cartas al dictado de su patrón. Me di cuenta en aquellos pocos minutos de que si no existía ningún otro vínculo en toda la Tierra, aquél era suficiente para mantener los dos estados de vida en un lazo de indisoluble unión, y capaz de fortalecerse hasta que todos los errores de la carne fueran corregidos, y el último hijo rebelde de la Tierra haya respondido a la invitación de su Padre: «Ven».

Terminado el escrito, se leyó por encima, y luego se dejó a un lado para añadirlo a un volumen de tales mensajes, que, de tiempo en tiempo, eran recibidos de parte de los miembros del numeroso grupo de espíritus a cuya disposición ponía sus servicios aquel profesor verdaderamente inspirado. Hecho esto, preguntó:

«¿Puedo hacer algo más por ti?».

«No por el momento».

«¿Verás pronto a Zangi?».

«Puedo comunicarme con él si necesitas algo».

«Podrías decirle que Aylmer no está muy bien, y me alegraría si fuera a verlo».

«¿Qué le pasa?».

«¡Oh! No mucho, pero le da una excusa para preguntar por Zangi».

«Dile al niño que se lo haré saber enseguida. Que Dios te bendiga».

Me informaron que hasta tal punto se había abierto la comunicación con esta familia que varios de los niños podían conversar con nosotros casi tan fácilmente como el padre. Sin embargo, no había nada que los distinguiera del resto de la humanidad. El privilegio era uno sagrado, e implicaba una gran responsabilidad, por lo que nunca se exhibía ante la muchedumbre vulgar para satisfacer una curiosidad morbosa. Eran muy pocos los que conocían los asombrosos hechos, y menos aún los que podían estar presentes cuando se celebraba una entrevista de este tipo. En presencia de esta familia, algunos de nuestros amigos habían podido incluso asumir un cuerpo sólido, como hacían los ángeles antiguamente, y atender a las necesidades médicas y de otro tipo. El apego de ese pequeñuelo (de sólo ocho años) por Zangi, surgió de la gratitud por la recolocación instantánea de un tobillo dislocado que el médico había dicho que pasarían semanas antes de que pudiera usarlo.

«¡Cushna! -exclamé asombrado- ¿acabarán alguna vez las sorpresas que me estás deparando? Hablas como si todo fuera tan natural como pasar de una calle a otra».

«Lo es aún más -respondió- cuando tenemos la base necesaria de amor sobre la que trabajar, y una mente expectante para responder cuando hablamos. El hombre que nos escucha será escuchado por nosotros, y se le responderá cuando llame. Este era el secreto de la inspiración del profeta de los viejos tiempos; en este incidente no has presenciado nada nuevo, sino que simplemente se te ha hecho saber que los antiguos métodos y ventajas no han cambiado ni terminado. Sé que es extraño y sorprendente, pero eso se debe a que la humanidad ha errado y se ha desviado de la verdad, habiendo vendido su derecho de nacimiento a la comunión abierta por un plato de potaje

eclesiástico, y no porque Dios haya cambiado ni porque Su sistema de gobierno se haya alterado en modo alguno. Pero los días del error a este respecto están contados. Este canal de comunicación no es más que uno de los miles que se han abierto ahora, y que estamos utilizando constantemente para "[que salga lo falso y entre lo verdadero](#)".».

«Nadie necesita que le digan que el credo y la razón están en desacuerdo; esto fue lo que me mantuvo fuera de la iglesia toda mi vida».

«Una de las ilustraciones más flagrantes de esto se encuentra en la posición que la Iglesia ha asumido casi universalmente en el asunto de la comunión con espíritus. Se enseña como un artículo de fe que los espíritus malignos poseen y ejercen el poder de comunicarse con el hombre: pueden aparecerse, conversar y entrar en pactos, e incluso tomar posesión de los cuerpos de aquellos que están en afinidad con ellos; pero los hombres y mujeres santos que han dejado la Tierra no tendrían ya tales poderes o privilegios, ya que el permiso para esa interrelación les fue retirado hace mucho tiempo, porque su misión habría sido cumplida. En cuanto se aplica la razón a esta doctrina, se la destruye, sin decir nada sobre el carácter inmutable de Dios, que debe tenerse siempre presente. Esto convierte a Dios en uno arbitrario e injusto en el sentido más cruel, al conceder a sus enemigos ventajas que niega a sus amigos; da enormes facilidades para la tentación a los poderes de las tinieblas, pero niega la misma libertad de acción a los espíritus ministrantes que asisten a los hijos de la luz; abre avenidas más amplias en el camino de la destrucción, mientras que cierra uno de los senderos más brillantes que conducen a la vida; sin embargo, todo el tiempo dicen que '[Dios no hace acepción de personas](#)', que '[Él no quiere la muerte del pecador](#)', que '[Él salvará por completo a todos los que acudan a Él](#)', pero no son capaces de ver que su teología pone un gran escollo en el camino de todos los que tratan de venir».

«¿Pero acaso es un hecho -pregunté- que los espíritus malignos tienen las mismas facilidades de comunicación que los buenos?».

«Si recuerdas dos verdades muy sencillas -respondió- te ayudarán a resolver muchos problemas que de otro modo serían misteriosos. En primer lugar, no existe cautiverio por la fuerza en ninguna condición de nuestra vida. Ya has visto ejemplos de ello. Cada alma es libre de hacer su propia elección, pero naturalmente eligen lo que les es más agradable. En la Tierra, los prados son la morada natural de las ovejas, el agua de los peces y el aire de los pájaros; no es necesario —ni se intenta— poner restricciones para impedir que uno de ellos se entrometa en el dominio del otro, siendo suficiente el hecho de que no están constitutivamente dotados para ello. Lo mismo sucede con nosotros: un pecador no puede habitar en la región del santo, como una oveja no puede remontar el vuelo en compañía del águila.

»El segundo punto que debes recordar es: el poder de la simpatía. Es casi omnipotente. Como acabas de ver en el caso de Lizzie, así es en toda la creación, lo semejante atrae a lo semejante. En ausencia, pues, de toda fuerza disuasoria, cuando se ha establecido esta atracción de simpatía, ya sea de naturaleza santa o profana, las almas gravitan naturalmente unas hacia otras; pero ningún alma de nuestro lado ignora el hecho de que es individualmente responsable de lo que resulte de ello. Con las actuales ideas erróneas que existen, no es de extrañar que los espíritus inferiores e ignorantes encuentren la mayor de las atracciones por la Tierra».

«¿Entonces consideras el estado actual de vuestra comunicación con la Tierra como algo deplorable?».

«De ninguna manera. La época actual en la Tierra se caracteriza por una gran sed de conocimiento; hay un espíritu ferviente de búsqueda de la verdad. En el alma humana siempre ha existido un deseo natural de rasgar el velo que oculta la inmortalidad, un deseo nacido de la inspiración que presagia el éxito. Las almas audaces, a pesar de los anatemas de la Iglesia, han impulsado la investigación hasta que el velo ha cedido y la luz ha salido a raudales. Pero los indagadores, al mismo tiempo que se liberan de los errores en cierta dirección, se encuentran generalmente aferrados con mayor tenacidad a otros en otra dirección, de modo que la atracción que forman no es con espíritus a quienes la verdad haya hecho enteramente libres, sino con mentes inferiores que están en estrecha afinidad con sus propios deseos.

»Debo hacer aquí una advertencia, y es cuán necesario es establecer una distinción entre los que he llamado los amigos inferiores de nuestro lado y los más bajos. En todo caso, no estamos todavía divididos en dos clases: los buenos y los malos; pero el método de división que he señalado sugiere naturalmente casi innumerables grados de condiciones a través de los cuales sería del todo imposible trazar una línea divisoria. Ahora bien, la clase de almas atraídas por estos indagadores está espiritualmente en afinidad con ellos mismos, pero por razón de su vida con nosotros [*la vida de esas almas "con nosotros", quizá en sentido general, con espíritus en general*], pueden enseñar muchas verdades que prepararán el camino para que les sigan ministros más elevados y poderosos. La perspectiva actual, por lo tanto, no es en absoluto sombría, sino, por el contrario, llena de esperanza y promesa».

Capítulo 14

La relación del sueño con la muerte

Para entonces habíamos vuelto a cruzar las nieblas, lo que me recordó mi deseo de determinar la posición relativa de los dos estados entre sí. Mi compañero, accediendo inmediatamente a mi petición, me condujo a un punto adecuado para hacer la observación. Para entonces ya me había acostumbrado a la penumbra que cubría el terreno sombreado, y como de nuevo las luces y las sombras se mezclaban en un suave crepúsculo sobre la frontera, no tuve ninguna dificultad en obtener mi información.

De nuevo pude ver el error de hablar de las dos condiciones como dos mundos, ya que guardan entre sí la misma relación que el mar guarda con la tierra, mientras que las nieblas no son más que el rocío y el vapor que surgen cuando las olas de uno rompen en las costas de la otra. Aunque el símil es muy insatisfactorio, no conozco otro que se adapte mejor a mi propósito. En el lado inmortal, esa cortina vaporosa colgaba en tranquilo reposo, pero hacia la Tierra se hinchaba y rodaba como la ola incesante de una marea que fluye. En un momento simplemente ondulaba a lo largo de la orilla, en otro cobraba fuerza y se lanzaba a lo lejos, mientras que en su recesión yo podía verla llevando mar adentro las almas de aquellos para quienes había sido encargada. Algunas eran alcanzadas por un suave oleaje, una vez agotada la fuerza de su ruptura [*la ruptura del oleaje*], y las quillas de sus barcas eran suavemente levantadas de las arenas del tiempo, que luego se distanciaban pacíficamente, saliendo a la bruma del océano de la eternidad. Sobre algunos otros, las olas rompían con toda su fuerza y furia, haciendo que sus frágiles embarcaciones crujieran y se hundieran en una conmoción salvaje cuando las amarras eran arrancadas y cada barco desprevenido era arrastrado a luchar contra el oleaje de un mar desconocido.

Qué milagro transformador se operaba durante aquella inmersión momentánea en las brumas. A medida que su copioso bautismo caía sobre cada uno, lavaba todos los sórdidos subterfugios de la

carne, rompía la crisálida del alma, dejando salir al verdadero hombre, algunos a la resurrección de la vida, muchos, ¡ay! a la resurrección de la condenación. Entonces vi el juicio. Vi allí a hombres que se habían prodigado riquezas y habían hecho grandes profesiones para ganar estima, rango y fama, mientras adormecían sus clamorosas *conciencias* con la esperanza de que de algún modo iban a encontrarse con un proceso de química mágica, por la cual la estima y la aprobación del mundo se transmitirían al alma. Pero las nieblas disolvían esa esperanza, y el ego tembloroso salía desnudo, estéril y paupérrimo, pues sólo las obras de puro amor desinteresado pueden atravesar esa prueba que todos tienen que pasar.

Mientras hacía estas observaciones, mi atención se vio atraída varias veces por personas que pasaban en una y otra dirección, no a través de la niebla, sino por encima de ella, como habíamos hecho nosotros. No había en ello nada que despertase mi curiosidad, ya que su viaje podía deberse a una causa similar a la nuestra, o a una multitud de otras razones. Pero al menos la mitad de aquellos viajeros iban ataviados con ropajes tan peculiares que me hicieron dudar sobre la clase de vida a la que pertenecían. Durante algún tiempo traté de resolver yo mismo el problema de quiénes eran, pero todas mis explicaciones fueron insatisfactorias, así que al final le planteé la cuestión a mi compañero.

«Son durmientes que visitan a sus amigos», respondió.

«¿Es posible que tantos sean atraídos de nuevo?», pregunté asombrado.

«No me entiendes; no quise decir atraídos de nuevo a la Tierra, como Lizzie. Se trata de personas que todavía están en el cuerpo, y que durante las horas de su sueño se han alejado de la Tierra para reunirse con amigos suyos que están con nosotros».

«¡Vaya! ¡Cushna!».

«¿Es otra sorpresa para ti? -y mi compañero se reía a carcajadas ante el asombro inexpresivo escrito en mi rostro-; ¡Ah! hermano mío, Pablo estaba más que en lo cierto cuando dijo: 'Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha entrado en el corazón del hombre concebir las cosas que Dios ha preparado para los que le aman'. Ahora sólo podemos darte vislumbres de algunas de las avenidas de investigación que se abrirán sucesivamente para tu estudio, hasta que quedes abrumado por la contemplación de la ilimitada provisión hecha para nuestra felicidad por Su infinito amor».

«Si te entiendo claramente, Cushna, ¿quieres decir que antes de que una persona muera, cuando el cuerpo está durmiendo su sueño habitual —entre la noche y la mañana— el alma tiene el poder de alejarse para reunirse y mantener comunión con los amigos que han muerto?».

«Eso es precisamente lo que quiero que entiendas».

«Pero...

«Estoy perfectamente preparado para tu asombro -respondió-, pero lo que te digo es, sin embargo, un hecho; esto lo habrías comprendido más claramente si te hubieras contentado con haber ido a casa antes de iniciar este viaje de investigación».

«¿A casa? -respondí, mientras otro torrente de preguntas y asociaciones surgía a mi alrededor ante la sola mención de esa palabra, porque, mientras él la pronunciaba, parecía cargada de música, paz y satisfacción de todos los deseos que me habían perturbado alguna vez; pero lo reprimí por el momento para poder aprender algo más de esta nueva revelación- ¿Y cómo podría haberlo sabido entonces?»

«Porque allí habrías tocado el punto del recuerdo, y en ese momento, todas las experiencias de tu vida de sueño te habrían sido devueltas».

«Pero parece increíble», repliqué.

«Las cosas no son siempre lo que parecen -dijo-; Hablemos un poco de este asunto, y creo que pronto verás que la puerta de la posibilidad está al menos entreabierta, si no abierta de par en par. Para empezar, el hombre ha sido creado a imagen de Dios, por supuesto en sentido espiritual y no físico, pues Dios es espíritu. Este vástago, emanación o procreación de Dios, que se convierte en hombre, participa de las características de su fuente u origen. "[El que guarda a Israel no se adormecerá ni dormirá](#)", y la mente es como su Dios: posee la cualidad inherente de la continuidad de acción u operación. En la Tierra, el cuerpo físico es el órgano a través del cual trabaja la mente, pero como sólo es capaz de una cantidad limitada de trabajo antes de que sobrevenga el cansancio, se hace necesario un período de descanso y recuperación. El espíritu sigue dispuesto, es la carne la que es débil, por lo que la noche ha sido ordenada para satisfacer las necesidades del cuerpo; pero no hay noche en el cielo, simplemente porque la parte espiritual del hombre nunca se cansa, por lo tanto no tiene necesidad de descansar en el sentido en que el cuerpo lo exige. Ahora bien, como el sueño es un estado de inconsciencia imposible de alcanzar en el espíritu inmortal, es absolutamente necesario que éste se retire para que el cuerpo pueda asegurarse el primero *[el estado de inconsciencia]*, y puesto que no hay restricción física en el estado espiritual, ¿qué más natural que en esos momentos se reanude la comunión entre almas afines?».

«¿Cuál es la diferencia, entonces, entre el sueño y la muerte?».

«Muy poca, en efecto, por lo que se refiere a abandonar el cuerpo, pero en el caso del durmiente se ha previsto el regreso por medio de la línea de la vida, una brillante línea eléctrica, muy parecida a las que has visto hace poco, por la que se mantiene una especie de comunicación telefónica entre el alma y el cuerpo. Mientras esta línea permanezca intacta, el alma tiene poder para regresar, pero una vez rota, ella y el sueño mueren *[esa línea de conexión y el concepto de dormir, tal como lo entendemos, mueren]*».

«¿Cómo puede cada durmiente asegurarse de encontrar al amigo deseado?».

«Hay disposiciones previstas para eso, como para todo lo demás -respondió-; Así como hay localidades adaptadas a cada condición posible del alma que ha abandonado el cuerpo, también hay un estado de sueño —un límite, o condición intermedia— donde tienen lugar estos encuentros. Visitaremos uno de estos puntos de encuentro si lo deseas».

«Me encantaría -respondí-, pero, ¿vienen aquí todos los durmientes?».

«No hay nada que les impida hacerlo si así lo desean, y no me cabe duda de que la gran mayoría de la humanidad lo hace».

«Entonces, ¿por qué nadie parece saber nada al respecto?».

«Hay dos razones para ello. Tomaré primero la que existe naturalmente, porque es la que se explica más fácilmente. Ya te he indicado la razón por la que somos invisibles para nuestros amigos de la Tierra, y ellos invisibles para nosotros. Cada uno de nosotros se encuentra fuera de la gama de las facultades perceptivas de los demás, y entre nosotros existe un abismo que sólo puede ser salvado por la simpatía. Esta misma dificultad existe entre el cerebro físico y su equivalente espiritual, impidiendo la traducción de la memoria de la condición superior a la inferior. Sin embargo, la tarea

no es en absoluto inútil; como he dicho, la dificultad es natural, y por lo tanto puede ser superada; el estado de sueño podría entonces ser puesto en servicio como un factor muy importante en la regeneración del mundo».

«¿Cómo?».

«Dirigiendo en vez de reprimiendo las tendencias naturales a recordar, que se encuentran generalmente en los niños. Si éstas pudieran ser alimentadas, sería imposible estimar la ventaja y el consuelo que se obtendrían borrando la idea de la muerte. Supongamos un caso que no es infrecuente. Una hija única y muy amada muere cuando sólo tiene dos o tres años, pero la madre de luto vive durante veinte, treinta o tal vez cuarenta años, con la única esperanza de volver a encontrarse con su amada en el cielo.

»Ahora bien, la alegría de su reencuentro estará totalmente regulada por el mutuo reconocimiento que se tengan la una a la otra cuando ese encuentro se produzca. No ha habido relación durante un largo intervalo, y la madre ha seguido pensando en su hijita, mientras que el ángel no tiene más que vagos recuerdos de la joven madre que conoció hace mucho tiempo. Pero en lugar de ver satisfechas estas esperanzas, la hija contempla a una mujer extraña, con el rostro arrugado por la preocupación, el cabello plateado y la figura debilitada y encorvada, hasta que no logra reconocer a la progenitora por quien ha esperado. ¿Y la madre? ¿Es posible que esa mujer, "bella en toda la expansión del alma", haya recuperado a su hija? No, ciertamente la muerte se la quitó, y no habría poder en el cielo para hacer una restauración, si tales fueran los hechos del caso. Gracias a Dios que no lo son.

«Ahora volvamos a las realidades que existen y aprendamos cuánto mejor es Dios, en tales casos, de lo que los hombres imaginan. Cuando la niña es traída aquí, se le unen las líneas de amor, con las que ya te has familiarizado; pero en este caso hay un agente contrarrestante que entra en acción para impedir que se ejerza cualquier influencia indebida hasta el momento en que la niña sea capaz de comprender. Esto lo logra el ángel guardián de la pequeña, que ahora se convierte en su instructor—su niño, si se quiere decir así—, y parte de cuyo deber consiste en desarrollar el amor que actualmente se mantiene entre la niña que tiene a su cargo y su madre, pues nunca se permite que haya ninguna ruptura del amor por nuestra parte. Ésta sólo puede ser efectuada por el pecado de la madre, que la coloca fuera de simpatía con la niña. Aquí es donde entra el dulce ministerio del estado de sueño con su continua comunión, que puede reírse de la muerte, y al menos un tercio de la vida de padres e hijos transcurre en mutua compañía, por ignorante que sea la madre de este hecho.

»La niña, sin embargo, está satisfecha, porque su amor se incrementa y fortalece, mientras que las experiencias terrenales de la madre se convierten en valiosas lecciones prácticas que el guardián siempre tiene cuidado de utilizar en la educación de su protegida. Pasan los meses y, al fin, el corazón todavía dolorido de la madre grita: «¡Oh, si pudiera verla en sueños, me consolaría!». Y no sabe que su oración es la primera vibración de su memoria de sueño [*recuerdos del estado de sueño*], que durante todo este tiempo ha estado esforzándose por traducirse en sus horas de vigilia; pero así es.

La oración despierta otra esperanza:

*Nacida de una fe profunda
en las misteriosas y desconocidas entrañas del amor,
que se siente omnipotente sobre la muerte —
ni la tierra, ni el infierno, restringen sus poderes.*

Dios escucha la plegaria —la había escuchado, y respondido, cuando puso los cimientos del gobierno de la vida—, y unas mañanas más tarde la madre se despierta con un tenue recuerdo de que ha visto a su hija, y se consuela por ello. Efectivamente, era su querida, por supuesto que lo era, ya que era el recuerdo de una de sus primeras entrevistas. Ahora los sueños serán más frecuentes, la niña crecerá, la memoria de la durmiente se volverá más clara, la comunión más inteligente y racional, hasta que, en el momento de la despedida, el beso será el habitual con el que se despide a una niña para ir a la escuela, dado con el perfecto reconocimiento de que volverá a casa a la hora señalada».

«Vaya, Cushna! -exclamé, cuando hizo una pausa- Vas a borrar hasta el recuerdo de la muerte si sigues adelante».

«Si Jesús lo intentó y fracasó -replicó-, yo nunca podré esperar conseguirlo. Hay muy pocos de sus proclamados seguidores que aprecien el hecho de que él nunca, en ningún caso, utilizó voluntariamente la palabra [*"muerte"*] en relación con el cambio de estado. '[No está muerta, sino que duerme](#)'; y se burlaron de Él, sabiendo que estaba muerta. '[Nuestro amigo Lázaro duerme; ¡voy a despertarlo de su sueño!](#)'. ¿Muerte? ¡No hay muerte! Ha sido devorada por la victoria, puesto que Jesús ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad. '[Dios no es Dios de muertos, sino de vivos](#)'».

«Dijiste que había una segunda dificultad en el camino del conocimiento universal acerca de esta vida en el sueño [*vida en el estado de sueño*]», sugerí.

«Hay un segundo y antinatural obstáculo en el camino, que es mucho más formidable que el referido. Es creado y mantenido por la Iglesia, que no podría existir sobre su base actual si se reconociera la vida del sueño, por lo que las tendencias naturales que he dicho que existen en los niños tienen que ser controladas y aplastadas como malvadas supersticiones que son obra del diablo. Estas semillas sembradas en los jóvenes crecen y producen una cosecha de prejuicio casi insuperable en el hombre. Esto se debe a la posición que la Iglesia ha asumido gradualmente, que es:

["Terminado todo lo que Dios ha prometido"](#),

y por lo tanto no hay más revelación que hacer. Esto obliga al predicador a abandonar el papel de profeta, y asumir la posición de sacerdote o abogado; no hay consejo de Dios que proclamar, sólo tiene una ley escrita que hacer cumplir; no hay necesidad de que vaya por delante de su rebaño, guiando como un pastor oriental; ya no hay nuevos pastos a los que llevar a las ovejas. En su lugar, debe interpretar el papel inglés [*play the English part*] y seguir a las ovejas, que están más bajo la influencia del dogma que del pastor [*quizá se refiere a algo que sigue a un rebaño de ovejas, como pueda ser un zorro...; o quizá sucede que la contribución, el papel de lo inglés (si es que el carácter de lo inglés se tiene por tacaño, o por ejemplo por más sumiso, que no sé) pues eso de "el papel inglés" no sé qué puede ser y no encuentro expresión idiomática sobre eso*]. El deber del profeta es permanecer sobre la torre, vigilando tanto al lucero del día como al enemigo; pero cuando el día completo del credo ha llegado, y no hay nada más que esperar, ¿qué necesidad hay de seguir ocupando la torre? Ahora, permíteme aplicar estas ilustraciones. El predicador moderno es preparado para su posición por un curso de educación universitaria: en lógica, los clásicos, la teología de hombres escolásticos, y el credo que ha de exponer; tal es el abogado.

»El profeta siempre ha sido seleccionado enteramente por su poder para recibir y transmitir la nueva revelación que Dios declara al mundo. '[Escuchad ahora mis palabras -dice Dios- si hay un profeta entre vosotros, me daré a conocer a él en una visión, y le hablaré en sueños](#)'. Aquí está la provisión

de Dios para una revelación continua, y el estado de sueño es la universidad desde la cual será promulgada. Las enseñanzas de Jesús están en perfecta armonía con la ley de Moisés en esta materia: 'No os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar; porque en aquella misma hora se os dará lo que habréis de hablar'; y Pedro, el día de Pentecostés, insiste en la misma verdad evangélica:

"Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel: 'Y acontecerá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos tendrán sueños; y sobre mis siervos y criadas derramaré de mi Espíritu en esos días, y profetizarán'". Fue en el estado de sueño donde Dios se encontró con Salomón y lo bendijo con su don de sabiduría; fue en un sueño nocturno que José fue advertido de huir a Egipto con el niño Cristo; y en la misma condición se le dijo que regresara de nuevo, pues los que perseguían la vida del niño estaban muertos. ¿Qué más necesito decir? Los hechos son claros; si las puertas del estado de sueño se abren de par en par, se dará una revelación más amplia, que arrastrará las instituciones de los credos terrestres, y la vocación del sacerdote se desvanecerá».

«Pero seguramente no aconsejarías a los hombres que pusieran su fe en los caprichos de cada sueño».

«Ciertamente no, amigo mío; creo que has olvidado que he insinuado la necesidad de alentar y proteger las tendencias naturales que se encuentran en los niños. Como cualquier otro don de Dios, esto requiere el desarrollo y la educación más cuidadosos antes de que pueda llegar a ser totalmente fiable en su funcionamiento».

«¿Pero cómo se puede establecer una distinción entre lo verdadero y lo falso?».

«No es difícil decidirlo. En el Antiguo Testamento, cuando Dios prometió por primera vez un profeta, estableció muy cuidadosamente una regla por la cual debía distinguirse al hombre verdadero del simulador: 'Cuando un profeta hablare en nombre del Señor, si la cosa no se cumpliera, ni aconteciera, eso no es lo que ha dicho el Señor, sino el profeta, que lo ha dicho presuntuosamente; pero no le temáis [al profeta]'. Jesús confirma esta regla cuando dice: 'Por sus frutos los reconoceréis'. La confianza en un profeta estaría siempre regulada por el valor de las declaraciones anteriores, mientras que el criterio de juicio sería siempre la cruz de Cristo. Esto, sin embargo, no es el principio. En primer lugar, los hombres tienen que establecer satisfactoriamente el hecho de tal revelación, y esto debe y puede ser buscado exactamente de la manera como se hace en la investigación de cualquier otro fenómeno extraño en el dominio de la ciencia. Una vez que se obtenga una investigación imparcial y completa de la evidencia ya disponible, entonces la inmortalidad será inmediatamente eliminada de la región de la creencia y tomará su lugar ante el mundo como una demostración científica. Pero al tratar de conseguir esto, todos los truenos del anatema eclesiástico se lanzan contra ti, porque el establecimiento de este hecho sería necesariamente un golpe mortal para sus sistemas; y la humanidad no está todavía lo suficientemente libre de la superstición, siquiera sea para perseguir una investigación así, que la Iglesia declara como una de las artimañas del diablo».

«¡Qué evangelio sin límites abres para la visión!»

«Este es el Evangelio, y ¿no es el que podríamos esperar de un Dios de Amor? Es el evangelio perdido en el Edén; débilmente visto y vagamente comprendido por el patriarca y el profeta de antaño; sus glorias al amanecer fueron cantadas por los ángeles en 'Paz en la tierra, buena voluntad

[para los hombres](#)'; por un momento brilló con la gloria del mediodía en torno a la vida de Cristo; luego las sombras de la teología sistemática comenzaron a oscurecerlo, y el crepúsculo se ha profundizado hasta convertirse en noche, en cuya oscuridad los hombres apenas podrían reconocer al Nazareno si se encontraran con él. Yo tan sólo arranco las nubes que miles de sectas y credos han imaginado para oscurecer el sol, y libre de prejuicios te invito a ver '[qué clase de amor nos ha concedido el Padre](#)', libre de cualquiera de las limitaciones ideadas por el hombre. Pero ya que hemos hablado tanto de esta fase de la vida, ven y compruébalo por ti mismo».

Capítulo 15

La ciudad de la compensación

Durante nuestra conversación habíamos estado paseando por un hermoso valle situado entre las nieblas y aquellas laderas en las que me encontré a mi llegada. Mientras escuchaba las revelaciones que mi compañero me iba haciendo, muchos y variados fueron los pensamientos que pasaron por mi mente. Uno de ellos me impresionó profundamente, y merece un lugar en este relato por la influencia que ejerció. Era más o menos así:

En la Tierra, cuando un delincuente es arrancado por la ley de su hogar y de sus amigos para pagar la pena exigida por su delito, el hombre —con todos sus defectos e ideas injustas— ha dispuesto que el convicto sea visitado por sus amigos a intervalos determinados, además de que se le permite tener [correspondencia](#). Sé que las visitas no son frecuentes, y que la correspondencia está restringida, pero la disposición está hecha; ¿y es posible que el hombre, frágil y falible, pueda ser más misericordioso que Dios? ¿Puede Dios inspirar de algún modo un acto de humanidad que Él mismo no estuviera dispuesto a realizar? ¿Puede la criatura, bajo cualquier circunstancia, manifestar un grado mayor de caridad que el Creador? El pensamiento vibró en mi mente sólo por un instante —haberle dado cabida habría deshonrado al Amor Infinito—, pero permaneció el tiempo suficiente para cumplir su misión, pues al marcharse se llevó la última sombra de duda. Desde aquel momento quedé convencido de que el sueño es el lugar donde las almas separadas pueden reencontrarse.

A cierta distancia, a nuestra derecha, se extendía una hermosa zona boscosa hacia la cual se dirigían la mayoría de nuestros visitantes en su sueño. Volviendo nuestros pasos en la misma dirección, pronto descubrí que detrás de aquella pantalla natural se escondía una aglomeración más populosa que las que había conocido hasta entonces en mi nueva vida. Además, había algo que me resultaba tan medio-familiar, en el entorno, que me hizo mirar más de una vez a mi alrededor para cerciorarme de dónde me encontraba en realidad.

Sabía que nunca antes había visitado aquel lugar y, sin embargo, nada me resultaba extraño o inesperado —una experiencia, esta, que es totalmente la opuesta a cualquier otra que hubiera disfrutado hasta entonces—. De vez en cuando me paraba a admirar rincones encantadores y parajes rústicos que parecía conocer a fondo, o me dirigía y devolvía felicitaciones a los transeúntes con la prontitud de una intimidad de toda la vida, pero era imposible recordar cuándo o dónde nos habíamos encontrado antes. Sin embargo, pronto resolví la dificultad para mi propia satisfacción.

Toda la confusión mental se debía a la multitud de escenas por las que había pasado tan apresuradamente, y a los variados temas que se habían agolpado en mi mente sin posibilidad alguna de digerirlos tranquilamente. Esta, sin duda, era la causa de la confusión que mezclaba tan inextricablemente las dos vidas y, sin embargo, dejaba a ambas igualmente familiares.

Varias veces me volví hacia mi compañero, con la esperanza de que me ayudara a salir de mi dilema, pero al ver que estaba enfrascado en uno de sus serios estudios, me abstuve de molestarle y seguí caminando en silencio.

Justo antes de llegar a los árboles, nos alejamos por impulso mutuo de las zonas más frecuentadas para adentrarnos en un lugar apartado que, de algún modo, sabía yo, nos conduciría a la vista más pintoresca de la ciudad que teníamos ante nosotros. Yo guiaba el camino; ya no tenía necesidad de un guía, puesto que cada paso me resultaba más misteriosamente familiar. Bajé a la pequeña y encantadora cañada, crucé el puente cubierto de rosas que atravesaba el riachuelo, donde tuve que detenerme un momento para escuchar la música aflautada de la cascada plateada; luego volví a subir por la orilla revestida de flores hacia el peñasco cubierto de musgo que se erguía directamente en mi campo de visión. No importaba, pronto lo había rodeado y...

No hubo entonces necesidad de preguntar: de pie junto a aquella roca toqué el punto de recuerdo al que Cushna se había referido antes; a lo largo de aquel paseo la preparación había continuado, y en un relámpago, la clara memoria de mi vida de sueño me había sido devuelta. A mi alrededor había escenas que me eran muy queridas desde la infancia. ¡Oh, aquel único momento, qué explicación logró para la mitad de los misterios de mi vida! Cuántas veces me había despertado de mi sueño con una sorda sensación de haber olvidado algo, por cuya pérdida mi corazón se sentía apesadumbrado, pero mi memoria era impotente para recordarlo; había suspirado por renovar alguna dulce compañía que había formado en los «caprichos de un sueño»; me sentía seguro de que alguien, en alguna parte, comprendía mis deseos y fomentaba mis «caprichos insensatos», pero ¿dónde y quién era? Alguna influencia desconocida siempre estaba operando sobre mí para «hacer esto» o «ir allí». Mis amigos me miraban con lástima, considerándome víctima de extrañas fantasías de las que no tenía poder para desprenderme.

Frecuentemente, cuando visitaba a los pobres, me encontraba con el rostro de algún enfermo que me resultaba muy familiar, aunque sabía que no lo había visto antes en la Tierra. La vida había abundado en ese tipo de misterios que, en mi soledad, había tratado en vano de sondear. Sabía que en algún lejano patio un hombre yacía enfermo y hambriento, pero cómo me había dado cuenta de ello, nunca podía decirlo. Era consciente de que si caminaba por una calle determinada a una hora determinada me encontraría con tal o cual persona, cuya existencia ignoraba aparte de por mis «extrañas fantasías», pero iba a su encuentro; no había necesidad de contar sus historias: las conocía. Cumplía mi misión y seguía adelante.

Mil impulsos, tan extraños como estos, habían sido la ruina de mi vida en la estimación de mis amigos, mientras que el hecho de desarrollarlos y satisfacerlos había despertado considerablemente los temores piadosos de mi familia, había activado la perspicacia profesional de varios médicos, y había sido el tema de serias conversaciones y muchas oraciones de clérigos devotos; pero todo fue en vano, el efecto combinado fue el de aumentar en lugar de disminuir la dolencia. Se me acusaba de falta de afecto natural, que no me dejaba llevar por la razón, que despreciaba las cosas de sentido común de la vida, y vista la ansiedad de mis amigos por protegerme de mí mismo, siempre fue un misterio cómo es que me escapé de la condena a un manicomio. ¿Era feliz? No. Dos dificultades siempre presentes me lo impedían. El sufrimiento innecesario y la inanición de mis compañeros, y un insaciable anhelo de algo o de alguien que nunca pude definir, un anhelo del alma que no sabía cómo satisfacer, un hambre de alguna simpatía desconocida que no sabía dónde buscar.

Pero una gran parte -quizá todo- el misterio había sido finalmente resuelto, la clave había sido encontrada, y en adelante el enigma de la vida sería fácil de leer. ¿Fue una lágrima de gratitud lo que oscureció mis ojos cuando me di cuenta? Tal vez, porque hay una alegría que sólo puede expresarse adecuadamente con el lenguaje de las lágrimas.

«Cushna, amigo mío -clamé en mi éxtasis-, ahora lo sé todo; pero ninguna de las revelaciones que me has hecho puede compararse con esta».

«¿Por qué? ¿Quieres decir que conoces este lugar?».

«¡Conocerlo! Ahora estoy verdaderamente en casa. Mi vida en la Tierra no era real; eso era sueño —un sueño en el que sin descanso soñaba con esto—. Ahora estoy despierto. Lo sé. A partir de ahora tengo que disfrutar de la plenitud de la vida en una condición en la que la solución sigue al misterio tan naturalmente como el fruto llega tras la flor».

«Ahora puedes comprender todo lo que hemos estado hablando respecto a la vida dual».

«Puedo -respondí- ¿pero cómo es que no lo recordé ni siquiera después de mi muerte?».

«Porque se te ha impedido cuidadosamente tocar el punto del recuerdo hasta el momento más oportuno».

«El lugar me parecía extrañamente familiar a medida que avanzábamos -dije-; estuve a punto de preguntarte la causa varias veces, sólo que estabas pensando».

«¡Sí! No quería dar explicaciones. Era mucho mejor que lo aprendieras como lo has hecho; y ahora que te sientes como en casa, podrás prescindir de mis servicios».

«No me agrada en absoluto la idea de perderte», repliqué.

«No lo harás; te veré pronto. Mientras tanto tienes aquí muchos amigos a los que desearás ver, y cualquiera de ellos podrá darte las explicaciones que desees».

Se había ido, pero yo no estaba solo. ¿Cómo es que podía encontrarme en medio de tales escenas que me evocaban una multitud de experiencias que hasta entonces habían permanecido enterradas inconscientemente en mi mente?

¿Quién es capaz de comprender la mente? Qué historias, revelaciones y posibilidades inimaginables yacen almacenadas en su vasto abismo, en el que el intelecto no puede encontrar luz que le ayude a penetrar. Considera sólo los corredores de la memoria, y ¿quién puede estimar qué invaluable tablillas del pasado están esperando nuestro descubrimiento? ¿Existen acaso registros del ser, de los eones, de las épocas, que se extienden hacia atrás y hacia atrás, hasta que finalmente cada alma individual puede leer su genealogía y trazar cada paso en su peregrinaje aventurero desde Dios? ¿Quién puede saberlo? Pero ¿quién puede dudar de que la mente guarda secretos que la carne voluble nunca podría guardar? —secretos que son demasiado infinitos para susurrarlos al oído de la mortalidad, secretos cuya pesada relevancia, vibrando en el aparato sensorial, lo destrozaría y lo dejaría sordo a cualquier otro sonido—. ¡La Tierra comprende la mente del hombre! Pero en comparación, apenas ha sido capaz de comprender la idea de su concepción. Pero en las tranquilas horas del sueño, ese sutil embrión se escabulle al Paraíso, donde su generación continúa dentro del vientre del amor, hasta que llega la plenitud de su tiempo; entonces el alma es llamada y en el parto de la muerte hereda las posesiones de un yo más grande: la memoria de otra vida, el conocimiento de poderes inesperados. ¿Cómo puede verse toda la belleza de la planta y la flor cuando la semilla

acaba de ser descubierta? ¿Cómo reconocer el oratorio cuando acaba de empezar la obertura? ¿Cómo podemos pintar el verano cuando sólo hemos sentido la escarcha? Tampoco podemos nosotros, que sólo hemos observado el aleteo de las alas de la mente contra la jaula de la Tierra, describir la majestuosidad de su vuelo en la favorable y placentera atmósfera del cielo.

Mis meditaciones se vieron interrumpidas bruscamente por el sonido de una voz muy conocida detrás de mí:

«¡Hola, señó' Fred! Así que por fin estás aquí». *[El modo de hablar de esta persona negra que acaba de hablar, y que se encuentra aquí con Fred —un viejo amigo del estado de sueño— es como más coloquial, como contraído y flexible, quizá estilo norteamericano, y no va a quedar reflejado en lo que vemos aquí en español.]*

«Sí, Jimmy, aquí, al fin».

«Tenía idea de que no vendrías por este camino por un tiempo. ¿No es hermoso? ¿Has estado en las montañas?».

«Apenas sé dónde he estado, Jimmy, he visto tanto».

«¿Has visto a algún conocido?».

«Aquí no; pero acabo de descubrir que conozco el lugar. Cushna nunca me lo dijo; me dejó descubrirlo por mí mismo».

«Así es él; no deja de sorprenderte todo el tiempo».

«Esa ha sido mi experiencia -respondí- desde que llegué».

«No se preocupe, señor Fred, pronto va a ver a alguien, y pronto nos veremos, cuando yo vaya a buscarle».

Aquel viejo y querido amigo se marchó para comunicar la noticia de mi llegada, y me dejó con los agradables recuerdos de aquella compañía. No puedo intentar relatar la multitud de incidentes que se agolpaban en torno a mí, en relación con él, pero mencionaré una lección que me enseñó y que, creo, debe de haber ejercido una influencia inconsciente sobre mí en la vida inferior. Surgió cuando expresé mi sorpresa de que los negros conservaran su color en esta vida. El querido y buen hombre me contestó que todo era obra de la bondad del Señor, que en el cielo hubiera gente de todos los colores, así como de todos los climas y linajes; y luego prosiguió: había mucha gente que odiaba a los negros y pensaba que no debían ser tratados igual que los blancos, que no irían a la escuela ni a la iglesia con ellos, que no comerían con ellos ni se mezclarían con ellos de ninguna manera, pero cuando llegaran al cielo descubrirían que los negros eran tan buenos a los ojos del Señor como los blancos, y entonces tendrían que mezclarse con ellos.

Nunca olvidaré su regocijo cuando se preguntaba qué harían los blancos si tuvieran que subir la [escalera de oro](#) junto a los negros, porque hay una procesión larguísima de «negritos», y no paran de subir. Por otra parte —continuó, más serio—, habría sido sumamente duro para el negro que el Señor le hubiera cambiado el color, porque todo el mundo se habría reído de él y le habría dicho: «Te lo dije», y eso le habría sentado fatal. Pero el Señor no lo quiso así, y por eso dejó a todos con su color natural hasta que reinó el amor, y nadie pensó en el color de la piel del otro.

Pensé que había todo un volumen de verdad en su sencilla filosofía, que los hombres más sabios harían bien en considerar.

Aquella frase familiar del esclavo de antaño, que parecía acudir a sus labios como la respuesta natural a toda perplejidad —«Todo es obra de la bondad del Señor»—, apartó mis pensamientos acerca de este individuo para llevarlos a la ciudad que tenía ante mí, tan llena de recuerdos recién encontrados y que, por experiencia propia, había aprendido a llamar la Ciudad de la Compensación, debido a que poseía más rasgos de ese carácter que cualquier otra que pudiera recordar. En mi antigua vida, me había visto con frecuencia al borde del ateísmo, por un intento infructuoso de reconciliar las incongruencias de la vida con la idea de un Dios justo y misericordioso. ¿Por qué el hombre que había nacido ciego debía soportar la ignominia de mendigar el pan de cada día, junto con las ciento y una penurias que acompañan a la pobreza, mientras que el hombre que yacía en el regazo de la indolencia y el lujo debía poseer todas las bendiciones físicas que la naturaleza podía concederle? ¿Por qué ley sucede que genio y necesidad se atraen tanto, mientras que la incompetencia intelectual y la riqueza van de la mano? ¿Dónde estaba la justicia en una vida de dolor vicario, que tenía su origen en el pecado de otro? ¿Acaso era pura la rectitud que arrojaba su influencia del lado del tirano y del opresor, mientras que el santo honesto quedaba sin señal ni respuesta a su clamor? [*Mere was the righteousness which threw its influence on the side of the tyrant and oppressor, while the honest saint was left without sign or answer to his cry?*]

Yo no era, ni mucho menos, el único que se había quedado perplejo ante tales preguntas, pero desde mi nueva posición podía interpretar estos problemas desde otra perspectiva mejor. La Tierra no es tanto el Omega como el Alfa de la vida; de hecho, no es todo, sino sólo parte de lo primero [*del Alfa*]. Es su ignorancia y una falsa estimación de la Tierra lo que hace que el hombre conceda un valor indebido a su condición. Las cosas asumían un aspecto muy diferente en las explicaciones que mi memoria me daba en mi estado más reciente. Recuerdo cómo había visto al ciego entrar en aquella ciudad mientras su cuerpo disfrutaba del sueño, y cómo de un vistazo supe que no era ciego; el defecto estaba en el instrumento por medio del cual operaba. Sólo en el lado mortal, transitorio, existe la penumbra; en el inmortal su visión no está nublada; por eso sus horas de oscuridad corresponden tan solo al sueño del otro [*therefore his hours of darkness only correspond to another's sleep*]. Puede que su memoria no sea lo bastante fuerte para llevar de vuelta a la Tierra la consciencia de lo que ha pasado, pero ¿quién dirá que la resignación de estos hijos de las tinieblas no se deba a los ecos de su vida de sueño, que aún reverberan en sus horas de vigilia?

En esta ciudad los oídos de los sordos se destapan, las lenguas de los mudos se sueltan, los mutilados saltan, los idiotas comprenden, los paralíticos olvidan su enfermedad, y los postrados en cama sienten que sus fuerzas vuelven; tales son algunas de las bondades del Señor para con los desgraciados de la Tierra durante sus horas de sueño; ¿acaso no la llamo yo con razón una ciudad de compensación?

Estos son recuerdos de gratitud y esperanza; pero hay otros de importancia aún mayor, que por las advertencias que transmiten, no me atrevo a pasar por alto en mi mensaje a través de las nieblas. A menudo he sido testigo en esta ciudad de cómo una madre suplicaba a su hijo que mantuviera la promesa aún incumplida que fue sellada con el beso de la muerte, pero que desde entonces ha sido olvidada o ignorada; he visto la máscara de la amistad arrancada del rostro de la hipocresía; he oído la lengua mentirosa condenada por sus propias palabras; he visto al intrigante vil expuesto ante su víctima; he oído los consejos anhelantes de amor a los hijos descarriados; he presenciado la simpatía y el afecto prodigados al desdichado y al pródigo, y he escuchado las garantías de la presencia de los seres amados —no vistos ni oídos— en la hora de la prueba y la tentación. He visto la comunión continua de las almas, que el frío de la muerte no tuvo poder para romper; y la reunión

de amigos, que, en su desesperación, habían imaginado vanamente que nunca volverían a mirarse a la cara.

Oh, vosotros de la Tierra, que recibisteis de labios de algún ser querido, la confianza o la comisión para cuya ejecución ellos no podían permanecer aquí, os pido que recordéis cuán sagradamente prometisteis cumplir esas promesas de despedida que desde entonces habéis descuidado, tal como habéis olvidado el cuerpo que se desmorona en aquella tumba. No es tu padre, ni tu madre, ni tu amigo, lo que yace allí; ¡no están muertos! No se han ido. En los silenciosos corredores del sueño, sigues encontrándote con ellos noche tras noche. Conocen tu perfidia, y que tu palabra está rota; una y otra vez te han suplicado encarecidamente, mientras que con la misma frecuencia se ha repetido tu promesa, hasta que no uno, sino cien juramentos rotos están registrados contra ti en las tablas de tu alma. Permanece en quietud por un momento, y sentirás el peso de estos votos no escuchados sobre tu conciencia, hasta que su pequeña y tranquila voz clame en agonía, pidiéndote que mantengas tu palabra. ¿Por qué no haces caso? No es ahora un asunto que quede sólo entre tú y tu amigo; él ha sido llamado al santuario interior de Dios, quien ahora defenderá Él mismo a su santo, y exigirá la retribución de tu engaño.

Cuando la hora de la mañana te llama de nuevo a la Tierra, ¿con qué frecuencia siguen resonando en tus oídos los ecos de tu última promesa? Levantaros y sostener vuestro pacto en espíritu y en letra antes de que el peso de vuestro perjurio se haga demasiado pesado para que lo soporte vuestra alma. Y vosotros, los que lloráis, ¡alzad la vista! Callad la voz de vuestro llanto y secad vuestros ojos humedecidos. Los seres queridos no se han ido; sus besos aún perduran frescos en vuestros labios. Esos tonos tiernos, como esas corazonadas que se van de la imaginación, que se apoderan de ti cuando abres los ojos por primera vez, no son todo ilusiones; tus seres queridos han estado contigo. Tú les llevaste anoche noticias de tu hogar de abajo, y ellos te han hablado del suyo de arriba. ¿No sientes aún la presión de sus abrazos a tu alrededor —y que esperan que mantengas tu cita esta noche—? ¡Oh, no! No están perdidos; pero Jesús los amaba tanto, que los atrajo un poco más cerca de Sí, donde pudieran descansar en paz

‘Más allá del dolor del corazón y de la fiebre’.

Su exaltación no ha terminado, sólo han cambiado las horas de su comunión de las inciertas estaciones del día de la Tierra, a las tranquilas y pacíficas horas de la noche. Piénsalo un momento: ¿No eres consciente de cuánto se ha fortalecido su amor por ti? Así, también, la atmósfera de sus vidas actuales ha producido un resultado similar en ti; y esto, alimentado y continuado, te elevará, y acercándote con ellos a Dios, te llevará finalmente donde ellos están. Ellos son aún más tuyos en esta comunión, más santa aún de lo que nunca antes conociste; pero han sido honrados, en su elección, para formar esa hueste que Cristo emplea como '[*espíritus ministradores, enviados para ministrar a los que serán herederos de la salvación*](#)'».

Capítulo 16

Sube más alto

Si un ángel me hubiera visitado en la Tierra —y cuando digo ángel, no me refiero a uno de esos santos inestimables de los que estamos acostumbrados a considerar como ángeles disfrazados, sino a un ángel real, vivo, ortodoxo, con vestiduras resplandecientes y alas níveas—, y me hubiera dicho que yo poseía tantos amigos en todo el reino de la creación, difícilmente le hubiera creído. Pero para entonces yo empezaba a saber lo casi imposible que es para el hombre comprender en la Tierra mucho de su verdadero ser. Dejémosle que por una vez tenga una visión momentánea de la

verdadera condición de las cosas y será humillado hasta el polvo, y la oración de fe —no en un credo sin vida, sino en el Dios vivo que es inmanente, real, tangible para el alma— sería '*guíame*' [[ref. \[2\]](#)]. En el diluvio de su revelación, que vendría como un maremoto —como el recuerdo de mi vida de sueño, que acababa de abrumarme—, se iría toda tiranía, opresión y egoísmo. No necesitaría más que una mirada, un bautismo, un estallido; la victoria estaría ganada y la verdadera fraternidad del hombre sería para siempre un hecho establecido.

Hasta entonces no había podido, conscientemente, llamar amigo a ningún hombre en el sentido más verdadero de la palabra; no porque no lo deseara, pues Dios puede atestiguar la agonía con que lloraba mi soledad, sino porque las circunstancias no lo permitían. Aquellos que, en virtud de su posición, podrían haber ocupado tal lugar, me consideraban como un loco, sin apenas derecho a estar en libertad, sin el menor interés por las actividades legítimas de la vida, y víctima de una manía mórbida que me llevaba a pasar mi tiempo libre entre los vulgares pobres. Con mi odio por la hipocresía convencional, ¿cómo podía esperar encontrar una amistad agradable con ellos? Podría haber comprado un centenar de asociados de la enorme clase que vende su compañía por consideraciones en efectivo, pero la cantinela y la adulación no son alimento para las almas hambrientas, ni la esclavitud es menos degradante porque sus grilletes sean de oro. Podría haber encontrado muchos corazones verdaderos y agradables en los patios y callejones que visitaba con tanta frecuencia —y en secreto, más de una vez, comprendía algo de lo que podría haber sido—, pero se interpuso la barrera insuperable de la sociedad, que prohíbe la hermandad entre los hombres.

No es que temiera mucho por mí, pero el reconocimiento abierto de tales amistades, sumado a mis muchas otras «excentricidades», habría establecido el deseado eslabón perdido de la evidencia y las paredes de alguna «casa de retiro» privada habrían puesto fin al poco sol que yo era capaz de llevar a tan miserables lugares. No tenía amigos en la vida, no cabía duda. Era mi cruz, triste y pesada, pero traté de llevarla, y descubrí que se hacía más ligera cuando me convertía en amigo de otros mucho menos afortunados que yo. Aquella solitaria añoranza, ¿no era la vibración terrestre de las amistades que disfrutaba cada noche en esta otra vida? ¡Cómo lucha la compensación de una por curar la herida que encuentra en la otra! Aquí tenía tantos amigos, habitantes de ambos lados de la vida, que todos los intentos de formular un plan mediante el cual pudiera visitarlos rápidamente terminaron en fracaso, por lo que finalmente decidí dejar que el asunto se arreglara por sí mismo.

Había un edificio en la ciudad que poseía un interés peculiar para mí, y hacia él dirigí mi primera atención. Era el lugar de reunión de esos mendigos de la calle que, en las grandes ciudades, se ganan la vida precariamente vendiendo periódicos y cerillas, y al que daban el nombre de «La Escuela». Muchas fueron las noches que pasé en este lugar observando el deleite con que los visitantes apreciaban la provisión que aquí se hacía para contrarrestar las penurias de su otra vida, y escuchando la multiplicidad de experiencias que todos tenían para recitar. Aquí, también, aunque era muy infrecuente, uno o más de los espíritus brillantes de regiones aún más elevadas venían a atender a estos pequeños vagabundos hambrientos y harapientos. En tales ocasiones, las dificultades de su destino eran siempre el tema de discusión, y el ángel-maestro mostraba e ilustraba paciente y amorosamente cómo '[*estas ligeras aflicciones, que no son más que un momento, producen un peso de gloria mucho más grande y eterno*](#)', trabajando a tiempo y a destiempo para cimentar a su auditorio en aquellos actos de bondad recíproca que tan uniformemente caracterizan el trato de esta clase entre sí.

Los hombres se preguntan dónde aprenden estos niños, criados en las cloacas, estos actos de humanidad y consideración, que por la pureza de sus motivos ponen en ridículo la llamada

filantropía cristiana; dónde se les enseña a ayudar a llevar las cargas de los demás, dónde se les instruye por primera vez en la aplicación práctica de la regla de oro. Puedo responder a la pregunta: Se les instruye en las escuelas elementales del cielo, a las que se les convoca mientras sus cuerpos duermen en rincones oscuros y portales, bajo barriles o carros, o en los retretes de vuestra ciudad cristiana. Los ángeles, que han aprendido los secretos más profundos del amor de Dios, se reúnen con estos niños despreciados y marginados, les enseñan la geografía del hogar y les muestran el camino más seguro para alcanzar ese descanso que va a permanecer. ¿Cómo podrían sus pies desnudos y con sabañones escalar los puntos agudos y helados de vuestra teología fría mientras que los vientos aullantes de la condenación feroz rugieran alrededor con fuerza amenazadora? Resbalarían, caerían, y sus pequeñas almas yacerían en masas destrozadas al pie de algún precipicio de contienda sectaria; nunca podrían entrar en el cielo por ese camino. Pero no temas, los ángeles conocen el camino, y en las lecciones de sus sueños estos pequeños peregrinos están viajando de regreso a casa a través de los verdes prados del amor indulgente, guiados por el una vez marginado Jesús. No tienes que preocuparte por su bienestar porque no alcancen tu estándar sectario, cuando entres encontrarás a muchos de los que una vez conociste esperando para cantarte «Bienvenido a casa».

Un centenar de voces felices me aclamaron cuando atravesé los tapices que colgaban de la entrada, y en un momento me vi rodeado por un grupo de amigos que estaban ansiosos por abrazarme. Aquí no había necesidad de circunspección; podía levantar a los alegres niños en mis grandes y torpes brazos y besarlos y acariciarlos a mi antojo, pues ¿no éramos todos hermanos y hermanas?

Parecía casi imposible darse cuenta de que aquellos niños risueños eran los mismos que hacía tan sólo una o dos horas, con estómagos hambrientos y cuerpos temblorosos, se debatían entre las multitudes apresuradas de las bulliciosas ciudades, suplicando lastimosamente al transeúnte indiferente que comprase un periódico o una caja de cerillas con la esperanza de que la transacción les asegurase una comida. Y sí, así era. Y me preguntaba cuál habría sido la consecuencia si se hubiera podido levantar el velo ante los ojos de uno de los que empujaban impacientemente al niño a un lado; si se le hubiera hecho comprender que en una hora escasa aquel desaseado y descuidado niño del arroyo estaría en compañía de algunos de los ángeles de Dios, en la tierra de la compensación. Si se conociera la simple verdad de las ventajas nocturnas de esos frustrados diurnos, ¡qué diferente sería su suerte! ¡Qué servicio de mensajería se establecería a través de las nieblas! Pero, ¿la supresión de las penurias no exigiría el cese de las compensaciones? Si así fuera, la mitigación de los males del cuerpo se compraría a costa del sacrificio del bienestar del alma, y ese sería un precio demasiado alto para considerarlo. No, no debe ser así. Dios sabe lo que es mejor; pero no quiera el cielo que esta idea de su compensación frene la mano tendida para rescatar o salvar. El ministerio de Dios es para contrarrestar la negligencia del hombre, pero la cosecha de tal omisión el hombre se verá obligado a recogerla con el tiempo.

Estos reencuentros tienen otro aspecto, en algunos aspectos quizá más agradable que el que he mencionado. Los antiguos camaradas y compañeros de estos niños se reúnen regularmente con ellos de nuevo, y se les hace servir a sus amigos menos afortunados. Es muy conmovedor escuchar su relato de los placeres en los que han entrado, y el contraste de su vida presente con la única que el oyente conoce. La esperanza es inspirada en el alma sombría, y se hacen mil especulaciones sobre el por qué y el para qué de algún acontecimiento aparentemente adverso, hasta que el joven inmortal clama: «Pero todo saldrá bien; tiene que salir bien; y cuando vengas aquí (y eso no tardará mucho) entonces nos acordaremos de comprobar cómo todo salió bien». Por tales medios son

consolados, y el consuelo se destila en sus vidas, lo que les fortalece para soportar su carga, de otro modo intolerable.

No había terminado de saludar cuando se descorrieron de nuevo las cortinas y entró otro visitante, cuya aparición causó aún más excitación que la mía. Al principio no lo supe, pero después reconocí que era él, Arvez, quien me había quitado de los brazos a mi pequeña carga cuando yacía en la ladera. También recordé varias visitas anteriores que había hecho a la «Escuela», y entonces fui consciente del objeto de su misión actual. En este lado de la vida, la próxima disolución del cuerpo se conoce de antemano en todos los casos, ya sea por accidente o por una enfermedad persistente. En este momento se puede determinar la cosecha de la vida, conocer la condición del alma al entrar en la inmortalidad y asignarle su primera morada. A partir de ese momento, el alma que está a punto de nacer es conducida, durante sus horas de sueño, a su nuevo entorno, y así se familiariza con su nuevo hogar. Esta era la misión de Arvez, y no había nadie en toda aquella asamblea que no lo supiera; todos los ojos estaban fijos en él, todos los niños se agolpaban para acercarse; en todos los rostros estaba escrita la pregunta esperanzada: «¿Soy yo?».

¿Hubo una sombra de decepción en aquellos rostros cuando el mensajero encontró y designó al muchacho que buscaba? Si es así, ¿puedes extrañarte? Sabían que los sufrimientos, las privaciones y las penurias del afortunado pronto terminarían; para ellos mismos, nadie podía saber cuánto duraría la lucha, o cuán feroz podría ser todavía. Sin embargo, mostraron un valor heroico en el asentimiento general que dieron al grito de alegría que brotó de los labios de un compañero que conocía bien al afortunado muchacho.

«Es Limpy Jack; pero estoy tan contento como si fuera yo».

No había ninguna apariencia de accidente o deformidad que justificara el sobrenombre con que su amigo lo describía [*"limpy" sería algo así como "cojo", pues "limp" es "cojear", "débil", "flojo", etc.*], pero eso no causó asombro en mi mente, por la razón que ya he explicado, de que las deformidades del cuerpo no se perpetúan en el alma. Inmediatamente conocida la decisión, el grupo se abrió para que el muchacho se dirigiera a Arvez, quien lo levantó en brazos, lo felicitó y lo besó, ante lo cual estalló otra aclamación que hizo retumbar el lugar. Aquel beso era el sello de la muerte sobre su frente, una evidencia que se transmitiría al cuerpo, para que la señal de que pronto sería llamado al cielo fuera leída y conocida en la Tierra.

El chico que anunció su nombre le siguió mientras avanzaba y, cuando la aclamación se apagó, miró a Arvez y le preguntó :

«¿Va a venir pronto?».

«Pronto; tan pronto como podamos llevárnoslo», fue la amable respuesta.

«Jack, no te irás y nos olvidarás cuando vengas, ¿verdad?».

«¡Claro que no! Vaya, ¿acaso no vendré aquí regularmente, como lo hago ahora? Claro que sí».

«Está bien, Jack; confiaré en ti; y cuando me despierte trataré de recordar tu llegada, y andaré tras de ti hasta que lo hagas».

«Que Dios te bendiga», dijo Arvez, mientras acariciaba amablemente aquella cabecita fiel. Luego se alejó para llevar al muchacho a ver su nuevo hogar. Yo estaba ansioso, si fuera posible, por conocer su destino, así que me volví hacia la puerta donde Arvez esperaba un momento.

«¿Adónde lo llevas?» pregunté.

«A casa de una hermana que no te resulta para nada desconocida; ¿nos acompañarás?».

«Será un placer -respondí-, pero ¿él vivirá con ella?».

«Por el momento. Necesita instrucción y guía, y ella asumirá ese deber».

Viajamos lo que debió ser una larga distancia, pero el proceso de locomoción aérea no es en absoluto fatigoso, y el tiempo fue agradablemente ocupado en escuchar la multitud de preguntas formuladas por el muchacho y pacientemente contestadas por Arvez. No era necesario que yo hablase, porque las respuestas tan amablemente dadas al muchacho estaban llenas de información para mí, mientras que más de una vez me asombró el cuidado y la paciencia que se empleaban en dar las respuestas a preguntas que en la Tierra habrían puesto a prueba la ecuanimidad del más indulgente.

Pasamos por varias ciudades de considerable tamaño, cuyas muchas bellezas eran una fuente inagotable de admiración, no sólo para Jack, sino también para mí. Cada objeto no era más que otra prueba de los placeres que aún me aguardaban, cuando se presentara la oportunidad de visitar pausadamente cada escena y saborear los dulces conocimientos que abundaban. Había ciudades que, según imaginaba entonces —y que luego he confirmado—, eran los originales a los que Roma, y Atenas, y Cartago, Babilonia, Tebas y Nínive aspiraban en los días en que su belleza tocaba su cenit.

Continúa, oh, alma piadosa; ¡qué importa si en la Tierra tus pies peregrinos nunca se detienen en el sagrado santuario del deseo de tu corazón; qué importa si tus ojos empañados por las lágrimas nunca contemplan las tierras que tus parientes llaman con el más dulce nombre de hogar! Todas tus aspiraciones aguardan tu llegada bajo una apariencia mucho más hermosa, donde el mediodía eterno permanece para siempre. El judío cuyos pies errantes nunca han pisado el Monte de los Olivos, el mahometano cuyo ojo nunca se encendió a la vista de las mezquitas de La Meca, el católico que en vano había esperado y anhelado contemplar el Vaticano, el cristiano que falsamente soñó que un día estaría de pie dentro de los muros de Belén o subiría a la colina del Calvario, y cada alma ferviente que tuviera algún santuario sagrado, donde, con los pies descalzos, su espíritu caería en adoración adoradora: Tened valor, cuando el amor haya realizado su obra de purificación en vuestro corazón, cuando vuestras manos se hayan vuelto tiernas bajo el contacto de la bondad, cuando en vuestros ojos se encienda el faro de los fuegos del afecto, y vuestras almas se revistan con las túnicas de la caridad y del perdón, cuando el Cristo de Dios haya nacido de nuevo en vosotros, y a través de la tribulación hayáis sido bautizados en Él, encontraréis una meta mejor que aquella por la que suspiráis, y la realización y comprensión llegará mucho más allá de vuestra previsión, en ese hogar donde el alma, en todos los aspectos, *'estará satisfecha cuando despierte en Su semejanza'*.

Capítulo 17

Una poetisa en casa

Era evidente, sin embargo, que ninguna de estas ciudades iba a ser nuestro destino. Avanzábamos y avanzábamos, desplegando a cada instante una nueva belleza, suscitando alguna nota más profunda de admiración o bañándonos en las profundidades más hondas del silencioso asombro, hasta que llegamos a una cadena de colinas que parecían revestidas de toda la fragancia y la gloria de la fruición ideal de la esperanza.

Aquí nos detuvimos. Bajo nuestros pies, en el suave declive cercano al pie de la montaña, se alzaba una sola casa, no muy grande comparada con muchas de las que yo había visto últimamente, pero perfecta en la posesión de todas las características que un alma artística pudiera desear. Era como un sueño hecho realidad en el que algún pintor, músico o poeta fatigado hubiera buscado —y encontrado— descanso. La naturaleza misma había sido la jardinera del paisaje que teníamos ante nosotros. No me refiero a la ninfa desaliñada, enmarañada y desordenada que la Tierra llama Naturaleza y que esparce malas hierbas, zarzas y cardos en salvaje confusión por todas partes, sino al bello ángel que, tímido ante el resultado de la desobediencia del hombre, se retiró con toda su hueste afín al cielo, donde pudiera perfeccionar su artesanía en libertad sin ser molestada, y elaborar en hechos reales y minucias amplificadas los sueños e ideales esbozados que nacerían dentro de las almas en expansión de los hombres. Aquí el Color había cortejado, ganado y vivido en dulce fidelidad con la Música. Ante mí se extendían los cenadores natales de la Belleza, el Encanto, la Armonía, la Gracia y el Ritmo, cada uno de los cuales celebraba su corte en uno u otro de los cien salones olorosos de la arboleda, la colina o el puerto de montaña. El Eco y la Canción entonaban sus cantos *[roundelay]* en las alturas para las que el lago ondulaba su aprobación en tonos plateados; los pájaros de plumaje de ensueño gorjeaban sus himnos en los árboles de frondosidad perenne, a través de los cuales las brisas exhalaban el fragante perfume de las flores; mientras que, por encima de todo ello, los cielos desplegaban su dosel de tonos y matices atmosféricos que no tienen nombres ni homólogos en la Tierra.

Varios amigos vinieron a nuestro encuentro cuando nos acercábamos a la casa, entre los cuales reconocí a una dama que visitaba con frecuencia «La Escuela» y que era una gran favorita de los niños. Nada más verla, Jack se abalanzó sobre ella con toda demostración de afecto. No había timidez ni vulgaridad en su comportamiento —este niño del arroyo—, pues acaso no se había dedicado la parte de su vida en el estado de sueño a educarlo y prepararlo para los deberes y placeres de este hogar, y aunque las circunstancias alternas de su estado lo hubieran obligado a asumir un bajo disfraz, sus regios antecedentes se habían descubierto, y su derecho era indiscutible ahora. Era el hijo de un rey, traído a casa desde el exilio; no había preguntas sobre dónde había vagado y cuáles habían sido sus asociados y su posición; bastaba con que fue encontrado, y aunque sus visitas no podían ser más que transitorias durante un breve espacio de tiempo, todos sabían que su ausencia nunca podría volver a ser prolongada.

Felicitaciones y regocijos ocuparon el intervalo entre nuestra llegada y la partida de Jack, pues la mañana en la Tierra pronto lo reclamó para la venta de fósforos, y la tos desgarradora estaba rápidamente rompiendo las cuerdas de la vida. ¡Oh, qué contraste entre las dos condiciones! ¡Cuán ignorado en la Tierra, cuán regocijado y bienvenido en el cielo! Pero algunos me preguntarán por qué ningún conocimiento, ningún recuerdo del hecho, si es que es un hecho. Yo respondo: porque habéis sido educados para pensar —y fomentáis todavía la idea de— que todos los sueños son caprichos del cerebro, y que la vida del sueño es un mito y una fantasía. Dios le dio a Salomón la promesa de su sabiduría en un sueño, y usó el mismo medio para pedirle a José que llevara al niño Jesús a Egipto, y si Dios no cambia, usa el mismo vehículo ahora, pero vosotros lo despreciáis, y luego cargáis vuestra insensatez sobre Dios. Esa es mi respuesta a vuestro ¿por qué?

Cuando llegó el momento de la partida de Jack, Arvez lo acompañó hasta la frontera, pero yo me quedé para satisfacer un deseo que tenía desde hacía tiempo: hablar con nuestra anfitriona. Arvez estaba en lo cierto cuando me dijo que ella no me era desconocida. Personalmente, la había visto en muchas ocasiones cuando atendía a los habituales en «La Escuela», pero había otro sentido más

profundo por el que me era conocida; ¿no habían sido sus poemas casi mi única compañía en la soledad de mi vida terrenal? Ella había parecido comprender la vida, tal como yo la conocía, con sus profundos desamores y sus penas no aliviadas, como un alma casi afín, pero ella había vencido y encontrado una calma que yo buscaba en vano. Supe, por los memoriales que se dieron al mundo después de su fallecimiento, que había nacido en el regazo de la iglesia, pero su padre, que era clérigo, apreciaba su credo como si fuera un hilo de seda divino para guiar a los peregrinos a su hogar, no como una cerca de púas o de hierro que desgarrara y destrozara a los incautos.

Su educación había sido en el ministerio del amor, como centro y circunferencia de toda religión verdadera, y bajo su influencia cada vez más amplia y profunda había sido llevada como en el seno de un río majestuoso al océano infinito de su Dios. Sí, marchó a la deriva, pero mientras se deslizaba hacia el cielo cantaba, contando todas sus profundas experiencias, reflejando de nuevo la luz del sol que caía sobre su alma, y así, su voz llegó con una influencia maravillosamente tranquilizadora sobre las tormentas y los problemas que me envolvían. Parecía conocer las alturas y las profundidades, las longitudes y las anchuras del maravilloso amor que engarzaba su corazón, y cuando las tormentas se abatían sobre ella, cantaba a la calma, y entrelazaba ambas tan hábilmente que no dejaba lugar a dudas en cuanto a nuestra seguridad. Cuando la noche de la prueba era negra y ningún resplandor amistoso brillaba para guiar sus pies, ella poseía esas alas de fe mediante las cuales podía remontar, y muy por encima de la penumbra, mirar hacia adelante, donde el Sol de la Rectitud se elevaba con gloriosas promesas del día. Desde tales alturas alpinas, su canto llegaría sin sonidos inciertos, una voz guía que conduciría a más almas ignorantes a seguirla como ella había seguido a Cristo.

Yo la había seguido, y ahora estaba a su lado por primera vez en su propio nivel. No era de extrañar que deseara quedarme atrás y derramar mi alma en agradecimiento por todo lo que ella había hecho por mí.

Observamos a Arvez y a su carga hasta que desaparecieron por la cresta de las colinas; entonces, volviéndose, me tomó de la mano y dijo:

«Ahora podemos hablar, y puedo darte la bienvenida».

«Y puedo agradecerte todo lo que has hecho por mí, con tu pluma», le contesté.

«Pero esas gracias no me son debidas a mí, hermano mío, son de Dios; Él colmó mi copa tan llena de misericordias que era necesario que rebosara; y cualquier música que sonara en mis versos no era de la copa, sino de las bendiciones caídas con que se llenaba la copa».

«Lo sé -repliqué-, y mi alma magnifica Su nombre; pero no puedo dejar de tener presente que la forma del recipiente tiene mucho que ver con la dulzura de la música».

«Sí, así es -respondió ella, con una mirada lejana en los ojos y un tono suavizado que apenas se oía-, pero aun así el agradecimiento es doblemente para Él, pues ¿no formó también la copa? Ven al jardín -añadió, como si no quisiera seguir hablando del tema-, donde podremos conversar entre las flores. ¿No es una compensación por todo el afán de la Tierra, ser recompensado con un hogar como este?».

«Lo es, en efecto, pero aun así, este no es tu ideal del cielo».

«No, no mi antiguo ideal; pero puedo ver dónde yo, en común con toda la humanidad, cometí un gran error. No tememos reconocer hechos o admitir una duda aquí por miedo a exponer alguna

debilidad en nuestras enseñanzas, así que puedo afrontar la dificultad que a veces se levantaba como la sombra de un temor, cuando contemplaba la repentina transferencia de un alma de la Tierra a la presencia del Rey. Entonces era una lucha constante para la fe conseguir algo parecido a una concepción clara del cielo. Si se intentaba escuchar su música, siempre existía una especie de temor a oír una discordia de alguna voz inarmónica que aún no había tenido tiempo de aprender la canción; nunca podías mirar fijamente a sus ciudadanos sin el temblor de un miedo, no fuera a ser que en una misma vieran a alguien en cuyas vestiduras quedara la semblanza de una mancha. El lecho de muerte, especialmente en algunos casos, parecía estar demasiado cerca del trono como para estar del todo a salvo».

«¿Y ahora?» pregunté.

«Ahora, puedo comparar mejor la idea terrestre del cielo con la experiencia de un montañero que, al amanecer, partiendo de la posada, echa una mirada anhelante a la cima que desea alcanzar. La fe da un poderoso salto, y se yergue como un monarca sobre la imponente altura, riéndose de los trabajadores que están subiendo, descansando, y al poco, resbalando, tan atrás. Pero la fe no es un turista, y en su gigantesco salto no ha llevado consigo más que su propia imaginación; aquel que la ejerza está todavía entre sus compañeros de viaje, y, a pesar de ello, se verá obligado a subir la empinada cuesta con paso cuidadoso, o nunca alcanzará su meta. Sin embargo, la fe es buena; porque da, por su confianza en el éxito, aliento al paso, y vence las mil dudas que otros sufrirían a causa de las dificultades del camino».

«Si entonces, te fuera posible volver a escribir, ¿cantarías estas experiencias posteriores?».

«¡Posible escribir! -exclamó, con cierto asombro-; ¿Por qué no puedo escribir ahora, así como otros cantan? El genio de todo tipo tan sólo experimenta su nacimiento en el estado mortal, pero el crecimiento, la expansión y la fructificación permanecen para nosotros. Una sola nota de música fue soplada una vez abajo por labios de ángel, pero la Tierra nunca ha oído la plenitud de su canción; dedos infantiles tañen las cuerdas, pero el arpa no puede ser afinada en el conflicto de las discordias mundanas; ¿cómo entonces, puede la carne pronunciar juicio alguno sobre el himno de los mundos? Gracias a Dios, aún puedo escribir y lo hago. Aprendí en la Tierra las letras; ahora estoy tratando de deletrear las palabras con las que escribiré de aquí a un tiempo mis canciones en el cielo; y ya que has oído mi primera, permíteme que te cante uno de mis sonetos actuales».

Al decir esto, se volvió y corrió a la casa, pero casi al instante regresó con un libro del que leyó lo siguiente, que adjunto con su permiso:

ESPERAR

Esperando ahora en el umbral,
justo dentro del pórtico de la vida;
a salvo de todas las tormentas y tempestades,
silenciada la discordia y la contienda;
quieto el corazón con sus latidos salvajes,
calmado el cerebro caliente y febril
esperando ahora, y descansando dulcemente,
hasta que el Maestro venga de nuevo.

Esperando, donde los rizos ondulantes
del río de la vida lavan mis pies;
lavando las manchas del viaje,

antes de que pueda saludar al Maestro;
hasta que la voz sea plena y melodiosa,
y yo aprenda la dulce y nueva canción;
hasta que la discordia sea olvidada,
que tanto tiempo perturbó mi paz.

Esperando, hasta que el traje de casamiento
y la corona nupcial estén aquí;
hasta que el banquete de nuestro Padre esté listo,
y aparezca el novio;
hasta que las semillas de la vida hayan florecido,
y cantemos la fiesta de la cosecha,
recogiendo los largos trabajos de una vida
para mi ofrenda nupcial.

¡Oh! No es como los hombres nos enseñan...
sólo un paso de la Tierra a Dios;
atravesando el valle de la muerte hacia Él,
con el vestido con el que pisábamos la Tierra;
llamados a alabarle en la fatiga,
o a cantar, mientras la voz,
con el sollozo de despedida del amor, se rompe,
¿podríamos, apropiadamente, regocijarnos así?

No, esperamos a aprender la música,
esperamos, para descansar nuestros pies fatigados;
esperamos para aprender a barrer las cuerdas del arpa
antes de que el Maestro nos encuentre;
Esperamos para afinar nuestras voces
al dulce canto seráfico;
Esperamos para aprender el tiempo y la medida,
Pero el tiempo no será largo.

Esperamos para comprender la gloria
que pronto será revelada,
hasta que nuestros ojos puedan soportar el brillo
cuando el libro sea abierto.

¡Oh! la visión nos subyugaría
si se diera de repente,
así que esperamos, en preparación,
en el vestíbulo del cielo.

Mientras leía o, mejor dicho, exhalaba los versos de su poema, caminábamos por la ladera de la colina, pero poco a poco me fue arrastrando a su condición de olvido del entorno exterior, que en su máxima expresión no era sino las propiedades inanimadas del Cielo —tranquilos afluentes del alma del mismo Cielo—. Pero en su voz, que me estremecía con su ferviente patetismo, en aquellos ojos, que miraban con paciente anhelo hacia las vistas de la esperanza, me pareció vislumbrar el cielo mismo, y me absorbió. Su recital era una tranquila confesión de confianza en Dios, y aunque las

inflexiones de su voz sonaban como si estuviera lejos, sí, incluso en la cercana presencia de su Maestro, se detenía en cada recurrente «esperamos» como si extrajera de su profundo manantial toda la dulzura de la seguridad de que *‘también sirven los que sólo se detienen y esperan’*, reacia a apartarse de la refrescante bebida. Se había olvidado de mí, de todo excepto de su Dios, con quien de nuevo mantenía tan dulce comunión, y la continua declaración de sus labios era como la ebullición espontánea de una música desbordante generada en su alma. Alguien ha dicho que «parece una sonámbula, como un ángel, en la gracia inconsciente con que se mueve», pero yo estaba contemplando directamente a un ángel, embelesado por la visión extática de un cielo más brillante que el que ella había visto jamás. No me atreví a hablar, ni siquiera cuando ella dejó de leer, sino que, pendiente de la inspiración que la envolvía, caminaba a su lado.

Nunca sabré cuánto tiempo duró este ensueño, pero cuando, al fin, respiró hondo y recobró la consciencia de mi presencia, me sorprendió ver lo lejos que habíamos llegado. Ella no habló, pero levantó sus ojos radiantes, como para observar el vuelo de regreso de sus reflexiones, y yo no estaba en absoluto ansioso por romper el sagrado silencio en el que flotaban.

«¿No crees -me preguntó- que son pensamientos más dulces que las ideas equivocadas que teníamos en la Tierra?».

«Ciertamente lo son; pero si de momento sólo has llegado al vestíbulo, ¿cuál será la gloria del santuario interior?».

«No sabría decirlo; tampoco estaría en condiciones de comprenderlo si alguno de nuestros amigos intentara explicármelo. Es imposible comprender claramente lo que no hemos visto, y el intento de hacerlo sólo fomenta concepciones incorrectas. No puedo ver, y por eso me contento con esperar hasta que mis ojos puedan soportar el brillo de la revelación; mientras tanto tengo mucho que aprender, y muchos dulces goces que recoger en mi camino hacia la santidad».

«Entonces, ¿crees que aún quedan otras etapas preparatorias antes de llegar al hogar definitivo?».

«¡Oh, sí! Hay otras, de cuántas no tengo ni idea. La pregunta que a veces me surge es: ¿Llegaremos alguna vez a la última? ¿Existe el final? Puesto que Dios es infinito, ¿es posible que lleguemos a algún límite? Piensa cuán lejos estábamos de la santidad cuando comenzamos nuestro peregrinaje en la Tierra, y qué insignificante distancia hemos recorrido todavía, entonces comprenderás que aún deben existir innumerables etapas semejantes antes de que podamos esperar estar en el esplendor inmaculado de Su presencia. Con los nuevos poderes y el mayor conocimiento que mi nueva vida me ha dado, desplegando una concepción más amplia de Su pureza y de mi propia indignidad, a veces pienso que será casi necesario que el recuerdo de nuestra vida terrestre desaparezca antes de que podamos resistir la contemplación de Su rostro».

«¿Pero no crees que se perderá nuestra identidad?».

«¡No! Nunca podremos perderla; eso sería aniquilarnos. Pero cuando pienso en el poder escrutador de esos ojos que son demasiado puros para contemplar la iniquidad, si la consciencia de lo que he sido no se pierde antes de que se me llame a soportarla, ese rayo sagrado traería a mi memoria reflejos de mi otrora yo pecador lo suficientemente intensos como para manchar mi pureza y apartar esa mirada».

«¿Qué haremos entonces?».

«No lo sé. Ese es uno de los problemas que se resolverán en la luz superior; por el momento tenemos que esperar; me basta saber que '*Dios es su propio intérprete, y Él lo volverá claro*'.

«Cuando piensas en tal consumación, ¿no deseas que pasen las etapas intermedias, que se apresuren para que puedas obtenerla?».

«Sí; y sin embargo, ¡no! -respondió ella lentamente;- Ese es el ideal absoluto de toda alma verdadera, que, en común con ellas, estoy ansiosa por alcanzar. Pero en este momento no tengo la capacidad de apreciarlo y disfrutarlo, por lo que el regalo sería demasiado abrumador, y sólo me aplastaría, en lugar de elevarme. Debes recordar que quien ha sido operado con éxito de ceguera, sólo puede ser iniciado en la luz por grados. Todos hemos sido ciegos, y la luz de Dios sólo vendrá cuando seamos capaces de soportarla. Él es demasiado sabio para permitir cualquier posibilidad de desastre. De modo que el clímax de la anticipación sólo puede alcanzarse cuando el alma, por un proceso de crecimiento natural, haya alcanzado su plena estatura, y eso, ciertamente, aún no ha llegado. En cuanto a la espera, soy como una niña que reconoce su inferioridad con respecto a la adulta, pero la consciencia de ello no disminuye en absoluto su alegría actual. El anhelo de los frutos del otoño nunca desluzca el brillo ni estropea el perfume de las lluvias de verano. Tampoco mi gran deseo de encontrarme cara a cara con mi Padre disminuye mi placer aquí.

»Por otra parte, cada paso que doy hacia Él se convierte en otro mensajero para mí, portador de alguna nueva revelación de Su amor; cada alto en el camino se convierte en otro despliegue, y cada mensaje expande silenciosamente mi alma hacia una mayor semejanza con Él. Soy feliz, siempre más feliz; mi copa está llena hasta rebosar; se agranda sin cesar, de modo que se llena y yo comprendo más. Incluso ahora estoy en el cielo, en la medida en que puedo entenderlo, por el hecho de que si hubiera mayor placer aquí, no podría apreciarlo. Sí, ahora hay más de lo que puedo comprender; mi copa rebosa, pero no sé cuánto. Por lo tanto, estoy contenta, porque cada poder y capacidad que tengo están satisfechos; pero hay otros poderes y posibilidades en los que creceré poco más tarde, y entonces también serán plenamente provistos. Con este conocimiento espero, como el muchacho, lo que está por delante, y como él, tal vez construya mis castillos en el aire de lo que entonces haré; pero, mientras tanto, doy gracias al Padre por su maravilloso amor en el pasado y en el presente, y me contento con esperar su futura revelación».

«¿Bajo qué luz ves tu vida terrenal, con tus conocimientos actuales?».

«Si tuviera que escribir mi propio epitafio desde mi punto de vista actual, me temo que me vería obligada a escribir "de la tierra; terrenal, muy terrenal". Yo creía que cantaba a la emancipación espiritual, pero ahora descubro que yo misma no era más que una esclava, sin un sueño de libertad hasta que respiré su liberación sobre estas deliciosas colinas».

«Por supuesto, sabes que todavía es posible llegar a la Tierra, y corregir nuestras falsas ideas del pasado».

«Sí; gracias a la amable ayuda de algunos de nuestros amigos ya he roto el silencio de mi sueño [sleep] y he dado a la Tierra varios pensamientos como los que te he leído. Pero tenemos muchas dificultades que eliminar antes de que podamos avanzar mucho en esa dirección».

«Lo comprendo, puesto que varias de ellas ya me han sido explicadas. Pero son obstáculos que se presentan por sí mismos a las mentes que han abandonado la Tierra hace mucho tiempo; me gustaría saber cuál es el primer obstáculo, tal como tú lo ves».

«Tu conocimiento de mis escritos -respondió ella- hará que te sorprendas un poco cuando mencione una de las primeras dificultades que descubrí, pero servirá para mostrar cuán diferentes parecen las cosas desde este lado. Una de las primeras lecciones que tenemos que enseñar a nuestro regreso es que la palabra de Dios nunca puede ser un libro impreso. Dios es, y Su palabra es como Él mismo, un poder siempre presente, siempre vivo y en movimiento; lo que está escrito nunca puede ser más que un registro histórico de lo que fue la palabra de Dios a Moisés, Samuel, David, Isaías o Pablo. Las estaciones, las flores, las cosechas y el sol no fueron dados, hace mucho tiempo, de una vez para siempre; Dios renueva todo continuamente en su propio tiempo señalado; así es con Su palabra. Es como un pozo de agua, burbujeando continuamente, no un estanque estancado, que durante dos mil años hubiera mantenido un nivel muerto e invariable. Los hombres tienen que aprender que Él habla hoy, si escuchan, tanto como siempre lo hizo. Un libro impreso tan sólo traza el curso de la corriente en el pasado, no puede mostrar la amplia revelación del presente, y sólo indica débilmente la idea del futuro amor sin límites. Esto es lo que nuestros hermanos de la Tierra todavía tienen que aprender, y con ello reconocerán que la ordenación del ministerio de los ángeles es el canal eterno a través del cual debe fluir la palabra de Dios. Este es el Evangelio de Cristo, el Evangelio del Amor Redentor».

«¡Aún el amor! -exclamé-, con qué naturalidad todo aquí parece resolverse en esa única palabra».

«Es el susurro de todos los árboles del cielo -respondió ella-, el aliento de todas las flores; las ondulantes aguas lo cantan a las orillas que beben sus besos, el rocío lo lleva a cada brizna de hierba, los céfiros lo cantan a su paso; las escarpadas cumbres lo declaran todo el día, y en la cúpula abovedada de lo alto sus ecos encuentran morada eterna; es el arquitecto de todos los hogares, la fuerza motriz de todos los actos, el tema de todas las plegarias. El amor diseñó sin ayuda las llanuras del cielo, acondicionó cada enramada y extendió cada lecho en que el alma peregrina pueda descansar. Las flores, los árboles y los arbustos, las colinas, los valles y los arroyos, y todo lo que viste este estado feliz en el que moramos, son evoluciones suyas. Ella es nuestra Madre, la esposa de nuestro Padre; ¿cómo podemos hacer otra cosa que magnificar su nombre?».

«¿El amor, entonces, será tu tema en tu futuro ministerio para la Tierra?».

«¡Sí! Ese fue el único evangelio de Cristo, y siguiéndole a Él es el único tema que puede caer del cielo. Cantaría al amor que espera coronar al vencedor cuando la lucha haya terminado; lo insuflaría al oído de aquel que temiera el resultado de la batalla, y le diría que inspire la nobleza de la juventud; que su pan alimente al hambriento, sus aguas enfríen la lengua febril del libertino, su bálsamo se emplee para curar el corazón roto; lo usaría como llave de esperanza para liberar al prisionero del miedo, elevado como torre de refugio para los tentados, convertido en el único consuelo para los afligidos; se convertiría en el ancla del comerciante, el poder de contención del derrochador, el freno para la avaricia y el grillete con el que sujetaría al bruto. Reuniría a las naciones para que oyeran el réquiem que cantarían sus cataratas al enterrar la alarma de la guerra; reuniría a los batallones de la Tierra unos junto a otros y los haría marchar a través de su perfumado rocío, para lavar la maldición de casta y color de cada alma y dejarles como hermanos todos. Al miedo, al castigo y a la retribución los retendría durante mucho tiempo, mientras intentaba cautivar a cada vagabundo de vuelta a casa, al cantar la música legítima que su Padre compuso para ganarlo de vuelta del pecado y de la miseria, a su legítimo hogar y herencia».

En este punto nuestra conversación fue interrumpida por un rayo de luz que se cruzó en nuestro camino, como un claro rayo de sol, brillando por encima del suave resplandor al que me he referido antes. Mi compañera levantó la cabeza y exclamó con alegría:

«¡Ah! ¡Aquí está Myhanene!».

«¿Dónde? pregunté ansiosamente, pues aún no era visible, al menos para mí, y esperaba poder ver su llegada con ese vuelo instantáneo del que me había hablado Cushna».

«Llegará enseguida -respondió ella -ese rayo lo anunció».

«¿Quién es -pregunté-, que su llegada siempre parece alegrar tanto a todo el mundo?».

«Entonces, ¿le has visto?».

«Sí; dos veces, pero todavía sé muy poco de él».

«Cuanto más lo conozcas, más lo querrás -respondió ella-; Es uno de esos espíritus puros y consagrados que hacen el cielo allá donde van. Su presencia da lustre al resplandor como aquel destello iluminó nuestro camino, y la atmósfera que le rodea está perfumada con la presencia de Jesús. Salió de la Tierra como un niño, y la inocente sencillez del niño permanece aún en él. En él podemos ver lo que el pecado nos ha robado, y el tipo de alma que encontraríamos si no fuera por nuestra desobediencia. Por la pureza de esta naturaleza infantil ha podido acercarse tanto al Maestro como para ser un mensajero entre la próxima condición de vida y esta; se forma así un vínculo que mantiene a las dos en estrecha comunión».

«¿Quieres que infiera que existen dificultades de comunicación entre este y los estados superiores, de muchas maneras análogas a las que existen entre este y la Tierra?».

«No, no exactamente eso. La palabra ‘dificultad’ transmite una impresión errónea a tu mente, y sin embargo es quizá la mejor que puedo emplear. Las palabras derivan matices de significado de las localidades, alrededores y circunstancias en que se usan, y la diferente condición de las dos personas que usan la misma palabra frecuentemente causa malentendidos y confusión, especialmente cuando una emplea la palabra para denotar o describir algo que la otra desconoce por completo. Mi incapacidad para transmitirte lo que deseo es precisamente la ilustración que necesito para explicar lo que quiero decir cuando digo que Myhanene establece un vínculo entre los dos estados de nuestra vida.

»La expansión y purificación del alma la eleva naturalmente, y con esa elevación viene una ampliación de poderes y capacidades que necesitan ser gratificados; concepciones más claras de Dios, una visión más profunda de Sus obras, con la solución de misterios, y la capacidad de discernir cómo el complejo presente está elaborando el perfecto futuro. Estos nuevos poderes y desarrollos tienen que ser educados de modo que cada etapa de la vida forme, por así decirlo, otra clase en la escuela de la eternidad, y a medida que cada estudio absorbe toda el alma del estudiante, comprenderás lo que quiero decir con enlaces o intermediarios como Myhanene, que nos mantienen a cada uno con cada uno. Se sitúan entre las dos *[etapas]*, ministrando a ambas, sin ser totalmente absorbidos por ninguna».

«¿Pero no es un gobernante de algunos lugares de condición inferior?».

«Sí, puedes designarlo correctamente así, pero él no desearía que le dieras tal título, pues aunque gobierna, su cetro es de afecto, y prefiere ser considerado como amigo, consejero o tutor a lo sumo. Su oficio es el que corresponde naturalmente a su condición de vida».

«Por mi breve experiencia con él, puedo entenderte fácilmente. Su forma de desempeñar una función oficial ya ha sido una revelación para mí».

«Y cada vez que le veas recibirás una revelación adicional -respondió ella-; Él es una viva exposición del mandato del Maestro: *'El que quiera ser el mayor entre vosotros, que sea el servidor de todos'*. Pero aquí está».

Capítulo 18

La familia del cielo

A medida que Myhanene se acercaba a nosotros, la descripción de mi compañera como una epístola viviente de humildad perduraba en mi mente, pero también creí detectar la realización de otro ideal planteado por Jesús, que sus seguidores debían esforzarse por alcanzar: *'Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no puede esconderse'*. Brillando con el resplandor autorradiante de las verdades espirituales que él había aprendido y asimilado en las mayores altitudes de su más brillante hogar, cómo no iba a ser bienvenido, viniendo como el profeta de esa vida que tenemos ante nosotros, cual avanzadilla que nos indica lo que seremos cuando alcancemos esas alturas.

Después de estrecharnos a todos en su abrazo conforme nos saludaba, se volvió hacia mí y me dijo:

«Arvez me ha dicho que estabas aquí, así que vine a pedirte que me acompañes a un festival al que voy».

«Eres muy amable por pensar en mí -le contesté-; con el apremio de todas tus obligaciones pensaba que me habrías olvidado hace tiempo».

«Aquí nunca nos olvidamos», respondió, con un énfasis tan peculiar en la primera palabra, que le daba volúmenes de significado.

«Seguramente lo sé, y no debería haber expresado tal pensamiento, después de toda la experiencia que he tenido, especialmente con Arvez y el pequeño que trajimos hace poco de "La Escuela"».

«Pobres cielitos, cómo se alegran estos niños de salir de sus vidas duras y crueles. Sabes que siempre parece alegrarme un poco la vida cuando llega uno de ellos».

«Por supuesto que no puedo entender todo lo que sabes y sientes -repliqué-, pero incluso yo experimento una sensación de peculiar alegría al pensar en el cambio inminente para Jack. Qué gran transición, qué nueva vida será para él».

«Sí -respondió reflexivamente-, y qué compensación tan asombrosa. A veces casi desearía poder sentir lo que pasa por el alma de alguien así cuando por primera vez se da cuenta de lo que ha sucedido y comprende plenamente la realidad del cambio. Qué revelación del amor de Dios necesariamente debió de parecer abrumarles. Cuando pienso en ello, casi puedo sentirme agradecido de que haya permitido al hombre pecar, porque ninguna otra cosa podría haber abierto la posibilidad de hacer resonar la gracia incomparable de Su pleno perdón y restauración».

«Cuando viniste, Myhanene, deseaba hacerte una pregunta sobre ese muchacho, que tal vez podrías responder».

«Si puedo, lo haré con mucho gusto».

«¿Por qué lo trajeron aquí antes de a cualquier otro lugar? ¿No tenía otro sitio al que ir?».

«No tenía otro sitio al que ir, pero no porque fuera un marginado -replicó-, sino porque, como cualquier otra persona, está sujeto a una ley. La vida terrenal produce tipos o cualidades de alma, y a cada cualidad le corresponde una provisión hecha para ella aquí; en cada condición hay almas que se sienten especialmente atraídas por nosotros y nosotros por ellas; éstas se convierten en nuestros amigos y compañeros. Nuestra hermana, aquí presente, encuentra esa atracción en este pequeño renacuajo de la Tierra, y así lo amará, lo cuidará y le ayudará a comprender los elementos de su nueva carrera».

«Tal vez no dije claro lo que quise expresar -respondí-; me preguntaba si no tendría aquí un padre, una madre u otro pariente a quien acudir naturalmente».

«Entendí bien lo que quisiste decir. Has caído en un error muy común, que será mejor que te explique y lo desarraigue de inmediato, o te acarreará dificultades en el futuro. Ahora debes aprender a trazar la distinción entre las relaciones del cuerpo y las del espíritu; estas últimas son los únicos lazos que reconocemos aquí».

«¿Quieres decir...?».

«Que uno es nuestro Padre, Dios, y todos somos hermanos», respondió antes de que tuviera tiempo de terminar mi pregunta.

«Eso debe ser cierto en cierto sentido -respondí-, pero no puedo olvidar que uno de los comunes ideales que configuran la noción de cielo es tener la familia al completo. ¿Debo entender que este, como tantos otros, es erróneo?».

«Muy erróneo, y casi imposible, puesto que el cielo no podría existir en tales circunstancias, por la sencilla razón de que para completar una familia cualquiera os veríais obligados a romper al menos otras dos para proporcionar los padres a los hijos. Considerad luego la variedad de gustos, disposiciones y desarrollo espiritual que encontráis en la misma familia, y la provisión hecha en esta vida para atender a cada uno en las circunstancias más favorables. El egoísmo es erradicado y nuestra felicidad aumentada diez veces más por la ausencia de aquellos que amamos, cuando sabemos que esto les asegura su bienestar, más de lo que lo haría su presencia y el consiguiente sacrificio del provecho que necesariamente sobrevendría.

»Cada alma individual nacida a nuestra vida se ha vuelto, por su vida en la Tierra, auto-condicionada, y Dios ha provisto para ello, teniendo en cuenta dos hechos solamente: primero, la ley que siempre obra para asegurar la santidad; y después, los medios para alcanzar esa condición bajo las circunstancias más favorables para el individuo. Piensa por un momento en las interminables complicaciones que surgirían si tu ideal pudiera llevarse a cabo; entonces, estoy seguro, verás cuán impracticable se vuelve la idea, y que por ningún otro medio podría asegurársenos la felicidad más que por este, la propia ley señalada por Dios.

»Lo que nos depare el futuro no lo sé, pero por mucho que se desarrolle, sólo veo la posibilidad de formar grupos de almas gemelas en la única gran familia del cielo, hasta que se hayan superado muchas otras etapas. Tales almas afines [*grupos*] no son de ningún modo inusuales, y en su

influencia actúan y vuelven a actuar unas sobre otras, y así se ven atraídas hacia una comunión de la que la amistad terrestre sólo puede formarse una idea muy débil. Estas relaciones se llaman con razón de sangre, pero la carne y la sangre no pueden entrar en esta vida, y por lo tanto el parentesco tiene que ser elevado a otro vínculo más espiritual: de Dios Padre nacemos en el espíritu y así nos convertimos en hermanos y hermanas de la única gran familia del cielo».

«¿Predicarías esta doctrina en la Tierra?».

«Por supuesto que sí; es la verdad y debe ser proclamada. ¿No es este el Evangelio de Cristo, que extiende el horizonte de la familia hasta los límites más remotos de la Tierra, destruyendo en su desenvolvimiento las distinciones que existen entre clase y clase, borrando la animosidad de las naciones y borrando todo rastro de color, lengua y tiempo? ¿No sería tal reconocimiento la carta constitutiva de aquel '[Paz en la tierra y buena voluntad para el hombre](#)'? El pleito entre el capital y el trabajo, el acuerdo tácito entre las naciones de que el poder es lo que otorga derechos, y la doctrina de la supervivencia del más fuerte, ¿no encontrarían su final y solución naturales en la influencia de tal revelación?».

«En otras palabras, si tuviéramos vía libre para predicar este evangelio, ¿puedes decirme algún método más directo de responder a esa frase y súplica de la oración de nuestro Salvador que la Tierra repite continuamente: '[Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo](#)'?». Concedido esto, ¿qué resultaría naturalmente? El reconocimiento del gran hecho de que el afecto puro, ya sea entre miembros de la misma familia o no, es un atributo del espíritu, no de la carne, y sólo puede ser asegurado o disuelto por el acercamiento o el alejamiento espiritual. Dios, que es Espíritu, da origen a tales relaciones, y '[lo que Dios ha unido nadie lo puede separar](#)'».

«Debo inclinarme ante tu razonamiento -repliqué-; pero volviendo a nuestro amiguito. ¿Es posible que no vuelva a ver a sus padres?».

«De ninguna manera puedo afirmarlo -respondió-; primero, porque ignoro quiénes o qué son sus padres; y segundo, porque no sabemos qué infinita posibilidad tiene reservada nuestro Padre para futuras revelaciones. Pero a veces, cuando medito sobre lo que pudiera ser, mi visión parece vislumbrar una posibilidad gloriosa que, estoy seguro, está dentro del alcance del gran e ilimitado amor de Dios. En tales visiones he visto a la última alma arrepentida de la Tierra acercarse al trono, mientras todo el cielo guardaba silencio en presencia de la sobrecogedora alegría de que, por Su perdón de este último pecado, Dios estaba a punto de añadir el toque final a la gloria de los redimidos, y asombrados sin aliento nos mirábamos unos a otros, y a Cristo, preguntando con muda anticipación cuál sería la revelación concomitante, el clímax de toda redención.

»¡El cielo completo! ¿Quién puede comprenderlo, preverlo o imaginarlo? Cada grupo y cada círculo perfeccionados; cada oración contestada; cada ideal alcanzado; cada alma salvada. Cada cambio por el que hemos pasado de gloria en gloria, habiéndonos transformado y reajustado a medida que crecíamos en semejanza más y más a la imagen de nuestra Deidad [*Godhead*]. Entonces he pensado que cuando cada pieza del complicado mosaico del amor infinito sea colocada en la posición designada por Dios en el diseño eterno; cuando las poderosas puertas de esa revelación final se abran, para que podamos entrar en presencia misma de nuestro Padre y contemplarle tal como es, entonces descubriremos que entre los días de la carne y esa reunión ha habido alguna sutil conexión por la que cada familia se ha unido de nuevo, para pasar al trono completa, en la gran revista de todos los pueblos, climas y lenguas, cantando el único himno universal de acción de gracias. ¡Oh! Qué visión. Los padres de todas las razas en el furgón de sus vastos batallones, y tras ellos sus

familias al completo, enlazándose con los que les siguen, hasta que toda edad, linaje y color estén incluidos y no falte ni un alma de la innumerable familia, que clamará «Padre nuestro» a Aquel que les da la bienvenida a casa».

«¿Crees que tal consumación es posible?».

«Sí, y es la única manera por la que puedo imaginar que Dios pueda someter todas las cosas a Sí mismo, como lo ha prometido. Si una sola alma, incluso el mismo Satanás, se aleja al fin de Dios, Él no puede serlo todo en todo, hasta donde soy capaz de entender el significado del reino, porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad, pero conceder tal libertad a una sola alma ajena sería arriesgarse de nuevo a la ruina del todo por su influencia, y así necesitar de nuevo otro esquema de salvación. Perder tan sólo un alma solitaria de la familia de la humanidad rompería el atributo de la omnipotencia de Dios, porque Él no podría seguir siendo Todopoderoso si, mientras quiere la salvación de todos, no logra asegurar a ese que entonces permanecería alejado.

«Sí, hermano mío, es posible tal consumación, pues acaso no está declarado que '[*Dios quiere que todos los hombres se salven*](#)', y además, que '[*así como en Adán todos murieron, también en Cristo todos serán vivificados*](#)'; los dos 'todos' son coextensivos, y es un acto de la más vil injusticia hacia nuestro Padre pensar por un momento que Su diseño de la redención no sería tan completo y eficaz como lo exige la necesidad del pecado. Dios ama tanto a la humanidad que ha provisto una vía de escape, y habiendo hecho esto, y siendo también capaz de salvar hasta lo sumo, ¿crees razonable suponer que Él será frustrado en Su designio?».

«Pero, ¿no estás olvidando el hecho de que la salvación depende en gran medida de la voluntad del individuo, una condición que siempre va unida a la invitación?».

«No, no olvido nada -respondió-; piensas en el libre albedrío del hombre y lo opones a la supremacía de Dios, como si el hombre pudiera oponerse a Él. La circunstancia y la condición son el centro y la circunferencia del alardeado [*boasted*] libre albedrío del hombre; la única morada del Absoluto es el infinito. Los hombres cierran la puerta de la tumba sobre el cuerpo de un hermano difunto y dicen: 'su destino está sellado', y en su ignorancia no saben que tras el velo, la luz más clara de Dios está cayendo sobre el alma recién nacida, llevándola bajo condiciones más favorables a comprender que el '[*tiempo aceptable*](#) [*2*] [*3*]' para su arrepentimiento es el eterno 'ahora' de Dios. ¡No! ¡no! el periodo de prueba [*probation*] no está limitado por la mortalidad; el hombre con su perversidad y rebelión puede obstaculizar y retrasar, pero no puede impedir el logro de la salvación. Lo último es de Dios, '[*que quiere que todos los hombres se salven*](#)'».

«No sabes, amigo mío, la alegría que este conocimiento da a mi alma -exclamé-; cuando conocí a Eusemos, él empezó a abrirme esta discusión, pero me pareció demasiado, excesivamente gloriosa, y temí insistir en ella no fuera que por algún medio fracasara en todo lo que parecía prometerme. Desde entonces, Cushna me ha mostrado muchas cosas que han reavivado y fortalecido mis esperanzas. Mi hermana aquí presente, y de nuevo tú mismo, me habéis revelado más de la mente divina en este sentido, hasta que lo que antes era sólo una esperanza se ha convertido en un conocimiento, pues siento el peso y la verdad de tu comunión, que no es una exposición [*discussion*] sino una revelación, por lo que estoy más que agradecido. Hay todavía otro punto, sin embargo, sobre el que pediría información, si todavía me permites insistir en otra pregunta».

«[*Pide y recibirás*](#)», fue todo lo que respondió, pero en su mirada y en su tono había un volumen de significado que casi me hizo olvidar mi pregunta por el momento. Eran las palabras de la promesa del Maestro, y en ellas parecía haber tanto del espíritu y la influencia de Cristo, que

involuntariamente me volví para ver si se había añadido alguien a nuestra compañía. La siguiente vez que miré a Myhanene, me pareció que su rostro parecía aún más suave que antes; una expresión más profunda brillaba en sus ojos, y una presencia descansaba sobre él ante la cual incliné la cabeza, aun cuando me sentía más deseoso que nunca de hacer mi pregunta.

«¿Enseñarías también esta verdad en la Tierra?».

«¡Sí! -respondió-, declararía todo el consejo de Dios con sencillez y sin reservas».

«¿Dónde, entonces, quedaría el poder capaz de refrenar el pecado?».

«Un evangelio así cambiaría eso por completo. Ahora se enseña a los hombres a acercarse a Dios por miedo de los tormentos del infierno, pero no creo que ese sea el camino ideal de Dios. Si entiendo bien a Dios, Él quiere que sean atraídos por la historia de Su amor, en lugar de ser conducidos a Él por el látigo del terror».

«Pero el elemento animal es tan fuerte en la naturaleza humana, me temo, que sin algún poder restrictivo sería difícil mantener a las masas bajo control, y si oyeran la doctrina de la salvación final para todos, ¿qué incentivo tendrían para vivir vidas morales, por no decir justas?».

«Digo que declararía todo el consejo de Dios, y tengo plena confianza en su suficiencia sin ninguna invención ficticia o artificio del hombre. La verdad, tal como la conocemos, es suficiente para todo propósito. Permíteme recordarte el caso de Marie, que has visto; ¿se necesita algo más que el conocimiento de su castigo como advertencia eficaz contra los celos y los males que de ellos se derivan? Y, sin embargo, el castigo de Marie no es eterno. Ella ha pasado su suplicio, y la conturbación del mismo se está erosionando, hasta que ella pronto va a tomar su lugar y posición entre los santos en la luz, no quedando nada por lo que su pecado vaya a ser reconocido por aquellos con los que se asocie.

»Ahora te pediré que trates de hacer avanzar tu mente a través de las edades hasta que lleguemos al tiempo del que te dije que a veces vislumbro, cuando la familia de la Tierra será toda redimida. Marie estará allí, blanca y radiante, y santa como nadie en toda esa multitud incontable. Ninguna alma que la mire será consciente de ese gran pecado que ha sido expiado y perdonado; pero, ¿lo habrá olvidado entonces ella misma? No. El dolor del pecado habrá desaparecido, el castigo habrá terminado, no quedará rastro de él que pueda ser leído por ningún curioso, pero la cicatriz —el recuerdo— estará allí, y para ella la eternidad nunca podrá borrar su recuerdo. Imagina cuál será el pesar [*regret*] de un alma que, habiendo entrado en estrecho contacto con Cristo y con Dios, sintiendo hasta desbordarse la intensidad del amor con que Él nos ha amado, no obstante reconoce que ha pecado contra ese amor y que lo ha contristado. Tal conocimiento tendría un poder refrenador del pecado, o al menos esta es la provisión de Dios para hacer eso; seguramente Él sabe mejor; y con esto me contento lo bastante como para que lo dejemos ahí. Debemos irnos».

Capítulo 19

El santuario del silencio

Tenía alimento para la reflexión. La infinitud que cada nueva experiencia me abría, y la rapidez con que cada una de las sucesivas me abrumaba, resultaban ser tal peso de gloria que casi deseaba descansar de la libertad y el amor que se desplegaban continuamente con maravilla cada vez mayor. Estando en presencia de este Evangelio del Señor Jesucristo, tal como lo interpretaban estos ángeles amigos, con cuánta verdad y literalidad podía refrendar la conclusión de Pablo de que, incluso en

las condiciones más favorables de la Tierra, los hombres sólo '[ven a través de un cristal oscuro](#)'; sin embargo, en todo lo que se me había dado a conocer, se había prestado la más cuidadosa atención para mostrar que toda la diferencia residía en la interpretación de la palabra que se me había entregado: en ningún caso se me había hecho una revelación que violara o sustituyera esa palabra. Otro hecho que observé invariablemente fue que siempre que se citaban las Escrituras, las palabras y enseñanzas del Maestro tenían preeminencia, y eran consideradas con una autoridad ante la cual los escritos de los apóstoles sólo ocupaban una importancia muy secundaria —un sistema de precedencia totalmente en desacuerdo con la costumbre con la que yo estaba familiarizado desde hacía tanto tiempo—.

Esta regla me impresionó tanto que en más de una ocasión la mencioné, pero siempre para oír la misma razón aducida para su adopción. Jesucristo era el mediador de la [nueva alianza](#), y por lo tanto podía hablar con más poder y autoridad en cuanto a su alcance, sus métodos, y las condiciones por las cuales sus privilegios podían ser asegurados [*privilegios o ventajas de la alianza*]. Siendo así, siempre fue no sólo la forma más segura, sino la más sencilla, '*escucharle a Él*', en vez de escuchar lo que otros tenían que decir sobre Él. Si existía alguna duda o dificultad, cada hijo que buscara conocer la mente del Padre, tal como es revelada en Cristo, podía pedirle a Él y recibir el don del Espíritu Santo, el Confortador, mediante el cual el Maestro prometió revelar a Sus discípulos los misterios íntimos de Dios, y traernos todas las cosas a la memoria.

Como digo, tuve abundantes motivos para reflexionar mientras caminaba con Myhanene entre las flores y los árboles de las cimas de aquellas colinas, que nunca han sido barridas por la tormenta; y él, con esa simpatía e intuición que le hacen entrañable a todos los que le conocen, comprendió mi estado de ánimo, y acudió en mi ayuda en una comunión de silencio, que produjo una cosecha de información más rica de lo que el lenguaje hubiera podido sostener. Hay condiciones de la mente en que sus anhelos son demasiado pesados como para que las palabras los expresen, o demasiado serios para que la lengua los maneje; yacen, como los tesoros desconocidos del mar, en las cavernas silenciosas de nuestra propia experiencia profunda, donde las líneas de cota de profundidad del lenguaje todavía no han tenido la longitud suficiente para llegar; pero quien quiera ver y comprender el valor y la fuerza naturales de estos anhelos del alma, debe sumergirse en las profundidades de la simpatía en que yacen, y leer, con la lámpara de la alianza [*kinship*], el místico jeroglífico que implora luz y verdad.

Tales silencios, sin duda, él los había hecho resonar muchas veces antes; mi talante no le era en absoluto desconocido, y con una generosidad que nunca podré corresponder, él acudió en mi ayuda. Simultáneamente, parecía rodearme con el brazo y con el alma; los objetos externos desaparecieron de mi vista, mientras yo era arrastrado a una arrobada comunión en la que podía leer lo más íntimo de su alma. Nunca he sido capaz de explicarme satisfactoriamente aquella experiencia única, ni intentaré hacerlo aquí. Con regia deferencia, pero con liberalidad infantil, me condujo al palacio de su experiencia, donde abrió de par en par las puertas de las habitaciones amuebladas con lujo real y con las mesas servidas de todas las viandas de las que mi alma estaba hambrienta, invitándome a entrar en el nombre de Cristo, y comer, y beber, y vivir.

Con los zapatos ya fuera de mis pies, acepté su invitación tácita, crucé aquel umbral sagrado, deambulé por aquellos salones de hermandad, y me banqueteeé con la verdad, mientras la orquesta de su corazón me cortejaba con música angelical, al compás de aquella petición de la oración de Getsemaní: '[Que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí, y yo en Ti, y que ellos sean uno en](#)

Nosotros'. Y así escuché, me maravillé y comí; incliné la cabeza y adoré, al darme cuenta de la posibilidad de cómo una oración podía encontrar su rico cumplimiento.

De aquel viaje no tengo recuerdos de ningún acontecimiento externo, en forma de dirección, distancia o puntos de referencia por los que pasáramos: desde entonces puede que me haya familiarizado con sus variadas escenas, que me haya detenido a estudiar la multitud de lecciones que sus lechos floridos pudieran enseñar, que me haya entretenido en otras contemplaciones bajo los árboles por los que pasé con Myhanene, pero no lo sé. Los alrededores se borraron en presencia del ensueño, y de ello no he podido guardar más registro que una copa llena de arrobamiento, mientras que el desbordamiento ha ido a bendecir a alguna otra alma.

Recuerdo, sin embargo, una pregunta que pasó por mi mente durante el éxtasis de aquella comunión, a la que no recibí respuesta ni entonces ni después; aun así, la guardo y la atesoro, porque estoy seguro de que será contestada y de que alcanzaré toda la gloria que la respuesta revelará. La voz llegó como un acompañamiento a la música de esa oración, elevándose dentro de mí como si fuera la lengua de algún profeta interior, dirigiendo mi mirada a una gloria demasiado brillante para que yo la contemple, y me pregunté: «Si esta comunión con un siervo es tan dulce, ¿qué sentiré cuando el Maestro sea mi anfitrión? Si cuando en el camino de Emaús, el corazón de los discípulos ardía dentro de ellos, a pesar de sus almas temerosas, aplastadas y heridas —incluso cuando no lo reconocían—, ¿cuál será el fervor ardiente cuando yo vea y conozca al Señor?». Recuerdo cómo meditaba sobre el pensamiento, cómo deseaba el conocimiento, incluso mientras temía, y luego esperaba —sí, mientras tenía hambre— que aún podrían intervenir muchas etapas antes de que se me permitiera estrechar Sus sagrados pies, y dar a mi alma el tiempo suficiente para purificarse y crecer lo suficientemente fuerte como para soportar y comprender el peso de tan maravillosa dicha.

«Este es el lugar».

«¡No! ¡No! todavía no», clamé, cuando el anuncio de mi compañero me despertó del dulce ensueño en el que había estado tan completamente absorto, y en la sorprendente confusión del momento, fui consciente de la presencia de una esperanza teñida de temor de que Aquel a quien tanto anhelaba ver estuviera cerca, mientras que me sentía igualmente sacudido por un pesar de que incluso tal desenlace pusiera fin al placer que tanto me había cautivado.

Myhanene sonrió ante mi turbación, y creí detectar en su mirada algo que me decía cuán perfectamente comprendía todo lo que había estado pasando por mi mente, pero dijo en voz muy baja:

«Mi experiencia en esta vida me ha enseñado que siempre es mejor llegar a la cima de la montaña antes de intentar comprender la vista o complacerme en cuanto al efecto que la escena producirá en mí cuando llegue allí».

No se me escapó el doble sentido de su comentario, pero una vez roto el hechizo, la puerta de mi ensoñación se cerró y me encontré de pie en la cresta de una colina, en presencia de una escena que exigía toda mi admiración y atención.

Delante y debajo de nosotros se extendía una llanura de una belleza tan exquisita que no encuentro palabras para describirla, y de tal extensión que no puedo confiar en mí mismo para estimarla, pero recuerdo claramente preguntarme mientras la contemplaba si no se le habría permitido al inmortal

Homero, durante la peregrinación de su sueño, estar de pie donde yo estaba y beber en la revelación que creó su imagen de ese [Elíseo](#) donde:

*Alegrías siempre jóvenes, sin mezcla de dolor o miedo,
llenar el amplio círculo del año eterno [[Odisea IV](#)];*

cuando todos los héroes, pasando sin el dolor de la muerte —no sea que incluso el recuerdo de ella traiga una sombra sobre su alegría—:

Descansen para siempre en los bancos de flores que nunca se marchitan.

Puede haber sido así, quién puede saberlo, porque si es parte de la ley inmutable de Dios que Él se revele a los profetas en sueños y visiones de la noche (Números 12:6) [[ref.](#)] [*la anterior nota con la referencia está presente así, entre paréntesis, en el texto en inglés*] ¿quién negará la posibilidad de que la puerta profética en el cielo no haya estado siempre, y siga estando, abierta tanto al cantor como al predicador-vidente?

La cosecha de la visión del poeta,

*con toda su sutil red de metáforas musicales
e imágenes perfumadas, no es el clímax
de ninguna semilla sembrada en la tierra;
ni evoluciona a partir de «modos de pensamiento»
desarrollados desde unas moléculas incapaces.
El poeta tiene un alma; así que cuando el guardián, la Noche,
abre la puerta, llamada Mortal, de su hogar prisión,
e invita al vidente a descansar en la celda del sueño,
esta alma levanta el vuelo, y a través de los campos
de su elíseo, su Cielo, o como quieras llamarlo,
vaga, embelesada, guiada por ángeles tutores,
recogiendo semillas de visión fresca de verdades embrionarias
con las que enriquecer el evangelio aureolado de esperanza.
Profetiza cantando, para ayudar a los oprimidos
en sus afanes y en su espera del amanecer de días mejores,
de los que sus ojos han captado los primeros rayos.*

Tiene que ser así. ¿Acaso David y Pablo no trajeron de vuelta a la Tierra el conocimiento de tales visitas, y no estaba la teoría del sueño, que me había sido explicada, en perfecta armonía con tal hipótesis? Más aún, ¿cuántas veces había luchado yo en mi vieja vida con mi memoria, esforzándome por arrancar de su mística cámara alguna codiciada experiencia de la noche que sólo perduraba en alguna vibración mal definida en mi mente? ¿Eran experiencias exclusivas mías? ¿Yo, que no tenía ningún elemento de poesía en mi contextura? ¡No! ¡No! Mientras contemplaba la escena que tenía ante mí, admirando ahora sus indescriptibles bellezas, e interrogándome de nuevo con la multitud de pensamientos que se presentaban espontáneamente, me impresionó más que nunca el hecho de cuán completamente se entrelazan las dos condiciones inter-esferas para aquellos que tienen ojos para ver y oídos para oír, y mi entendimiento se abrió a la apreciación de la declaración: '[Tenéis que nacer de nuevo](#)' antes de ser capaces de participar en la revelación del mundo del espíritu, así como el hombre natural se vuelve alguien absorbido en el mundo de la materia.

Salvo las dos breves observaciones que he anotado, mi compañero no intentó perturbar mi contemplación, sino que me dejó absorber todo el conocimiento del que podía apropiarme sin ayuda —un agradable método de enseñanza adoptado universalmente aquí, dejando que la mente en primer lugar se adapte y asimile aquello a lo que se abre naturalmente, a lo cual se le añade énfasis y fortaleza mediante respuestas y explicaciones a las preguntas que las revelaciones suscitan—.

Había adivinado el significado de la exclamación que tanto me había sobresaltado al principio, y supe que, por el momento, habíamos llegado al final de nuestro viaje. Me habían invitado a una fiesta, pero no tenía la menor idea de su naturaleza ni de su propósito, y la conversación y la comunión que habíamos tenido por el camino no me habían dejado inclinado, aunque se hubiera presentado la oportunidad, a hacer más averiguaciones en relación con el asunto. Por el aspecto del lugar, me pareció que íbamos a presenciar una especie de fiesta floral, pues el sitio elegido era un verdadero hogar encantado de la floricultura.

Todos los árboles, arbustos y plantas portaban flores de tamaño, color, perfume y belleza desconocidos para mí, que superaban con mucho todo lo que había visto hasta entonces. Los árboles de unas especies parecidas a las palmeras alzaban troncos de colores transparentes de ámbar y rosa, mientras que de las extremidades de sus ramas caían grandes campanas cerosas abigarradas, como doseles, por encima de las cabezas de los que se sentaban debajo. Ningún árbol en toda la llanura dejaba de tener sus flores, y ninguna flor dejaba de conservar su olor característico, que podía conocerse y disfrutarse a voluntad. Contemplé también con asombro el nuevo uso que se daba a este vasto despliegue de flores. Macizos, parterres y terrazas se convertían en asientos de suave reposo, o galerías y orquestas, desde las cuales ya flotaban en el aire compases de música celestial, mientras la inmensa muchedumbre de gente, reunida no sabía de dónde —ya que en todo el campo de visión no se veía ningún edificio—, esperaba pacientemente la llegada de algún auditor.

«Puesto que aquí no hay nada que no tenga un propósito -pregunté a mi acompañante- ¿puedo saber cuál es el objetivo especial de esta reunión?».

«Por supuesto. Es un momento de examen, o de graduación si lo prefieres. Algunos, tal vez muchos, de los amigos aquí reunidos se han hecho acreedores a un ascenso, y esta reunión tiene por objeto ponerlos a prueba; o si prefieres esta idea, es un día de juicio».

«¿Por qué hablas de manera indefinida sobre el número de los afortunados; no los conoces?».

«No los conoceremos hasta que se aplique la prueba, cuando todos los que alcancen el patrón serán fácilmente discernibles por un resultado contra el que no se podrá apelar; pero la gran mayoría de la asamblea ha venido a presenciar la traslación y a unirse a la acción de gracias. Ya has contemplado el despertar que se produjo en el caso de algunos recién llegados, así que pensé que sería igualmente interesante para ti ver este siguiente cambio».

«Estoy intensamente interesado -respondí-, pero ahora que comprendo mejor la reunión, me da más la impresión de asistir a una fiesta nupcial que a una ceremonia de despedida».

«Eso se debe a la correcta apreciación, en la mente de todos, del cambio que está a punto de producirse. Aquí ves una repetición de la escena que presenciaste en el hogar de los muchachos, donde cada niño deseaba y esperaba ser promovido a la vida superior. Tal sería el resultado también en la Tierra si se comprendiera correctamente el nacimiento de la muerte. Cada cambio produce un mayor desarrollo de poder en el hombre, del cual no puede haber cesación, y al mismo tiempo lo separa de todas las influencias que serían un obstáculo en el futuro, mientras es presentado a la

compañía de otros que son capaces de estimularlo hacia mayores logros espirituales. Aquellos que dejen a sus amigos aquí en el presente no serán separados de ellos; el amor existente entre ellos continuará, porque aquellos que asciendan serán como guías de montaña, que llevan consigo una cuerda con la que pueden ayudar a sus amigos de atrás a hacer una ascensión más fácil».

En ese momento nos llegó un sonido suave, como la vibración de una campana de plata; para mí no tenía ningún significado y habría pasado desapercibido, pero para los que estaban en la llanura de abajo estaba lleno de significado: una señal para el comienzo de la fiesta, como una corneta tocando el «formen filas». Todas las orquestas se acoplaron, y en varios puntos grandes compañías de cantantes se reunieron en orden de marcha en tal disposición que indicaba que el punto central de la exhibición estaría cerca de donde nos encontrábamos. La reunión me dio la oportunidad de formarme una idea de la inmensidad de la multitud que se había reunido.

Nunca antes mis ojos se habían posado sobre semejante muchedumbre movida por un impulso común, animada por la misma alegría, libre de una sola sombra de envidia. Una segunda campanada sonó en la campana invisible, en respuesta a la cual mil instrumentos, tan suaves y dulces de timbre como la mayoría de ellos extraños de tipo, exhalaban la obertura de ese servicio. Ahora las voces de los coristas se mezclaban con la música, y cada una de las compañías avanzaba con un movimiento rítmico que no era ni marcha ni danza, sino más bien un complemento deslizante que enfatizaba la medida del tema. Entonces, toda la gran congregación que nos rodeaba se unió al coro, y por primera vez en mi nueva vida escuché el canto de los redimidos, que surgía a mi alrededor como el sonido de muchas aguas, que se derramaban a '*Aquel que nos ha redimido y lavado de nuestros pecados, haciéndonos reyes y sacerdotes ante Dios y para su Padre por los siglos de los siglos*' [\[ref.\]](#). Si esta música era más dulce que la de los magnetismos que había oído por primera vez en el Hogar del Descanso, ni siquiera ahora soy capaz de determinarlo; ambas eran perfectas en su género, hasta donde pude formarme una opinión, y sólo diferían entre sí como la belleza de la flor varía de la grandeza de la gloria del atardecer.

La parte musical del servicio no duró mucho, o, en la multitud de influencias que ejerció sobre mí, me perdí cualquier otro sentido que no fuera la magia de este nuevo encanto, de modo que su final llegó demasiado pronto; pero cuando sus ecos finales se estaban apagando y la congregación permanecía de pie con las cabezas inclinadas, como esperando una bendición, Myhanene me tocó, y, volviéndose, llamó mi atención sobre un orbe de luz que caía como un meteoro hacia nosotros desde las montañas que se alzaban pico tras pico en la lejanía. Me volví para pedir explicaciones a mi compañero, y descubrí que su aspecto se había transformado, y que estaba a mi lado, ataviado con toda la gloria con la que le había contemplado por primera vez. Ninguno de los dos habló, pero cuando el orbe se posó en la cima de la colina cerca de nosotros, cubriéndolo todo con un resplandor con el que casi temí ser envuelto, me hizo señas de que me quedara de pie y observara mientras él iba a saludar al que dirigía la brillante hueste que estaba a nuestro alrededor.

Yo estaba solo entre los seres celestiales, los más humildes de los cuales eran de igual rango que el que acababa de dejarme; esto lo pude comprobar por su color y brillo, pues me estaba familiarizando tanto con ello como para determinarlo fácilmente. Pero, ¿quién y cuál era el rango de su jefe? No necesitaba que me dijeran que era más grande y poderoso que cualquiera de los que había conocido hasta entonces; el homenaje que le rindió mi amigo lo había revelado; pero también lo proclamaba la diadema de gloria que llevaba como distintivo, además de su brillo individual, que eclipsaba a todos los demás. Llevaba en la mano un gran globo de cristal que me recordó la brillante, pero diminuta joya, que había visto llevar a la paloma en la Coral Magnética. Al

contemplantarlo, incluso desde la distancia a la que me encontraba, parecía que se ruborizaba y palpitaba con un poder que no podía definir; si la vida fuera visible, lo llamaría vida; tal vez santidad, tal vez amor, tal vez las tres cosas combinadas, pero impregnaba de tal modo la atmósfera que me resultaba difícil mantener mi posición.

No tengo palabras para describir a aquel ángel jefe, y es mejor no intentarlo; pero yo, incluso en medio del sobrecogimiento que su presencia me inspiraba, caí víctima del hábito que he contraído de preguntar el cómo y el porqué de todo, y me encontré tratando de resolver el problema de que, dado el hecho de que la progresión eterna del alma era la ley, y cada ángel en el cielo había sido una vez un hombre, ¿cuánto tiempo necesitaría uno en mi posición para alcanzar el punto en el que él se encontraba? Sin embargo, renuncié a ello y volví a observar los acontecimientos más inmediatos.

Se colocó en una especie de plataforma natural justo debajo de mí, en la ladera de la colina, mientras sus ayudantes se reunían a su alrededor y detrás de él, como una corte en presencia de un monarca. En vano me imaginé que iba a dirigirse a la congregación, y al instante me pregunté cómo sería una conferencia, un discurso o un sermón en el cielo; pero no pronunció ni una palabra; la experiencia fue más bien la contraria, pues mientras permanecía de pie, con sus ojos recorriendo lentamente la gran asamblea, sentí la indecible alegría de escuchar esa gran revelación, '[silencio en el cielo](#)', que forma un capítulo de ese '[misterio de piedad](#)' que no puede traducirse al lenguaje. En el templo de santidad no edificado con manos, que es eterno en los cielos, hay un santuario de silencio, en el que, no importa cuántos puedan entrar, no pueden traer ninguna vibración de un sonido —el silencio eterno permanece siempre ininterrumpido—.

Aquí el alma se inclina en adoración, y en respuesta a su oración de fe perfeccionada, escucha la voz del Padre Eterno, que se revela sin nube de por medio. Aquí se abren los ojos y, por primera vez, '[los limpios de corazón ven a Dios](#)'. En tal culto se postró esta congregación, y yo entre ellos. ¿Estaban todos en ese santuario de silencio? En absoluto. Yo no lo comprendía entonces; desde el umbral, la gran mayoría de nosotros permanecíamos de pie y escuchábamos la paz ininterrumpida y profunda que allí habitaba, pero no oíamos la voz del Padre que hablaba; esta era el criterio, la norma por la que medir a las almas que habían de ser promovidas, la declaración de aceptación que pronto sería manifestada visiblemente.

El silencio terminó con un profundo y espontáneo aliento universal de gratitud, como un ferviente Amén que no podía ser confinado dentro del alma, y yo sentí —todos sentimos— que en aquella quietud había tenido lugar una gran carga misteriosa [*mysterious charge*]; que algunos habían pasado de nuevo, no de la muerte, sino de la vida a una vida más abundante; pero cómo o quiénes habían sido así cambiados, de gloria en gloria, nadie más que ellos, que habían oído la voz, podía decirlo.

No permanecemos mucho tiempo en suspenso. Apenas se había apagado el sonido del Amén, cuando el ángel jefe se adelantó hasta el borde de la plataforma y dejó flotar en el aire su globo de cristal. Sobre el centro de la multitud se expandió y, extendiéndose como una nube de luz, descendió suavemente hacia los adoradores. Tan delgada se hizo la misteriosa película, que pronto se perdió completamente de vista, pero el sentido del olfato aún podía rastrear su perfume odorífero, mucho más dulce que el de todas las flores, y supe que, aunque invisible, tenía una misión que yo esperaba ver cumplida. Alcanzó su objetivo, cayó como un rocío de bendición sobre todos, pero algunos —muchos— fueron cambiados por su influencia hasta que nosotros, al igual que ellos, pudimos leer en un lenguaje inconfundible su anuncio claro para avanzar [*advance*].

En ese momento, otra compañía de inmortales descendió de las colinas de mi derecha hasta la llanura, entonando un cántico de bienvenida a los amigos a los que iban a acompañar a su nuevo hogar; este cántico fue respondido por un júbilo de la asamblea, durante el cual los elegidos se levantaron, se les unió el coro de arriba, y el festival terminó.

Capítulo 20

La tierra de Beulá

Cuando los visitantes, a quienes sólo puedo describir como procedentes de la región montañosa y de más allá, se hubieron retirado, los que se quedaron en la llanura, en vez de expresar inútiles lamentaciones y desacuerdos con la selección hecha —como es tan generalmente costumbre en la Tierra—, se abrazaron, felicitaron y regocijaron unos con otros porque se les había permitido participar de los placeres que yo había presenciado. No hablé con ninguno de ellos, aunque muchos pasaban cerca de mí de vez en cuando, pues sentía en mi interior el reconocimiento de que, aunque estaba con ellos, no podía considerarme uno de ellos; en realidad, no era más que una especie de visitante a quien se dispensaba una cortesía inaudita al familiarizarme con las muchas fases de la vida celestial, pues aunque era un ciudadano de la inmortalidad, no estaba en absoluto seguro de cuál sería mi condición y posición cuando terminasen mis halagüeñas andanzas. Sin embargo, por las observaciones que hice y las expresiones que oí, deduje que si la gran mayoría no había sido trasladada, todos habían sido beneficiados y elevados por el servicio. Todas las almas se habían acercado y se habían preparado para el cambio que finalmente se produciría en todos. Si aún no habían alcanzado la norma, se habían acercado a ella; si en el santuario del silencio no habían oído realmente la voz del Omnipotente, al menos habían escuchado el imponente silencio que precede al sonido. Por lo tanto, eran más fuertes, más santos, más felices, por la experiencia que habían compartido, mientras volvían a casa llenos de una esperanza en la que no había lugar para la decepción.

Cuando Myhanene volvió a mí, después de haber dicho adiós a sus amigos, empecé a formular el cúmulo de preguntas que los acontecimientos habían sugerido.

«¿Quién era el ángel jefe de aquella brillante compañía?», pregunté.

«Su nombre es Omra -respondió-, y creo que eso es todo lo que puedes entender de él por el momento; si tratara de explicarte su rango, posición y deberes, sólo estaría hablando en enigmas, así que me temo que debes contentarte sólo con su nombre».

«¿Los amigos que fueron promovidos -y no encuentro otra palabra para expresar lo que quiero decir-, se han ido para estar con él?».

«No; han pasado a las cercanías de la casa de nuestra hermana, la poetisa —donde te encontré—».

«Y me gustaría preguntar, si puedo, ¿dónde vive Omra?».

«Eso nunca podrás saberlo sino con la vista, y no estoy seguro de poder prestarte la fuerza suficiente para vislumbrar siquiera una lejana visión de su hogar; has visto el poder de su gloria cuando se atenúa en acomodación a los alrededores de este festival, pero el brillo de su estado es la pureza nativa que irradia de la santidad que forma parte de aquellos que moran mucho más cerca de Dios. Pero aunque no puedo esperar que seas capaz de definir su hogar, si tan sólo consigo señalar su esplendor, será otra revelación para estimular aún más tus aspiraciones, y proporcionar alimento para la reflexión de aquí en adelante».

«Mi alma está sedienta de conocimiento -respondí-, pero he visto tanto que casi temo... Pero tú sabes lo que es mejor, y me conformo con que decidas».

«Ven, pues, conmigo; toda copa del cielo está llena a rebosar. Recuerda la promesa de Cristo —debes realizarla y comprenderla ahora—: '[al que tiene se le dará](#)', sí, incluso '[buena medida, apretada y rebosante](#)', y tampoco hay necesidad de estar ansioso, porque el desbordamiento no puede perderse; puede que tu memoria no lo recuerde de inmediato, pero cuando surja la necesidad estará próximo; por lo tanto, vamos, y mira lo más lejos posible a lo largo del camino de tu futuro desarrollo».

Debo confesar que me alegré tímidamente al oír su decisión. Anhelaba contemplar la gloria que se revelaría, pero era consciente de mi propia debilidad e incapacidad incluso cuando él hablaba de ella, y me preguntaba cuál sería el efecto cuando estuviera en su presencia. Sin embargo, tenía confianza en mi guía, así como la seguridad interior de que estaba más allá de la posibilidad de ser herido, así que con nerviosa confianza tomé la mano que me ofrecía y emprendimos nuestro nuevo viaje.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo duraría nuestra compañía, pero era cada vez más consciente de que cuanto más tiempo pasaba con cualquiera de estos amigos, más desesperadamente me atrasaba en las preguntas que me sugería su presencia. Por lo tanto, aunque las escenas por las que pasamos eran más que suficientes para despertar todas mis facultades de admiración y observación, mi sed de información era aún mayor, y pronto empecé a poner a prueba su generosidad.

«En mis conversaciones con nuestra hermana -le dije-, ella parecía expresar opiniones que diferían considerablemente de las que había oído expresar a otros; ¿tenía yo razón en mis conclusiones, o crees que la malinterpreté?».

«No me cabe duda de que estás en lo cierto -respondió-; tenemos diferencias de opinión muy marcadas en algunos puntos».

«¿Cómo es eso? Seguramente esperaba encontrar aquí el fin de tales divisiones».

«Hay una gran distinción, hermano mío, entre diferencias y divisiones. Sé que en la Tierra las diferencias de opinión a menudo causan divisiones muy dolorosas, pero no es así aquí, donde hemos aprendido que '[la verdad nos hace libres](#)'. Abajo se sostiene como un principio cardinal en la práctica que el geólogo debe apreciar un dogma exactamente en el mismo valor y de acuerdo con la estimación del teólogo, o si no se le considera un ateo, y es legítimamente excluido de la compañía de los fieles; y la misma regla se aplica más o menos estrictamente a todas las demás ramas del saber. Qué absurdo. ¿Acaso el mismo Dios que inspiró la pluma [*pen*] no inspiró las rocas; acaso colmó de tinta toda la revelación y dejó el resto de la química en blanco; acaso legó enteramente Su voluntad a la imprenta, y se dejaron en el pauperismo las demás manufacturas; fueron acaso los confines de Su amor dejados a la discriminación de un encuadernador, dejando ignorado el mundo artístico; acaso se ha sometido lo Ilimitable e Infinito a la absorción de una nación judía sin dejar ningún registro posible para que lo lea la astronomía?».

»Así como el macrocosmos, también el microcosmos se organiza de modo que produzca la armonía natural para la que ha sido diseñado. Hemos llegado a la conclusión de que ningún hombre puede captar —y mucho menos monopolizar— la totalidad de la verdad, sino que cada mente se apropia de su propia molécula afín; poco a poco, toda esta variedad de pensamiento se reunirá como un florista

que arregla sus flores en un ramo selecto; cada mente individual dará entonces expresión a su tono natural, y el volumen del conjunto creará y producirá la armonía perfecta de la verdad. De acuerdo con esto, verás que todavía hay una variedad de opiniones sobre cuestiones menores —la preferencia por matices de pensamiento regulados por las condiciones de diferentes individuos—, pero nunca encontrarás a nadie que llame al azul rosa o al negro ámbar».

No había espacio, ni yo estaba de humor para debatir sobre mis preguntas, ante las que él simplemente hizo un pronunciamiento en respuesta, que por el momento recibí, con la intención de convertirlo en tema de reflexión primero, y luego de conversación, si fuera necesario, cuando se presentara la oportunidad adecuada. Había también otra razón que me impedía continuar nuestra conversación por el momento. Durante un tiempo, mientras escuchaba atentamente a mi amigo, me di cuenta de que a medida que avanzábamos, la atmósfera se volvía más ligera, hasta que, cuando él concluyó, descubrí que yo había perdido por completo la capacidad de hablar. Me invadían sensaciones extrañas e indefinibles, no desagradables, sino todo lo contrario; había entrado en el reino de una felicidad vigorizante e irresistible que me animaba y me llevaba hacia adelante con un ímpetu creciente que me dominaba y me hacía callar. Las sensaciones de peso, de miedo, de duda, de todas las cosas menos una alegría inefable, me habían abandonado.

Miré a mi compañero y entonces comprendí que la flotabilidad y el poder impulsor se debían al esfuerzo que estaba haciendo él para darme de su fuerza para ascender. Pero pronto me di cuenta de que él también se estaba volviendo limitado en este aspecto; por un instante hubo una perceptible vacilación en nuestro vuelo, pero él me rodeó con su brazo y me atrajo tan cerca de él que me irradió su propia luminosidad, que me estremeció, como si desafiara toda debilidad; luego, con un solo esfuerzo de su voluntad, como un relámpago, me llevó a través del espacio intermedio y aterrizamos en la cima de una montaña celestial teñida de azul celeste. Tal vez nunca sepa cuán lejos viajamos con ese relámpago de voluntad, pero fue una buena ilustración de la velocidad a la que es posible que Myhanene viaje y el método por el cual llegó a la patria del asirio, que anteriormente me había causado tanto asombro.

El cielo se desplegaba ante mí. No encuentro otra palabra para expresar siquiera una idea rudimentaria de la escena: su pureza, su belleza y su paz; en su presencia, todo lo que había contemplado antes palidecía hasta la insignificancia. A nuestros pies se extendía una inmensa llanura, bañada por una luz suave, inmutable, sin pulsaciones, que por algún milagro pudo haber besado a una perla alguna vez, y haberla hecho sonrojar con todo su modesto encanto. Luego, en la distancia, por lejos que la vista pudiera viajar, sin atenuarse, nítida y vívida como el primer plano, se alzaban a la vista cadena tras cadena, hilera tras hilera, las montañas celestiales: incontables colinas sobre las que se extendían terrazas igualmente incontables, grandes como mesetas, cada una compitiendo con la otra en mansiones, parques y flores, como modelos de ciudades angelicales que se alzaban en galerías divinas, todas cubiertas con la sonrisa de Dios. Cada terraza estaba bañada por su propia gloria distintiva, cuyo brillo aumentaba con la subida. La visión me hizo pensar en una gran escalera celestial que conducía a la sala del trono del Infinito. En cada extremo de esos escalones, como para preservar el equilibrio y completar el diseño de la arquitectura celestial, se alzaban los picos de las cordilleras que se entrecruzaban, como porteros reales, bañados por matices atmosféricos que cambiaban en su ascenso hacia una gloria sin matices, donde pilares de cristal inmaculado formaban el fondo de la visión, sosteniendo sobre sus hombros una estructura que brillaba y centelleaba como un diamante que reflejara la luz de algún sol eterno.

Myhanene, cuando me dio tiempo para disfrutar del éxtasis de la escena, me llamó la atención sobre esa casa de indescriptible magnificencia en la distancia, y simplemente dijo: "Esa es la casa de Omra".

Pero me dijeron que esto, en lo que mis ojos se estaban deleitando, no era el cielo; era solo la Tierra de Beulá o el vínculo entre la condición inferior y la superior del desarrollo del alma. Mi amigo había cruzado esa llanura casi ilimitada —en cuyo primer plano me señaló su propia casa—, había ascendido esa escalera divina, para así él contemplar —con Omra, tal como yo entonces estaba con él [*con mi amigo*—, unas escenas aún más gloriosas; Omra había contemplado otras más puras todavía; pero no puedo saber cuántas hay entre ese punto y Dios, aunque cada alma debe ascender por estas galerías sucesivas de santidad antes de poder sentirse satisfecha y ver a Dios tal como es.

Myhanene me habría llevado ahora a ver su casa, pero un océano de majestuosidad desconcertante dominaba mi sentido de comprensión, por lo que le rogué que me llevara de regreso.

Capítulo 21

Hogar

Cada detalle de esta vida es educativo. Cuando uno tiene la oportunidad de retirarse para meditar sobre el conocimiento que ha adquirido, se siente abrumado por la masa de información que aquí se despliega naturalmente a partir de un solo episodio, como también por la unanimidad del testimonio para hacer cumplir la gran ley por la que se rige esta vida, aunque los agentes que contribuyen parezcan no tener conexión posible entre sí.

Se recordará que uno de los primeros incidentes que atrajo mi atención después de mi llegada fue la acción de esa pobre mujer que trataba de abrirse camino hacia hogares para los que no estaba preparada. Eusemos explicó la teoría de la ley que opera sobre ella y le impide llevar a cabo su deseo; Cushna me la ilustró después en el caso de Marie; y ahora Myhanene me había dado un ejemplo práctico de ello en mi relación con la fascinante escena que se extendía ante mí. No había ningún poder externo presente que me impidiera llegar a esas moradas de descanso; el camino estaba abierto, y estaba seguro de que sería bienvenido *si* tan solo pudiera llegar a sus portales. Pero ese «si» era el «por qué» del todo suficiente para explicar por qué no se satisfacía el deseo de mi corazón. No había más barreras para que yo respirara la atmósfera vital de aquellas montañas celestiales que las que hay en la Tierra para impedir que un lapón comparta las bellezas del verano tropical; la única razón estaba en mí; mi naturaleza actual no estaba adaptada a los alrededores, por lo tanto no eran favorables para mí; así que, aunque era el paraíso en cierta medida para Myhanene y sus amigos, me sentía abrumado —digamos, incómodo— y ansioso por irme.

Pero mientras estaba de pie en aquellas alturas, con el brazo de mi compañero todavía alrededor de mí, aprendí una dulce lección más completamente de lo que jamás había esperado: la tierna simpatía y humildad con que esas naturalezas superiores y santas prestan ayuda a los más débiles. ¡Oh, los recursos y mecanismos que tienen a su disposición, y la prontitud y la sencillez con que son confiscados para estimular y alentar a uno a hacer todo lo posible para alcanzar todos los desarrollos posibles y las ventajas correspondientes! Su amor se apodera del alma como un poderoso imán, y ésta se siente atraída y elevada —a menos que se rechace y se suelte voluntariamente la influencia divina— casi contra sí misma, en continuos renacimientos de un ser más santo. No hay patrocinio, ningún intento de encender un sentimiento de deuda por el servicio que prestan tan voluntariamente, sino que comienzan —y continúan— su misión como si solicitaran un favor y todas las ventajas fueran suyas. Cualquiera que sea su manera de hacer las cosas, tienen

una aptitud y un poder maravillosos para hacerte sentir —sin importar cuán grande haya sido tu disfrute— que ellos han obtenido una felicidad mucho mayor.

¿Qué fue lo que impulsó a Eusemos a mostrarme ese panorama del país, o a Cushna a darme el deleite de presenciar la Coral? ¿Por qué Siamedes debiera instruirme respecto a la naturaleza y condición de los durmientes, o Myhanene llevarme a contemplar los placeres en los que vive? No tenía ningún derecho sobre ellos, ningún poder para darles, en lo más mínimo, ninguna compensación; había un sólo motivo, una razón: el amor, ese gran impulso maestro que hace oscilar su cetro indiscutido en todo el dominio de la inmortalidad. Lo sabía, lo sentía. El único deseo que movía a todos aquellos con quienes había estado en contacto había sido evitar que me sintiera demasiado satisfecho al comienzo de mi nueva vida con las condiciones en las que me encontraría, cualesquiera que fueran. La actividad es la herencia natural del alma, la excelencia su lema y la santidad su meta; por eso su esfuerzo concertado había sido para despertar en mí un gran deseo de alcanzar los ideales que siempre tenemos por delante; para darnos cuenta de que la legítima satisfacción del hombre sólo puede alcanzarse cuando, como el salmista de antaño, despierta al reconocimiento de que ha alcanzado la semejanza de Dios.

¡Sí! Había aprendido esa lección y, al contemplar la visión que tenía ante mí, me di cuenta de que su objetivo no se vería totalmente frustrado, al menos en mi caso. Nació en mí el deseo de poder recorrer esos campos de brillante gloria que eran el hogar de mis amigos, pero que, sin embargo, estaban tan lejos de mí; y decidí que mi esperanza no se vería aplastada ni frustrada por ningún objetivo o deber que necesariamente debiera estar en medio, sino que, a través de todo y de todas las cosas, seguiría adelante hasta que mis pies hubieran ascendido a esta meta de mi primer deseo en el cielo. Myhanene profetizó que la visión encendería mis aspiraciones si tan solo pudiera alcanzarla, y tenía razón: todas esas aspiraciones ahora brillaban; estaba ansioso por encontrar mi hogar actual, para poder entender desde dónde debía comenzar el formidable ascenso. No sabía dónde lo encontraría (hasta entonces, nunca había pensado en ello más que de pasada), pero ansiaba llegar a él ahora. Dondequiera que estuviese, no podía ser más que el lugar de descanso de un peregrino; cualesquiera que fuesen sus placeres, había contemplado otros por los que mi alma suspiraría '[como el ciervo jadeante que busca las corrientes de las aguas](#)'; por ricas que fuesen sus bellezas, había contemplado otros mayores, cuyo recuerdo no podría borrar, y nunca estaría satisfecho hasta que los considerara míos.

Entonces, involuntariamente, se me ocurrió la pregunta: «¿Me sentiré satisfecho entonces?», pero seguiría surgiendo si intentaba responderla, así que la reprimí y decidí limitar mi primer ideal aquí. Pero cuando llegué a esta conclusión, una sombra pasó por mi mente al pensar en la distancia casi interminable que podía haber entre mí y el objeto de mi deseo. Myhanene fue inmediatamente consciente de la presencia de esa sombra, y aunque no habló, sí sentí un pensamiento que procedía de él y que se abrió ante mí en otro ensueño, una revelación que tuvo más influencia y consuelo que las palabras.

Hay un solo camino para que toda la humanidad viaje en su peregrinación hacia Dios; las etapas de la Tierra habían sido alteradas y se habían vuelto difíciles de seguir, pero, desde donde mis pies estaban plantados, el camino era claro e inconfundible. Era el camino llamado Recto [*straight*], cuyo ingeniero era Dios mismo, y llevaba su sello, tal como lo encontramos en la faz de la Naturaleza. En este punto, la Naturaleza se convirtió para mí en la intérprete de la gracia, y mi alma se dejó llevar por su corriente hacia el océano de otra revelación. ¿Qué hombre puede estar con un reloj en la mano y decir: "El día ha muerto y la noche ha nacido"? ¿Quién puede dividir con

precisión las estaciones a medida que vienen y van? ¿Quién es lo suficientemente sabio como para fijar el límite del sueño? Las heladas tempranas del invierno se intercalan con los días dorados del otoño, y la primavera entrevera su sol con ráfagas heladas; la luz del día regresa con pulsos insinuantes, hurtando su asidero, sin ser observada, en la mejilla de la noche; las hojas que se abren lo hacen tan sigilosamente que, aunque hagamos guardia para observarlas, nos veríamos obligados a decir: "No está [*abriéndose*]; o sí, sí lo está".

En la Naturaleza no hay saltos ni lindes, ni callejones sin salida ni abismos, ni divisiones tajantes en su gran ley del progreso; el orden es el desarrollo desde dentro, estimulado por la apropiación de los nutrientes adecuados desde fuera. Este mismo desarrollo también se observa en las etapas de la vida, en la medida en que los mortales llegan a reconocerlas. ¿Quién es lo suficientemente sabio para descubrir el instante del ser, o discernir el momento de la partida del alma? ¿Quién puede decir cuándo la inconsciencia se despliega en consciencia, o el instinto del bebé da paso a la inteligencia? ¿Quién puede definir cuándo nace la responsabilidad o trazar una línea entre la infancia y la niñez? Así, el paralelo de la naturaleza y el alma podría continuar. ¡Pero basta! Si la misma ley es evidente desde el principio y continúa hasta donde el hombre puede rastrearla, ¿con qué derecho suponemos que ocurre algún cambio más allá de nuestro entendimiento? Dado el mismo Dios como Creador y Preservador, Autor y Consumador —y Él inmutable—, ¿por qué no la misma ley —y ésta, Inmutable—?

El pensamiento me consoló, me dio fuerza y paz. La distancia entre mí y mi ideal era sin duda grande; pero se alcanzaría mediante un proceso natural cuya duración, en gran medida, dependía de mis propias manos. '*Dios no hace acepción de personas*'; no hay camino regio ni atajo para llegar al trono reservado para unos pocos elegidos, sino Una Sola Manera, que es '*el camino, la verdad y la vida*', y quien intente subir por cualquier otra vía será expulsado como '*ladrón y salteador*'. No, no, el asesino con las manos en la masa, ni confesándolo de labios ni de corazón, podría dar un salto desde el cadalso —sin instrucción, todavía tembloroso y con labios de los cuales apenas se han apagado los ecos de la irreverencia— hasta la presencia de ese Dios que es '*demasiado puro para contemplar la iniquidad*'.

La salvación no garantiza una transición repentina del libertinaje a la muchedumbre vestida de blanco, de la broma obscena del libertinaje a '*cantar el cántico de Moisés y el Cordero*'; significa '*aceptación en el amado*' cuando el pródigo penitente ha llevado a cabo su determinación de levantarse e ir a su padre, ha hecho la peregrinación desde el país lejano a la patria, ha pasado la cruz donde recibe las promesas y se convierte en heredero de esa fe que '*es la sustancia de las cosas que se esperan*'; adoptado en la familia de los santos y entrando en la compañía de Cristo, quien nunca más lo dejará ni lo abandonará, será guiado de gloria en gloria, desplegando en su alma, en cada etapa sucesiva, esa pureza y santidad que finalmente lo capacitará para:

*Morar en la Luz eterna
a través del Amor Eterno.*

Mi compañero no estaba en absoluto ansioso por poner término a mi visita a pesar de que yo lo había sugerido. Él estaba feliz, muy feliz, allí; era su hogar. Y cuando yo tenía un intervalo —ya fuera en mi ensoñación o en mi asombro— para dedicárselo a él, yo era consciente de la intensidad de su ferviente deseo, que también era el mío; pero no podía serlo por el momento, así que, a continuación, él me permitió tener tiempo para contemplarlo [*ese deseo*] hasta que el entusiasmo fuera fuerte dentro de mí, lo cual él afirmó que habría de darse tan pronto como yo pudiera estar a la

altura de sus [its] requisitos; entonces, una suave presión de su brazo indicó su deseo y me di la vuelta.

«¿Cuánto tiempo he estado aquí, en esta vida?», pregunté, cuando mi poder de habla regresó a mí.

«Solo unas pocas semanas según el cómputo de la Tierra -respondió-; ¿Por qué? ¿Estás cansado?».

«¡No! Nunca volveré a estar cansado, puedo sentirlo; pero he aprendido tanto, y he estado tan interesado, que nunca antes había pensado en el tiempo».

«¿Por qué has aprendido tanto?», preguntó.

«Esa es una pregunta que podrías responder mejor», respondí.

«Es simplemente porque has preguntado tanto. Tu vida terrenal fue una larga nota de interrogación; no tanto hacia tus semejantes, porque ellos no te comprendían, y no te habrían podido responder, sino que tus preguntas eran hacia ti mismo, hacia nosotros. Ahora has comenzado a encontrar las respuestas en lo poco que se nos ha permitido hacer por ti hasta el momento. Pero recuerda, sólo hemos empezado; estaremos encantados de continuar en breve; mientras tanto te llevaré a tu casa, donde podrás recordar tus experiencias hasta ahora, mientras descansas un rato y te deshaces de esas influencias del cuerpo que todavía se aferran a ti, y que te impedirían disfrutar de otras revelaciones que te aguardan».

«A casa -repetí-; ¿Oíste mi deseo cuando estaba en la colina? Me interesé tanto que no había pensado en ello hasta que vi tu hogar, lo que me hizo preguntarme qué distancia podría haber entre los dos. ¿Era mi pensamiento una premonición de lo que vendría después?».

«Tal vez lo fue -respondió-; Ven a verlo».

Nuestro camino pasó por una sucesión de pintorescos bosques, alternados por hermosos valles y claros, donde nos cruzamos con pocos individuos, lo que permitió que nuestra comunión sobre muchos temas se mantuviera sin interrupciones, pero no te cansaré con su relato aquí. Todavía tengo volúmenes de experiencias más grandes que contar, y si este esfuerzo logra su objetivo, como expresé en las páginas anteriores, volveré y continuaré con mi agradable tarea. Mientras caminábamos, observaba de vez en cuando el brillante destello del pensamiento alejándose velozmente de mi compañero que iba por delante de nosotros, mientras que de vez en cuando recibía una respuesta que me indicaba que, mientras él me estaba instruyendo, también estaba conversando con algún amigo lejano. En ese momento yo no era experto en leer ese tipo de correspondencia y, por lo tanto, ignoraba por completo su naturaleza; pero, fuera lo que fuese, sólo despertó una curiosidad pasajera en mi mente por su novedad; mi interés se centraba por completo en los temas que estábamos discutiendo.

Al pasar por un valle, que por su extrema belleza excitó mi admiración y puso fin a nuestra comunión, nos encontramos —para mí de repente e inesperadamente— con Cushna, Arvez y varios otros amigos que no conocía. Ellos, por sugerencia de Myhanene, se unieron a nosotros, ya que evidentemente él no quería demorarse en el camino. Poco después nos encontramos con Eusemos y una compañía de coristas, que nos saludaron con un canto de bienvenida; también se unieron a nosotros y seguimos adelante escuchando su música hasta que nos encontramos con Azena, junto a una gran compañía de mujeres, que vinieron a recibir a Myhanene cuando oyeron que él venía por allí. Constantemente se sumaban más personas a nuestro grupo; muchos de los amigos traían instrumentos, otros llevaban coronas de flores como las que había visto en el festival, hasta que nos

convertimos en el centro de una larga procesión, alegres y exultantes en las canciones que cantaban para dar la bienvenida a mi compañero, a quien no podía extrañarme que quisieran tanto.

Enseguida entramos en un estrecho valle entre dos cadenas de colinas, en cuyo extremo ascendimos una suave pendiente cuya cima dominaba una vista de una ciudad magnífica más allá de cualquier comparación terrenal. En apariencia parecía construida de alabastro rosado, en su diseño un cuadrado regular, con avenidas que iban de este a oeste, de norte a sur, subdividiéndola en numerosas secciones fácilmente distinguibles desde donde estábamos, por las amplias divisiones, y exuberante en la masa de follaje que vestía los árboles.

Los edificios tenían un estilo muy ornamentado y, aunque tenían una altura considerable, en su mayoría eran de una sola planta, con tejados planos, y cumplían la doble función de jardín y paseo. Cada palacio —pues sólo una denominación así transmite una idea adecuada de sus proporciones— estaba rodeado de terrenos de considerable extensión, que en su disposición mostraban los variados gustos y diseños de sus residentes, pero el conjunto completaba una imagen tan perfectamente armoniosa que el ideal de Myhanene de la armonía suprema de las diferencias apareció espontáneamente en mi mente. Todo, en todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, proclamaba riqueza, lujo y reposo; y mientras contemplaba la amplia zona de la ciudad, me pregunté si sería posible encontrar mi hogar en moradas tan maravillosas como estas.

Cuando nos detuvimos para contemplar el paisaje, un repique de campanas se sumó a la música que nos rodeaba. Esto parecía ser la señal para que toda la ciudad saliera a la calle, y toda la multitud se adelantó para recibirnos. Una de las primeras fue Helen, y muy de cerca la siguieron una y otra de aquellas personas que yo había conocido en aquellos horribles antros y barrios de Londres. A algunas de ellas me había enviado aquella misteriosa influencia de la que había hablado, y que nunca pude entender; a algunas las había ayudado leyéndoles, y a otras de otras maneras; con algunas había hablado y había tratado de resolver sus dudas, tratando de reconciliar su doloroso entorno con la coherencia de un Dios de amor; a otras les había intentado explicar mis vagas ideas sobre el cielo, o había tratado de darles un poco de consuelo exponiendo mi difusa teología; el reconocimiento de más de una me trajo a la memoria una promesa olvidada que nos habíamos hecho, la de encontrarnos "al otro lado del río", a lo cual ellas se habían atenido en su propósito, mientras que yo sólo podía afirmar que lo había hecho por accidente.

Mientras miraba esos rostros tan recordados —a pesar de los maravillosos cambios que se habían producido en ellos— sentí que su número se había multiplicado considerablemente, pues aunque cada individuo era bien conocido, no tenía idea de que el total fuera ni la mitad de grande. Ya no eran pobres, como cuando nos separamos, sino que en el intervalo, de alguna manera —y sólo hay una forma— se habían convertido en reyes y reinas, sacerdotes y sacerdotisas de Dios Padre, y me sentí más que honrado ahora de renovar nuestra amistad.

Cuando terminé las felicitaciones más personales, la música volvió a crecer hasta convertirse en un coro, al que se unió toda la multitud, de bienvenida a casa. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que toda esta aclamación era por mí, y sin embargo apenas podía creerlo hasta que me volví hacia Myhanene y le pregunté: «¿Es esto realmente por mí?».

«¡Sí, hermano mío! -respondió él-; En esta ciudad encontrarás tu hogar por el momento, y nuestros amigos han venido a darte la bienvenida».

Entonces comprendí que los destellos de pensamiento que habían excitado mi curiosidad eran simplemente señales, y que nuestros encuentros con Cushna y otros amigos a lo largo del camino eran parte de un programa organizado, del cual yo, sin saberlo, era el objetivo central.

La procesión se reorganizó, pero esta vez en una escala mucho más imponente, y me llevaron al frente, el honrado en una compañía tan honorable, con Myhanene todavía a mi lado y mis amigos y conocidos más cercanos agrupados alrededor. Lágrimas de alegría y gratitud fueron mi única respuesta a la conmovedora bienvenida que me brindaban y a las muestras de afecto que me prodigaban por todas partes; incluso las campanas parecieron cobrar vida al exhalar una simpática felicitación. Al doblar por una de las avenidas más cercanas, pude ver a nuestros líderes entrando en los terrenos de un palacio tan exquisitamente diseñado que atrajo mi atención más que todos los demás, incluso cuando los vi por primera vez en la distancia. Pero cuando llegué a la entrada, y su belleza me iluminó en toda su plenitud, me detuve desconcertado y pregunté qué lugar era. "Hogar", fue la única palabra que mi compañero pronunció en respuesta, y me llevó hacia adelante bajo la influencia de un éxtasis como el que a veces es permitido experimentar en el dominio de los sueños.

Al acercarme a la casa, me di cuenta de que las cortinas que en esta vida sirven de puertas se habían descorrido, indicando que todos podían entrar; pero la multitud retrocedió hacia derecha e izquierda, cesaron sus canciones y Myhanene me tomó de la mano y me hizo pasar. Al llegar a la entrada, vi que el espacioso porche se llenaba de una compañía que podría haber sido la hueste de ángeles en ese festival que había presenciado tan recientemente. La figura central estaba vestida con ropas de luz, aunque no la reconocí, porque mis ojos, todavía, estaban demasiado des acostumbrados a contemplar tal resplandor. Nuevamente me detuve, pero mi guía, adivinando mis pensamientos, respondió: «Es Omra». No había tiempo para más palabras, estábamos casi en la cima de los escalones, y un momento después sentí un inexpresable estremecimiento de alegría cuando sus brazos me rodearon y exclamó:

«Bienvenido, amado nuestro, en el nombre de nuestro Padre; disfruta de tu descanso»; Entonces me levantó la cabeza y me besó, mientras la asamblea susurraba «Amén».

No hablé. ¿Qué podría haber dicho? ¿Quién podría encontrar el lenguaje apropiado para una ocasión como esta? Pero no hubo ninguna torpe pausa, ni sensación de incomodidad por esperar algo que yo no sabía cómo llevar a cabo. Omra evitó eso.

«Qué multitud de amigos tienes contigo», comentó de manera persuasiva, a modo de invitación a contemplar la escena.

Al pie de la escalera, en un grupo distintivo, estaban todos esos amigos de Londres de los que ya he hablado, y hacia ellos llamó mi atención especialmente, diciendo:

«Hermano mío, el Señor ha prometido que 'quienes siembran con lágrimas, cosecharán con alegría'; en estos, nuestros amigos, deseo que contemples el cumplimiento de eso mismo. Aquí puedes ver, hasta donde se ha recogido hasta ahora, la cosecha del trabajo de tu vida. Fuiste a ellos llevando una semilla más preciosa de lo que podías estimar, y aunque con mano temblorosa y un conocimiento incierto la esparciste, aun así, como palabra de Dios, cumplió aquello para lo cual Él la envió. Ahora, tu día en el campo de la cosecha ha terminado, tu trabajo está hecho. Regresas al Dios que te envió y te comisionó, trayendo tus gavillas contigo. En el nombre de Cristo que nos redimió, te agradezco por tu ministerio de amor, porque en la medida en que lo hiciste a estos, también lo hiciste a Él».

En vano le aseguré que en lo poco que había podido hacer había sido muy bendecido; que el ministerio al que se refería había sido el punto brillante en una vida que, de lo contrario, habría sido de lo más intolerable; que los goces que naturalmente se acumulaban eran mucho más que la compensación por cualquier sacrificio que pudiera haber exigido; mientras que yo era dolorosamente consciente de cuánto había omitido hacer en comparación con la nimiedad realizada. Él lo sabía todo al respecto, tal como yo lo iba a entender cuando tuviera tiempo libre para estudiar el registro de mi trabajo, que se había conservado y estaba abierto para mi lectura interna. Allí vería los resultados netos hasta el momento, recopilados por alguien demasiado sabio como para equivocarse en el juicio o la estimación. Luego me dio su bendición y se fue, dejando que Myhanene siguiera presentándome mi hogar.

Quisiera encontrar palabras para transmitir aunque sólo sea una leve idea de la belleza y perfección de esa casa, pero si lo intentara, fracasaría, incluso nada más empezar. Así que eso debe pasar. Pero hay un asunto al que debo referirme, debido a su seria relevancia para aquellos que todavía están en la carne. Jesucristo, hablando de las muchas mansiones en la casa de Su Padre, dijo a Sus discípulos: '*Voy a preparar un lugar para vosotros*'. Pero ¿qué pasa con el mobiliario de la misma? Este es un pensamiento que nunca había cruzado por mi mente hasta que entré en mi nueva morada; entonces me fue dada otra gran revelación. Cada artículo de mobiliario, adorno o decoración, estaba vívidamente asociado con —como si hubiera sido fabricado a partir de— algún acto, palabra o característica de mi vida terrenal. Fue una terrible verdad a aprender; ¡cómo deseaba haberla conocido antes!

Una de las habitaciones contenía una serie de imágenes que mostraban el relato al que Omra se había referido; a simple vista pude ver que el resultado no era en absoluto perfecto. El diseño original, perfectamente visible en todos los casos, siempre estaba más o menos estropeado con unos errores igualmente evidentes. En ellos podía detectar fácilmente las debilidades que aún me atormentaban y los numerosos defectos que tendría que remediar antes de poder alcanzar ese eslabón superior de la vida, desde cuya perspectiva acababa de regresar. Al estudiar este registro, podía estimar con exactitud el trabajo que tenía por delante, pero también era consciente del hecho de que un hogar y un entorno donde llevar a cabo la tarea debían contribuir en sí mismos a la mitad del éxito. Además, de nuevo, ¿qué ventajas inestimables me ofrecían las nuevas y mayores facultades de las que había llegado a ser dueño? ¿De qué compañías podría disfrutar? ¿Qué experiencia no podría consultar?

Myhanene me condujo inmediatamente más allá de una puerta cuyas cortinas estaban bien corridas. Yo habría entrado allí, porque un poder invisible se apoderaba de mí: una voz que surgía del silencio parecía llamarme, y me detuve en respuesta a su clamor. Pero, como si él ignorase mi deseo, mi guía me condujo hasta el tejado, desde donde pude contemplar otra vista de la ciudad que, en el futuro, me resultaría más familiar y valiosa por sus asociaciones. El ambiente, y el interés que despertaba la vista, superaron la agitación que sentí al pasar por aquella puerta prohibida, y cuando me calmé del todo, mi compañero me dijo:

«Ahora, mi placentero deber ha terminado por el momento; acompáñame un momento y luego me despediré».

Cuando llegamos de nuevo a aquella puerta, hizo un gesto con la mano para que yo entrara solo, luego desapareció [*passed out*]; se había ido.

Y yo supe lo que quiso decir. En aquella habitación me esperaba alguien para darme la bienvenida a casa, por el toque de cuya mano desaparecida y el sonido de cuya voz, mi corazón siempre había llorado y gemido; alguien que había sacrificado su vida al darme la mía; alguien cuya ausencia me había incapacitado tristemente para la batalla que me había visto obligado a luchar; alguien cuyo nombre había invocado con frecuencia en la oscuridad de mi desolación sin obtener respuesta. Si ella hubiera estado conmigo aunque solo fuera durante los primeros años, de modo que la presencia de su recuerdo hubiera permanecido conmigo, ¡cuán diferente habría sido mi vida! El misántropo podría haberse convertido en un hombre, desempeñando un papel varonil en la regeneración del mundo y realizando alguna pequeña obra digna de ser recordada. Pero ¡ay!, la sombra que nació conmigo no pudo disiparse, y el peso de su oscuridad era la cruz que finalmente ya iba a ser levantada de mis hombros.

Lector, cuando estuve en la casa del asirio, me encontraba, como tú ahora, en el umbral de otro encuentro; pero recordarás que te dije que cuando llegó ese momento —que era demasiado sagrado para la contemplación por los ojos de un extraño— me di la vuelta para no profanar la ocasión con mi presencia. Ahora quisiera pedirte que me perdones si te dejo aquí mientras atravieso las cortinas y, por primera vez en toda mi existencia, que yo sepa, contemplo ese rostro largamente buscado. El suelo que cruza este estrecho límite es demasiado sagrado para mí como para que lo pisen los pies de extraños en este momento; la visión que me espera es demasiado santa para ofrecerla a la inspección pública. Para mí, la fiebre intermitente de la Tierra ya ha terminado; he encontrado mi camino de forma segura, por la bondad de nuestro Padre, "a través de las nieblas", y por el momento, deseándote un afectuoso *adieu*, levanto estos pliegues de seda, para encontrarme en casa, entre los brazos amorosos de MI MADRE.

Nota final del traductor-revisor

En esta nota quiero recordar que este es el primer libro de la trilogía de Robert, y resumir algunos de los principales datos que obtenemos de lo visto (también a la luz de lo comentado en las enseñanzas de Jesús y María Magdalena, con algunas breves transcripciones literales de ellos, entremezcladas a continuación).

Al final de este libro, Fred nos empieza a mostrar aspectos más personales de su vida (hasta ahora hemos asistido a muchas cosas que no le concernían directamente). En el resto de la trilogía seguiremos viendo esos aspectos, en cuanto a su progreso por las dimensiones. La última de las transiciones que va a narrarnos en el tercer volumen será quizás la de su entrada en el “verdadero cielo” (ya sea que llamemos así, verdadero cielo, a la dimensión 7 —como mera transición a la condición de unidad en amor con Dios, que es la dimensión 8—, o bien a la dimensión 8 en sí, que es la dimensión donde estamos en comunión de amor con Dios, y donde habremos soltado todo miedo a Dios y nos habremos armonizado con su “concepto” y su ser de amor y de verdad).

Nuestra condición atrae cosas y nos limita (la condición de nuestra alma, de nuestro “ánimo”).

La salvación no consiste en saltos o transiciones repentinas.

Hay un registro de todo lo que hacemos en la Tierra, y sucede que, incluso cuando todavía tenemos el cuerpo físico, ya estamos creando el sitio donde vamos a vivir en el mundo espiritual.

Ese hogar espiritual también va a reflejar nuestro comportamiento y deseos desamorosos, no sólo los amorosos, y por lo tanto puede ir cambiando conforme ascendemos o nos degradamos en condición álmica.

Cuando alguien muere, y decide no atravesar las nieblas, quedándose más o menos ligado a la Tierra, seguirá todavía en el proceso de acrecentar el daño en su alma, cometiendo bastantes más errores, al comportarse de manera inarmónica. El proceso, la posición de esa persona en el mundo espiritual, se va a volver peor, al involucrarse más en las adicciones emocionales y físicas, con las cuales seguirá dañando a otros y a sí misma.

Cuando morimos no hay un "juicio final". Tampoco va a haber ningún "juicio final" en general, ya que seguimos eternamente en desarrollo, en este camino con Dios. Al morir, como hemos visto muchas veces, todos seguimos disponiendo de nuestro libre albedrío para cultivar o no la fe, un deseo efectivo y puro. Si seguimos evitando el dolor emocional y físico que conlleva tener y proteger nuestras emociones y creencias que no son armónicas con el amor, seguiremos degradándonos. Es decir, si nos movemos por la disyuntiva "placer / dolor", no podremos establecernos ante todo en la única disyuntiva que nos hará felices a la larga, y en la que obtendremos el verdadero placer: "verdad / error".

Todos estamos ya mismo recogiendo lo que hemos sembrado, aunque en la Tierra nos insensibilizamos más fácilmente a esta ley de compensación, pues en general no queremos reconocer ni sentir humildemente todas las emociones, creencias y dolores, y en la Tierra a menudo tenemos muchos recursos para conseguir no sentir.

Como vimos en varias ocasiones en el texto, y en general en las canalizaciones de Jesús y María Magdalena, nuestra vivencia de la compensación se vuelve más intensa al morir, en términos de lo limitados que podemos vernos en el mundo espiritual debido a nuestras elecciones, acciones, dudas o inacción en la Tierra.

Tras morir, en el mundo espiritual nos vemos forzados a tener sensibilidad sobre lo que hemos sembrado en nuestras vidas.

Mucha gente que pasa al estado de espíritu se da cuenta de la importancia de no seguir usando su voluntad en la misma dirección que antes, pero también tienen miedo a hacer cualquier elección positiva, a dar cualquier paso en positivo —y no lo hacen, por miedo—. Así, a menudo vamos volviendo nuestra situación aún más dolorosa.

Por ejemplo, nosotros somos responsables de nuestras enfermedades y accidentes, y se deben a que hemos elegido reprimir esas emociones a las que nos resistimos (unas emociones que sostienen principios y creencias falsas, que no son los del amor), y a nuestra falta de deseo de desarrollarnos en amor. Pero en el mundo espiritual no nos es tan fácil escaparnos de esta verdad.

También, tras "morir", nos daremos cuenta de que en la Tierra, nuestras enfermedades se debían a nuestra responsabilidad, por mucho que quisiéramos culpar de ello a la naturaleza, a otras personas, etc.

Creamos y sostenemos una "fachada" para sostener nuestras creencias acerca de nosotros mismos. Pero nuestro estado físico, anímico, financiero, etc., va a mostrar sí o sí nuestra verdadera condición álmica (aunque las paredes de nuestros hogares terrestres sólo queramos decorarlas con "lo positivo").